

LOS PRIMEROS TURISTAS EN SANTO DOMINGO



Selección, prólogos y notas de Bernardo Vega



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los Primeros Turistas en Santo Domingo



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Fundación Cultural Dominicana

Apartado Postal #1265
Santo Domingo, República Dominicana
Teléfonos: 566-3232 y 565-0379

Noviembre de 1991

Los primeros turistas en Santo Domingo

**Recopilación y notas
de Bernardo Vega**

Composición:
Fundación Cultural Dominicana

Diagramación:
Fundación Cultural Dominicana

Índice Onomástico:
Fundación Cultural Dominicana

Impresión:
*Editora Taller, C. por A.
Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana*

**Impreso en República Dominicana.
Printed in Dominican Republic.**



LOS Primeros TURISTAS EN SANTO DOMINGO

Selección, prólogos y notas de Bernardo Vega

Fundación Cultural Dominicana

*Santo Domingo,
República Dominicana*

1991





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Contenido

Presentación	i
Introducción	iii
Una carta inédita de Sir Robert Schomburgk <i>Robert Schomburgk (1850)</i>	1
Un verano en las fronteras del Mar Caribe <i>Dennis Harris (1860)</i>	7
Los campos de oro de Santo Domingo <i>W. S. Courtney (1860)</i>	37
El viaje de El Escito en las Indias Occidentales <i>Susan de Forest Day (1898)</i>	47
Cuba y Puerto Rico con las demás islas de las Indias Occidentales <i>Robert T. Hill (1899)</i>	65
La cuna de lo profundo: Relato de un viaje a las Indias Occidentales <i>Frederick Treves (1908)</i>	71
Navegando los mares soleados. Una historia de viajes <i>Ella Wheeler Cox (1909)</i>	79
El Mediterráneo Americano <i>Stephen Bonsal (1912)</i>	87
Puerto Rico, pasado y presente, y el Santo Domingo de hoy <i>A. Hyatt Verrill (1914)</i>	101
El libro de las Indias Occidentales <i>A. Hyatt Verrill (1919)</i>	131
A través de Santo Domingo y Haití <i>Samuel Guy Inman (1919)</i>	156
Andando por las Indias Occidentales <i>Harry A. Franck (1921)</i>	185
Las Indias Occidentales, con la Guyana Británica y Honduras Británica <i>George Manington (1925)</i>	251
Las Islas del Rayo Verde: Cuba, Jamaica, Haití, Puerto Rico y Antillas Menores <i>Mario Appellius (1928)</i>	257
Tras las huellas de los conquistadores <i>Samuel Guy Inman (1929)</i>	267
Peinando el Caribe <i>Harry L. Foster (1929)</i>	285
Índice Onomástico	303
Índice de lugares y sitios geográficos	309





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Presentación

Brugal y Co. ha considerado que le corresponde auspiciar la publicación de esta notable obra por tres razones básicas:

Primero, porque lo aquí narrado por esos primeros viajeros, o “turistas”, que nos visitaron a partir de 1850 es, en cierta forma, la propia historia de Brugal y Co., una de las más antiguas empresas del país, fundada en 1888. Nuestros primeros ejecutivos y empleados bien pudieron haber hablado con alguno de esos visitantes, o haber posado, dentro o fuera de nuestras primeras oficinas, para algunas de las fotografías aquí reproducidas. Leer estos relatos, por primera vez traducidos al español y desconocidos por casi todos los dominicanos, es revivir la historia de nuestra empresa y sus ejecutivos, sus afanes, sus dificultades, así como el medio ambiente en que crecimos, nos estancamos, nos deprimimos, y avanzamos.

En segundo lugar, porque, hasta hace unos setenta años, las dificultades de transportación por carreteras en nuestro país eran tales, que los pocos visitantes que aquí llegaban limitaban sus contactos a los pocos puertos habilitados del país, siendo, en ese entonces, el de Puerto Plata el más importante de la costa norte. Por mucho tiempo fue, además, el principal puerto del país. Tan cierto es esto, que muchos de los relatos aquí reproducidos se circunscriben a, o comienzan y terminan en Puerto Plata, ciudad donde fue fundada nuestra empresa y a la cual nos sentimos y nos sentiremos siempre tan vinculados. Narrar sobre el Puerto Plata de ayer, es también hablar sobre Brugal y Co.

Tercero, porque esta recopilación y traducción de las narraciones de nuestros primeros “turistas”, coincide, en el tiempo, con el gran “boom” del turismo en nuestro país, al cual está ligado Brugal y Co., no sólo como proveedor de licores que consumen nuestros visitantes, sino también, porque al ser Puerto Plata principalísima meca del turismo nacional, nos vemos doblemente vinculados al fenómeno.

Finalmente, nos interesa siempre seguir vinculados a las cosas de calidad, y esta recopilación de Bernardo Vega, a la cual ha agregado sus útiles comentarios, es eso. Hace tres años auspiciamos su publicación “Más Imágenes del Ayer” que incluyó más de 500 fotografías del país, tomadas entre 1899 y 1930, y hoy día nos sentimos orgullosos de publicarle y distribuirle esta nueva obra, su número 38, y que deleitará no sólo a los dominicanos, sino hasta a los propios turistas que hoy día nos visitan a millares, con menos problemas que los pocos valientes cuyos relatos constituyen esta obra, pero igualmente sorprendidos y admirados ante nuestras bellezas naturales.

George Arzeno Brugal
Presidente Brugal y Co.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Los primeros turistas en Santo Domingo

INTRODUCCIÓN

La historia de una época se escribe citando y analizando los documentos y los archivos gubernamentales, leyendo las noticias de prensa, estudiando libros, leyes, reportajes, censos, memoriales administrativos, archivos eclesiásticos, correspondencia diplomática, declaraciones y memorias de personajes distinguidos del periodo investigado, así como la tradición oral.

Sin embargo, muchos historiadores modernos han optado por enfatizar la necesidad de analizar los periodos, los acontecimientos claves y las grandes transformaciones de un país a partir de las manifestaciones de la vida cotidiana, es decir, el diario acontecer, las costumbres y los hábitos de la población.

Aunque existen fuentes locales que describen esa "pequeña historia", es indudable que los relatos de extranjeros que visitan un país sirven para aproximarnos de un modo distinto a esa cotidianidad. Una de las ventajas de este segundo tipo de fuentes es que lo acaecido es visto a través de un vasto prisma, libre del etnocentrismo que caracteriza a los autores locales, muchos de ellos vinculados –directamente, o a través de su familia– a decisiones y acciones importantes. Sin embargo, los puntos de vista de esos extranjeros también están impregnados de su propio etnocentrismo, de los valores o prejuicios de su propia sociedad, usualmente más "avanzada", ya sea de Norteamérica o Europa. Los estereotipos raciales, las actitudes imperialistas, el complejo de superioridad, la condescendencia, etc. tipifican a muchos de esos relatos, a tal extremo que de seguro ofenderán la vena patriótica de más de un dominicano lector de este libro, quien acaso considere que una cosa era nuestra idiosincrasia y otra la manera como fuimos vistos por terceros. En este sentido, sería interesante leer ahora los relatos de los miles de turistas que hoy día nos visitan, para saber qué piensan los forasteros de nosotros, los dominicanos contemporáneos.

Varios relatos de extranjeros que visitaron nuestro país durante el siglo pasado y el dieciocho son conocidos por nuestras actuales generaciones, gracias a la traducción de los mismos y a la publicación que de ellos ha hecho la Sociedad Dominicana de Bibliófilos: Moreau De Saint Mery, Charlevoix, Samuel



Los primeros turistas en Santo Domingo

Hazard, Randolph Keim, Warren Faben, David Dixon Porter, Otto Schoenrich, Charles Tansil, William Walton, etc.

Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo pasado y el primer tercio del actual, varios visitantes (ahora llamaríamos a la mayoría "turistas") estuvieron en Santo Domingo, usualmente como parte de un viaje por las islas del Caribe. En los libros que publicaron acerca de sus experiencias incluyeron uno o varios capítulos sobre su estadía entre nosotros. Esos libros, además de ser raros, no han sido traducidos al español. En consecuencia, casi ningún dominicano los conoce.

Considerando la importancia de esos testimonios de viajeros, la Fundación Cultural Dominicana decidió recogerlos, hacerlos traducir y publicarlos con comentarios e ilustraciones.

El material que el lector tiene en sus manos cubre casi ochenta años de nuestra historia (1850-1929), y ese período de ocho décadas se caracterizó precisamente por los enormes cambios que tuvieron lugar en nuestra sociedad, sobre todo entre 1870 y 1900, y luego entre 1916 y 1929. Dichos cambios se hacen evidentes al leer los 16 relatos que componen esta obra.

Algunos de los autores aquí antologados fueron simples turistas-escritores, pero otros fueron diplomáticos, o personas que vinieron en misiones específicas, como por ejemplo: intentar traer emigrantes o promover el protestantismo.

Para que el lector pueda apreciar mejor los relatos, hemos preparado una breve introducción a cada uno, explicando, si es posible, el autor y el propósito de su visita, haciendo también un resumen del contenido de su historia. Cuando lo hemos considerado útil, hemos incluido llamadas al pie del texto, con nuestros comentarios, explicaciones o correcciones.

Los capítulos de los libros en muchos casos no aparecen reproducidos en forma completa. Es comprensible que los autores hicieran un breve resumen de la historia de cada país visitado, pues presumían que sus compatriotas-lectores no la conocían. Repetir ahora esos resúmenes (muchas veces plagados de errores) al lector dominicano sería costoso, tedioso e innecesario. Muchos de los autores incluidos hicieron largas descripciones de nuestros monumentos coloniales, las cuales también hemos eliminado, por las mismas razones.

Sólo algunos de los relatos fueron ilustrados con fotografías tomadas por los propios autores. Casi todas han sido reproducidas en esta obra. Sin embargo, para hacer el volumen más ameno y facilitar la comprensión de los textos, hemos agregado una buena cantidad de grabados y fotografías de otras fuentes, pero relativamente de la misma época en que se escribieron los relatos, y que presentan imágenes de algo que los autores citan o describen.

Esta obra fue inicialmente concebida como un proyecto de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, de la que somos Vicetesorero, y la búsqueda de



muchos de los textos fue una labor efectuada por su actual Presidente, Juan Tomás Tavares Kelner. Luego la Sociedad decidió no efectuar de inmediato la labor de traducción, edición y eventual publicación de los relatos y autorizó a la Fundación Cultural Dominicana encargarse del asunto. A los Bibliófilos y a su Presidente debemos, pues, agradecer la labor de localización de la mayoría de estos textos. La traducción del inglés fue realizada por Jeannette Canals. La diagramación estuvo a cargo de Darío Martínez Batlle. Eunice Lara y Gilda Vicente de Pellicce colaboraron en la supervisión de la obra. A todos deseamos expresar nuestras gracias en forma pública.

Bernardo Vega

Santo Domingo, Distrito Nacional.

Portillo, Provincia de Samaná.


Junio, 1991.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

UNA CARTA INEDITA
DE SIR ROBERT SCHOMBURGG

 Robert Schomburgk

1850





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sir Robert Schomburgk fue el primer cónsul inglés que tuvo la República Dominicana, habiendo llegado a nuestro país en 1849.

Este eminente etnólogo, de origen alemán, responsable de importantes descubrimientos en las Guayanas y el Orinoco, por los cuales fue honrado por el Rey de Inglaterra con un título nobiliario, desde Santo Domingo logró que le publicaran en el *Journal of the Ethnological Society of London*, sus reportes sobre el arte rupestre de las cuevas de San Cristóbal, la Plaza Ceremonial Indígena de San Juan de la Maguana, y los enterramientos pre-colombinos en Constanza. También fue autor de un estudio sobre los puertos dominicanos. Su correspondencia diplomática es muy importante.

Que se sepa, el escrito que el lector tiene en sus manos es la única descripción de la sociedad dominicana hecha por el eminente etnólogo que vivió entre nosotros hasta 1857, pues luego fue trasladado a Tailandia, donde prosiguió sus investigaciones. Murió en 1870 a los sesentiséis años de edad. Esta carta inédita fue localizada por el editor de este libro.¹

Consideramos de particular interés los siguientes temas tratados en la correspondencia:

1. A los seis años de nuestra independencia, por lo menos el correo británico no diferenciaba entre los países que compartían la Isla Española, creyendo que sólo existía Haití.
2. En 1850, al año de su llegada a Santo Domingo, Sir Robert había perdido tanto la vista que ya no podía leer a la luz de una vela, a pesar de contar con tan sólo cuarentiséis años de edad. Sin embargo, a los cuatro meses de esa carta envió su amplio reporte sobre sus "investigaciones etnológicas" en Santo Domingo, incluyendo su reproducción de los dibujos de los indios en las cuevas de "El Pomnier", cercanas a San Cristóbal.
3. Su énfasis en el tremendo costo en recursos humanos que tuvo que pagar el país a causa de las guerras con Haití.

1 *Papeles de Melville. Carta de Sir Robert Schomburgk, Cónsul de su Majestad en Santo Domingo. (MS 2214 FF 1244-7). National Library of Scotland. Edimburgo.*

4. *El mal gusto de los que pintaron el interior de la Catedral dominicana a mediados del siglo pasado.*
5. *El uso de las azoteas de las residencias para paseos nocturnos.*
6. *A pesar de su espíritu científico y de sus conocimientos etnológicos, su prejuicio contra "la gente de color", con la cual no era apropiado que se juntara "el Cónsul de Su Majestad", así como su comentario sobre lo reservadas que eran las familias españolas, lo reducido de la sociedad en un pueblo que entonces tenía menos de diez mil habitantes (sus comentarios acerca de las costumbres sociales en Santo Domingo preceden los de Samuel Hazard en veintitún años) y cómo todas las familias de cierta alcurnia estaban emparentadas entre sí.*
7. *Sus muy ambiguos comentarios sobre la belleza de las mujeres dominicanas.*
8. *El hecho de que trajo desde los Jardines botánicos de Kew, en las afueras de Londres, especímenes de flores.*

El grabado del faro que acompaña el documento fue tomado de una revista de Nueva York, de 1851, por lo que es de la misma época de la carta. El resto de los grabados han sido tomados de la obra de Samuel Hazard de 1872. A pesar de ser veinte años posteriores, la ciudad cambió muy poco durante los mismos.

Santo Domingo, 2 de diciembre de 1850

MI querida Señora Horner,

*M*e entero por nuestra mutua amiga la Sra. Moore que usted ha tenido la bondad de escribirme una carta desde que salí de Inglaterra. Nunca me llegó, de lo contrario usted puede estar segura que no hubiera estado tan falto de gratitud como para dejarla de contestar. Por lo que sé, la buena gente de la oficina general de correos puede que sean excelentes carteros pero son muy malos geógrafos. Ellos convierten en un sólo país a la República Dominicana y al imperio negro de Haití, un objetivo que indudablemente Su Majestad Imperial Soulouque, después de varios fracasos, le encantaría lograr de forma tan fácil, pero que me temo Su Majestad esté condenado a no ver hecho realidad.¹

A pesar de que desde el extranjero he actuado generosamente como maestro de la oficina de correos del gobierno, mis cartas frecuentemente son enviadas a Haití desde donde algunas veces me llegan después de un atraso de dos meses, pero lo más usual es que nunca lleguen.

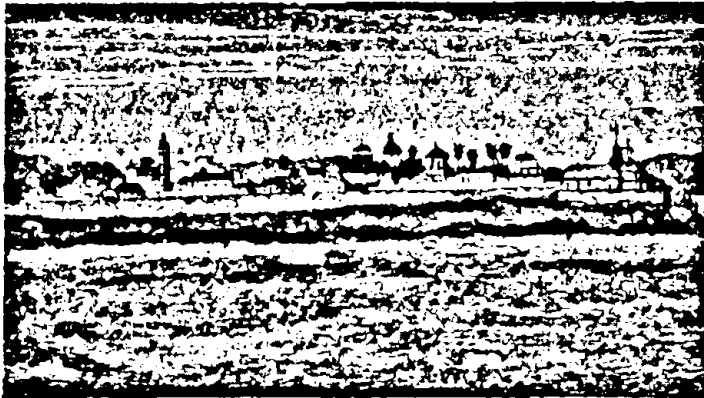
Han pasado ya dos años desde que me despedí de usted en Rivermade. El intervalo ha sido un período animado para mí. Metido en un campo de acción que anteriormente me era totalmente desconocido, creo que he tenido la fortuna de haber seguido el camino correcto y de haber ganado la aprobación del gobierno de Su Majestad, pero esto ha sido logrado con el sacrificio de todos mis estudios favoritos pues mis funciones oficiales me ocupan totalmente durante el día y, ¡que infortunio!, mis ojos han recientemente sufrido tanto que ya ni siquiera puedo leer a la luz de una vela. Esto me entristece mucho.

Usted no puede formarse una idea de cómo el Todopoderoso ha beneficiado esta tierra con fertilidad, pero el hombre la ha maldecido y grandes cambios tendrán que tener lugar antes de que la agricultura pueda hacer uso de estos tesoros. La guerra de seis años en la cual están ahora envueltos, buscando resistir el esfuerzo haitiano de ponerlos de nuevo bajo su yugo, del cual el valor de los dominicanos supo liberarles su cuello, ha reducido sus recursos y convertido a miles de trabajadores útiles en soldados inútiles.

¹ *A los seis años de nuestra independencia, por lo menos el correo británico no diferenciaba entre los países que cohabitaban la isla Española, creyendo que todavía sólo existía Haití.*



¡Cuán rico es Santo Domingo en recuerdos históricos! ¡Aquí fue donde el gran descubridor fundó su primer establecimiento permanente, aquí fue donde, para la gloria de Dios, fue creada la primera Catedral! Esta iglesia fue comenzada en 1510 y su arquitectura es noble, pero durante una reciente renovación han salpicado su interior con todos los colores del arcoiris.¹ Las cenizas de Colón descansaron por algún tiempo dentro de sus paredes, cerca de donde el Arzobispo hoy día tiene su trono, pero cuando España cedió Santo Domingo a Francia en 1796, los restos de Colón y de su hermano Bartolomé fueron llevados a La Habana.



La ciudad desde el mar

La ciudad está construida sobre un llano, cercado por el río Ozama hacia el este, donde están las ruinas del viejo castillo que Diego, el hijo de Colón, construyó y que causó tanta envidia que fue descrito como un Palacio Real y Diego fue llamado a España por Ferdinando quien temía que éste buscaba su independencia y la fundación de un nuevo imperio, tema este que perseguía la imaginación del Rey. Más al norte están las magníficas ruinas del Convento de los Franciscanos, ya comenzado en 1502. Es más, cada esquina del pueblo trae a colación alguna leyenda sobre los tiempos del descubridor. El mar rodea al pueblo hacia el sur y una pequeña cadena de levantadas lomas coralinas hacia el norte. La ladera sur de estas lomas, sin embargo, está cubierta de casas y tres capillas.² Las casas en su mayoría están construidas de piedras pero pocas tienen más de un piso de altura. Las altas ventanas cercanas a la calle, están firmemente enrejadas por barras de hierro y estas celosías se proyectan algo hacia la calle lo que permite fáciles acomodamientos para conversar con una persona que esté parada afuera por lo que son tema fructífero para cantos de amor y romances. Los techos llanos o



Casa de Don Diego Colón

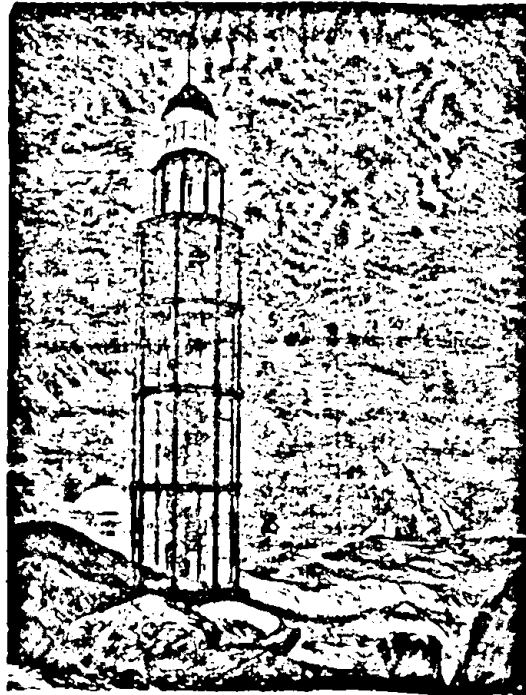
- 1 *En una fecha posterior fue pintada toda de blanco.*
- 2 *Probablemente se refiere a San Carlos, San Miguel y San Antón.*

azoteas permiten deliciosos paseos nocturnos¹ y mucha de la arquitectura que todavía puede verse en las viejas casas evidencia que en la época en que fueron construidas el gusto por lo morisco todavía estaba en boga. Permítame ahora echar un vistazo sobre la gente que las habitan. Yo dejaría a las razas de color aparte y hablaría solamente de los españoles y sus descendientes.² Se requiere de un período de tiempo para llegar a conocer a una familia española ya que son muy reservadas y solitarias, pero una vez consideran a uno como un amigo, entonces se es recibido con la adhesión de un familiar.



Vieja calle en la ciudad de Santo Domingo

Prácticamente no existe sociedad. Yo visito las casas de algunas familias, parloteo con las damas o participo en juego de damas o dominó con los caballeros. En ocasión del último cumpleaños de Su Majestad ofrecí un baile donde estuvieron presentes unas doscientas personas y que fue un hito en los anales de entretenimiento social en Domingo (sic). Ocasionalmente hay lo que llamaríamos una "recogida de alfombras" si las habitaciones de aquí no estuvieran, con pocas excepciones, todas pavimentadas con feos ladrillos rojos, pero en tales *divertissements* la compañía es frecuentemente mixta y no visitable por el Cónsul de su Majestad.³ Las familias de alcurmia están tan entrelazadas por conexiones familiares que si uno de sus miembros pierde la vida, todos los toros se ponen de luto. Las jóvenes damas españolas son generalmente



Faro de Santo Domingo

- 1 *Las azoteas se utilizaban para paseos nocturnos.*
- 2 *El prejuicio racial del europeo es evidente, a pesar de ser un científico y etnógrafo.*
- 3 *Otra evidencia de prejuicio social.*

Robert Schomburgk

lindas, sin ser hermosas. Su pelo es de lo más exuberante y sabemos, desde los tiempos en que Mendoza, Guzmán y Enzina cantaron, que sus ojos son estrellantes y sus descendientes en Santo Domingo poseen esos dos tesoros de la belleza femenina y sus figuras son muy buenas, pero sus bustos no poseen amplitud y a muchas les faltan buenos dientes ya que (me sonrojo al relatarlo) las damas, viejas y jóvenes, ¡fuman cigarrillos! Quisiera poder transportarla por un momento a mi consulado —una vieja casa, de arquitectura morisca, pequeña en tamaño, pero primorosamente renovada con un segundo piso y una buena vista al mar y todo tan fresco y frío como puede encontrarse bajo el Trópico de Cáncer. El patio es amplio y en el medio existe una jardinera con rosas y otras flores entre las cuales hay muchas que traje conmigo desde Kew.¹

Ya le he dado suficientemente larga y tediosa descripción de mí mismo (¡quel egoism!) y del pueblo en el cual vivo, y estoy ansioso de oír algo sobre mis bondadosos amigos en Rivermade y de aquellos que les son queridos. Al escribirme ponga su carta en un sobre dirigido a James Murray, Departamento Consular, Oficina de Relaciones Exteriores, Londres, y la carta de seguro me llegará.

Recuérdeme afectuosamente al Sr. Horner, a las jóvenes damas, a Sir y Lady Charles y a todos nuestros otros amigos mutuos.


Siempre fielmente suyo,

Robert Schomburgk.

¹ *Kew Gardens, conocido jardín botánico de Londres.*



UN VERANO EN LAS FRONTERAS
DEL MAR CARIBE

 *Bennis Harris*

1860





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En la década de los años cincuenta del siglo pasado, diferentes líderes negros de los estados norteros de la Unión, donde la esclavitud ya había desaparecido, ante los repetidos fracasos por lograr la abolición en los estados del Sur, y dado el tratamiento que recibían los negros en el Norte, optaron por promover la emigración de negros libertos norteamericanos hacia diferentes partes del mundo: África (donde ex-esclavos norteamericanos fundaron la República de Liberia en 1821), Centroamérica y el Caribe.

Precisamente en 1860, año en que Abraham Lincoln fue elegido Presidente bajo la promesa de abolir la esclavitud –lo que provocó la separación de los estados del Sur–, uno de esos líderes negros, J. Dennis Harris, viajó a Haití y a Santo Domingo para informar sobre las posibilidades de establecer colonias agrícolas de negros libertos norteamericanos en ambas repúblicas. Su reporte tomó la forma de cartas que enviaba a la revista *The Weekly Anglo-African* y que luego integraron su libro *Un verano en los bordes del Mar Caribe*, publicado en el mismo 1860, y cuya parte referente a la República Dominicana tiene el lector en sus manos.

Para gente como Harris, los negros no podían progresar en Norteamérica, pues las promesas de los blancos no pasaban de eso. La solución era emigrar. Creía viable la existencia de una nación anglo-africana tanto en el Caribe como en Centroamérica, donde los negros fuesen los amos, no los blancos. De su obra se hace evidente que creía en la superioridad del negro norteamericano sobre el negro caribeño y que la mezcla de sangre entre los dos grupos haría más fuerte al segundo. Su entusiasmo por la belleza natural de las islas caribeñas, así como por la de sus mujeres, es también obvio.

Su misión no logró una emigración a la República Dominicana, a diferencia de Haití, donde al año siguiente, llegaron siete grupos diferentes a la región de San Marcos. Tiempo después, algunos de ellos regresaron, decepcionados, a Norteamérica. En el caso dominicano dos factores desestimularon la emigración: en abril de 1861 se inició la guerra civil en los Estados Unidos y al mes siguiente la República Dominicana fue anexada a España. Los negros americanos veían con poco interés una emigración a un lugar bajo el control del Rey de España, sobre todo porque la esclavitud se mantenía en Cuba, otra colonia española. Dos años



Dennis Harris

después, en 1863, al ganar el Norte sobre el Sur en la guerra civil norteamericana, los esclavos fueron emancipados, eliminándose así una de las principales razones de la emigración.

Como resultado de todo lo anterior, los únicos negros norteamericanos que emigraron a Santo Domingo fueron los que habían llegado a principios de siglo y que, como sabemos, se concentraron en Samaná.

Como parte esencial del proyecto de emigración Harris concebía que éste contase con el apoyo y protección del gobierno norteamericano y pensaba que la República Dominicana era el más promisorio lugar para el mismo.

Al llegar a Puerto Plata, describió ceremonias tanto oficiales (lectura de un bando) como religiosas (la fiesta de Corpus Christi) y visitó varias fincas cercanas: una de un esclavo norteamericano fugitivo y otra del primer Pastoriza que llegó al país. Sus viajes a caballo lo llevaron al poblado de La Isabela, así como al de Luperón, entonces llamado Puerto Cabello. Su descripción de uno de los primeros grupos protestantes llegados a Puerto Plata es interesante. Esos viajes lo estimularon a concluir que los inmigrantes debían de asentarse en zonas aledañas a esa ciudad.

Los grabados son tomados de Hazard, quien viajaba por la zona de Puerto Plata doce años después.



Introducción

El americano negro libre, del tono de piel que fuere, vé que su destino está ligado a la esclavitud. Donde su cara es un crimen, no puede esperar justicia. En el país que esclaviza a su raza, jamás podrá ser un hombre reconocido. El hecho de que éste sea su país natal no le ayuda. El autor de este libro es tan americano como James Buchanan. Lo es aún más, pues el padre del señor Buchanan nació en Irlanda y el padre del señor Harris nació en Carolina del Norte. Pero mientras el primero llega a ser presidente, al otro se le declara oficialmente que no tiene los derechos que el hombre blanco debe respetar.

Por lo tanto, el hombre de color inteligente, al ponderar la triste condición de su raza entre nosotros, percibe que, aun cuando se aboliera inmediatamente la esclavitud en los Estados del sur, esta condición existiría solamente en forma nominal y legal, no realmente igual a la de los blancos. El hábito tradicional de dominio incuestionado no puede abandonarse a voluntad. El prejuicio no está sujeto a leyes. Existe una lógica terrible en el sistema de esclavitud. Para poder subyugar al esclavo con el debido poder y seguridad debe haber silencio, ignorancia y un despotismo absoluto. Pero éstos se vuelven contra el maestro; y las dificultades y peligros de la emancipación, como lo muestra la historia de Jamaica, se encuentran del lado del maestro y no del esclavo. La ley podría establecer una igualdad política entre ellos, pero el viejo sentimiento sobreviviría y seguiría proclamando como los dueños de plantaciones de Santo Domingo, cuando la Asamblea Francesa liberó a los mulatos en 1790: "Preferiríamos morir antes que compartir nuestros derechos políticos con una raza bastarda y degenerada".

El negro libre, que quiere ayudarse a sí mismo y a su raza, puede escoger uno o varios métodos: si se atreve a correr el riesgo, puede tratar de recobrar por la fuerza los derechos que la fuerza misma le quita. Pero sus verdaderos amigos entre la raza dominante lo convencerán de que ese camino es suicida. En una guerra de razas en este país, la suya sería exterminada. O puede decir junto con Geo T. Downing: "Siento que estoy trabajando para aquéllos con los que me identifico en la opresión, asegurando un nombre comercial: lucharé por mi progreso y el suyo, pero será con una estricta e indivisa atención a los negocios". O puede creer como Jefferson que "Nada está escrito con mayor certeza en el libro del destino que el que esta gente [los negros] debe ser liberada: ni es tampoco menos cierto que ambas razas igualmente



libres no pueden compartir el mismo gobierno. La naturaleza, los hábitos, las opiniones, han trazado líneas de diferenciación indisolubles entre ellos”.

Esta última opinión la comparten muchos hombres públicos inteligentes en este país, entre quienes Francis P. Blair, Jr., de Missouri, el Senador Doolittle, de Wisconsin, y el Senador Bingham, de Michigan, son de los más conspicuos. Ellos creen que la emigración de negros libres, protegida por los Estados Unidos, hacia alguna región de clima propicio y desprovista de prejuicios contra el color, tendría la influencia práctica más importante sobre la cuestión de la emancipación en este país, y de la consecuente restauración del respeto de la raza de color ante el mundo.

No debe sorprender que una gente dócil y amigable, esclavizada por casi la mitad de los Estados—legalmente excluida de muchos de los restantes y rechazada en todas partes— pueda creer esto y dirija su mirada hacia otro lugar, con la acariciada fe de que cualquier tierra, excepto la propia, es amistosa.

El autor de este libro es de opinión de que, bajo la protección del gobierno de los Estados Unidos, una cuantas familias de color, inteligentes y trabajadoras, podrían colonizar algún lugar en el Golfo de México o por sus costas, y vivir allí provechosamente y siendo respetados; mientras gradualmente se va esparciendo el conocimiento entre sus amigos en los Estados Unidos de las ventajas de este tipo de asentamiento, y a medida que van desarrollando sus capacidades para el trabajo y la sociedad, no sólo atraerán a sus hermanos libres, sino que les permitirá a los que tienen esclavos bien intencionados encontrar una solución fácil y sencilla a una cuestión que tanto los confunde, “¿qué deberíamos hacer con los esclavos libres?”

Pero ni el señor Harris ni sus amigos, hasta donde yo sé, vislumbran la solución final al problema práctico de la esclavitud a través de la emigración. Ellos no contemplan un éxodo masivo de su raza, pues saben que hasta el más mínimo resultado que ellos pretendan alcanzar se debe conseguir lentamente, ya que la primera condición es la protección del gobierno americano. El señor Harris piensa que la isla de Haití o Santo Domingo, en su porción este o Dominicana, ofrece las perspectivas más promisorias para tal experimento; y este pequeño libro es un compendio de su viaje y observaciones en esa isla y en otros puntos del mar Caribe. Contiene un breve e interesante bosquejo de la insurrección de Toussaint L’Ouverture, una historia que le recuerda incesantemente a todo hombre consciente que la esclavitud en todas partes, no importa cuán segura parezca, es un volcán reprimido, no extinguido.

Yo recomiendo este libro de todo corazón como sincero y fiel, muy seguro de que llamará la atención no sólo por su interés y mérito intrínsecos, sino como otra protesta callada y elocuente contra el sistema que, mientras priva al hombre de derechos humanos, a la vez le niega capacidad intelectual. Pienso que podemos perdonar al autor por no amar el gobierno de su país natal. Pero con toda seguridad



él y todos los demás hombres de color pueden felicitarse a sí mismos porque el partido cuyos principios controlará prontamente el gobierno, repite las palabras de la Declaración de Independencia como su credo de filosofía política.

George William Curtis

Nueva York, 1 de septiembre de 1860.

Un verano en las fronteras del Mar Caribe

CARTA I

República Dominicana

De Nueva York a Puerto Del Plata(sic) – Suavidad del Viaje – Haití en la
Distancia – Descripción del Ejército – Belleza Escénica Incomparable.

*“¿Ya partió John, y Lilburn ya se fue?
Adiós a ambos, a Lilburn y a John”.*

Hudibras

Era una apacible y lluviosa mañana del 19 de mayo de 1860, en la que el bergantín John Butler, a bordo del cual nos encontrábamos, dejó su muelle de Nueva York y levó anclas de los bajíos de Jersey. Desde esta posición disfrutamos de la vista más agradable y decididamente más satisfactoria de la gran urbe comercial y sus alrededores. Los numerosos barcos de blancas velas y vapores finamente pintados que iban y venían por los ríos del norte y del este, y por entre las ondulantes colinas de verde brillante de las islas Staten y Long, brindaban una escena muy pintoresca y animada, en marcado contraste con las oscuras paredes y torres majestuosas de la ciudad que se proyectaban a lo lejos.

Nada podría haber sido más deliciosamente refrescante. En conjunto, el suave viento y las escenas características de la bahía de Nueva York compensaban ampliamente las inconveniencias de permanecer todo el día frente a la gran metrópoli, sin ser vapuleado en sus calles o aspirar la atmósfera peculiar que la envuelve.



1. En la mañana del 20 zarpamos de la bahía, pasamos Sandy Hook y nos hicimos a la mar. El cielo era claro y el océano estaba en calma. Entre la novedad de estar en el mar por primera vez y el temor a marearse que sufren todos los de tierra firme, y que saben inevitable, me mantuve en un estado de excitación moderada que aniquilaba eficazmente las penas sentimentales que se espera que uno abrigue en tales momentos. El primer barco que encontramos viniendo fue el "Puerto Plata", de esa ciudad, perteneciente a una firma alemana de la esquina de Broadway y Wall Street, en Nueva York. Su carga, me enteré luego, consistía principalmente de caoba y pieles.

Pasábamos las mañanas mayormente estudiando el idioma dominicano, el cual, lo más que puedo llegar a analizar es que es una mezcla de español, francés, inglés, congo y caribeño, pero, claro, principalmente español. Las tardes las pasábamos pescando y recogiendo algas marinas, observando los peces voladores, o mirando simple y silenciosamente el siempre exuberante mar, que es en sí mismo una fuente infinita e inagotable de irresistible deleite. El viaje se caracterizó por una monotonía comparativamente tranquila. Con brillantes nubes pincelando el cielo del atardecer, un viento fresco templando las velas y el barco deslizándose suavemente sobre las alegres olas, las sensaciones eran en ocasiones extremadamente excitantes y deliciosas. Pero no hubo calmas muertas ni tormentas terribles. Hoy era el pálido cielo azul arriba y el océano de profundo azul balanceándose por todo el rededor; y mañana el cielo estaba igualmente bonito y el mismo oscuro y ondulante océano tan infinitamente sublime. ¡Si hubiera habido una tormenta, aunque sólo fuera para describirla!

Pero cesó la poesía. Estábamos ahora en la latitud de los vientos alisios regulares, con los que todo hombre debe estar tan familiarizado como con sus libros de escuela o el camino a la iglesia. ¿Dónde estaban los vientos? Menguados del sur y del este cuando debieron ser del oeste, y viceversa. En cuanto a su reputada regularidad, no fueron más regulares que un pecador con sus oraciones. Durante cuatro días consecutivos hicimos como una milla por hora, ¡y esto fue en los vientos alisios! Por el honor de todos los involucrados, sin embargo, diré (basado en el immaculado juramento de nuestro capitán) que esto no había ocurrido nunca antes, y, según lo expresara él, "podría no volver a ocurrir en miles de años". Recordé un anciano que salió de viaje una vez, y cuando regresaba le preguntaron que qué había aprendido. El dijo, simplemente, "Fui un tonto una vez, pero fue al viajar que me he enterado de ello". Todas las asombrosas tormentas de que usted oye hablar en las Indias Occidentales se habían ido antes de nosotros llegar; así como los ciclones.

Luego de una travesía de doce días, un contorno azulado, largo, tenue, como si fuese una nube de unas cuatrocientas millas de largo, se proyectaba sobre las olas. Al poco, con la ayuda de un catalejo, pudimos distinguir las altiplanicies que se elevan regulares, hermosos valles verdes y las oscuras montañas elevándose en el fondo. De



inmediato me sentí agitado con todas las ansiedades de la esperanza y del miedo. Nos aproximábamos a las prometedoras costas de Santo Domingo, las que abarcan las repúblicas de Dominicana y Haití. Pero no importa cuán emocionantemente interesante haya sido su historia pasada, la pregunta práctica era si el estado presente de los asuntos no sería satisfactorio, y el clima más caliente y menos saludable de lo deseado, o si las lujosas indicaciones de opulencia y ocio que ahora tengo ante mí no demostrarán ser aún más cautivadoras que lo esperado, y el clima aún más deliciosamente saludable de lo que me atreví a anticipar. Observé los morosos rayos del sol envolviendo las nubes, las montañas y el cielo en una escena refulgente y radiante, con todo el entusiasmo de que mi alma era capaz; pero el sol bajó lentamente y la campana anunciando la cena me recordó una recién atrapada macarela. El sol y la tierra volverán mañana de nuevo, pero la macarela desapareció para siempre.

Y llegó la mañana, y con ella el piloto (negro). Entramos en Puerto de Plata(sic). El muelle es pobre; pero si algo en la tierra merece el epíteto de "sublime", lo es el paisaje que nos rodea. Anclamos y esperamos la llegada de los oficiales de aduanas. Los oficiales vinieron —unos blancos, otros de color— y con ellos el Sr. Collins, un caballero americano a quien yo venía dirigido. Me recibió liberalmente, me in-

vitó a quedarme con él y prometió mostrarme los alrededores del país, presentarme al General (negro) y hacer otra serie de cosas decididamente no-americanas, pero muy caballerescas, claro está.¹



Costa norte de Puerto Plata



Desembarcando



Cargando mercancías

¹ Probable referencia a una parranda.

Era un sábado por la tarde cuando desembarcamos, y sucedió que había una proclamación del gobierno. A su debido tiempo sonó el tambor y el ejército llegó, luciendo para todo el mundo como un tropel de rapacillos jugando a la milicia. Los conté y



Calle de Puerto Plata

creo que había cuatro tambores, dos flautas y dos líneas de soldados –trece por línea. Algunos iban descalzos, otros llevaban zapatos; algunas de sus armas portaban bayonetas y otras no. La forma en que las llevaban se compara con las precedentes sugerencias, y así hasta el final de esta ridícula escena. Dominicana tiene un gobierno –y los poetas tienen imperios.

Al atravesar las calles uno siente el impulso de observar el aspecto de falta de progreso de todo lo que le rodea. Allí yacen las inánimes piedras tal como estaban un siglo atrás. Generalmente construyen las casas de una sola planta con techos cónicos, por la única razón de que así las encontró la presente generación. El señor Collins, que es soltero, vive en una casa de dos pisos con una veranda encantadora por todo el rededor, fresca y deliciosa, rodeada de los árboles frutales más dulces fuera del Edén. Me escuchaba a mí mismo repetir constantemente: “Oh! Qué rosas tan hermosas y brillantes!”, qué esto, y qué aquello, hasta encontrarme avergonzadamente atrapado por mi propia entusiasta ignorancia. No necesito repetir la historia del viajero, pues la certeza de exponerse es segura. Mire



Ciudad y Baños de Puerto Plata

un retablo de madera y diga que ha visto el Niágara, pero no crea que por leer el libro de fotos de Harper¹ usted puede tener una idea de la belleza de la flora haitiana.²

Claro está que no he vivido aquí el tiempo suficiente para saber si el sitio es adecuado para que un hombre pueda vivir en él, o para que un grupo lo colonice, y me doy perfecta cuenta de que cuando de política se trata, el asunto cambia a un eje diferente, pero por todo lo que es magnífico, hermoso, exquisito y delicioso en su producción vegetal, lo considero como un paraíso perfecto.

CARTA II

Deseo de Información – Un lado de una cuestión.

No hay un estudiante que no recuerde, al seguir la historia de Colón en su viaje a través del mar en busca de un Nuevo Mundo, con cuánto interés observó cada indicio favorable de aves o algas, y más que nada, con cuánto arrobo recibió el alegre grito de 'tierra'; ni quien, volviendo la mirada a través de siglos pasados, no rememore vivamente, cuando Colón pisó tierra, la simpleza de los nativos, la codicia de los españoles y su sed insaciable de oro. Pero fuera de esto –más allá del conocimiento de unos pocos de los más destacados escritos de la historia temprana de Haití, o Hispaniola– es poco lo que se conoce generalmente; poco acerca de las vicisitudes y escenas sangrientas por las que ha pasado la gente de esta isla; nada acerca de las "riquezas que se adquieren fácilmente, casi a la vista, en nuestras grandes ciudades"; nada acerca de sus distritos higiénicos, que conducen peculiarmente a la longevidad. Por el contrario, prevalecen nociones equivocadas y exageradas, que porque no está en un círculo dado de líneas isotermales debe ser, necesariamente, adecuado para albergar ciempiés, espantajos, tiburones de tierra y lagartos. Incluso, bien se ha dicho que quizás no hay una porción del mundo civilizado sobre el cual el pueblo americano esté más desinformado; y, de hecho, la impresión generalizada es tan anómala y aparentemente contradictoria, que casi me enfermo al pensar que estas páginas no sean vistas más que como humorísticamente paradójicas.

Me encuentro ahora sobre la línea de 19°,45' en la latitud norte, o a 20°,15' al sur de la ciudad de Nueva York; y a 3° de longitud este, una distancia no mayor, creo, que, por el río, de Saint Louis a Nueva Orleans; una distancia que es recorrida frecuentemente por los vapores en unos cuatro días; ¡y una distancia que se puede recorrer en rieles en los Estados Unidos a una razón de tres veces por semana! Sin

- ¹ Se refiere a la revista "Harper's Bazaar" que para esa época publicó sobre Santo Domingo y Haití.
- ² Nota en el texto original: Cuando la isla fue descubierta por Colón, recibió de él el nombre de Hispaniola –"Pequeña España". Fue después cuando le llamaron Santo Domingo; pero el nombre original que le daban los nativos y revivido por Dessalines, se dice que es Haití. El territorio haitiano, sin embargo, no es sino dos quintos de la isla, perteneciendo la mayor parte a los dominicanos.



embargo, hay muchas personas que, si usted les habla acerca de esta parte del trópico americano, le dirán que la creen situada en algún lugar de la costa de Africa, y que el viaje es demasiado largo y tediosamente desagradable; cuando en realidad es un corto viaje de placer.

Este es un lado; pero la gran lección de la experiencia del mundo es que para cada asunto hay dos lados.

El Otro Lado

Por el otro lado, se puede preguntar que si éste es el Edén del Nuevo Mundo, por qué sus flores deben “nacer para abrir sin ser vistas”, y sus “gemas de los más puros rayos” permanecer escondidas en sus colinas; o, para hablar menos clásicamente, por qué debe quedar el país durante tanto tiempo como terra incognita, produciendo una generación de hombres y mujeres indolentes, que sobresalen sólo por la superstición, la ociosidad y la profunda estupidez. En el “puerto de plata”, que es el puerto por el que entramos, los barcos llegan hasta un cuarto de milla de tierra, entonces otros más livianos llevan la carga la mitad de la distancia restante y de ahí en adelante se deposita la carga en carretas para llevarla a la orilla, cuando, con un poco de ingenio, un pequeño capital y trabajo, se podría convertir en un puerto respetable.

Los hombres visten generalmente –los que se visten– de lino blanco fresco, sombreros de Panamá y botas ligeras. Lucen bien; pero las mujeres, con sus turbantes rojos, muchas veces sin medias y con vestidos sueltos, son chocantes.

“Conoce entonces esta verdad (suficiente para que el hombre sepa), tan sólo la virtud es felicidad abajo”.

Al poco tiempo de nuestra llegada, un hombre oscuro, de piel marrón y tan bien parecido como ninguno que yo haya visto jamás, vino a bordo a trabajar como sereno. En consideración a mí, supongo, el Capitán le preguntó si tenía esposa, a lo que él contestó en mal español: “Dos –una no es un bastante”.

Una gran parte de la carga del barco en que vine consistía en madera para la edificación de un almacén. El mismo barco será cargado con maderas de superior calidad. Incluso las costas están alineadas de madera amarilla y caoba; pero no la aserran. Se ha informado que un caballero construyó una casa en un pueblo del interior, que a los precios del Norte de Ohio hubiera costado unos \$800.00, a un costo de \$25,000. Si pregunta a qué se debe esto –por qué persiste esta negligente inactividad– le responderán: “Bueno, ¿y de qué sirve?”, o como ha dicho Tennyson “Vot’s the hods, mientras seas feliz”. La “apatía de la desesperanza” no ha llegado aquí, pero la apatía de la estupidez es incurable.



Causas de la Decadencia de la Colonia Española

Reconozco que muchas personas, entre ellas nuestros más finos escritores sobre "Civilización – Su Dependencia de las Circunstancias Físicas", atribuyen la causa de la decadencia de la Isla de su antiguo esplendor, y la consecuente indolencia indiferente de los nativos, a las afeminantes influencias que acompañan a todo clima tropical; y creo, sin prejuicios, que ése sería verdaderamente el caso en una gran porción del mundo tropical; pero es una difamación en el caso de Dominicana y Haití. El país es tan saludable como Virginia, y, aparte de su excesiva belleza y fertilidad, se parece mucho a Carolina del Norte. "Nadie muere en Port-au-Platte", dicen; pero me apenaría saber que es cierto.

...(Después de una breve descripción de la historia temprana, la carta continúa:)

Historia Subsecuente

...Para satisfacción de tus muchos lectores, continuaré este bosquejo homeopático de la historia de la isla hasta el presente.

En 1821, la parte dominicana (que abarca unos tres quintos de la isla, pero tiene, creo, no más de un cuarto de su población) declaró su independencia de la corona española, pero poco tiempo después fue sojuzgada por Boyer, el Presidente de la República Haitiana. En 1842, a causa de una revolución en Haití, Boyer tuvo que huir y Rivière asumió la presidencia. Dos años más tarde, los dominicanos vencieron a Rivière, y el 27 de febrero de 1844, restablecieron su gobierno, o más bien el gobierno actual de Dominicana. Los lineamientos principales de su Constitución son que cada distrito o cantón elige electores, quienes se reúnen en convenciones electorales preliminares y eligen el presidente por cuatro años y a otros funcionarios administrativos, y a cierto número de consejeros que forman un congreso.

El presidente Pedro Santana es una mezcla de sangre española y descendencia india,¹ y se le tiene como un persona² muy estimado. Se dice que Báez, el presidente anterior, tiene una mezcla de linaje francés y africano; pero en realidad no hay diferencias en cuanto a color.

En 1849, Soulouque, el presidente de Haití, contrario al deseo de muchos haitianos, se propuso conquistar a los dominicanos y sojuzgarlos bajo su despótico gobierno.

¹ *Nació en Hincha. Es muy improbable que tuviese sangre de los indios, desaparecidos o mediodos del siglo XVI.*



Invadió el territorio con 5,000 hombres, pero lo esperaban en Las Carreas(sic), donde el general Santana lo derrocó desastrosamente, "con un ejército de unos 400 hombres bajo su mando". Esta es la verdad, o la historia miente.

Santana recibió el título de "Libertador de la Patria", por este brillante logro y al parecer se le admira, comparativamente hablando, igual a como nuestro "Libertador", y Padre de su país. (¡Bah!).¹

Pero un pequeño grupo de haitianos, como dije anteriormente, simpatizaba con el presidente Soulouque en su fracasado intento de llevar a cabo la política "democrática" de expansión territorial. Y cuando el general Céffrard fue proclamado presidente, se dice que el populacho le exigió prometer que él no persistiría en la política de su predecesor a este respecto.

"No hay probabilidad de que los haitianos vuelvan a intentar organizarse para recuperar territorio dominicano; por lo que en lo adelante no habrá más contratiempos de este tipo". Estas son las opiniones de hombres eminentes que le han prestado atención a este asunto;² pero en opinión del escritor, como es de conocimiento general, el destino de la isla es la unión; una en gobierno, deseos e intereses, logrado a través de la introducción del idioma inglés, y por otros medios benignos y pacíficos; y que el idioma, los deseos e intereses sean introducidos por medio de la migración de norteamericanos, —unos blancos, pero la mayoría de color.³ Inglaterra, Francia y otras muchas naciones independientes han reconocido y formado tratados liberales con la pequeña y débil República, pero confío que no supondrás que el gobierno de los Estados Unidos sea culpable de algo que parece generosidad; ¡Dios no permita que muera en los Estados Unidos de América!

CARTA III

Corpus Christi

Entre media noche y el amanecer de esta mañana, dormía soñando bajo la apacible influencia de la acariciadora brisa, cuando de repente un armonioso sonido de música instrumental, en parte metal y en parte cuerdas, vibró en el aire. La música sonó como suele suceder para aquel que está en esa semi-inconsciencia como siempre ocurre entre el sueño y la vigilia, tan dulce como el amor. Un cañonazo, y de un salto estuve en pie; y como aquí no es muy notorio ver a alguien vestido de blanco, en un instante estaba fuera en la veranda. Por allí pasaba una alegre

1 *Crítica a George Washington.*

2 Nota en el texto original: *En los últimos quince días se ha descubierto un descontento cerca de las fronteras haitianas, que se supone ser obra de Solouque. Solouque imita a Napoleón I. Napoleón fue a Elbo, Solouque a la isla de Jamaica.*

3 *El autor desea que la isla se unifique en un sólo país donde predominen los esclavos libertos norteamericanos.*

multitud, lo suficientemente promiscua, pero al parecer todo lo alegre y ligera que los mortales pueden llegar a ser, y que para un yanqui de ceño fruncido y contrito puede ser una pose. Desde muy temprano comenzaron a celebrar lo que llaman Corpus Christi, lo que, de acuerdo a la traducción más fiel, debo pensar que significa el Cuerpo de Cristo.¹ Pero aparte de eso no puedo decir más nada. Parecería que se requiere mucho para comprender todas las ceremonias católicas. ¡Y hablar de lo ignorante que son! No espero aprender tanto mientras viva.

Todos los comercios cerraron sus puertas ese día; y se veía ondear en sus astas las banderas dominicana, francesa, americana y de otros colores. En varias calles se erigieron altares, con muchísimas velas encendidas, adornados con banderas de colores y con flores. Estaban realmente muy bonitos y arreglados con mucho gusto. En resumen, era una especie de 4 de julio, excepto por esto: hacia cada uno de estos altares marchaba una muchedumbre encabezada por un sacerdote. El cura decía oraciones en un idioma extraño. Las gentes entendían y se arrodillaban en la calle, hombres, mujeres, niños, pero claro está, principalmente mujeres.

La Finca del Esclavo Fugitivo

Fuimos un grupo a ver al señor Smith, un esclavo fugitivo que había atraído nuestra atención por su energía y por su bien dirigida empresa. No es tan bien parecido como yo esperaba. Mide menos de 5 pies y medio, cojea un poco y, en conjunto, está muy poco adelantado, para usar un americanismo bastante despreciable, con relación a los de "su clase" en los Estados [Unidos].² No habla español, y hasta muy poco inglés; pero tiene voluntad propia y la determinación de hacer algo, lo que le da una ventaja sobre media docena de personas que van a la escuela a perder su sentido común.

El señor Smith era esclavo en Carolina del Sur; lo trajeron por mar a Key West, y allí lo emplearon para trabajar para un gobierno republicano. Junto con otros compañeros esclavos, incluyendo a su esposa, tomó un velero, levó anclas, y tras terribles sufrimientos, por marcos y hambre, finalmente llegaron a New Providence, la cual ya él sabía que era una colonia inglesa.

Procedió entonces a declarar sus intenciones de convertirse en ciudadano inglés, y se fue a trabajar, pero, con los sueldos tan bajos, terminó yéndose a Dominicana para dedicarse a la siembra. Compró un pedazo de tierra cerca de Puerto Plata, y con la ayuda de su "asistente" (en este país significa esposa) pronto limpió la tierra de abrojos y sembró maíz y papas. Para abrir la tierra utilizó un arado, una

¹ El autor es protestante y desconoce el rito católico.

² Todavía no se habla creado la Federación norteamericana. La guerra civil norteamericana se iniciaría al año siguiente a la publicación de este relato.



sorprendente innovación aquí, la cual produjo resultados muy saludables. Desde entonces, un vecino suyo compró uno. La producción de la cosecha del Sr. Smith y su esposa fue tan grande que, al cabo de poco más de un año, tienen una casa y 40 acres de tierra totalmente pagadas, y una nueva cosecha valorada en más de 500 dólares, la cual pronto estará lista para el mercado.

Puede que esto no parezca muy sorprendente para alguien que no haya visto una colina de arena, que no haya estado en Canadá; pero para mí es un milagro. Mi objetivo al mencionar esto, sin embargo, es declarar que el señor Smith plantó además algunas semillas de algodón Sea-Island, el producto de las cuales ya fue enviado a Nueva York y declarado que vale 14 centavos la libra. Recientemente, han llegado otros hombres de color de los Estados del sur y algunos han amasado pequeñas fortunas cultivando algodón que no ha pasado de 8 ó 9 centavos la libra, y el cual han tenido que replantar cada año.¹ Aquí se produce, indefinidamente, sin necesidad de replantarlo, pero es más seguro decir por siete años.

El asunto es el siguiente: denle a media docena de hombres como Smith una máquina de limpiar algodón (\$350), envíenlos aquí, y ¿no lograrían ellos mucho más por la elevación de la raza negra al cultivar exitosamente el algodón, en dieciocho meses, que todos los simples habladores en la misma cantidad de años?

La cosa más ominosa que me he visto obligado a hacer, y el pecado más grande que he cometido, ha sido el registrarme como ciudadano americano. Me presenté ante el cónsul de los Estados Unidos (cuyo hijo y ayudante, dicho sea de paso, es un mulato). Se produjo la agradable carta del señor Marcy,² no con malas intenciones, pero sólo para demostrar las indefinibles definiciones que existen entre "de color" y "negro" y "blanco" y "negro" como ciudadanos americanos. ¡Me gustaría averiguar cómo sabe un hombre que es ciudadano americano! Hoy día hay congresistas que no sabrían definir esto, así como no sabrían decir quiénes son sus padres.

Y respecto a lo que dice el señor Corwins³ acerca de hacer cumplir las leyes, él debe dar gracias al cielo si no ha sido arrestado todavía como esclavo fugitivo.

- 1 *En esa época, los negros del sur norteamericano se dedicaban, o se utilizaban, esencialmente en el cultivo de algodón.*
- 2 *Nota en el texto original: Presumiblemente, hace referencia a William L. Marcy quien había sido Secretario de Estado de 1853 a 1857 y había tratado de mantener el Sur feliz interpretando lo que es ciudadanía, pero lo encontró cada día más difícil con las crecientes demandas de los esclavos libres de que se le reconocieran sus derechos como ciudadanos mientras viajaban por el extranjero. H.H.B.*
- 3 *Nota en el texto original: Puede o no referirse a Thomas Corwin, originario de Kentucky, y quien fuera durante la mayor parte de su vida un líder político en Ohio. H.H.B.*



CARTA IV

Primer recorrido por el país - El lugar de Pastorisa

"A un yanqui se le conoce por lo corto de sus estribos," eso dicen por aquí, y no creo que la crítica sea muy severa. A excepción de Willis y uno o dos más, ¿quién entre los americanos sabe nada de montar? Los dominicanos son buenos jinetes. De hecho, alardean de que ellos pueden montar o marchar más lejos en dos días que lo que los americanos quieran recorrer en una semana. Por otro lado, si "los yanquis" tuvieran este país, pronto lo arreglarían de manera que un hombre pudiera ir por todos lados antes de que los dominicanos se desayunaran. El señor Pastorisa (de la firma Pastorisa, Collins & Cía., anteriormente de San Tomás), quien se casó con una nativa, está montado en un caballo crema (cuesta \$300), y lleva a su espalda una espada en un envainadura plateada. Todo hombre lleva algún tipo de espada, aunque se sepa que es tan inútil como un cuchillo de mesa. Es una costumbre vieja, anticuada y con cien años de atraso, pero en algunos casos les sirve como su propia Corte de Apelación. Nadie les molesta, y se espera que uno se comporte de igual manera, de lo contrario la dificultad se resuelve generalmente a punta de espada, y ahí termina. ¡Que magnánimo este rudo modo de sanjar las disputas, cuando lo comparamos con esa cueva de ladrones, que tiene un sólo lado de la balanza, blasfema, defraudante, llamada Corte de Justicia en los Estados [Unidos]!¹ Viniendo de una tierra donde los hombres se matan sin previo aviso, en vez de espadas, las cuales no sabría cómo usar, compro un par de cananas para pistolas de jinete, las cruzo sobre la montura, y estoy listo.

Está claro que no hay pistolas en estas cananas, ¿pero cuál es la diferencia siempre y cuando están supuestas a estar ahí? La tomo como una de las grandes lecciones que nos enseña la historia del mundo, que los hombres temen mucho más a los peligros supuestos e imaginarios que a aquellos que conocen como reales. El número de pecadores reincidentes y de testigos de historias de serpientes es incontable.

Estamos ahora al pie del monte San Marcos, el cual se eleva justo detrás del pueblo de Puerto Plata.² La tal llamada carretera no lo era para nada. Había pequeños y estrechos caminitos entre las piedras, buenos para mulas, pero apenas del ancho suficiente para permitir pasar a pie. Subimos la montaña "poco a poco"³. Mientras pasábamos entre las rocas el sol nos caía encima con una intensidad que no habíamos experimentado antes. Pero yo nunca había sido ni un consejal ni lo suficientemente gordo para derretirme;⁴ es más, hasta podría haber brillado sobre un nudo de pino. Al rato, el sol se escondió tras una nube, el trueno gruñó un poco, y muy pronto, como por arrepentimiento, llegó la reconfortante ducha de lágrimas.

1 *Crítica a la forma en que la justicia norteamericana trataba a los negros en esa época.*

2 *Se refiere a Isabel de Torres*

3 *En español en el original.*

4 *Referencia al cuento popular vigente en esa época de que el negro, al igual que la tarvia, se derretía con el sol.*



(¡Gracias al cielo! el asunto del negro venció al sol). No hay nada tan calculado para hacer a un hombre vano como la lluvia en la montaña. Uno disfruta las inefables sensaciones, mientras abajo contempla a los pobres tipos del valle sudando bajo el sol. O puede que allá abajo se estén ahogando en agua, y usted arriba dorándose bajo el sol. De cualquier forma, uno puede regocijarse y mirar con pena a los tontos que se amargan lamentándose y quejándose de cosas que son inalterables, y que no necesitan cambios. El sabio no se aflige.

Sobre la montaña y al lado de un arroyo, con limoneros por doquier, paramos un momento para refrescarnos. La limonada es barata, pensaría uno; los limones son tan gratis como el agua. Si la naturaleza proveyera el azúcar, hubiéramos tenido un río de limonada.

Aquí comienzan de nuevo los asentamientos, llamados estancias, los cuales, si consigues un pizarrón y tiza, te explicaré. Delimita, digamos, cuatro acres de tierra, límpialas, deja los árboles frutales—claro está—cércalas, y no plantes nada en ellas. En el centro de este pedazo construye una casucha. A esto se le llama un conuco. Ahora ve por el bosque, como una milla y media, limpia otros cuatro acres de tierra y siembra tabaco. Dentro de unos dos años se habrá convertido en maleza; entonces tú (como no conoces el uso del arado) te vas media milla más allá, limpias otro pedazo de tierra y siembras una nueva cosecha.¹ El lugar anterior se fue a pique, y el nuevo lugar está en pleno auge; pero ninguno queda cerca de la casa. Todo este conjunto se llama una estancia, y debí decir antes que se considera una finca, pero está muy lejos de significar una finca como se le conoce en inglés.

En este punto dejamos la “carretera” y, a todo galope la mitad del tiempo, cortamos por el bosque, guiados por un camino borroso que vuela sobre las colinas y baja los valles con tan poca discriminación como ningún otro camino de pradera hecho por una manada. Las hazañas de L’Ouverture o la tan celebrada escapada de Putnam, serían la lectura apropiada, pero esto es reducir el asunto a la práctica.

Cinco millas de galope sobre terreno plano—treinta millas en total—y hemos llegado al Lugar de Pastorisa: es una arcadia perfecta.

En momentos de esparcimiento probablemente recordaré el paseo a caballo de este día y sus encantadores paisajes como uno de los capítulos dorados de mi vida; pero al presente, después de un baño, y de la rapidez con que desaparecerán los plátanos fritos, el jugo de piña y la dulce leche caliente, le haría bien verlos a un indigesto norteño!

La propiedad fue lograda por herencia a través de la señora Pastorisa. Ella tiene, tal vez, unos veinticinco años. Sus ojos son tan brillantes y oscuros como le hubiera gustado a Lord Byron que lo fueran. Su cutis es el de una naranja madura. El lugar es extenso, de unos diecinueve mil acres, en un valle de cinco millas de ancho,

¹ *Sistema de tumba y quema, característico de la agricultura tropical.*

cercado a ambos lados por una valla de montañas, con un limpio arroyuelo que la atraviesa por el centro. Los ruiseñores le dan vida a todo; las cotorras y los pericos dan vueltas en vandas, gritando y chillando, son un verdadero tormento. Detrás de la casa hay un bosquecillo apropiado para abejas. Hay un ejambre en cada tronco. (Había ciertamente más de cien colmenas). En las montañas no se valora mucho la miel y hasta la botan en los ríos, preservándose sólo la cera. Esto sucede por tener mulas de carga y senderos de chivos en vez de carretas y caminos para carretas.

El señor Pastorisa me había informado antes de su deseo de dejar el pueblo y mejorar su finca. Todo lo que necesitaba era hombres que conocieran de fincas bajo el plan americano. El tiene un arado, e intenta ensillar un buey mañana para tratar de experimentar con el arado. Ahora, está claro que para tener éxito con el arado necesitará por lo menos una yunta de bueyes –lo cual él tiene, excepto la yunta. Yo me comprometería a hacerlo, pero nunca he hecho esto en mi vida y, de todas formas, siempre le tuve horror a una yunta de bueyes; pero ¡oh! no hay herramientas. Así que el señor Pastorisa necesita obreros, pero, razonando un poco a priori, se verá que hay otras cosas igualmente necesarias. Una es una carretera. Hay una salida natural al valle –debe haberla. El arroyo anterior a la puerta se dirige hacia el río Isabela. El Isabela desemboca en el mar, claro está.

Olvidaba decir que la señor(sic) Pastorisa tiene “un poco de color” –la mujer más hermosa del mundo.

CARTA V

Valle del Isabela – Costumbres de los Nativos – Capítulo de las Culebras – Llamada a Cenar

*“¿Conoces la tierra donde el ciprés y el mirlo
Son emblemas de hazañas logradas en su clima;
Donde la furia del buitre, el amor de la tortuga,
Ya se funden en la pena, ya enloquecen a matar;
Donde las flores no retoñan, los rayos no brillan,
Y a pesar de todo el espíritu del hombre es divino?”*

Byron

Habían caído uno o dos aguaceros vigorosos antes de que bajáramos al valle de la Isabela, así que aún quedaba mucho fango resbaloso a lo largo de los estrechos caminos, lo cuales quedaban generalmente al borde de alguna montaña, terraplén, o para hacerlo más emocionante, al borde de algún precipicio. Me hubiera dado por perfectamente satisfecho si sólo se me hubieran roto uno o dos huesos.

Badeamos el río impunemente, lo cruzamos y lo volvimos a cruzar, hasta tocar un fondo tan liso como sobre el que rueda alguna se haya deslizado. El valle de la Isabela es tan hermoso como un parque.





Río Bajabonico

El río no es tan largo como el "Bello Río" de Longfellow, pero merece el nombre mucho más. A propósito, cada vieja finca tiene su nombre particular, como el "ruiseñor", el "zumbador", "Crebahunda" y varios otros para los cuales no hay traducción adecuada. Las leyendas acerca de ellos son de lo más exquisitas. Considerando, por lo tanto, la interesante historia,

las exquisitas leyendas y las tradiciones extraordinarias de este país, me atrevo a decir, que si hubiese suficiente migración hacia acá para producir un poeta de la escuela de Hiawatha, le tendría pena a los laureles del señor Longfellow. Hay, sin embargo, una o dos partes de "Hiawatha", por las cuales espero conservar el gusto.

Las casas y los cultivos a nuestro paso siguen el mismo estilo de las estancias descritas anteriormente. Los hombres lucen comparativamente nítidos en su aspecto, no



Grabados mostrando la vestimenta campesina de la época

importa dónde se les encuentre. Las mujeres en muchos casos son bien parecidas pero raras veces temperamentales. Y la pregunta del momento parece ser ¿qué tan bajo puede ser el escote del vestido? Y la respuesta es, ¡bien bajo por supuesto! El lino suizo se usa para vestidos, y cuando lo lleva una

mujer hermosa es como bálsamo de Gilead para los ojos cansados. La esposa no suele comer a la mesa con su esposo. Se ocupa de que tenga su baño listo y a veces hasta da de comer a su caballo, y a la hora de comer, o lo hace con el plato en las piernas, o espera a la segunda sentada. Esto no lo hacen por falta de respeto de parte de ninguno de los dos; es su estúpida costumbre. Si alguna vez "los americanos" condujeran una diligencia valle arriba, y dos o tres de estos tipos tuvieran que subir al techo para ceder su asiento interior a una dama, entonces comprenderían un poco mejor para conveniencia de quién fue hecho este mundo.

14 de junio – Hoy cayó enfermo el señor Pastorisa, y ahora está tendido en una hamaca. Esto me da la oportunidad para exaltar la hamaca, que es algo demasiado excelente para dejar pasar inadvertido. Consiste principalmente de una malla de cabuya tejida en forma similar a una red de pescar, del doble del largo de una persona o más, y unida en los extremos con cuerdas lo suficientemente fuertes para soportar el peso de cualquier persona. Estas cuer-



Un viajero cansado

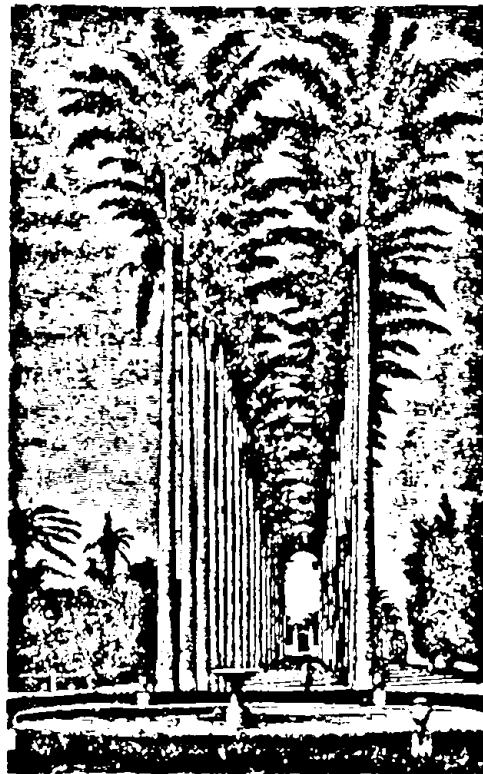


En su hamaca

das se amarran a la rama de un árbol o a las vigas de una casa, y ahí se balancea uno tan feliz como jamás bebé alguno se haya mecido en la copa de un árbol. Es lo suficientemente ligera para llevarla en la montura y es totalmente indispensable.

La fiebre del señor también me sirve de excusa para tomar notas más detalladas de lo acostumbrado. Claro que sólo te puedo describir algunas cosas. La palma debe de ser una. Este extraordinario árbol crece sin una rama, suave y regular como un poste de barbero, a una altura de unos cuarenta o sesenta pies. Y, de repente, en ese punto el tronco se torna verde y le brotan de allí dos o tres retoños. Alrededor de éstos crecen los frutos, los cuales se usan para engordar a los cerdos. Cada retoño proporciona cada mes una cáscara rara o piel, la cual se utiliza para techar las casas, para empacar tabaco y hasta para hacer bañeras, bandejas y otros artículos de uso en el hogar. El tronco del árbol lo utilizan como tablas para construcción. Se raja como una lata y su interior es meduloso, algo así como saúco o yezgo. Sus hojas son de unos doce pies de largo y se curvan con la misma gracia de un arco. En el centro del tope surge una lanza, como el poste de un parasol. Esto fue hecho (pensaría uno) para que bailen en él los ruisseñores. El árbol más útil del mundo, pero su utilidad la sobrepasa su propia belleza.

La fiebre del señor también me sirve de excusa para tomar notas más detalladas de lo acostumbrado. Claro que sólo te puedo describir algunas cosas. La palma debe de ser una. Este extraordinario árbol crece sin una rama, suave y regular como un poste de barbero, a una altura de unos cuarenta o sesenta pies. Y, de repente, en ese punto el tronco se torna verde y le brotan de allí dos o tres retoños. Alrededor de éstos crecen los frutos, los cuales se usan para engordar a los cerdos. Cada retoño proporciona cada mes una cáscara rara o piel, la cual se utiliza para techar las casas, para empacar tabaco y hasta para hacer bañeras, bandejas y otros artículos de uso en el hogar. El tronco del árbol lo utilizan como tablas para construcción. Se raja como una lata y su interior es meduloso, algo así como saúco o yezgo. Sus hojas son de unos doce pies de largo y se curvan con la misma gracia de un arco. En el centro del tope surge una lanza, como el poste de un parasol. Esto fue hecho (pensaría uno) para que bailen en él los ruisseñores. El árbol más útil del mundo, pero su utilidad la sobrepasa su propia belleza.



Entrada a una hacienda cafetera

El valle de la Isabela es una alameda de palmeras.

Uno no puede dejar de destacar lo absurdas que son las historias de serpientes que la gente vulgar relata respecto a las Indias Occidentales y al trópico en general. En el mundo no hay nada tan descaradamente falto del más mínimo sentido común. Durante todas mis andanzas por los bosques, sobre las colinas y por el curso de los ríos, la cosa más dañina que he visto es una abeja –¡ni siquiera una simple culebrita muerta!

Un día, mientras navegaba en barco lejos de la costa, un marinero arrojó una línea con anzuelo, y al cabo de un tiempo atrapó un tiburón joven. Era la cosita más inquieta que haya visto jamás y fuerte como un gigante recién nacido. Cuando el tiburón apretó el anzuelo y coleteó por todo el barco, el marino le asestó un golpe en la cabeza con un palo. Al poco rato lo mató y lo sazonó para el desayuno.

— “¿Se va a comer el tiburón?” indagué.

— “¿Por qué no?”

— “¡Cielos! Yo pensaba que eran la cosa más mala del mundo”.

— “Usted come pato,” dijo él; “¿Qué puede haber más asqueroso que un pato? Los tiburones son limpios, nadan en aguas limpias”.

Luego probé un pedazo: estaba áspero, y la idea de que su madre me comiera a mí algún día hacía el asunto repugnante. Pero aprendí una lección que no olvidaré muy pronto: un irlandés teme ir a América por las ranas; un francés hace un manjar con ellas; un hombre como ratas, y otro come gatos.

Ahora, suponer que no había ningún reptil en todo el país, o ninguno peculiar a sus bahías e islas, sería absurdo. Y cuando llegamos a la costa, sentí mucho perderme de ver un viejo haragán cocodrilo tomando el sol en la arena. De tener siete cabezas, sin embargo, con todo gusto lo atraparía y lo enviaría a Barnum;¹ pero si no, mejor dejar, como haría Banks² con la Unión, que esa cosa culbrina se deslice.

Tu canción *Allergater in the brake* estará bien para los Estados del sur, con sus esclavos rítmicos y robados de las costas africanas; pero aplicarla a este país desgraciaría al tonto más idiota jamás importado. De animales cuadrúpedos salvajes no hay ni siquiera una ardilla. Las aves son incontables.

¡Stanley es él mismo de nuevo! Un paseo de hora y media, dos vueltas al río, (creciente) y estamos en la boca del famoso Isabela. El río está aquí, pero el pueblo de la Isabela ha desaparecido para siempre. El delta está cubierto con madera de caoba;³

1 *El famoso Circo Barnum.*

2 Nota en el texto original: *Posiblemente Nathaniel P. Banks, Congresista, Gobernador de Massachusetts. H.H.B.*

3 *Nótese lo abundante de la caoba en esa época.*

dos goletas se destacan en la distancia esperando para transportarla a Europa; y con estas excepciones –y sólo éstas, a no ser por la ausencia de los indios– si Colón llegara de nuevo hoy, no encontraría ni una pizca de adelanto de lo que él encontró hace más de tres siglos y medio. Un bote cargado de remeros baja por el río, el capitán dirige una canción, y todos los remeros le hacen el coro; se escucha un chapoteo al otro lado en el agua, como si fuera un pez o una tortuga torpe; pero excepto por estos ruidos, todo el valle permanece en un mortífero silencio.

Para tener una mejor vista, hay que cruzar el promontorio (el punto más al norte de la isla) donde Colón hizo tierra por primera vez. Desde allí se puede ver la frontera con Haití que se extiende en la bruma azul de la distancia, y el paisaje es un encanto.

Vamos sobre las rocas, guiados por un español en una pequeña mula de bahía, que trepa por los riscos con una agilidad admirable hasta para una cabra montaraz. El caballo del señor vacila. Un paso en falso ¡y se van ambos a la eternidad!

Estamos en la playa. Mi fervor al recolectar unos cuantos caracolitos para conmemorar la llegada de Colón, hace que el señor se avenga a sentarse al sol y sostener mi caballo por un minuto; pero no me cabe ninguna duda de que él preferiría verme como un experto recogiendo habichuelas o sacando papas. “¡Ah! H.,” dice él, “deja de estar escribiendo libros y recogiendo caracoles; cástate, y ven a cultivar”. Y lo haré –todo menos lo de casarme.

Pero querrás saber qué sucede, después de todo, con el puerto. Es poco profundo. Los barcos con cargas de cien toneladas no pueden entrar a tantas brazas de un puerto. De hecho, la única pregunta es, por qué a un hombre con el sentido de Colón se le ocurrió jamás detenerse allí. No vale ni la tinta que tomaría para describirla.

Invitación a la primera casa a cenar. “Vengan, que maten el ternero gordo,” se cumplió al pie de la letra, excepto que en este caso era un chivo. Sin embargo, valía el regreso de cualquier hijo pródigo.

La ‘señorita’ más grande tenía que hacer un vestido. Era un pedazo de muselina azul pálido, y para ella, sin duda, era “magnífico”. Dejó de ayudar al viejo patriarca sazonzando el chivo, fue hacia la tinaja, cogió el cucharón de jícara de coco y se llenó la boca de agua hasta que las mejillas se le inflaron como una marsopa. Luego, deliberadamente, se roció el agua en las manos; ¡y éste era su modo de lavarse! Entonces esparce sus telas, las admira un momento, las envuelve de nuevo, y las deja a un lado.



Apartment

Los niños de cuatro, o hasta seis años, correteando por el lugar, estaban tan desnudos como cualquier hijo de Adán a su llegada a este mundo.

Miramos hacia la cocina abierta, larga y estrecha, y vemos viejos y jóvenes sentados alrededor, en el suelo sucio, disfrutando su comida de chivo fresco, calabaza de invierno y plátanos, guisado todo junto.¹

Nuestra cena ha terminado; nos despedimos de esta gente, y los nombramos como el grupo de mortales miserablemente resignados más feliz sobre el que el sol haya brillado jamás. El hombre necesita emociones; ruega por ocio.

Volvemos al Lugar de Pastorisa para pasar el domingo. Dos o tres días de descanso y partimos frescos de nuevo para Puerto Cabello.

Así termina la semana –una por lo menos en mi vida por la que valió la pena el esfuerzo de haber vivido.



Bahío de nativos



Bahío de nativos

CARTA VI

En ruta hacia Puerto Cabello – Antilla Americana – Reglamento de Migración.

*“Aquí en mis brazos serás tan feliz,
Como Alcione anidando en un mar de invierno”.
Dryden*

Cuando el azafrán de los rayos del sol se desliza por los lanudos bordes de las nubes en la montaña, hay en ellos una solemnidad singular y una fascinación peculiar que no se puede comparar a nada terrenal. Más que nada, asemeja a una oscura mortaja forrada de satín blanco y festoneada con borlas plateadas.

Esto me recuerda que aquí el signo de luto es una novedad. Toman la forma de un pañuelo blanco impoluto en la cabeza –algo casi nunca visto, sin embargo, porque

¹ *Un sancocho.*

La gente en este distrito casi nunca muere a no ser por simple vejez. Cerca de nosotros hay un anciano (negro) cuyo pelo blanco y el aspecto de su cuerpo indican que debe tener por lo menos ochenta años. Su padre murió hace apenas un año, y se dice que durante algún tiempo antes del señor morir, debían encender un fuego a la hora de dormir para poder generar suficiente calor para que su fina y fría sangre se mantuviera en circulación. El no alcanzaba a conocer su edad.

Pero aquí el gran objetivo de la vida parece ser el comer. Lo primero que uno recibe al dejar la hamaca es un aromático tazón de café fuerte, excelente bebida, que se parece tan poco a lo que de ordinario se consigue en los hoteles como la pura y rica crema que se compara con el agua o la tiza. ¡Bah! ¡Piensa en las aguas sucias, hechas de guisantes tostados, que está supuesto a ser café de las Indias Occidentales! ¡Oh, nación de Barnums¹ e incautos egregios!

Donde las circunstancias lo permiten, no pasa una hora del día sin que traigan algo de comer. "Esto es un aguacate –se debe comer con sal y pimienta". Luego es miel, piña, mango, naranja, guineo, y hasta un trozo de caña de azúcar –cualquier cosa con tal de estar comiendo. Y luego se espera que uno coma con tanto apetito en la cena como para satisfacer un hombre durante una semana. Cabalga durante milla y media y te preguntan si no tienes hambre. Contestas: "Claro que no". Atravesas el próximo arroyo, y "¿no tiene sed?" te preguntan. Si lo deseas, di de nuevo "claro que no", y verás como tu admirable ser es comparado poco elegantemente con una especie de chivo.²



Hatero



Quaero



Aguador



Aguado

El clima de estas montañas parece ser el de una eterna primavera, 88° Fahrenheit ha sido el día más caluroso que hemos tenido hasta ahora. Entiendo, sin embargo, que en septiembre el calor es más opresivo debido a que hay más calma, pero nunca tan intolerable como en las latitudes cambiantes. ¡Insolación! Se puede arriesgar la reputación de media docena de "oradores" (un oficio que en los Estados [Unidos] la provoca), a que tal cosa como una insolación no se sentirá aquí hasta que el mundo dé tantas vueltas para atrás como tantas ha dado hacia adelante.

Estamos trotando por la ruta hacia Puerto Cabello. Ya te he dado antes una descripción de estos valles, pero al pasar ahora por un bosquecillo de "pomarroza",

1 *Norteamérica es una nación de gente de circo.*
2 *Referencia a la tradicional hospitalidad del campesino dominicano.*

(un fruto muy apreciado en las Indias Occidentales simplemente por su sabor, el árbol se parece mucho a una lima, y su fruto hueco, algo así como una manzana de mayo, lustrosa como una naranja, y de sabor perfumado precisamente como una rosa), no puedo menos que reflexionar que si otra Eva fuera puesta en un jardín terrenal, yo rogaría porque fuera en algún lugar entre las colinas de Nueva Inglaterra, pues, sin lugar a dudas, allí ella podría enfrentar la tentación con una resistencia magistral; pero si la colocan en un jardín como el que se podría hacer en este país –con todos los pecados del mundo ante ella– temo que sería tentada mil veces de nuevo.

Detente un momento en un punto elevado de una hacienda llamada “Crebehunda”(sic), contempla los grandes valles extenderse entre las cadenas de montañas hasta que se pierden en el verde-azul del mar que el catalejo muestra en la distancia. Esquivando ramas, yendo a veces de cabeza por entre el eterno verdor que, de ser posible, crece aún más exuberante, de esta forma finalmente alcanzamos Puerto Cabello, un lugar que prueba ser, como entendimos previamente, el punto más preeminente para un puerto de entrada a toda la costa norte de la isla.¹

Estos viejos españoles me dicen todo el tiempo:

- “Hijo mío, tú nunca luces contento”.
- “Perfectamente feliz, tío”, replico yo.
- “Te la pasas pensando –estudiando”.
- “Nada tío –sólo un americano”.
- “¿Sólo un americano? Bueno, qué hacen diferente del resto de la gente?”
- “Planificar pueblos un día y construirlos al siguiente; poseer tierras y desarrollarlas”.

Ahora, ésta es una conversación genuina americana; que llegue a ser una práctica americana, queda por verse.

Puerto Cabello se utiliza ahora hasta cierto punto para exportar; pero la única razón por la que no se utiliza más extensamente es que entre el puerto y el valle hay que cruzar una colina, la cual se podría hacer tan respetable como una carretera con seis manos fuertes y en igual número de días. El país está maduro para la inmigración. El señor James Redpath, un talentoso inglés-americano, y un agudo observador, atravesó recientemente una porción del territorio haitiano y llegó a la conclusión de que la isla entera puede sostener unos 20,000,000 de personas. Probablemente no hay en ella ni un millón, y de éstos, la mayor parte está en Haití. El territorio dominicano, que es mucho más extenso y deseable, no tiene mucho más de un cuarto de millón, en total.

¹ *Se refiere a Luperón.*



Yo digo que el país está maduro para la inmigración. La fiebre del Pike's Peak se apagará en breve.¹ Entonces tal vez no habrá mejor tierra prometida que ésta para explotar, en todo este nuevo mundo. Casi cualquier punto se puede hacer florecer con la apertura de carreteras buenas. Con Puerto Cabello esto es particularmente cierto. Santiago es el principal pueblo del interior. Es el lugar apropiado para ser, y fue anteriormente, la capital. Está situado en el río Yaque, el cual atraviesa La Vega Real, y tiene unos 12,000 habitantes. El comercio de Puerto Plata se mantiene principalmente de esta fuente; pero la ruta montañosa que hay entre ellas, sobre la cual no se puede transportar nada a no ser "poco a poco" a caballo, ha sido casi la ruina de ambas. Puerto Cabello está a dieciseis millas al oeste de Puerto Plata. Evade la montaña San Marcos, y es justo suponer que si alguna vez se abre comunicación entre éste y Santiago, y si aquí hubieran las más mínimas facilidades para embarcar mercancías, los negocios del interior fluirían inevitablemente en esta dirección. En cuanto al interés en embarcar, eso fue lo primero que nos hizo enfocar nuestra atención hacia acá. Como Puerto Plata no resulta ser puerto seguro en invierno, se sabe que los barcos atracaban aquí por seguridad. Hay nueve pies de agua en la barra más baja, y, una vez pasada ésta, hay dos bahías tranquilas, en cualquiera de las cuales un buque mercante puede mantenerse sin ancla.

Habrá un asentamiento americano en este valle —el núcleo donde estoy ahora parado— y éste será su puerto de entrada. Tal asentamiento contará con el apoyo del señor Pastoriza y, según tengo razones para creer, de los nativos en general. No tienen maquinarias que ahorren mano de obra, lo cual es, sin dudas, lo que más necesita el país. Piense en una comunidad como ésta echando adelante sin un arado, sin una despepitadora de algodón, sin un aserradero, ni nada de este tipo. Es verdaderamente sorprendente. Hay, claro está —y es muy natural— un persistente prejuicio contra los americanos blancos. Este puede o no ser rebasado; pero la pregunta natural es, ¿son los hombres de color americanos lo bastante competentes para infundir el espíritu empresarial que el país demanda? Deja que el sentido común del hombre de trabajo responda. Mi experiencia con tus "promotores" advenedizos que imitan a los blancos, es concluyente.

La ruta —y una barata— es de Nueva York a Puerto Plata. Los implementos agrícolas se admiten libres de impuestos. Adjunto estoy enviando una importante comunicación, mostrando la disposición del gobierno hacia la inmigración. Es fácil ver que—(de llevarse a cabo) esto marcará una nueva era en la historia del país.

Pero este asunto debe ser comprendido antes de que se lleve al cuarto del debate —o sea a los púlpitos²— para su discusión. Si la gente lee las decripciones poéticas de Homero, de paisajes imaginarios, y vienen aquí esperando encontrarlos realizados,

1 *Referencia a la fiebre del oro en California.*

2 *A su discusión en las iglesias protestantes norteamericanas.*



estarán tan decepcionados como merecen. Hay tiempos cuando las nubes suben lentamente sobre la cumbre de la montaña, con un brillante sol a sus espaldas, cuando el cielo brilla con un esplendor que trasciende toda concepción; sin embargo, no es probable que ellos vean estas montañas “dando vueltas” o “cabeceando” para conveniencia de nadie. ¿Deben las montañas necesariamente reposar sus excelsas cabezas contra el pecho del cielo, como si mantuvieran una constante comunión tete-a-tete con las estrellas? De ser así, entonces aquí no hay montañas, sólo lomas de papas. Tampoco serán cegados por el excesivo resplandor del sol o de la luna; ni la luna convertirá en plata todo lo que sus rayos toquen. Un rayo de luna es un rayo de luna, supongo, en todo el mundo. Los poetas americanos, sin embargo, pueden ser leídos con impunidad.

*“Esta es la tierra en donde el limón perfuma el viento;
Donde la naranja habita en el valle dorado;
Donde céfiros más suaves abanicán el cielo azul celeste;
Donde nacen los mirtos y orgulloso el laurel se crece”.*

(Luego de una descripción de las regulaciones sobre inmigración en Santo Domingo, continúa:)

CARTA VII

*Asentamiento Americano Propuesto – Cuadro de la Vida –
Tumba del Misionero Wesleyano.*

*“Tus promesas son como el jardín de Adonis
— Que un día florecieron, y dieron frutos el siguiente”.*
Rey Enrique VI

Apenas tengo tiempo para informarte acerca de un asentamiento americano que realmente ha comenzado. Está cerca del mar, no lejos de Puerto Plata, en una gran comunidad o franja de terreno que abarca unas doce millas cuadradas (no un cuadro de doce millas), con energía hidráulica a todo lo largo. La tierra, al ser común, es considerada de primera importancia, ya que por este medio con muy poco capital —digamos unos cien dólares— le asegura al colono la ventaja del pastoreo en toda el área que no se esté utilizando. Esta idea la sugirió un eminente caballero de St. Louis, y ha sido la norma desde los primeros asentamientos en las colonias españolas de los últimos siglos. Claro está que será subdividido cuando así se desee, tocándole a cada hombre la parte que haya mejorado. Los principales colonos son de Massachusetts, uno de los cuales, un tal Sr. Treadwell (de color), estableció una escuela artesanal. Otro, un tal Sr. Locke (blanco), que vino por motivos de salud, ha conseguido un local para molino, se construyó una casucha y limpió unas doce o veinte acres de terreno con miras a instalar un aserradero. Cuán feliz será el efecto de esta empresa

sobre un pueblo tan poco progresista, probablemente ya lo has intuido, por mis previas observaciones.

La escuela artesanal es, sin lugar a dudas, el único modo de insuflar un tono de moralidad en este país, o de dar asidero a la religión Protestante. Ya esto se ha intentado. Hace como unos veinte años una sociedad de metodistas wesleyanos estableció una misión en Puerto Plata. La iglesia todavía está en pie, y es atendida comparativamente bien por unos extranjeros; pero no han convertido a un solo católico, predicando desde el primer día hasta hoy. La razón es que los católicos no van a escucharlos. Pero por el bien de la educación, unos ciento cincuenta niños eran enviados regularmente a la escuela, y allí, por las enseñanzas "infieles" de los wesleyanos, pronto aprendieron a desconfiar de las ceremonias de su madre iglesia. Desafortunadamente, unos dos años después de descontinuada esta escuela, y habiendo triunfado en separar a la gente de un catolicismo positivo sin realmente unirlos a la religión Protestante, esto parece haberlos dejado con una creencia general en todo, lo cual es, como yo lo veo, lo más cercano a no creer en nada.¹

Las tierras alrededor de Puerto Plata son casi todas propiedad de la Iglesia Católica, y son arrendadas, a través del gobierno, a precios razonables a las personas que deseen asentarse allí. Pero al establecer una escuela a unas siete millas de distancia, como indicara anteriormente, estaría totalmente libre de tales influencias. Un misionero inglés vendrá pronto de una de las islas vecinas a inspeccionar personalmente el lugar.

La vista del mar es divina. A lo largo de las orillas poco profundas, las olas rompientes lucen de un verde brillante –más verdes que los árboles– mientras, más allá, donde el agua es más profunda, el tono es de un púrpura perlado –un púrpura más puro que una uva. De hecho, en la tierra no existe comparación para la belleza tranquila de este mar transparente. Hace algunas horas pensé hacer un boceto para tí, que no resultaría ser, como tantas otras cosas, muy bueno como para durar; pero continuó así, hora tras hora, hasta que el sol anidó en su mismo corazón.

Suficiente en cuanto al futuro asentamiento. Quizás se llamará "Excelsior" pero yo le llamaré por ahora "Crebahunda".

El aire fresco de esta mañana casi me eriza la piel. Uno se da un baño y se retira a dormir con apenas una delgada sabana de lino para cubrirse. En la mañana uno siente frío y resuelve dormir de ahí en adelante con algo más para abrigarse. Pero, claro, por la noche de nuevo ya no lo necesitas.

No pasa una mañana, mi querido H., sin que al mirar estos campos de vivos verdes, no piense en tí y tu rutina de labores diarias en la oficina. Me siento debajo de uno de estos árboles de frutos prohibidos, mientras la briza inunda el valle con su

1 Para un análisis sobre el protestantismo en Puerto Plata, ver la obra de George Lockward: "El protestantismo en Dominicana", *El Caribe*, 1976.



aroma, el sol apenas asomando sobre las colinas, y la blanca niebla, tan linda como un velo de novia, se levanta lentamente sobre la verde montaña; ahora escucho la voz de mi ruiseñor favorito y luego los trinos más suaves de una paloma torcaza. Un extraño zumbadorcito se posa en la primera rama seca ante mí. Las cotorras chillan y una docena de pájaros negros cantan a coro, mientras otras variedades gorjean y trinan. La escena toda es elísea. Luego llega un gavián y ¡chuu-ii! ¡chuu-ii! todos se van despavoridamente.



Puerto Plata entre de 1863

¿A quién retrata esto? Tu estás afanado ordenando manuscritos ofensivos, por momentos casi desencantado, pero aún trabajando en tus calientes habitaciones cerradas, y todo por el bien de tu raza. Bueno, que el ciclo conceda que te lo agradezcan, y te salve de gritar al final: “¡chuu-ii! ¡chuu-ii!” ¡Ah! pero todavía peor, me temo que los halcones te cazarán! Para mí, el fin de todo es el de las aves –un agravante melancólico. Estas escenas mañaneras me han embelesado, pero sólo un momento pasajero, y pronto sentiré el impulso de dejarlas para dar un paseo solitario por la costa, para luego partir por una temporada. Y, por tanto, empaco mis mochilas con naranjas y manzanas con canela, pues creo que es más sabio que ponerse a llorar.

Una ausencia de cuatro semanas exactamente, y de nuevo estamos a la vista de Puerto Plata. “La luna está en lo alto, y aún no es de noche”. Por ser algún tipo de día de fiesta, hombres, mujeres y niños montan calle arriba y calle abajo en burros, mulos y caballos de toda descripción. La escena es realmente pintoresca. No pude

dejar de comentar a mi amigo el consejero protestante, la grandeza de la noche, a lo que él replicó: "Un hombre que puede encontrar una falta con este clima encontraría un fallo en el paraíso". Yo no le creo, sin embargo, porque ya sea que los viajes de estos días y estas noches por la costa han sido demasiado para mí o no, realmente tengo escalofríos.

Esta mañana, 7 de julio, visité la tumba del misionero wesleyano cuya labor aquí referí anteriormente. La siguiente inscripción te dará información para aquellos de tus lectores que se interesan en la historia de estas misiones:

En memoria del REV. W. M. TOWER que nació en Horncastle, Lincolnshire, Inglaterra el 12 de febrero de 1811, e ingresó en el trabajo de misionero para evangelizar esta isla en 1838. Laboró en esta estación catorce años y medio. Fue querido por todo el que le conoció; y murió el 25 de agosto, de 1853. Sentido universalmente.

(Después de una descripción de la economía, prosigue:)

...Pero he dedicado más tiempo a la isla de Haití, porque es la fuente del más grande interés para nosotros y porque tal vez no hay otro país cuyo valor intrínseco se conozca tan poco; y aunque no veo ninguna objeción sino más bien incentivos, por influencia del gobierno, de establecer una colonia en alguna parte de los Estados centroamericanos, tampoco veo por qué no se puede establecer en el territorio español de Haití. He dado la opinión de otro caballero, que vale más que la mía propia, acerca de la extensa población que es capaz de recibir este país y he mostrado que, especialmente desde Puerto Cabello al oeste, hasta la Bahía de Samaná en el este, no se puede desear una provincia mejor. Esa noble bahía, según me han informado, ha sido estudiada por un grupo de ingenieros americanos, que la consideró el punto ideal para una estación naval en las costas del Caribe. También se puede asumir, por el rápido incremento de corales en los canales de las Bahamas, que con el tiempo éste sería el único canal seguro para los vapores de California y hasta para barcos más grandes en su ruta desde los Estados del norte hacia Nueva Orleans. No tengo nada que ver con eso, más allá de decirlo como lo he hecho. Las compañías de seguro, sin embargo, apreciarán esta suposición, si vamos a juzgar por el número de naufragios que ha ocurrido recientemente entre las Caicos y los arrecifes de la Florida.

Rodeando de la bahía de Samaná hay depósitos de carbón como si los hubieran plantado allí para suplir a estos buques de vapor; pero ahora están allí sin que nadie los trabaje, sin utilidad y casi desconocidos. En esta bahía desemboca el río Yuna, el cual nace allende en la cadena de montañas del norte y centro y, nutrido por numerosos arroyos, lleva su curso hacia esta magnífica bahía, por la porción más amplia del Valle Real.


FIN





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LOS CAMPOS DE ORO
DE SANTO DOMINGO

 H. S. Courtois

1860





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El autor, un geólogo norteamericano, preparó en 1860 un reporte sobre el potencial minero del país.

Lo que aquí se reproduce es la parte no técnica de ese informe, en el que opina que los dominicanos siempre andaban armados, eran abúlicos, enemigos del trabajo, y vivían según la ley del menor esfuerzo.

Los grabados son de la revista española El Mundo Militar, de 1861 -es decir, un año después de la fecha de la obra de Courtney-, y de la revista norteamericana Frank Leslie, de 1871.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sección X

Conclusión

Al revisar las páginas anteriores previo a su entrega a la imprenta, el escritor ha recordado varios otros tópicos relacionados con los temas tratados en este pequeño volumen y a los cuales debe referirse. Al repasar estas páginas, muchas preguntas se le presentarán al lector, que ahora puede o que escapen a la atención del escritor o las cuales, por los límites asignados, le es imposible tratar satisfactoriamente. Todo lo que puede esperar lograr es darle al interesado algunas nociones generales sobre los abundantes recursos de Dominica(sic) y suscitar en él el deseo sincero de aprovecharlos, con el fin de que esos recursos no sean de aquí en adelante, como lo han sido por centurias, mantenidos en desolación y desuso.

La población de Dominica (sic), que ahora alcanza a unos 120,000, está compuesta por españoles, españoles-criollos y algunos africanos y gente de color, la mayoría de los cuales residen en las ciudades y pueblos y sus vecindades. El país está escasamente habitado, con grandes y fértiles distritos con apenas un sólo habi-



Muelle de Santo Domingo

tante. El distrito de campo conocido como el Ciboá(sic) o parte norte de la isla, desde Monte Cristi hasta Samaná, es el que está poblado más densamente. Casi toda la ri-

queza, inteligencia e influencia están centrados en las ciudades y pueblos. Los pocos campesinos que puedan llamarse propiamente así, aunque son por lo general honestos, hospitalarios y sinceros, son pobres, sin educación e inofensivos. En las ciudades y pueblos podemos encontrarnos muchas familias sumamente educadas, opulentas y refinadas. La masa de la población tiene una completa falta de la frugalidad y laboriosidad necesarios para su propio bienestar material y para rescatar a su país de la devastación en la que ha caído. No son progresistas, sino que año tras año viven exactamente igual que la generación anterior, sin adoptar ninguna mejora en su modo de vida —en nuevos sistemas de economía industrial, doméstica o social. Sus costumbres no cambian nunca de generación a generación. Las familias son hereditariamente comerciantes o mercaderes, o mecánicos o ganaderos. Si sus escalones se pudren, o las inundaciones se

llevan sus puentes, los reconstruyen, si acaso, exactamente iguales a como eran antes —ni una pulgada más altos ni más bajos, ni más anchos ni más estrechos. Las carreteras son las mismas que hace trescientos años, sin embargo, con cambios aquí y allá causados por modificaciones en los ríos y la agresividad de la vegetación. Ellos conservan las maneras de sus ancestros españoles de siglos pasados. Por ejemplo, en la época de la colonia la gente portaba armas, así que todavía



Una estación cerca de la Puerta de El Cande

las llevan. A nadie se le ocurre hacer un viaje, por muy corto que sea, sin algún tipo de arma, tal como una espada, una escopeta o una pistola de arzón, aunque la espada estuviera despuntada o la escopeta y la pistola estuvieran oxidadas y sin martillo. Visten limpios, pero todavía al estilo antiguo. Son universalmente educados, corteses y afables; hasta los campesinos y gente de campo conservan las costumbres civilizadas y las amenidades sociales de sus ancestros españoles, refinados y urbanos. Pero, sin embargo, son enfáticamente un pueblo estereotipado.

Aunque son uniformemente honestos, hospitalarios y sencillos, son no obstante, excesivamente perspicaces y astutos en una transacción, y te pueden hospedar en su casa durante un mes sin costo alguno, pero no ceden un centavo en una negociación. Son gente franca, abierta, sincera y le cautivan esas virtudes en un extranjero. El que trata de engañarlos o embaucarlos en cualquier forma se encuentra con su absoluta

y universal condenación. Hay una creencia generalizada de que son individualmente y nacionalmente celosos y desconfiados de los extranjeros, que ellos están llenos de doblez y engaño, y que todo intercambio y negociación con ellos, para tener éxito, debe ser llevada a cabo por medio de una diplomacia sutil, astuta y encubierta. Que hay que cogerlos con la guardia baja y engañarlos y despistarlos tomando medidas antes de que se acuerden. Pero esto es una vulgar calumnia, tanto sobre su nombre individual como nacional. Lo que más les gusta es un trato abierto, franco y justo. Como tienen muy poca o casi ninguna relación con el gran mundo exterior, viendo y conociendo a pocos extranjeros, se sienten naturalmente curiosos, especialmente en los pueblos del interior, cuando un extraño llega donde ellos. Cuando sucede semejante evento, es costumbre y, de hecho, hasta se requiere que el visitante debe inmediatamente buscar al personaje principal del lugar y a los funcionarios del gobierno, y hacerles saber abiertamente quién es, de dónde viene, hacia dónde va y a qué vino. Esta demostración de confianza y respeto nunca falla en asegurar la mayor hospitalidad, asistencia y buena voluntad. Todo el mundo enseguida queda satisfecho y está ansioso por verlo, conocerlo y ofrecerle toda la información que puedan. Desde ese momento, ellos harán cualquier sacrificio por él, disputándose unos con otros para hacer su visita interesante y agradable. Están por lo general en favor de que las personas de los Estados Unidos residan o se establezcan entre ellos.

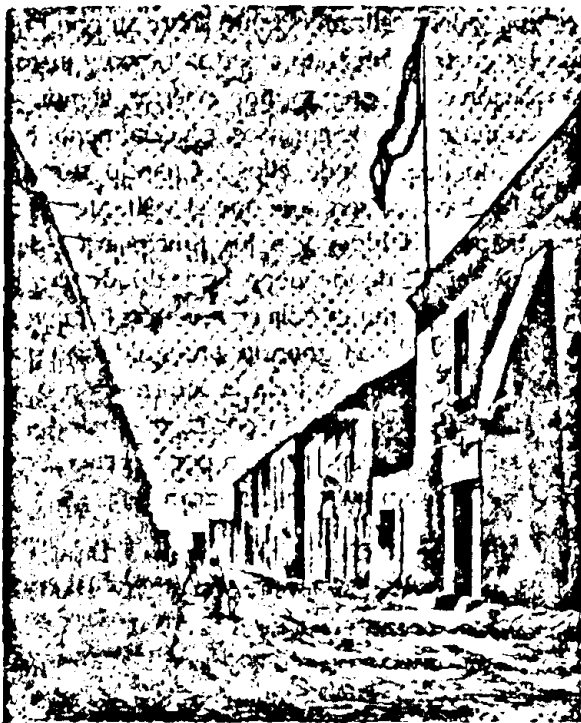
La religión que prevalece es la Católica Romana, aunque hay algunas misiones e iglesias metodistas y en la ciudad de St. Domingo(sic) hay otras iglesias protestantes. El sacerdotado en Dominica(sic) forma una clase numerosa e influyente. Por lo general es inteligente y educado y muy comunicativo y hospitalario con los extraños. Quizás más que en ningún otro país católico, en Dominica abundan las festividades y abstinencias y otras fiestas religiosas. La gente es estricta en la observancia de estos días y rara vez dejan de asistir a la iglesia a oír misa y cantar Te Deums. Podemos también agregar a las festividades religiosas y otras celebraciones, un gran número de días cívicos de guardar y jubileos, que observan con igual fidelidad. Los propulsores del proyecto antes mencionado,¹ encontraron que esta no era una objeción insignificante al momento de emplear mano de obra nativa. Su fervor religioso y patriótico, sin embargo, no es de ninguna manera de carácter empedernido, fanático o evangelizante. Son tolerantes y liberales observando sus festividades y celebraciones religiosas, tanto porque se aviene a sus hábitos indolentes y cómodos, como a sus sentimientos cívicos y religiosos.

En Dominica(sic) se publican cuatro periódicos en español, dos en Santiago y dos en la ciudad de Santo Domingo, incluyendo el órgano del gobierno. Tienen algunas escuelas privadas y academias en los pueblos y en las ciudades, a las que asisten los hijos de las familias más adineradas, pues el costo de la instrucción es elevadísimo.

¹ Se refiere a un proyecto minero.



Algunas de las gentes más ricas envían a sus hijos e hijas a ser educados en Francia, Inglaterra y a otros países. Aunque algunos de los más educados y opulentos poseen bibliotecas tolerablemente buenas, no obstante su literatura es de lo más pobre, anticuada y obsoleta.



La calle Hootos en 1861

El transporte y los viajes entre los pueblos y puertos de mar se llevan a cabo por medio de caballos y mulas de carga, por los caminos en los valles, a lo largo de los arroyos y senderos que llevan por encima y a lo largo de los riscos y arriba y abajo de los altos precipicios. Los mulos son muy seguros y tienen mucha práctica, y llevan cargas enormemente pesadas y pasan por estas alturas con bastante seguridad. Hay algunas carretas de ruedas, tiradas por bueyes, por los caminos en los valles, los cuales, por lo general, son llanos y buenos en las estaciones secas. Ahora hay dos bergantines que van regularmente de la ciudad de Nueva York a Port Platte(sic) y otros bergantines y goletas que comercian allí ocasionalmente, en

los cuales el pasaje para un pasajero oscila entre veinticinco y cuarenta dólares. El viaje de un barco de vela dura de diez a veinte días.

A menudo le han preguntado al escritor que ¿por qué, si en el país abundan las riquezas minerales la gente no las explotan ella misma? A lo que siempre ha respondido refiriéndose al carácter y hábitos de la gente. Ni las mejores promesas de la más principesca opulencia estimularía sus energías más allá del inmemorialmente trillado sendero de sus antepasados. Ellos son enemigos del trabajo, y buscan ganarse la vida de la forma más fácil y con el menor gasto de esfuerzo y hacen lo que sea posible y lo que la riqueza del suelo y los frutos espontáneos del clima les permitan. Vegetan en una apatía incurable. Ninguna tentación de riquezas los sacará de su indolencia o letargo. Se sientan, fuman sus pipas o cigarrillos, y observan, sin codicia y con una indiferencia supina, mientras el hombre de aplicación y trabajo explota el oro o cultiva la tierra, enriqueciéndose a cada paso; y algo que es

anormal, se alegran y se emocionan al ser testigos de una de estas empresas que prosperan.

Se ha objetado que el clima hace languidecer, y es enervante para los de complejión norteña, y que bajo su influencia las razas del norte en pocos años caerían en la pesada indolencia y apatía somnolienta peculiar a los pueblos que habitan esas regiones tropicales. Sin embargo, puede que éste sea el caso con otros países, pero no se aplica a St. Domingo(sic), en donde el aire es puro y vigorizante, el país es montañoso y abrupto, y el clima saludable y salubre. Además, el escritor no está enterado, ni por la historia ni por ningún otro medio, de que las energías de la raza anglosajona



Puerto de El Conde - 1861

hayan sucumbido alguna vez a las influencias afeminantes del clima. El clima de Nueva Orleans, mucho más sofocante y enervante que el de Santo Domingo, no ha deprimido nunca las energías ni ha ahogado la laboriosidad de nuestra gente allí. Después de todo, es sobre la raza y no el clima que se debe hacer esta acusación. Bajo un gobierno de equidad civil y política, hasta los italianos descubrirían una energía insuperada por su raza siglos atrás.

También se ha objetado que el país está lleno de cocodrilos, escorpiones, ciempiés, lagartos, jejenes, mosquitos, moscas y otros insectos nocivos; una objeción de la magnitud de la de los campesinos irlandeses que temen venir a América ¡porque aquí hay culebras!¹ Se pueden encontrar unos cuantos cocodrilos inofensivos en las bocas de los ríos principales; unos cuantos escorpiones no venenosos y unos cienpiés que los niños nativos no temen aplastar con sus pies; algunos lagartos inocentes y bonachones; hay jejenes y mosquitos en abundancia en las tierras bajas y costas pantanosas, que pululan entre los manglares; abundan las moscas. Sin embargo, los insectos voladores de naturaleza molesta son destruidos periódicamente y barridos por los vientos y lluvias que previenen su multiplicación excesiva.

¹ Según la tradición, entre los irlandeses y las culebras existe todo un folklore.

Si estas breves páginas incitan algún interés en la mente del público americano, suficiente como para inducir a individuos y a compañías a venir aquí, ya sea por negocios o para residir, toda insubordinación a las autoridades, leyes y costumbres de la República Dominicana debe ser suprimida indignada y persistentemente. El



Caimán - 1861

respeto estricto de sus códigos civiles e internacionales y de sus políticas, le asegurará al extranjero residente, no sólo toda protección de su persona y su propiedad, sino todas las ventajas de que disfruta el ciudadano nativo. Será tratado hospitalariamente, tanto por el gobierno como por el pueblo, y se le facilitará toda la ayuda para que pueda llevar a cabo sus pacíficos objetivos. La insubordinación a sus reglamentos civiles, no tener en cuenta sus

costumbres y hábitos de orden social y desdeñar sus prejuicios religiosos y sociales, con toda seguridad que incitará el espíritu beligerante de un pueblo, que de otra manera es libre, franco y amistoso, como si fuera una agresión de sus dominios por bandidos incitados por la codicia del imperio y el amor al pillaje, y serán impuestos con derramamiento de sangre y matanzas.

La necesidad bajo la que ha estado la República durante tantos años de mantener un pequeño ejército y una marina de guerra para repeler a los haitianos, en caso de que ellos intenten llevar a cabo sus amenazas, junto con los repetidos problemas civiles entre los gobernantes, han endeudado al Estado profundamente, y para pagar los intereses de estas deudas y para mantener su crédito hasta donde sea posible, y para poder cubrir los gastos corrientes de su administración, se deben imponer altos impuestos de exportación e importación (su único modo de recaudar ingresos). Esto provoca que cada artículo de abastecimiento que se importe de los Estados Unidos, como la harina, la carne, el cerdo, el jamón, el bacalao, etc., se venda al detalle a precios muy elevados en comparación con sus costos aquí; más aún cuando el consumo, debido a lo reducido de la población, es limitado. No se le imponen impuestos, sin embargo, a los artículos de uso propio o que no son para revender. Aquellos que desidan venir aquí por un tiempo largo, deben, por lo tanto, proveerse de y traer con ellos,



Port-au-Prince - 1861

suficientes provisiones hasta que puedan comenzar a producirlas con su propio trabajo. Si aquí hubiere suficiente población, y por lo tanto, un aumento en el consumo de importaciones, sin duda que los impuestos bajarían con una oportuna legislación y serían ajustados proporcionalmente al aumento de las importaciones y las exportaciones. Todas las maquinarias e implementos agrícolas y todas las herramientas de trabajo y de mecánica están libres de impuestos.



Torre del Homenaje -- 1861

El escritor deplora su incapacidad de introducir en estas páginas una copia traducida de la Ley Fundamental de Dominica adoptada en 1844, ya que desafortunadamente se le ha perdido o se le ha extraviado el panfleto que la contiene en español, el cual me había facilitado amablemente un residente de la isla. Los lineamientos principales, sin embargo, están incluidos de memoria en la sección que contiene una breve "historia de la parte española de la isla".

Es muy liberal y equitativa en sus estipulaciones y no vemos razones para dudar, de ser aplicada justa y concienzudamente, como creemos que lo es ahora, que los derechos de los ciudadanos y de los extranjeros residentes son respetados tan celosamente y tan ampliamente protegidos, como lo están bajo la nuestra.¹ En la parte española de la isla no existe esclavitud desde 1808, y por la Constitución de 1844 quedó prohibida para siempre en Dominica.

Debemos atribuir a la raza anglosajona, quizás más que a ninguna otra, los grandes resultados en cuanto a la civilización en las economías industriales, en el comercio y en las finanzas, en maquinaria e inventos, en conocimientos e instituciones libres y en las artes y en las ciencias del siglo XIX.

A través de su obra, más que por la de ninguna otra raza, este flujo de progreso ha alcanzado al cristianismo y lo ha elevado a su status actual. El día y la hora eviten que sus hercúleas energías y su genio inherente y su habilidad, excluyan por más tiempo los despojos de Dominica(sic) de sus escenarios industriales. En la Gran Moral apenas perceptible y el Orden Divino del Universo, por medio del cual el Todopoderoso sopesa las



Otro ángulo de la Torre del Homenaje -- 1861

¹ *La Constitución dominicana de 1844 estuvo basada en la norteamericana.*

acciones de los hombres, balancea los destinos de las naciones y sanciona sus iniquidades, el Santo Domingo español ya ha pagado una latga y cruel penitencia por sus ciudades fundadas sobre la codicia y el derramamiento de sangre, sus inmolaciones de los inocentes en los altares de la avaricia y sus valles empapados con matanzas fraticidas. La justicia del tribunal de los cielos lo ha compensado con tribulaciones amargas durante generaciones. Es inevitable que esta gema de los mares occidentales, más tarde o más temprano, por medio de la empresa del anglo-americano, sea rescatada de la desolación, que sus valles y planicies se transformen en jardines elíseos y en campos florecientes, y que sus montañas hagan producir sus reservas doradas, y sus ahora solitarios ríos y pensativas bahías se vean atestados de tráfico —así concluye un libro diseñado para promover esa consumación, y escrito exclusivamente en interés de la humanidad.

FIN



EL VIAJE DE EL ESCITA
EN LAS INDIAS OCCIDENTALES

✠ Susan Forrest Day

1898





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La autora de este libro era una señorita millonaria de la "alta sociedad" de Nueva York, socia distinguida del Club de Yates de esa ciudad y amante de los viajes por mar.

Sus expediciones incluyeron una a la Península de Labrador, donde su yate, El Escita, pasó tres días varado, ya que estuvo bloqueado por témpanos de hielo.

El yate originalmente había sido un barco de carga oceánica, antes de ser convertido, en 1896, en la embarcación privada de la dama. Luego de su viaje por el Caribe, que incluyó a Santo Domingo (en 1898), el yate se quemó en Boston y fue vendido a la United Fruit Company de esa ciudad, para ser utilizado en el transporte de guineos jamaícuinos. Finalmente, fue vendido al gobierno de Haití, que lo convirtió en un buque de guerra.

La señorita DeForest Days luego casó con el señor Charles Thorndike Parker, de Boston.

Su relato dominicano se inicia con la descripción de los peligros del antepuerto de Santo Domingo, para después mencionar los aspectos dictatoriales del régimen de Ulises Heureaux (Lilís) y la facilidad con que fusilaba a la gente.

Su explicación de la Fortaleza Ozama, vista desde el río, así como de sus murallas, incluye una fotografía, aquí reproducida. La descripción resulta de sumo interés, pues evidencia los cambios que sufrió esa zona después de los dragados ocurridos durante los gobiernos de Trujillo. Igualmente interesante es su testimonio del mal uso que en aquellos tiempos se daba a algunas iglesias coloniales.

Pero indudablemente el aspecto más interesante del capítulo dominicano del libro de la señorita DeForest Days es su entrevista con Ulises Heureaux, un año antes de su asesinato. El prejuicio racial común a los visitantes norteamericanos (lo que ellos describen como "la República Negra" de Santo Domingo), se hace aquí evidente, así como su defensa de la existencia de un régimen dictatorial en nuestro territorio.



Susan DeForest Day

Vale también citar su descripción del ceremonial relacionado con la visita a los "huesos" del Almirante en la Catedral, así como la cena con Lillis a bordo de El Escita, ocasión en que el dictador narró a un grupo de damas norteamericanas que acompañaban a la autora, tanto la historia de su vida como su credo político.

A solicitud de Lillis, los turistas norteamericanos también estuvieron a bordo de los pocos buques que, en aquella época, constituían nuestra Marina de Guerra.

Cuatro grabados y fotografías fueron tomados del propio libro de la señorita Days. Otros, de diferentes fuentes, tienen fechas entre 1880 y 1904, es decir, entre ocho años antes y seis años después del viaje de la visitante.



Capítulo XI

Santo Domingo

Toda persona sabia que viaje a Santo Domingo llegará allí a la luz del día, de manera que pueda subir de inmediato por el río hacia el muelle interior opuesto a la ciudad. No somos sabios; anclamos en la rada exterior a las dos de aquella madrugada bañada de luna. Permanecemos hasta las ocho meciéndonos hacia adelante y hacia atrás, ya con un balanceo corto y decidido, ya con un balanceo amplio y majestuoso, que hace pensar si no estará uno dando vueltas en círculo.

Al amanecer nos consolamos un poco al ver una gran barcaza sueca cerca de nosotros hundir sus costados en cada vaivén. Pero no descansamos hasta que el piloto llega remando a rescatarnos, trepa por la escalerilla de sogas que bajaron para él, ordena levar anclas, toca la campana "avante despacio" y nos conduce hacia la rada interior y hacia aguas más tranquilas.

El banco de arena es peligroso y el canal es sinuoso y estrecho, así que el capitán le pide a nuestro piloto —un magnífico espécimen de negra humanidad, vestido con las ropas más blancas de todas las blancas— que por favor sea muy cuidadoso con el viejo *Escita*.

— "Oh, signorita", exclama, "¡No tema! No deseo que me fusilen".

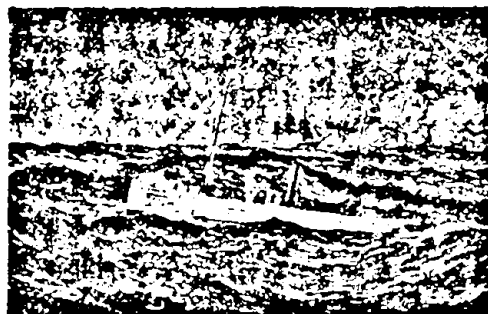
Como no veíamos qué sentido tenía su observación, le decimos que, claro está, él no desea que lo maten al igual que nosotros no queremos ir a pique. Luego, conversando, le preguntamos por qué piensa él que al perder nuestro barco puede perder la vida. "Pues", respondió pomposamente: "si pierdo su barco, el Presidente Heureaux me mataría en seguida. Los pilotos aquí solían obtener buenas ganancias



La señorita Susan de Forest Day

encallando barcos en la orilla y luego volviéndolos a sacar. Pero El (con énfasis en el él que sólo se puede expresar en mayúsculas) terminó con todo eso. El publicó un decreto diciendo que fusilaría a cualquiera que encallara un barco, y desde entonces (con gesto de pesar por los buenos tiempos) ningún barco ha sido encallado. Allí mismo está su lugar de ejecución", observa casualmente, señalando a un grupo de palmeras que ondean tranquilamente sus hojas cual plumeros en la suave brisa.

El silencio cae sobre nuestro grupo y el capitán pregunta con voz que quiere sonar indiferente, si a El le gusta fusilar a extranjeros, ya que aún no habíamos cruzado la barra y todavía había espacio en el canal para dar la vuelta.



El barco de la historia Day

— “¡Extranjeros! ¡Dios mío! No, él ama a los extranjeros, especialmente a los americanos. El ya sabe que ustedes están aquí y espera su visita”.



Vista del puerto de Santo Domingo

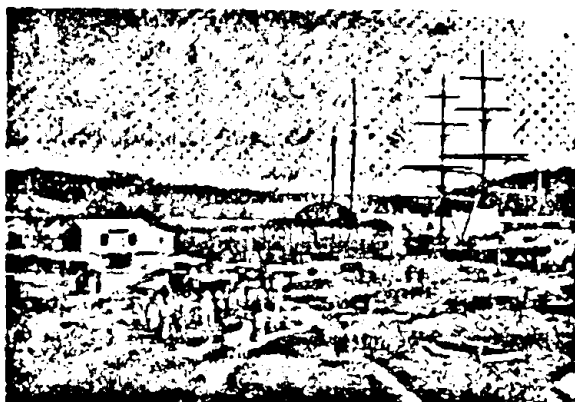
Respiramos aliviados. Es agradable pensar que un presidente espera verte, aun cuando sea un presidente negro, que ejecuta pilotos sin pasarles causa. Así que volteamos a mirar, casi con un interés personal, la ciudad a la que nos acercábamos. Realmente vale la pena contemplar esa hermosa mañana de marzo con el sol glorificando todo lo que toca.



La ciudad se encuentra en un farallón entre el río Ozambasic y el mar. Destacándose osadamente, como para resguardar la ciudad que está detrás, se halla la vieja fortaleza española, el Homenaje, vetusta y amarilla con la edad, como la roca de la cual surge. La primera impresión que uno tiene de Santo Domingo es de este magnífico y viejo castillo, mirando ceñudo a la playa y al mar, dominando toda la escena, así como a todos tus pensamientos. Desde la fortaleza corre la muralla de la ciudad, interrumpida aquí y allá por parapetos de piedra y atravesada por una puerta, lo que da a la ciudad la apariencia peculiarmente medieval que la caracteriza.



Cerro del Ozama - 1893



El muelle de Santo Domingo

Dentro de la muralla la ciudad está atestada con sus edificios, iglesias y conventos, todo de un cálido marrón-dorado a la luz de la mañana. Más allá, en la orilla, están las ruinas del palacio construido por el hijo de Colón, Diego, quien casó con doña María de Toledo, sobrina del duque de Alva. Diego vivió aquí en gran opulencia, y al viejo montón todavía le llaman "Casa de Colón".

La palabra "vieja" es la primera que le viene a uno a los labios al hablar de Santo Domingo. Así que está bien justificar aquí y ahora su uso constante, diciendo de una vez por todas que es realmente vieja -la más vieja, de hecho, de origen europeo en el Continente. Fue fundada por Bartolomé Colón allá por los mil cuatrocientos, cuando su hermano Cristóbal pensaba que el mundo era tan pequeño que él creyó haber navegado la mitad de su circunferencia y que había llegado al Japón; y cuando aún no se soñaba con América, así que tenemos derecho a estar impresionados con la antigüedad de esta ciudad, mientras navegamos lentamente a través de la barra, a salvo, para gran alivio tanto del piloto como mío -y anclamos en el lado opuesto a

“su lugar de ejecución”. Anclar, dicho sea de paso, significa aquí estar amarrado proa y popa a un par de palmeras en la orilla, igual como fue amarrado un caballo a uno de ellos.

Vamos a tierra enseguida, atracamos en un buen muelle, y nos hacemos camino a través de la puerta bellamente labrada de la ciudad. Subiendo por una colina dentro de la muralla, pasamos un viejo reloj de sol, el cual tiene el aspecto triste y lóbrego de alguien cuyos días útiles han terminado. Logramos vislumbrar aquí retazos de una iglesia española utilizada ahora como carnicería, y allí un viejo convento español convertido en teatro.¹

Las calles están alineadas con casas de dos pisos, encaladas de blanco, rosa y azul,² con paredes de cuatro pies de ancho y balcones a lo largo de las ventanas de los pisos superiores. Todas las puertas abren hacia la calle y a través de ellas vemos los patios llenos de flores, arbustos, fuentes y poltronas donde las signoritas(sic) toman su siesta de la tarde. Lucen tan frescos, verdes y sombreados en comparación con las calles calientes y polvorientas que con gusto habríamos probado esas poltronas bajo la sombra de esas palmeras. Pero el presidente aún nos espera, así que continuamos hacia su palacio.



La calle Padre Billini -- 1900

El palacio no difiere en nada de las otras casas, excepto en que es un poquito más grande, lavado un poco más blanco y que a su puerta se sienta un hombre en



El mercado de Santo Domingo

- 1 *Se refiere a la Capilla de los remedios y al actual Panteón Nacional.*
- 2 *En la década de los sesenta de este siglo, después de un debate público, los restauradores de la ciudad colonial decidieron pintar de blanco todas las casas, en vez de aplicar los variados colores originales, confirmados por esta crónica.*

uniforme azul oscuro. Le damos a él nuestras tarjetas. El desaparece por un momento y regresa para darnos la venia, con una reverencia bien ajustada, subimos a través de la puerta hacia el patio y hacia arriba por un tramo de escaleras que conducen al balcón que rodea el piso superior.¹

En lo alto está de pie un hombre negro alto y finamente acicalado, de presencia dominante y porte marcial, quien es serio, digno y cortés. Nos recibe a cada uno, a medida que llegamos al tope, con un apretón de manos, la cual notamos ligeramente paralizada. Está bien vestido en un traje azul oscuro con pequeños botones de bronce. Su tela es irreprochable, sus pequeños pies están calzados en brillantes zapatos de piel patentizada, y sus manos están bien cuidadas, con uñas en forma de almendra. Es en conjunto un personaje bastante imponente. El presidente nos guía hacia una sala de recibo amueblada sin ostentación, nos ofrece muy serio una silla a cada uno al tiempo que él mismo toma asiento.

Entonces sobreviene un momento en que todos estamos sentados con la lengua trabada en semicírculo frente a su sillón, con las mentes en blanco. Al fin, alguien (desde entonces todos hemos negado el comentario) se aventuró a decir con voz débil que vinimos a Santo Domingo para ver los restos de Colón.

El presidente demuestra un ligero interés, muy ligero; pero el hielo está roto y pronto nos encontramos profundamente interesados en la conversación de este negro. La personalidad del presidente Heureaux es decididamente llamativa. El es un hombre de alrededor de 50 años, y el tipo de su cara es característicamente negro, con piel marrón, labios gruesos y pelo crespo. Pero sus ojos son vivos e inteligentes. Sus facciones, que al principio son estólicas, se iluminan expresivamente al reflejarse una rápida sonrisa en su rostro. Su inglés, que titubea un poco, fluye más libremente a medida que se interesa en la conversación, y nos sentimos en presencia de un hombre extraordinario, aunque sea negro.

El cautiva nuestra atención con todo lo que dice, pues se conoce a sí mismo y al tema que trata profundamente, sea éste política americana o literatura francesa.

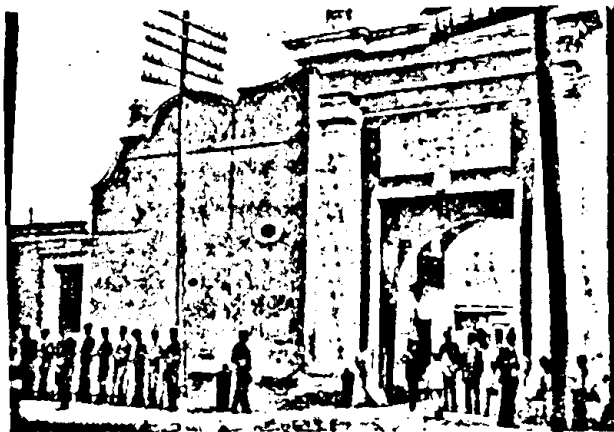


Ulamo Heureaux - Lalla

¹ El actual Museo de las Casas Reales.

Sus ideas son a menudo sutiles y siempre expresadas en un lenguaje bien escogido; es perspicaz y observador hasta cierto grado, y ningún detalle, por pequeño que sea, se le escapa. Sus modales son corteses y extremadamente suaves. Pero un destello ocasional en sus ojos o una nota de mando en su voz nos dan una idea de lo que debe ser este hombre cuando su fuerza potencial y su fiereza despiertan. Podemos comprender que bajo este exterior tranquilo y cauteloso hay otro hombre que ama la lucha y el clamor de la batalla, como ama su vida. Este es el hombre que conduce a sus soldados a la victoria, con un viejo sombrero de paja atada a su barbilla, blandiendo su sable, gritando sus órdenes e inspirando a sus seguidores con entusiasta devoción.

Estamos sentados hablando con él, o mejor dicho escuchándolo, durante una hora y luego nos levantamos para irnos. Nos ruega que esperemos un momento y saca una llave de su bolsillo la cual entrega a su sirviente, susurrándole unas instrucciones. El sirviente regresa en poco tiempo trayendo una bandeja con una botella de champán y seis copas -copas grandes además. Observamos estos procedimientos consternados, pues recuérdese que son apenas las diez de la mañana y no acostumbramos beber champán ni aún a la hora más indicada. Pero el presidente sirve el vino y da a cada uno una copa; así que por fuerza debemos tomar parados en un círculo alrededor suyo. El hace un gracioso brindis al capitán del Escita, toca su copa con las nuestras, toma un sorbo y deposita su copa. Después de esta ceremonia nos escolta hasta el patio que está lleno de flores, de las cuales toma un gran manojo, y partimos con las rosas en las manos.



La entrada de la fortaleza

A él le encantan las flores, y dice una historia que una vez él plantó una cantidad de éstas en la plaza. Los ciudadanos admiraban también las flores y de vez en cuando escogían hermosos manojos con los cuales adornar sus casas. Esto irritó mucho al presidente. Emitió un decreto estableciendo que al que encontraran cogiendo las flores de la plaza sería fusilado. Se estacionó un soldado en cada esquina con su cincho lleno

de cartuchos, para cumplir la orden. Desde entonces, éstas han florecido imperturbables.

Salimos de nuevo a las calles calientes y llamamos un cochecito extraño, que parece un burlesque en un fiacre de París, tirado por un bronco flaco, cuyas intencio-

nes podrían ser muy buenas, pero cuyo paso es de lo más lento. Las calles, aunque escrupulosamente limpias y provistas de buenas cunetas, están pavimentadas horriblemente, o no están pavimentadas en absoluto. Pero a pesar de la deficiencia en



La calle Herrer

pavimento, sentimos que hemos llegado a una metrópolis, comparada con cualquier otra ciudad de las Indias Occidentales, exceptuando a Barbados, por supuesto. La mejor parte de la ciudad es imponente y se conserva hoy día casi como fue construida por los españoles. Pero en medio de esta atmósfera del viejo mundo que permea esta ciudad del siglo XV, hay ciertas incongruencias que sugieren más bien

el siglo XIX y que nos traen bruscamente de la ciudad de los Colón al Santo Domingo de hoy. El repiquetear de la campana del tranvía tirado por mulas, que transita desde las calles principales hasta los suburbios, remueven toda idea de tiempos españoles. El tendido eléctrico, los postes del telégrafo y tiendas repletas de "naciones" americanas para ser vendidas a precios de "baratillo" están lejos de ser medievales. Señoritas españolas de cejas negras, no adornadas con mantilla, rosas y abanico, sino vestidas con corpiños y, ¡ay! pantaletas, pasan raudas a nuestro lado en bicicletas, y nos despiertan de los tiempos de las aventuras románticas al prosaico día de hoy.

Este cambio puede ser lamentable desde un punto de vista estético. Pero desde el punto de vista práctico, este pueblo limpio, de calles regulares y con evidencias de ideas modernas, significa a un progreso real. Es el único pueblo de las Indias Occidentales en que sus habitantes estaban muy ocupados como para quedarse mirándonos y muy acomodados como para



Plaza de Armas -- 1880

mendigar, un estado de cosas que ciertamente no se espera en una república gobernada por un negro.

Todos hemos oído historias de Haití; historias de suciedad y degradación, de malos gobiernos y peor moral, que parecerían increíbles de no estar atestiguadas por hombres tales como Froude y Sir Spencer St. John. La República Negra, dicen ellos, va decayendo gradualmente hacia el barbarismo, en el que no se desconocen el canibalismo y el culto a la serpiente africana. Pero aquí, lado a lado con Haití, hay otra República Negra que avanza indudablemente por la ruta de la civilización.

Probablemente, una de las causas de esta diferencia descansa en el hecho de que Haití no ha encontrado nunca una mano lo suficientemente fuerte para tomar las riendas del gobierno, y mantenerlas apretadas hasta que el espíritu del desorden sea domado. Santo Domingo, por el contrario, ha encontrado su hombre de "sangre y hierro"; él ha aplastado las revueltas y forzado la paz en el país. La revuelta fue aplastada sin piedad y la paz se mantiene a punta de espada, eso es cierto. Pero la tranquilidad así obtenida ha sentado las bases del progreso futuro del país. La prosperidad que Santo Domingo puede que disfrute hoy, o pueda disfrutar en los años venideros, se la debe a la voluntad imperiosa de su gran autócrata, Ulises Heureaux.

Justo en ese momento él pasa ante nosotros. Sin guardia ni escolta; su victoria está bien provista, tirada por un caballo y conducida por un hombre en uniforme. Saluda como un ciudadano común, y en la calle la gente no hace ninguna demostración. El es un soldado en la simplicidad de sus hábitos y se precia de ser más democrático que su pueblo. Camina por la ciudad sin que se le preste atención, come con sus amigos, siempre sin escolta y sólo protegido por su revólver, el cual, como todos sus conciudadanos, siempre lleva al cinto.

Por la tarde, caminamos hasta la vieja fortaleza que nos atrajo tan irresistiblemente en la mañana. El pobre y decepcionado Colón supuestamente fue encadenado en este calabozo por su archienemigo, Boabdillo(sic), antes de ser

enviado en desgracia hacia España. Pero para ser veraces, todo el lugar fue quemado después que Colón salió, así que no debemos entristecernos con estos recuerdos. Las condiciones actuales de los pobres prisioneros es bastante triste.

El fuerte se utiliza en parte como barracas y al frente hay un número de soldados altos y bien vestidos en uniformes de algún tipo de algodón azul oscuro, cuyos cintos están llenos de



El fuerte de San Gil. Foto de la Srta. Day

cartuchos. Nadie sabe cuán grande es el ejército del presidente. Ese es uno de los pequeños secretos de Estado que él guarda para sí.

Dentro del patio están los prisioneros comunes, quienes cocinan, comen y duermen en el piso pelado, vigilados por soldados que portan pistolas cargadas en sus manos. Su destino, sin embargo, es celestial comparado con el de los prisioneros políticos. Estos están confinados a calabozos interiores pequeños y oscuros, sin ninguna luz y muy poco aire, donde probablemente nada puede liberarlos de su miseria, a no ser la muerte.

Entiéndase por “prisioneros políticos” aquellos que se oponen a los planes del presidente.

Si un hombre es sospechoso de no sentir la más entusiasta e intensa devoción por el presidente y la más incalificada admiración por sus acciones políticas, es arrestado y echado en este calabozo. Usualmente, es sólo la primera etapa de su viaje a un mundo mejor. Durante una de las revoluciones que de tiempo en tiempo distraen el mundo político de Santo Domingo, el cuñado de Heureaux se unió a otros dos generales en una conspiración contra él. Todos fueron arrestados en el campo de batalla y los dos generales fueron ejecutados de inmediato; pero, extrañamente, el cuñado no fue ejecutado.

El presidente le pidió que cenara en su tienda, le dio ropa limpia, ya que la suya estaba sucia, y lo abrumó con atenciones. El cuñado ya tenía el corazón lleno de sorpresa y esperanzas. A medida que la cena progresaba y él sentía su vida más y más segura, se fue volviendo casi alegre. Justo cuando comenzaba a tomarse el café, el presidente lo tocó en el hombro cariñosamente y le dijo: “Ahora, querido cuñado, serás fusilado”. El cuñado estaba estupefacto y lloró y rogó piedad. Pero el presidente le reconvenía que, siendo su cuñado, debía ser valiente, pues toda la familia Heureaux era conocida por su valor. Si se había unido a sus hermanos generales en una revolución, no debía vacilar en seguirlos aún más allá, hacia mejor mundo donde ellos le esperaban. Así que mientras el presidente comía su fruta, su cuñado, después de haber cenado y bebido vino en este mundo, se fue a tomar su café al otro.¹

Desde la fortaleza fuimos a ver los “huesos”; éste es el término coloquial por el cual se refieren en Santo Domingo a los restos de Colón.

Nuestro primer propósito al venir era realmente ver los huesos, pero la viva personalidad del presidente y la amenidad de su capital nos habían entrenido hasta ahora. Nuestro interés se revivió a medida que nos acercábamos a la catedral, a

¹ *Hay una célebre frase de Heureaux que hace referencia a la ejecución de un compadre, mas no su cuñado: “Tanto que yo quería a mi compadre y tuve que fusilarlo, pues en sonando los tiros, guardo el corazón en la casa”.*



través de la ciudad que tanto amó Colón que quiso que a su muerte sus restos fueran traídos aquí desde España. La catedral es una estructura antigua impresionante, formando un lado de la plaza, y con una estatua en el frente del Gran Descubridor. La estatua no está mal, pero el escultor debe haber sido víctima de un mal entendido histórico. En el pedestal, dedicándole a Colón todo tipo de elogios en un español excelente, está la figura de una reina caribe, a quien sus seguidores primero habían despojado de todas sus posesiones y luego la torturaron hasta la muerte.

Dentro de la catedral encontramos esperándonos a un alto dignatario en la persona de un ex-Director General de Correos, un negro muy arruinado cuyas ropas parecía que habían salido de un saco de ropa vieja y que le hubieran caído encima por error. Nos recibió solemnemente, y nuestras voces se hicieron susurros inconscientemente. Expulsan al vulgo de la iglesia y en la media luz de la vieja basílica la ceremonia comienza. Primero traen una mesa, grande y cuadrada, que sacan de algún nicho y la colocan en el centro de la iglesia, cerca del altar. Luego sacan un mantel bordado de un rojo desvaído y lo extienden sobre la mesa con perfecta seriedad. Luego el ex-Director General de Correos camina solemnemente hacia la mesa llevando en alto una caja de cristal que contiene un ataúd de plomo abierto, en el cual vemos un poco de polvo y unos cuantos huesos blancos y desboronados, todo lo que resta del Gran Descubridor.¹

Tratamos de evocar algunos pensamientos apropiados para la ocasión, pero lo absurdo de la situación ahoga todo sentimiento de reverencia. El asunto se convierte en una farsa cuando el ex-Director General de Correos trae un libro bastante hojeado y nos pide que escribamos un testimonio encima de nuestra firma de que hemos visto los únicos y verdaderos huesos de Colón.

Pues es sabido que La Habana ha tenido el descaro de preparar un juego rival de huesos y de declarar, en su momento, que esos son los verdaderos restos de Colón.

Cuando la parte española de Santo Domingo fue conquistada por los franceses en 1785, se llegó a la conjetura de que el Gran Almirante no podría descansar en paz en su ataúd en suelo francés. Así que con mucha pompa y ceremonia fueron desenterrados algunos huesos que se supone eran los suyos, y llevados a La Habana. Poco tiempo después, sin embargo, aparecieron otras reliquias desboronadas en la vieja catedral, las cuales los dominicanos, que habían expulsado ya a los franceses, declararon enfáticamente que debían ser los verdaderos y únicos huesos. ¿No se encontró una bala de plomo en ellos? ¿No le había escrito Colón una vez a la reina Isabel que su "vieja herida le estaba molestando una vez más"? ¿Y no podría haber sido esa bala la que una vez le produjo esa herida?

¹ *Uno de los principales propulsores de la idea del Faro a Colón, el receptor de aduanas William Pulliam, explica cómo, aún a principios del siglo XX, pedazos de huesos eran pasados de mano en mano entre los visitantes de la ciudad.*



Pero, en ese caso, ¿de quién eran los huesos enviados a La Habana? Si no era la rosa, habían tocado la rosa. Debieron pertenecer al hijo de Colón, Diego, quien también estaba enterrado en la catedral. Y así la guerra se ha mantenido durante todos estos años acerca de estos pobres y desmonorados restos de humanidad.

Unos días más tarde, el presidente vino a cenar con nosotros. Persuadimos a nuestro amigo, el piloto, de que nos consiguiera una bandera dominicana, que se desplegó en el mástil principal cuando Su Excelencia puso pie en cubierta, y le dimos una bienvenida muy calurosa a bordo del Escita.

El se paseó por todo el barco desde proa hasta popa. Ningún ofrecimiento para tomar el té de la tarde (pues vino a bordo a las 5:00 en vez de a las 7:30) lo alejaría de su tarea.

— “Cuando lo haya visto todo, entonces lo tomaré”.

Y, ciertamente, lo vio todo. Hizo que tiraran el ancla para ver cómo la subían. Tocó todas las campanas; encendió las máquinas y luego las detuvo. Hasta pidió que encendieran el fuego de la chimenea para asegurarse de que la chimenea funcionaba en un barco. Pero como la tarde estaba opresivamente calurosa, y ya que nos habíamos puesto los más frescos trajes de verano, logramos impedir ese deseo.

Por fin salió del cuarto de máquinas donde había estado sacando una muestra de una pieza de carbón “pocahontas”, se tiró en una silla cómoda y dijo que “ahora tomaría su té”. Llamando a su secretario con un ademán, un individuo de cara triste, cuya dignidad le pesaba evidentemente —quizás porque su cabeza descansaba muy ligera sobre sus hombros— le susurró algo al oído. El secretario en seguida dio un paso al frente hacia los hombres de nuestro grupo, que se estaban haciendo muy agradables al presidente, y les susurró algo a su vez en sus oídos. La sonrisa murió en sus caras, sus cuellos se estiraron y se marcharon con paso majestuoso y con la dignidad ultrajada claramente pintada en sus expresivas espaldas, con el pequeño secretario en remolque.

Luego nos enteramos, aunque con mucha dificultad, que el presidente les había mandado a decir que “ellos no necesitaban quedarse en esta parte del barco, pues él quería conversar con las damas a solas”.

Valió la pena escuchar su conversación, ya que contó a nuestros atentos oídos mucho de su interesante historia.

El era hijo de un viejo oficial de caballería en La Plata(sic) y siendo un joven de unos 17 años su país estaba en guerra contra España. Lleno del fuego de la juventud y celoso por el honor y la independencia de su país, a escondidas de su viejo y conservador padre, se colocó a la cabeza de doscientos espíritus temerarios como él, y se unió a la insurrección contra España. Comenzaron sus operaciones bélicas en su



ciudad natal, La Plata (sic). Las mejores jovencitas del pueblo, habiéndose apoderado de alguna manera de algunos materiales de artillería del gobierno, les suministraron balas fabricadas con sus propias manos de plomo y papel. A las nueve en punto esta pequeña banda de jóvenes insurgentes se lanzó a iniciar el asalto del pueblo. Las balas resultaron ser tan efectivas que ya al amanecer la ciudad era suya.

Así comenzó la carrera militar de Ulises Heureaux, la cual ha durado, con pequeñas interrupciones, hasta el presente –siendo una batalla, según sus propias palabras, “su más grande deleite”. La segunda República Dominicana fue declarada en 1865, Heureaux se hacía cada vez más famoso, combinando el genio de líder militar con la habilidad ejecutiva del estadista. A los veintiún años lo hicieron gobernador de La Plata y tuvo que cambiar su atención de operaciones bélicas a la administración de hombres y asuntos. Se cultivó, aprendió a hablar francés e inglés y adquirió el pulimento que ahora le sienta tan bien.

Mientras tanto, su país era destrozado con revueltas constantes, igualando, si no excediendo, lo que ha vivido Haití.

El mismo Heureaux ha visto elegir tres presidentes y ser leídos tres discursos presidenciales en un lapso de 24 horas.

Bajo estos demasiado numerosos presidentes, él se encumbró más alto cada vez, hasta que, de ser Ministro del Interior, se convirtió en candidato para la presidencia misma en 1886.

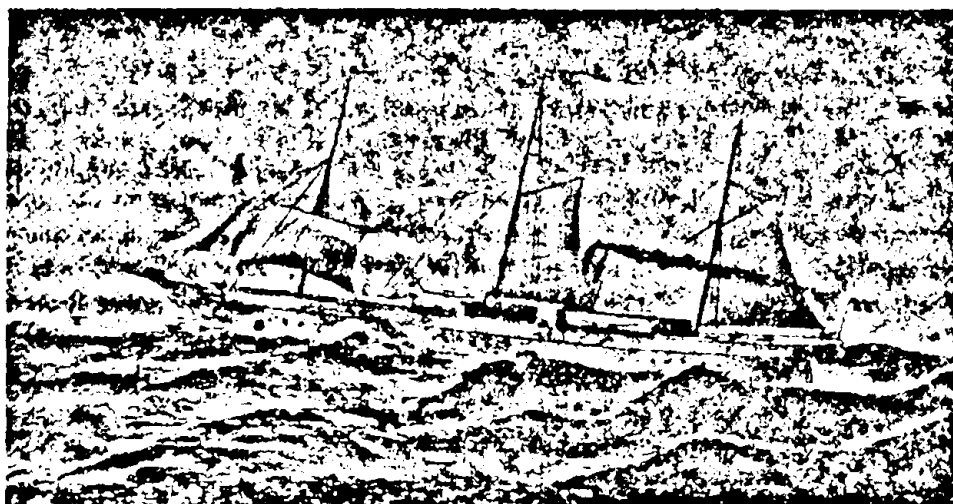
Sus métodos de elección eran, para decir lo menos, extraños. Alquiló una cantidad de casas en la ciudad, en las cuales, la noche anterior a las elecciones, reunió a los hombres que votarían por él y cerró las puertas de manera que nadie pudiera meterse con ellos. Al amanecer del día de las elecciones, abrió las puertas y sacó a los hombres en formación de marcha hacia las urnas antes de que ningún partido de oposición hubiera llegado. Una vez allí depositaron sus votos y luego pasaron el resto del día bloqueando de tal manera las urnas que nadie que no fuera de sus afiliados podía llegar a ellas.

¡No es necesario decir que fue elegido unánimemente! “Pero desde entonces”, comentó con picardía inconsciente, “no he permitido que nadie corra contra mí, pues esas elecciones me costaron \$350,000”.

Desde que fue elegido, su política ha sido de represión severa contra los rebeldes. El le dará a un hombre un trato justo y generoso mientras le sea leal. Si se vuelve traidor es fusilado como un perro. Su meta ha sido sacar al país del estado de caos en que los años de guerra civil lo han hundido y convertirlo en un Estado moderno con adelantos modernos. El considera que el primer paso para la realización de este ideal es gobernar a la gente por la fuerza, como un dictador, hasta que estén tan acostumbrados a obedecer la ley y a amar el orden que puedan gobernarse por ellos mismos.



Hacia el final de nuestra visita a Santo Domingo, el presidente expresó su deseo de que debíamos ver sus tres cañoneros. Están anclados justo más arriba de nosotros en el río y los habíamos estado observando con mucha curiosidad. Uno de ellos es el que fuera el yate inglés "Deerhound", el cual había jugado un papel tan desagradable en las mentes de los americanos en la gran batalla Alabama-Kearsarge fuera de Cherbourg. Es ahora el buque insignia de la flota de tres barcos de Su Excelencia.



El crucero Presidente, de la escuadra de Lillo

Se hicieron los arreglos para que el presidente pasara a recogernos a las tres de la tarde para que él nos acompañara a los barcos. A las tres en punto apareció con su triste secretario privado, su Ministro del Interior y otros dos caballeros de color, cuyos rangos no pudimos determinar. El despacha su propio bote y dice que desea ir con nosotros en nuestra lancha para él ver cómo marcha.

Traen la lancha, todos subimos a bordo y él entonces procede, sin pedirle permiso a nadie, a tomar el timón. Primero nos lleva contra la cuerda con la que estamos atados a tierra. Cuando somos desenredados, con algo de trabajo, seguimos adelante sin más desastres hasta llegar a alcanzar el viejo Deerhound, que es ahora el Presidencia(sic). No subimos al portalón por el método usual, ya que él no entiende muy bien cómo maniobrar el timón.

Lo golpeamos, y lo golpeamos fuerte, pues la lancha está llena de gente y pesada. Se escucha un estruendo y el hermoso pasamanos de caoba queda marcado con la quilla de la lancha. A pesar de todo, subimos y nos encontramos en medio de un grupo grande. Los hombres lucen magníficos en uniforme, que consisten mayormente de encaje de oro con un perfecta erupción de botones de bronce. Las damas, sin excepción, son fornidas y oscuras, ya sea que fueran españolas morenas o negras claras, nunca hemos podido determinarlo.

Al aparecer el presidente todos se levantan en un círculo a su alrededor. El toma al capitán de la mano y, hablando en español, el cual luego traduce al inglés para nuestro beneficio, dice: “Señoras y señores, déjenme presentarles a la señorita Susana y a sus amigos”. Luego todos nos hacemos profundas reverencias unos a otros y pensamos ¿qué vendrá ahora? Lo que viene es champán. De nuevo estamos de pie en un círculo y las copas circulan y son llenadas. El almirante, un negro de sangre pura, cuya vocación en la vida parece ser reírse de los chistes del presidente, se sitúa directamente detrás de nosotros con sus oficiales. El presidente levanta su copa y dice solemnemente: “Como América no tiene reina, tomemos a la salud de la representante de América quien está con nosotros hoy –la señorita Susana”.

Todos se hacen eco, “por la señorita Susana”, y vacían sus copas hasta la última gota. Todos excepto el almirante. Cuando el presidente comenzó su discurso el almirante evidentemente pensó que él podría tomar su vino en paz sin tener que reír. Justo cuando había tomado un gran sorbo de champán el presidente hizo un comentario gracioso que requería de alguna reacción de su parte. El pobre almirante, en su esfuerzo por reír se convirtió en una fuente que brotaba champán por toda la cara al mismo tiempo. Se ahogó, chisporroteó y buscó en vano un pañuelo en sus bolsillos. Con gestos pidió a sus oficiales que lo ayudaran. Pero ellos o no quisieron o, más probablemente, no pudieron ayudarlo.

Por fin mi cuñado, con aire cortés, dio un paso hacia él y con un amable: “permítame”, le pasó un pañuelo al pobre hombre, en el cual escondió su cara y el cual nunca devolvió.

En los tres torpederos se brindó por la salud del capitán, pero, además, como premio al mérito, nos llevaron a recorrer los barcos. El presidente siente gran orgullo por su marina de guerra. El tiene talleres en donde se hace casi todo el trabajo, y para ser barcos pequeños, están muy completos. Dicen que siempre hay uno de ellos humeando, para que en caso de que explote la revolución, pueda llevarlo a un lugar seguro.

El se aparece a bordo a cualquier hora del día o de la noche, y si no está todo a su gusto, pobre del desafortunado ofensor. Fue allí una mañana a las 5 en punto y se encontró con que el ingeniero no había tomado aún su taza de café. Esperó hasta que el muchacho de cabina apareciera. Luego, depositando su taza tranquilamente, cogió al muchacho de cabina y le dio una pata tan fuerte como pudo –y él es un hombre fuerte; tomando de nuevo su taza le dijo al muchacho que pensaba que ahora él recordaría llevarle el café al ingeniero a la hora que se le ordenó; y siempre lo ha recordado.

Al finalizar las celebraciones en los cañoneros el presidente dice que le gustaría que las damas presentes vayan a ver el Escita. Antes de que comprendamos lo que esto significa, él ya ha sentado a diez de ellas en la lancha y estamos en ruta hacia el Escita.



Cada una de estas damas pesaba por lo menos 180 libras y, lo que es peor, no hablaban una palabra de inglés, francés o alemán, mientras que nosotras no sabíamos nada de español. Así que simplemente las llevamos por el barco de un sitio a otro, sin posibilidad de intercambiar una idea o una palabra. Ellas hablaban muy alto, y nosotras reíamos. Cuando parecía que algo ameritaba más que reír le señalábamos varios artículos de interés, y ellas tomaban su turno para reír. Señalaron al cielo y nosotras pensamos que ellas querían decir que era una noche hermosa y asentimos con la cabeza vigorosamente. Pero parece haber sido una suposición equivocada pues inmediatamente negaron con la cabeza con el mismo vigor y lucían bastante ofendidas. La llegada del presidente fue un alivio infinito, y nos quitó un peso de encima cuando finalmente se las llevó. El Escita parecía ahora flotar más alto en el agua a medida que ellas bajaban.

Esto fue lo último que vimos de este hombre tan interesante, y nos sentamos en cubierta por la noche y resumimos nuestras opiniones acerca de él. El es indudablemente cruel, rapaz y egoísta, pero su voluntad es de hierro, su juicio agudo y su cabeza extremadamente equilibrada. El es uno de los hombres más interesantes que hemos conocido y probablemente uno de los más inescrupulosos. Pero nos dio una idea de lo que una república negra puede ser y de lo que un presidente negro es capaz, si es un tirano total. Terminamos nombrándolo el Napoleón Negro de las Indias Occidentales, y al otro día salimos de su país con sincero pesar.


FIN





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CUBA Y PUERTO RICO CON LAS DEMAS
ISLAS DE LAS INDIAS OCCIDENTALES

 Robert U. Hill

1899





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Robert T. Hill, perteneciente al servicio geológico del gobierno norteamericano, describió en 1899 un libro sobre la topografía, el clima, la flora, la producción, las industrias, las ciudades, la gente y las condiciones políticas de Cuba, Puerto Rico y las otras antillas.

Aquí incluimos la parte de su capítulo sobre la República Dominicana que describe sus ciudades y su gente, pero que se limita a Santo Domingo y Santiago.

Las fotografías, de varias fuentes, fueron tomadas entre 1897 y 1903.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La población de San Domingo(sic) en 1888 era de seiscientos diez mil, o de unos treinticuatro por milla cuadrada. Lo era entonces y todavía hoy está mayormente compuesta de una mezcla de los primeros españoles con los aborígenes y los negros, dando como resultado una clase de españoles mulatos. Hay algunos blancos de ascendencia europea y unos cuantos comerciantes extranjeros. Prevalece el idioma español, aunque también se oye hablar comúnmente francés e inglés en las ciudades. Esta población no es ni salvaje ni viciosa, aunque su vitalidad ha sido minada grandemente por los desafortunados sucesos políticos que hicieron que las clases superiores salieran de la isla. Parece que las mejores gentes tienen las mismas cualidades que los cubanos y puertorriqueños, mientras que el campesinado es una clase inofensiva aunque incapaz, que no se compara en nada con los haitianos. Hazard sostiene que en una reunión pública acordada al Hon. Andrew D. White, en la cual la élite de la gente de Sabao(sic) estaba presente, se sorprendió de los buenos modales y capacidad intelectual de los presentes, que comprendía representantes de la Iglesia, la ley, la clase médica y los más reconocidos comerciantes nativos.

Como el interior no cuenta con buenas carreteras, el acceso de un distrito a otro se hace difícil. Se terminó un ferrocarril entre Sánchez, en la Bahía de Samaná, y La Vega, de sesentidos millas hacia el interior, y lo están llevando hasta Santiago y Puerta Plata(sic). Durante el año pasado se completó otro que conecta a Santiago con el puerto de Puerta Plata, en la costa norte. La distancia cubierta es de cuarenticinco millas. La construcción de esta línea se ha tomado años y atraviesa dos cadenas de montañas. Todavía se contempla otra línea entre Barahona y Cerro de Sal. El millaje total de vías de ferrocarril en operación es de ciento sesenta. Hay cincuentiuna oficinas de correos y cuatrocientas treinta millas de telégrafo. La costa de San Domingo es de novecientos cuarenta millas de largo. La República tiene siete puertos abiertos: en el sur, San Domingo y Azua; en el noreste, Samaná, Puerta Plata, Monte Cristi, Macorís¹ y Sánchez, en el norte. La gran Bahía de Samaná es a San Domingo lo que Mole St. Nicholas es a Haití. Desde todo punto de vista, es una de las más valiosas posesiones en las Antillas. Tiene treinta millas de largo, diez millas de ancho y puede acomodar las flotas más grandes y los barcos de mayor calado. Está bien protegida, especialmente contra los vientos del norte, libre de rocas y de bancos de

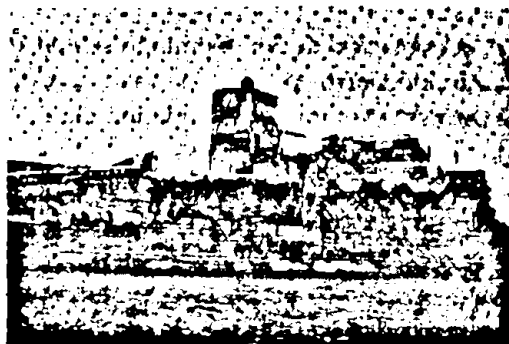
1 Nota del editor original de la obra: *Parece haber un error en cuanto a este puerto, pues el Puerto de San Pedro de Macorís se encuentra en el sureste de la isla. El otro Macorís (San Francisco de Macorís) no es puerto de mar y se encuentra en la región interior llamada Cibao.*



arena, y está restringida por una entrada estrecha, pero se utiliza muy poco comercialmente. La República tiene dos buques de vapor pequeños.

El país tiene pocas ciudades importantes y casi todas están en decadencia. Las principales son: San Domingo y Azua, en la costa sur, la ciudad interior de Santiago, la metrópolis de La Vega Real y Puerta Plata, y el puerto marítimo de San Domingo(sic) en la costa norte.

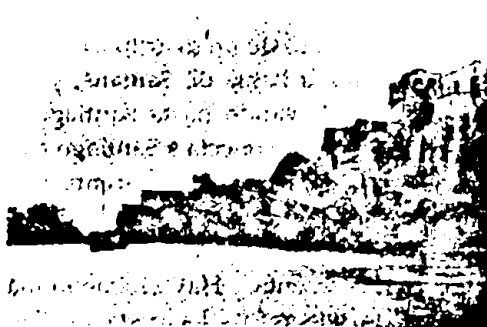
La ciudad de San Domingo (con veinticinco mil habitantes) está en un ángulo, rodeada por el mar en el lado sur y por la boca del río Ozama en el oeste.¹ Es quizás el ejemplar más perfecto de ciudad española en América. Está totalmente rodeada por una muralla medieval, de 4,500 yardas de circunferencia. Cuando uno la contempla desde el mar la vieja muralla y sus bastiones y sus edificios del Viejo Mundo, cada rasgo recuerda



La Puerta

los sucesos del primer siglo de prosperidad hispanoamericana. Las casas están construidas de mampostería en calles rectas y estrechas, con paredes de alegres colores, puertas inmensas y grandes ventanas, como las de La Habana y San Juan;

pero una vez que se está en la ciudad, los habitantes le quitan el hechizo, porque su población más baja consiste en negros sucios y la basura abunda por doquier. Los suburbios los componen casuchas poco atractivas de armazón y barro, cobijadas con palmas o paja. Las paredes de las casas más viejas están construidas de piedra y "mampostería" (un concreto calcáreo). Cuando el viajero pasa por las calles desiertas y decaídas y mira estas inmensas estructuras, las paredes sólidas y las ruinas de grandezas pasadas, se encuentra preguntándose a sí mismo qué ha sucedido con aquellos incentivos para promoción que dieron origen a semejante ciudad.



La ciudad desde el río -- 1903



Parque de Santo Domingo -- 1903

1 En el este.

Las viejas iglesias y ruinas son interesantes, pero aparte de ellas hay pocas edificaciones atractivas. El palacio de gobierno, aunque en efecto es grandioso, por sus galerías de balcones sostenidos en sólidos pilares, no es hermoso ni sorprendente. El edificio más interesante de la ciudad es la vieja catedral; de hecho, es uno de los grandes monumentos del hemisferio occidental. Este edificio gótico, que está situado frente a la plaza pública, está construido en piedra maciza y tiene una nave y dos alas, y se utilizó como modelo una iglesia en Roma. La comenzaron en 1512 y la terminaron en 1540. Las paredes del exterior manchadas por el tiempo muestran marcas de su gran antigüedad, mientras el interior, con sus pilares, arcos, criptas e innumerables altares, confirma los relatos de aquellos escritores que nos han dado descripciones tan vehementes de su antiguo esplendor. En sus criptas están enterrados muchos de los personajes notables de los inicios de la historia de América, incluyendo la familia de Colón, y, si hemos de creer a los nativos, hasta los restos del mismo explorador inmortal, los cuales, de acuerdo con ellos, no fueron llevados La Habana. Otro viejo hito en la ciudad es el Alcázar de Colón, situado sobre la margen oriental del río Ozama y construido por Diego Colón, el hijo del Almirante. Es una estructura sólida de piedra rodeada por un muro construido originalmente con la intención de protegerlo de los ataques de los aborígenes.¹ Ahora está en ruinas y en decadencia.

Largos años de adversidad y revoluciones han empobrecido la ciudad. No se registran mejoras y la comunicación con los demás pueblos de la isla es difícil. Aparte de ser el asiento del gobierno, es además asiento del arzobispado católico romano.

El lugar tiene buena reputación de salubridad, a pesar de su suciedad. La temperatura oscila diariamente entre 64° en la mañana y 85° a mediodía.

Santiago de los Caballeros, situada en el río Yaqui(sic), en las praderas del norte, rodeada por colinas y montañas, probablemente es la ciudad más importante de la República. Es también uno de los lugares más antiguos del Nuevo Mundo. Fue



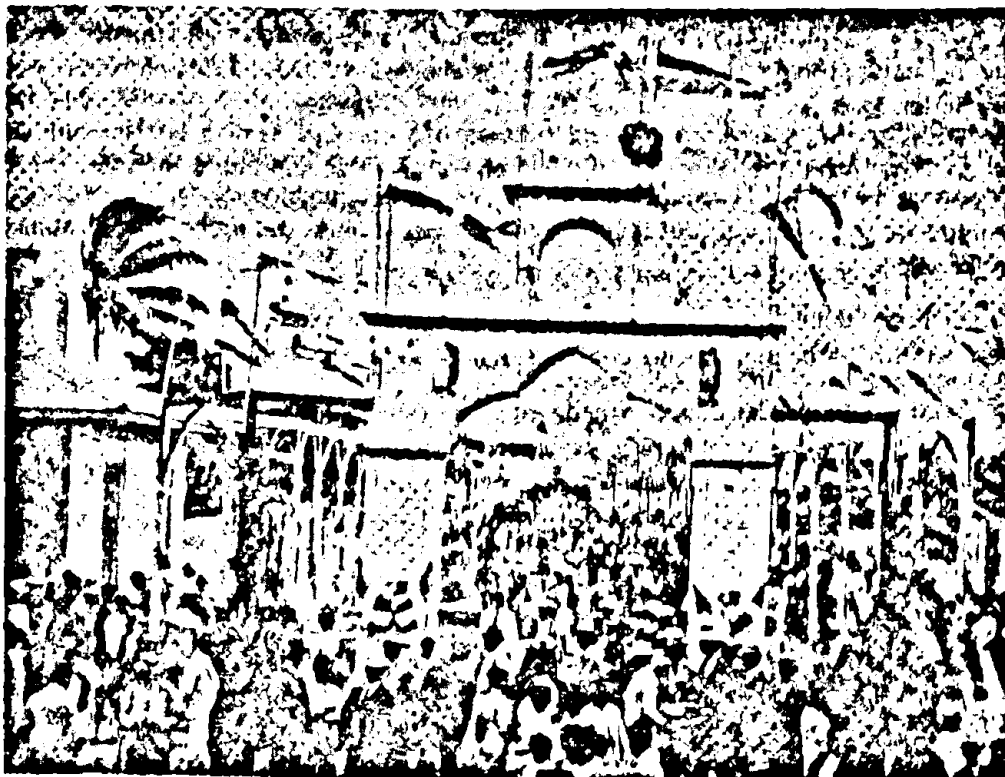
Mercedo de Santiago

¹ *Más bien se construyó para defensa de los europeos.*

Robert T. Hill


objeto de ataques de parte de los primeros bucaneros franceses, quemada por fuegos, azolada por terremotos y, más adelante, casi destruida por las revoluciones. La ciudad está construida alrededor de una plaza o parque donde funciona el mercado; las calles son rectas y rectangulares, y las casas en la parte principal del pueblo son de piedra. Queda como a unas ciento sesenta millas al noroeste de la capital, con la cual no tiene ningún intercambio comercial; su puerto marítimo lo es el pueblo de Puerto Plata en la costa norte. Se encuentra en el corazón de la mejor región agrícola de la isla. Su clima es saludable. Sus 8,000 habitantes están compuestos principalmente por blancos, muchos de los cuales son inteligentes y bien educados. El lugar controla el comercio del tabaco que está mayormente en manos de los alemanes.

FIN

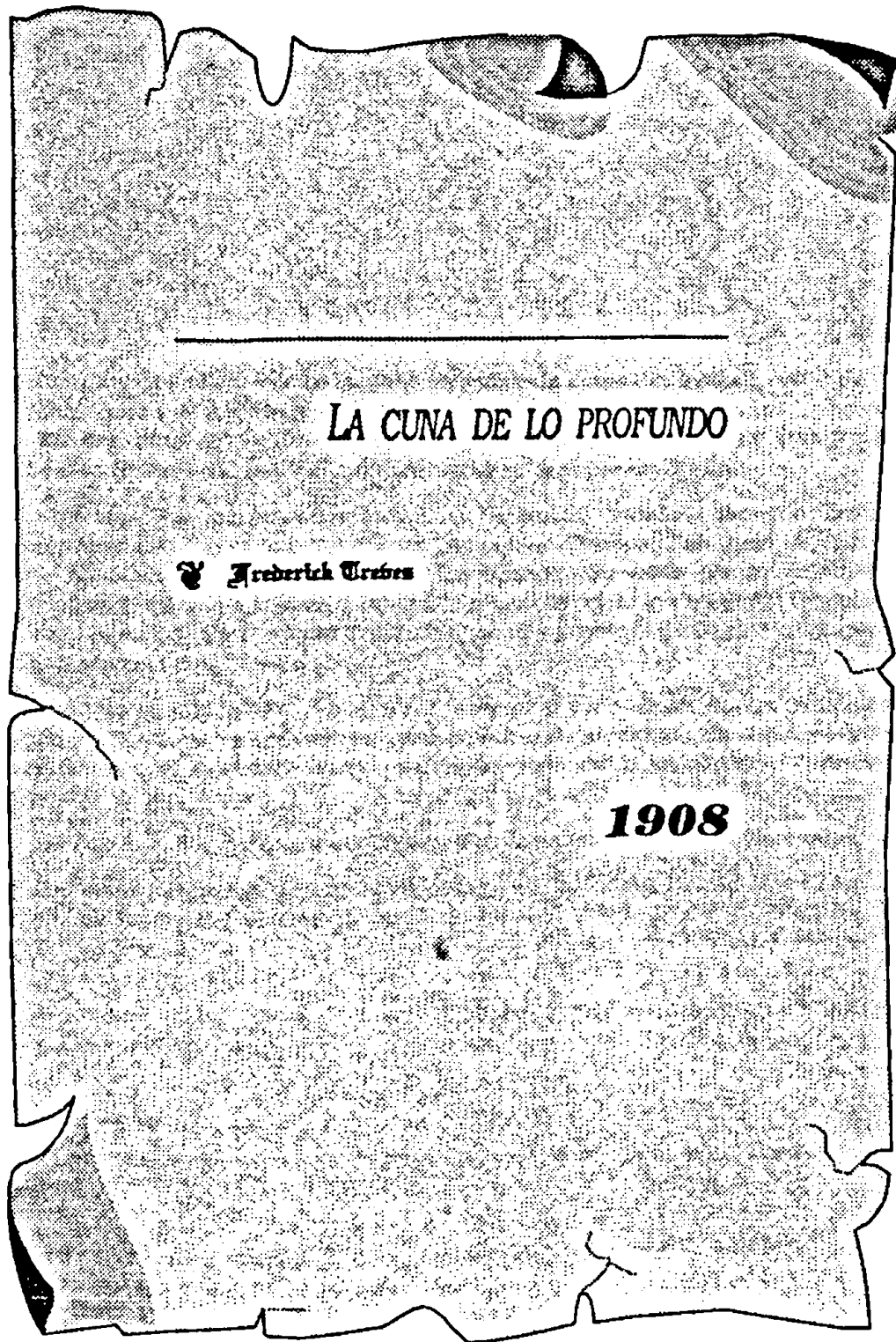


Inauguración del ferrocarril. Sanago, 1897

LA CUNA DE LO PROFUNDO

 Frederick Creses

1908





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sir Frederick Treves, médico cirujano, miembro de la realeza inglesa, rector de la Universidad de Aberdeen, persona de amplios conocimientos históricos, autor de *El otro lado de la linterna* y *La historia de un hospital de campaña*, publicó en Nueva York, en 1908, un relato sobre su viaje por las Antillas.

Este viaje fue amplio, pues incluyó a Barbados, Trinidad, Grenada, Santa Lucía, Martinica, Dominica, Saint Kitts, Saba, San Thomas, San Juan de Puerto Rico, La Mona, Jamaica, Panamá y Cartagena. Su paso por la República Dominicana se limitó a la ciudad capital. En su obra relata la expedición de Drake a Santo Domingo. Sir Frederick Treves incluye dos fotografías tomadas en nuestro país, y reproducidas en esta obra.

Dada su amplia cultura, Treves supo apreciar el valor de las ruinas coloniales de Santo Domingo, las cuales describió enfatizando su estado de deterioro y la decadencia y el abandono en que se encontraban en la maloliente y "trágica" ciudad.

Por otro lado, los dominicanos son descritos como holgazanes y degenerados.

Las otras fotografías corresponden al viaje de la familia Hanna Mac-Cormick cuatro años antes del recorrido de Sir Frederick.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Una ciudad de contrastes

La ciudad de San(sic) Domingo está situada en el lado sur de la Española, la cual es una isla que luce muy graciosa, montañosa y verde. La ciudad se destaca sobre un risco de color barro, en la boca de un pequeño río. El barco ancla a una distancia prudente y mientras se desliza hacia “la marejada y oleaje del mar” que se encuentra en la bahía, es posible observar el asentamiento más antiguo del Nuevo Mundo, de “la gallarda ciudad de San Domingo”, fundada por Colón hace 410 años.



La ciudad desde el río. Fotografía de Traves

Cada pie de terreno en y cerca de la capital tiene un interés memorable. Ahí a la derecha, por ejemplo, el río sale al mar a través de una cañada como la de la boca del Dart en Devonshire. En la ribera de este río, Hawkins, en 1562, canjeaba esclavos por polvo de oro y especias —un notable negocio, ya que fue el primer tráfico de los ingleses en las aguas de las Indias Occidentales. Cierta

objeto en la margen del río llamó la atención de Francisco de Bobadilla, cuando venía de Europa para investigar la alegada mala conducta de Colón. El objeto era una horca, de la cual pendían los cuerpos de varios españoles y para él esto era una muestra de que España estaba progresando. Hacia el oeste, donde el risco es bajo, se halla la playa donde desembarcó Drake con sus hombres cuando llevó a cabo el famoso asalto a la ciudad.

Anclamos frente a la capital en “la hora de los laúdes”, como hubieran dicho los españoles. El sol del este caía de lleno sobre el pueblo, iluminando el gran muro de defensa que corona el risco del sur y encierra la ciudad por todo el rededor por el norte. En un punto donde había una grieta en el muro, era posible observar una calle recta, donde se veían las largas sombras a lo largo del camino y los vecinos recién levantados comenzando lentamente su día.

Dentro del muro de la ciudad hay una mezcla de edificios y casuchas, de palmeras y plátanos, de frentes de casas que lucen como cuadros de cartón blancos y amarillos, y aquí y allá negros contrafuertes y deteriorados parapetos. Sobre el montón de techos se elevaban hacia el sol magníficos domos de mampostería marrón, cúpulas, un elevado gablete gris que puede pertenecer a un palacio, la torre de una iglesia y el verde profundo de los árboles.

Los que arriban a San Domingo deben remar hasta tierra en pequeños botes y llegar a un muelle un poco río arriba. Esta entrada del río hacia el pueblo es de lo más romántica y pintoresca. En la punta, en la boca misma, hay un antiguo castillo con un exterior recargado, que parecería construido con piedras color sangre. Es el castillo



El Homenaje. Fotografía de Treves

del Homenaje, una fortaleza con la que Drake tuvo que ver. Probablemente fue construida al mismo tiempo que la muralla de la ciudad, o sea en 1509. Es un lugar viejo, sabio, de aspecto ruín, cuyas defensas marítimas están tan melladas como el risco desde el cual se proyectan. Coronando el fuerte se encuentra una gran torre cuadrada, casi sin ventanas, pero gallarda con su almenaje de un tipo

desafiante. Tiene una escalera en un ángulo, mientras que debajo tiene una plataforma pavimentada y armada con gran cantidad de cañoneras –justo como la que podría haber visitado el fantasma que Hamlet vio. Hiedras y arbustos verdes escalan el exterior que da al mar, y parecería que, con el curso de los años, tomarán en asalto gentil la envejecida fortaleza.

La margen del río más allá del castillo es escarpada con farallón y muralla. Al borde del agua hay una extensión de plátanos y árboles bajos. En la cima de la muralla hay casas antiguas. Algunas tienen balcones que dan sobre el río; otras alardean de torrecillas, fragmentos de terrazas, desagües donde los nobles españoles una vez se pasearon, pero que ahora no son más que meros portales para basura.

El muro que desafió a Drake y a otros tantos merodeadores todavía rodea la ciudad. En algunos sitios no tiene menos de ocho pies de grosor, es de una altura imponente y está reforzado a intervalos por bastiones. Todavía están en el frente occidental las puertas a través de las cuales los británicos entraron cuando tomaron la ciudad en 1585. La muralla ha sufrido ruina más o menos desastrosa a todo lo largo de la misma, pero sus cicatrices y grietas están escondidas bajo las yerbas rastreras.

Pero ahora sirve para varios bajos propósitos, resultando conveniente para arrojar basura, para abrigar montones de basura, así como para servir de apoyo para una horda de barracas parásitas y casuchas de olor pestilente.

La entrada a la ciudad es a través de la Puerta del Río,¹ una noble estructura de piedra, con pilares clásicos en cada lado, bien cubierta con los programas rojos y verdes de los salones de música.

El pueblo mismo presenta un espectáculo de magnificencias pasadas y escualidez del presente. El orgullo de San Domingo(sic), que fuera una vez "la ciudad de fama gloriosa", ha caído en profundidades sórdidas. Deja sus soberbios edificios al abandono y la decadencia. No tiene un pasado que reverenciar, ni prestigio que mantener. Incluso ha cambiado "lámparas viejas por nuevas", la ciudad de piedras labradas de la España medieval por el pueblo de estuco del constructor de mal gusto.

Las principales calles de San Domingo huelen mal; las calles pequeñas apestan. Tiran la basura en los caminos y la dejan fermentarse y cocerse allí bajo el sol. La vía principal de la ciudad está llena de surcos, hoyos y zanjas, con un firme muy parecido al torrente de una montaña. Los alambres del tendido eléctrico están tirados sobre postes burdos e inestables traídos directamente desde el monte, y varios alambres colgando aquí y allá parece que no preocupan a nadie. En algunas zonas de las aceras hay fragmentos de pavimento, con trechos de barro bien apisonado incrustados de papeles tirados y cáscaras de plátanos. El número de casas de juego y tavernas descaradas a lo largo de la vía le dan a la Calle Alta un aire de disipación desvergonzada que hubiese satisfecho a los antiguos bucaneros.

La gente en la calle es, en su mayoría, mulata, con una mezcla de negros puros y de hombres blancos de dudosa blancura. Son, en general, una gente pintoresca, de un talante no siempre agradable, es verdad, pero con cierto aire teatral que aumenta con su "sombbrero" de ala ancha, por un cinto de seda que usan como correas, por sus ojos oscuros y su desordenado pelo negro. Los hombres menos atractivos están representados por ciertos soldados negros con camisas de azul de carnicero.



Los soldados que no gustaron a Treve



Damas regresan de masa con sus sillas

1 *Puerto de San Diego.*

Deambulan por las calles con aire de insolencia letárgica y sirven para demostrar qué tan profunda puede caer hasta la holgazanería cuando el holgazán es degenerado.



El mercado

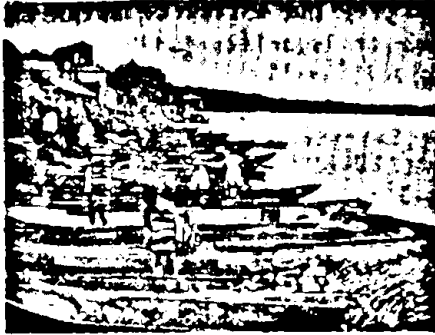
En el lugar hay muchas casas de piedra, viejas y majestuosas, con balcones bonitos, con ventanas de pesadas trancas y puertas macizas. Muchas más, sin embargo, son edificaciones nuevas y pretensiosas de una vulgaridad excesiva. Aquí hay una estructura graciosa con ventanas y portones de piedra delicadamente tallada. Podría haber sido un convento o una universidad. Ahora es una tienda de maderas y su labrado sensible lo recubren con un vil encalado. Un callejón lleva a un patio pavimentado por donde debe haberse paseado en los viejos tiempos algún

arrogante castellano; pero está lleno de basura, sus arcadas de múltiples pilares están en ruinas y sus paredes verdes de malezas. Balaustradas de nobles trabajos en hierro se están convirtiendo en óxido; enormes puertas, que deben haber sido golpeadas por los marineros de Drake, se caen de sus goznes; el refinado "patio" se ha convertido en un lugar para secar la ropa.

En esta trágica ciudad todavía quedan en pie iglesias de lo más pintorescas. Se destaca entre ellas la rara Iglesia de Santa Bárbara, con su domo y sus antiguas ventanas, su torre curiosa de un estilo hace mucho tiempo olvidado y sus tristes evidencias de un magnífico pasado. Hacia el norte de la ciudad se hayan las soberbias ruinas del monasterio de San Francisco, cuyas paredes están prácticamente cubiertas de malezas. Broques y yerbas llenan las naves sin techo, pero la entrada principal, con sus arcos y columnas tan excelsos, se mantiene tan perfecta como hace siglos.

Sin embargo, a pesar de todo, San Domingo se conserva como una de las ciudades más fascinantes e inspiradoras de estas aguas. Quizás no la perjudica ser tan harapienta o proclamar en sus calles la últimas escenas de "El Progreso del Libertino" ("The Rake's Progress"). Andar por sus caminos y callejuelas es como pasar las hojas de un viejo misal iluminado con un dorado mortecino y colores preciosos, cuyas hojas perfumadas de incienso están empapadas con trozos de periódicos de cunetas, e intercaladas con impresos chillones, páginas de canciones y programas de teatro.

Cerca de la Puerta del Río hay una ruina robusta formada por dos torres cuadradas unidas por un bloque central. Toda la estructura es negra y destechada. Tiene amplias ventanas y conserva, a pesar de la mugre que la rodea, gran dignidad y arrojo, pues fue una vez "una casa magnífica y principesca". Se le llama "el Almirante", y alegan que es el castillo que Colón construyó y en el cual fue confinado cuando fue hecho prisionero y encadenado.



Canoes traen pedras de carbón y hierro



Carbón en pedras de yaguas



Canoe con hierro y carbón



Canoe con carbón

XLIX

La tumba de Colón

Desde la Puerta del Río, la calle principal de San Domingo(sic) se dirige tortuosa hacia el parque de la catedral. Este es un lugar descuidado dispuesto sin mucho interés como un jardín público. En esta forma proporciona un lugar desaseado para holgazanear a ociosos apáticos y desaliñados. Al ser distinguido por una teatral estatua de Colón, toma el nombre de Parque Colón.

En uno de sus lados está la catedral, una estructura digna y sólida construida por los hombres que plantaron el estandarte de Castilla en las tierras del Nuevo Mundo. Se yergue en este parque deslucido y meretricio como un homenaje al espíritu aventurero de la vieja España. Sus paredes manchadas por el tiempo son bastante venerables, pues sus bases fueron echadas en 1514 y la última piedra se puso veintiseis años más tarde. Su techo lo sostienen nobles pilares y es tan vasta su estructura que en los nichos de las numerosas capillas flota para siempre la bruma de una selva tropical.

Se dice que en el techo está incrustada una bala de cañón disparada por uno de los barcos de Drake. La saga de Drake se ve halagada inmensamente por esta leyenda.

La bala –si es que se encuentra allí– es más probable que sea una de las que tiraron los ingleses al parque en 1809, cuando intentaban arrebatar la ciudad de manos de los franceses.

Contra la pared de una capilla lateral se haya recostada una grande y sombría cruz, de nueve pies de alto, en madera rústica nativa. Puede que haya sido tallada por el hacha de un pionero devoto, así de sencilla es. En su frente está grabada la fecha MDXIV en figuras arcaicas. Se dice que ésta es la misma cruz que se utilizó para indicar el lugar en el cual se construiría la catedral. Si esto es cierto, ha estado al abrigo de estas solemnes paredes por unos buenos 400 años. Ha sido testigo de la sacudida de esas paredes por más de un terremoto fatal. Ha visto sus grandes puertas abatidas por piratas y las huestes ahullantes penetrar en su penumbra solemne con el estruendo de sus armas. Ha presenciado la huida de sacerdotes jadeantes, el desgarrar de imágenes, el regateo como lobos por el cáliz del altar. Puede muy bien haber sucedido que algún ruffian descalzo, con un machete en sus manos y un paño ensangrentado sobre su cien, haya sido llevado a la presencia de este emblema austero, y que al hacer su reverencia, haya dejado caer a sus pies el botín que llevaba.

En más de una noche oscura, además, la sombra de la cruz ha caído sobre la pared debido a un rayo de luz que penetró por los vitrales de las ventanas –el reflejo rojo de la ciudad en llamas.

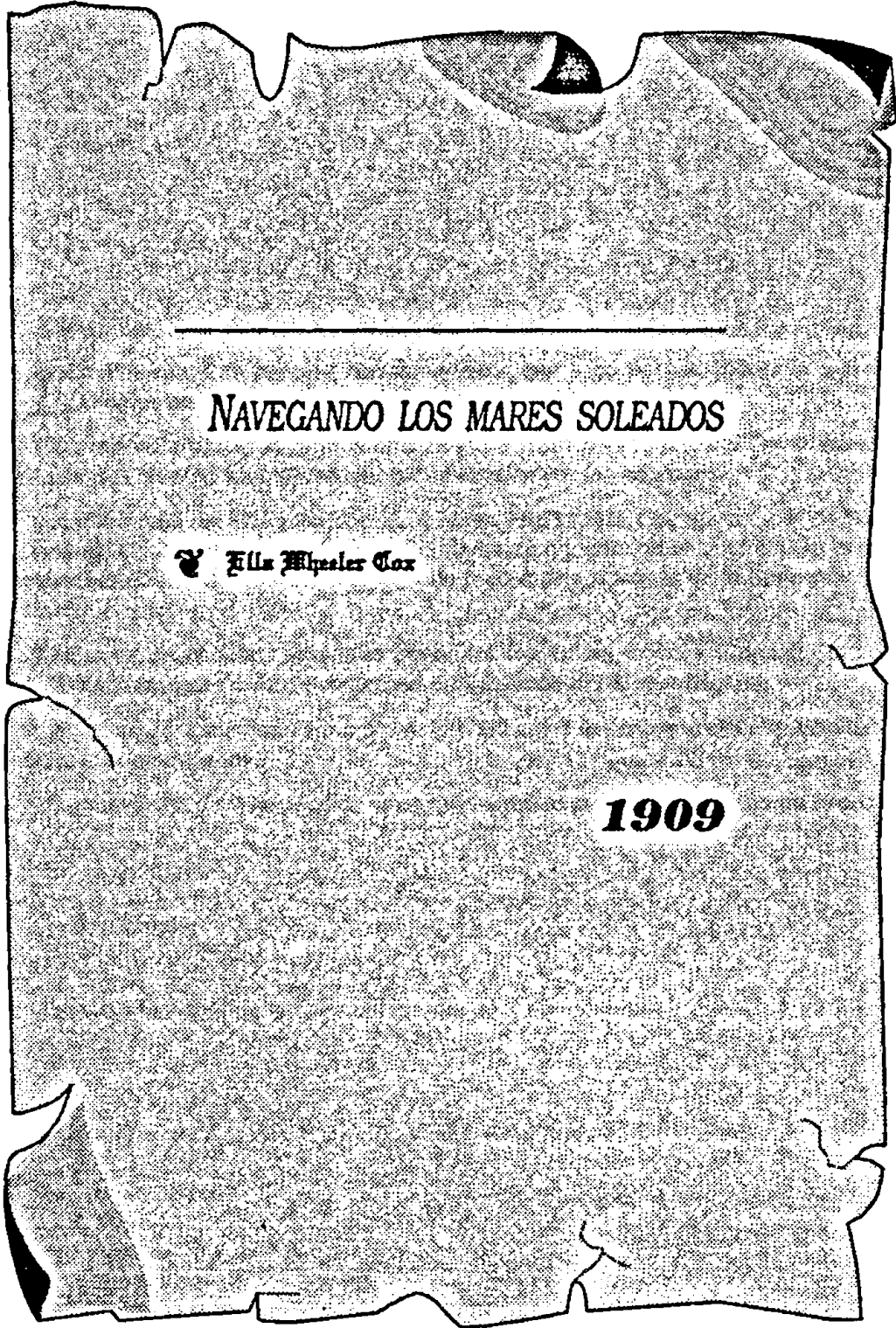
Debajo de un subyugante monumento moderno de mármol blanco, que se eleva hasta perderse de vista y embellecido por leones, escudos y figuras medievales, hay una urna de bronce en la cual están depositados los restos de Cristóbal Colón. La inscripción en el ataúd dice así:

“A Cristobal Colon: descubridor(sic) de America”.

No se gana nada con discutir aquí la autenticidad de estas reliquias. El gran explorador murió en Valladolid en 1506 y fue sepultado allí. Más tarde llevaron su cuerpo al monasterio de Las Cuevas en Sevilla. Desde allí –luego de un descanso de treinta años– sus restos zarparon de nuevo hacia las Indias Occidentales, hacia la Española de sus cuitas y hacia esta misma iglesia. Sus andares posteriores importan poco, ni vale la pena darle seguimiento a los manejos y vapuleos de que han sido objeto los restos de Cristóbal y de su hermano Diego en los últimos tiempos.

Si sus restos descansan bajo este techo añejado por el incienso, al alcance del sonido del mar y en las costas de éste su Nuevo Mundo, cuyo invierno era “como mayo en Córdoba”, entonces su lugar de descanso es el adecuado.

FIN



NAVEGANDO LOS MARES SOLEADOS

Filla Alpester Cox

1909





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

*E*lla Wheeler Cox fue una norteamericana que llegó por vía marítima a Santo Domingo en 1909.

La autora enfatiza el gran contraste entre Haití y la República Dominicana, a través de comentarios que evidencian su desdén por los haitianos.

A diferencia del británico Treves, a quien cita, la Sra. Cox afirma que en Santo Domingo habla progreso, al tiempo que defiende a los Estados Unidos y su control sobre las aduanas dominicanas, logrado poco antes, a través de la Convención de 1907.

Durante su estadia, la viajera presenci6 los juegos florales y conoci6 tanto a Am6rico Lugo como a Arturo Pellerano Alf6u, due6o del List6n Diario.

Finalmente, hace interesantes comentarios sobre la ausencia del prejuicio racial entre los dominicanos.

La fotograf6a de Wheeler Cox es complementada por otras de la misma 6poca.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Santo Domingo

Una vez leí en un curioso libro llamado *The Wanderings of a Soul (Las peregrinaciones de un alma)*, la supuesta narrativa de un espíritu desencarnado que había logrado salir de las regiones de la oscuridad (a donde lo habían confinado sus pecados) hacia reinos de esperanza, y, finalmente, a cielos más elevados de luz. Esta historia se me ocurrió, al despertarnos un día, después de una semana en los pueblos haitianos, y encontrarnos entrando en el puerto de Santo Domingo.

Nuestras mentes, nuestros ojos, nuestras narices habían estado impregnados con lo repulsivo y lo ofensivo por tantos días, que nos habíamos dormido en nuestros camarotes sintiendo que éramos almas perdidas en regiones de sombras; y ahora, he aquí que en una noche nos habíamos despertado en los reinos de la esperanza.

El muelle estaba concurrido, con una multitud de gente ordenada y vestida decentemente; directamente en frente, había filas de almacenes bien construidos, que sugerían ahorros y prosperidad, y vistas nítidas de calles sin escombros conducían hacia ruinas pintorescas de estructuras históricas; ruinas de la era de Colón.

El aire era fresco y seco; los vientos vivos y alegres; el sol llameante de vigor tropical.

La muchedumbre en el muelle parece que está allí con un propósito; con algún objetivo. Por ningún lado era visible el espíritu del holgazán ni del mendigo; ni asomo del bárbaro ocioso que prevaecía por dondequiera en Haití.

“Seguramente que hemos despertado en otro mundo,” dijimos. “¿Esto no podía ser parte de la isla de Haití y estar a sólo un día de distancia de la República Negra?”

Pero así era.

La isla de Haití tiene cuatrocientas millas de largo y ciento treinticinco de ancho, en algunas partes. Se encuentra entre el Océano Atlántico y el Mar Caribe y está dividida en dos repúblicas, un tercera parte es haitiana y el resto es conocido como Santo Domingo.

Colón descubrió esta isla de Haití en su primer viaje, el 6 de diciembre de 1492. Fundó la ciudad de Santo Domingo en su segunda visita, en 1493.



Sus “valerosos seguidores” exterminaron a los nativos arahuacos en un corto período de tiempo. Los hombres fueron masacrados masivamente, mientras que conservaron a las mujeres jóvenes para tener hijos y convertirlas en esclavas de los conquistadores españoles. Aún puede verse hoy el tipo de rostro indio entre algunos habitantes de Santo Domingo; descendientes de esas infelices mujeres que vivieron para ver sus tribus exterminadas y para sufrir toda clase de crueldades e indignidades a manos de los “valientes” españoles. La mayor parte de las matanzas se hizo en nombre de la religión. El ardiente deseo de los invasores españoles era convertir y salvar a los pobres arahuacos. Antes que dejarlos vivir “sin convertir”, los masacraban. Pero antes de matarlos siempre los bautizaban.

En 1505 trajeron esclavos negros a Haití. En relación a este hecho, dice Sir Francis Treves, en su delicioso libro *La Cuna de lo Profundo*:

“Fue el escuálido comienzo de un final terrible; estos seres miserables apenas podían arrastrarse fuera de los barcos, en donde habían estado comprimidos durante semanas, en un encierro putrefacto; sus cuerpos estaban indentados por las marcas de los tablones; amontonados todos juntos como animales asustados, se espantaban las moscas de las llagas dejadas por los azotes del látigo. Algunos murieron; todos estaban hambrientos de alimento; todos tenían los ojos muy abiertos por el espanto”.

“¿Podemos sorprendernos de que los descendientes de estos seres desdichados, a quienes pertenece ahora la isla de Haití, sean incompetentes para enfrentar las condiciones imperantes?”

No obstante, Santo Domingo nunca cayó completamente en manos de esta gente, como le sucedió a la *República Negra* de Haití.

La influencia del conquistador español ha tenido siempre la supremacía. La ciudad se jacta de tener familias en las cuales se ha mantenido inalterada la sangre española a través de los siglos, pero estas familias son pocas realmente. La presencia del hombre negro no es tan intrusivamente evidente; pero los hombres amarillos y los marrones están por todas partes y en todas las clases sociales.

Parados en la cubierta de nuestro barco nos mostraron la Ceiba en la cual Colón amarró su barco, y cerca del embarcadero se elevaban las ruinas majestuosas del castillo de Colón, el magnífico chateau y casa de gobierno que construyó Diego, el hijo de Cristóbal Colón, en 1509.

Más tarde, caminando por entre estas ruinas, nos impresionó la necesidad que existe de tomar medidas gubernamentales para su preservación. Deben ser salvadas de un mayor deterioro; las deben higienizar y hacerlas atractivas, en vez de sucias y tenebrosas; deben tener a alguien que las cuide y cuyo deber sea mostrarlas a los viajeros y explicarles la historia de estas estructuras tan antiguas, construidas en las costas del Nuevo Mundo.

Esta es una tarea que Santo Domingo le debe al mundo entero y a su propio orgullo.

Sir Francis Treves habla de Santo Domingo como "maloliente e insalubre". No nos pareció así. Encontramos actividad, reparación, progreso, por todas partes en la ciudad de antiguo linaje. El contraste entre ella y la República Negra fue tan grande como entre el sur de España y Gibraltar, aunque sólo estén separadas por media hora de camino y siglos de progreso. Aunque, desde que sir Francis escribió su libro, la influencia de América se ha hecho sentir en Santo Domingo.

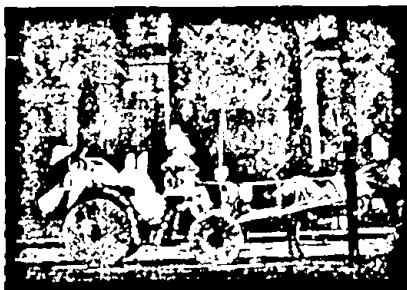
No deseamos abatir ruidosamente las alas de nuestra águila americana; o alardear en voz alta; pero la Justicia y la Verdad exigen que se dé crédito a quien lo merezca.

La Justicia y la Verdad también exigen que se le dé mucho crédito a los funcionarios y a la gente de Santo Domingo por sus grandes y hermosos esfuerzos, que aumentan constantemente, para mantener a la república con los tiempos y al paso con la marcha del progreso. Santo Domingo ha sido maltratada con guerras sangrientas y golpeada por malos gobernantes. Hace dos años se hundió tanto en deudas que fue necesario designar un contralor juicioso que manejara sus finanzas.

Esta posición recayó en los Estados Unidos y se lograron resultados maravillosos. Cada mes el Colector Americano de Aduanas envía \$100,000 para ser aplicados a la deuda nacional, pero, a pesar de este desembolso, los ingresos de la República son mayores que nunca antes en su historia. Por tanto, es capaz de reparar sus carreteras, arreglar sus puentes y limpiar y mejorar sus calles. Todo esto lo está logrando la República misma. No hay que decir que la influencia y el ejemplo americanos juegan su papel. Parece lamentable que cualquier santodomingano(sic) pueda dudar en reconocer su deuda de gratitud con América. Santo Domingo está impregnado de un espíritu de hospitalidad. Si poseyera un hotel moderno, dirigido con ideas americanas de comodidad e higiene, el lugar se convertiría en un lugar de recreo invernal ideal para los americanos.

El primer oro enviado a España desde el Nuevo Continente vino de Santo Domingo. Existen buenas razones para creer que sus montañas son ricas en oro que no ha sido explotado.

Tuvimos la fortuna de presenciar los Juegos Florales en Santo Domingo.



*Carroza de los Juegos Florales
Foto de Wheeler Wilson*

Extrañamente, hace justo un año estuvimos presentes en una festividad similar en Honolulu, donde estaban representadas cinco naciones. Un mes antes de eso habíamos visto el gran Carnaval Anual de las Rosas en Pasadena, California. Aunque ambas festividades fueron más elaboradas y el desfile más prolongado, en la fiesta de Santo Domingo permeaba un peculiar espíritu no-comercial, que le daba un aire de encanto más poético.



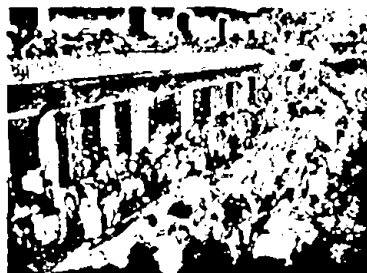
*Aurora Ponce de León,
Reina de los Juegos Florales*

Cinco poetas nacionales, en verdad, leyeron poemas a la "Reina del Carnaval de las Indias Occidentales". La feliz joven lleva el nombre de Aurora Ponce de León y posee la suntuosa belleza "creole" que va con ese nombre. Se dice que ella es descendiente directa del famoso primer gobernador de Santo Domingo.

Américo Lugo fue el poeta laureado de la ocasión y encabeza a los poetas nacionales en la isla. Tuve el placer de conocer a este joven y de que me obsequiara sendas copias de dos de sus libros y una copia manuscrita de su poema en prosa dedicado a la reina de la fiesta, "Aurora Primera".

El nombre del editor y propietario del único periódico diario publicado en la isla de Santo Domingo es Arturo Pellerano Alfau. Le conocí en la casa del encantador ministro americano, el señor MacCreery.

El señor Alfau es nativo de Santo Domingo y un hombre sumamente atractivo y de una personalidad impresionante. El pone alma y corazón en todo lo que se incline hacia los mejores intereses de su pueblo y al mejor desarrollo de su tierra. Había algo de emotivo y patético en el placer y gratificación demostrados por este hombre grande y fuerte al escuchar palabras sinceras de reconocimiento por parte de extranjeros con relación a su país.



Corrido de barras. Juegos Florales

La actitud de muchos santodominganos(sic) hacia los Estados Unidos forma parte de la mezcla de odio y celos que ha caracterizado el sentimiento de todo país que ha sido ayudado, o dominado, por nosotros en el pasado. Pero siempre los ciudadanos más abiertos e ilustrados y, por consiguiente, más justos de cada país están libres de estos innobles celos.

En el periódico del señor Alfau, el *Listín Diario*, apareció recientemente el siguiente editorial:

"La famosa Doctrina de Monroe es la base más firme en la cual descansa la poderosa República de América. Garantiza que los Estados Unidos no intervendrán en los asuntos europeos, ni entrarán en las guerras ofensivas, o defensivas, de otros países.

"También se refiere al deber y al derecho de los Estados Unidos de negar a las potencias europeas cualquier reclamo de suelo americano que sea una amenaza para la nación.

"Esta doctrina a menudo es atacada sin ser comprendida, pero ciertamente asegura paz, orden y progreso, la estabilidad del gobierno y las obligaciones públicas internacionales. Comprendida en esta forma, no tenemos nada que temer del pueblo o del gobierno de los Estados Unidos".



Damas presentando los Juegos Florales

Las divisiones de color están delineadas tan tenuemente que son apenas perceptibles. Aunque todavía existe el castellano puro, no es lo suficientemente numeroso como para formar una clase exclusiva.

El presidente de la república es un mulato¹ y hombres y mujeres que lucen blancos frecuentemente resultan ser "casi blancos", al casarse, sin ningún reparo, con

familias de extracción pronunciadamente africana.

En los Juegos Florales, hermosas muchachas que eran claramente españolas en su esbelta gracia, se sentaban codo a codo con aquellas cuyos rasgos y color proclamaban una sangre más oscura.

A menudo en una familia se encuentra el delicado tipo castellano, mientras que en otro miembro de la familia, un hermano o una hermana, se nota claramente la descendencia de Etiopía.

Pero estas diferencias no causan prejuicios de clases en Santo Domingo. La mayoría manda y es respetada. Esta mayoría es el elemento de color.



Entierro de alta sociedad



Salida de masa en la Catedral

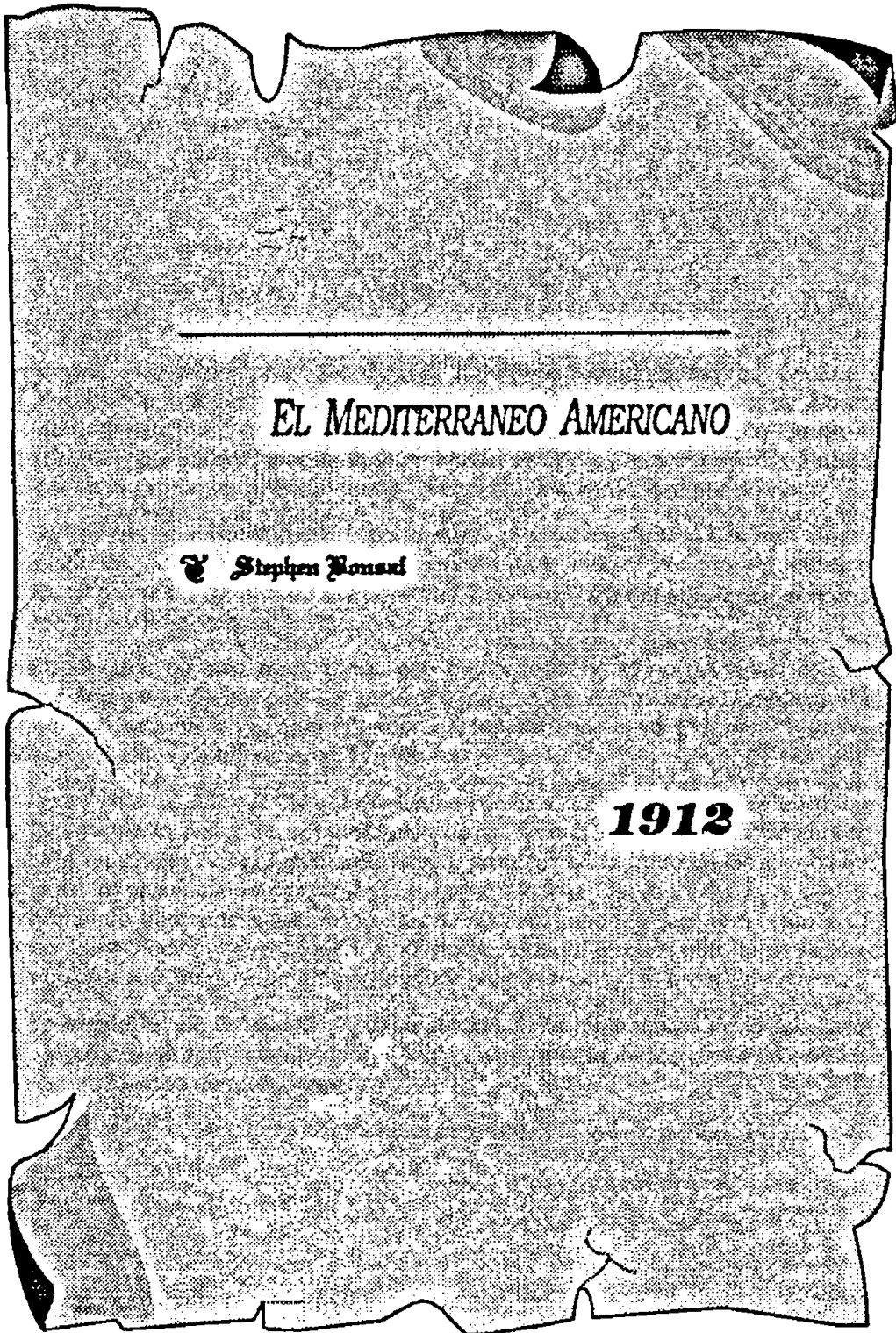
Uno de los hombres de más tacto y mejor calificados para el servicio exterior, es nuestro representante americano en Santo Domingo, el señor MacCreery. Parece un infortunio para el país así como para el sexo femenino, que un hombre así sea soltero. Con una esposa tan graciosa y diplomática como él, y con un buen hotel americano, Santo Domingo se podría convertir en un centro para los americanos elegantes en la temporada de migración. Posee todas las cualidades deseables.

FIN

¹ Este viaje fue efectuado en 1909. Desde 1905 a 1911 la Presidencia la ocupó Ramón Cáceres.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



EL MEDITERRANEO AMERICANO

Stephen Bonsai

1912





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Bonsal, norteamericano que había viajado a Java, Sumatra, Ceylán e Indochina, era autor de un libro sobre el ataque de la Infantería de Marina norteamericana contra el Ejército español en Santiago de Cuba (La lucha en Santiago) y fue un defensor de la intervención militar y financiera de los Estados Unidos en el Caribe, que él mismo definió como "el Mediterráneo americano".

Estuvo en Santo Domingo en 1908, durante el gobierno de Mon Cáceres, un año después de haberse firmado la convención que otorgó poderes al gobierno norteamericano para controlar las aduanas dominicanas y así garantizar el repago de nuestra deuda externa.

En su obra no sólo explica sino que defiende dicha Convención así como el control financiero que su país comenzó a ejercer sobre la República Dominicana, al tiempo que se lamenta de que el país no fuese anexado a los Estados Unidos en 1870 y que éstos no adquirieran la Bahía de Samaná.

Da su versión sobre los acontecimientos políticos dominicanos desde la muerte de Lillís hasta la fecha de la publicación de su libro (1912). Además de explicar que la Convención había funcionado bien y para beneficio tanto de los acreedores como de los dominicanos, defiende la doctrina Monroe. Su discurso es reflejo del pensamiento intervencionista de la época. Bonsal favorece una reducción en el arancel dominicano a fin de bajar el costo de la vida, lo que a su juicio hubiera sido posible si se negociaba un mayor plazo para el repago de la deuda externa.

En la ciudad de Santo Domingo fue testigo de la destrucción de la Iglesia de San Nicolás y visitó Samaná, donde habló sobre la vida de los descendientes de los negros libertos norteamericanos.

Las fotografías, de diferentes fuentes, pertenecen al mismo periodo de su visita.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

CAPITULO VII

Santo Domingo – Nuestro Protégé Financiero

La costa de esta porción oriental de la isla Española, que es conocida muy desfavorablemente por el mundo caribeño como las fronteras bordeadas de arrecifes de la República Dominicana, no es de ninguna manera tan hermosamente impresionante como las costas de las tierras altas de Haití hacia el oeste. Algunas de las vistas interiores, las extensas forestas de árboles de madera dura y los maravillosos trechos del río que cobran vida por la presencia de la graciosa garza, me recordaban, sin embargo, escenas en Java, Sumatra y Ceilán. Pero es muy cierto que en ningún otro lugar se puede disfrutar de las bellezas del trópico con mejores ventajas. Una vez que el respeto a la vida y a la propiedad haya sido imbuido en la mente de una parte de la población, pequeña pero fuerte, que no lo tiene; una vez que se le dé mayor seguridad y se le dé más incentivo al esfuerzo, la República Dominicana no puede dejar de convertirse en uno de los más ricos países tropicales.

La historia reciente de la República Dominicana es un sórdido cuento de derramamientos de sangre, rapiña y corrupción. Su población debe estar por los 600,000, pero nunca se ha efectuado un censo que inspire confianza. Hay muchas familias en este país por cuyas venas corre sangre de las mejores de España y Francia, pero los mulatos y los negros, juntos, son superiores numéricamente. Durante el dominio del infame dictador Ulises Heureaux, la animosidad racial era mucha, y, como en Haití, muchos cientos de personas fueron masacrados simplemente por tener la piel blanca.¹ En vista de estas condiciones internas y por comprender el hecho de que necesitábamos una estación naval en las Indias Occidentales, el Presidente Grant trató, en 1870, con gran visión y determinación, de lograr la anexión de la República a los Estados Unidos o, en cualquier caso, declarar alguna forma de protectorado. Es imposible determinar cuáles habrían sido los efectos de este paso, de haber sido llevado a cabo en esa época. Es seguro, sin embargo, que los infelices isleños se hubieran evitado la secuencia miserable de revoluciones y anarquía, interrumpida a cada momento por crueles dictaduras manchadas en sangre, las cuales han sido su destino desde entonces.

¹ *Incierto.*



De 1871 a 1882, Cabral, Báez, González y Luperón se alternaban el control, cada cual, al desaparecer de escena, dejando a su pueblo cada vez más hundido en el abismo de la ruina económica y más bajo en la escala de la desmoralización social. En 1882, Ulises Heureaux llegó al poder y la historia de los próximos diecisiete años es la de su dominio incontrolable. Era una época de terrorismo despiadado y dictadura sin ley, y los recursos del país fueron despilfarrados en comisiones generosas y en la contratación desordenada de deudas sin ningún propósito que no fuera provocar complicaciones internacionales. Como era natural, luego del asesinato del dictador en 1899 (el crédito de sus buenas acciones generalmente se le da, aunque él no lo reclama, al actual presidente constitucional del país, General Cáceres), las cosas no mejoraron. Cinco hombres se sucedieron uno detrás del otro en cambios rápidos en la silla presidencial, y el Profesor Hollander, de Johns Hopkins University, quien ha visitado la isla en dos ocasiones en misiones que le ha encomendado el Departamento de Estado, describe muy bien la situación resultante.

“Los crímenes ordinarios del decálogo político se volvieron comunes, el país dejado al abandono, el pueblo aplastado en su desesperanza, el tesoro dejado en franca bancarrota, y una horda de acreedores –extranjeros y nacionales– después de fortalecer su dominio sobre el futuro, se hicieron más y más insistentes sobre el presente”.

Este sistema de gobierno anárquico, el cual prevaleció hasta hace poco, era de un carácter tan simple que me tienta describirlo. Aquí no había ninguna de las complejidades que se encontrarían en cualquier otro país latinoamericano. Aquí la política de que el botín le toca al vencedor era impuesta de la forma más cruda posible. Era, como me hizo notar un observador americano, quien ha estudiado por muchos años las conmociones civiles del país, “un sencillo juego abierto y cerrado”. Las prácticas revolucionarias se habían imbricado tan profundamente en los dominicanos, como en nosotros las campañas electorales, que el que ellos hayan sido súbitamente sacados de sus actividades sanguinarias y costosas, es un milagro en el cual muchos, aun los que conocen bien esta tierra y su gente, rehusan creer.

Los cambios de gobierno se sucedían a intervalos frecuentes e indeterminados en esta forma: un dictador, o jefe supremo, se encuentra en el poder, habiendo sido instalado por los agentes regulares –yo diría los inevitables– y la maquinaria usual, digamos una media docena de oradores fervorosos y fluentes, los “convulsivos” que son responsables de todo lo maligno en las políticas latinoamericanas, con unos cuantos seguidores descalzos o calzados con alpargatas, y por último, pero de ninguna manera el menos, el patrón, generalmente un hombre de finanzas, a menudo un extranjero y no poco frecuente, lamento decirlo, un norteamericano. Inmediatamente se instala este hombre, el Patrón de la Revolución, si este hombre es de mano suelta, acostumbrado a manejar todo tipo de dineros, inmediatamente se resarcirá de sus gastos tomando préstamos en algún país del extranjero en términos



excesivamente favorables para él y desfavorables en la misma proporción para los que finalmente pagan los impuestos, quienes resultan ser, en un análisis final, las víctimas de los tenedores de bonos en el exterior. Si el Patrón era un hombre insignificante, asegurará el reembolso del dinero avanzado y un aumento de cerca de 10,000 por ciento por métodos más simples. El Dictador le permitiría la entrada de sus importaciones libres de impuestos, y en pocas semanas controlará todo el comercio del país y monopolizará sus recursos. Claro que este estado de cosas resultaba tan desagradable a los demás hombres de empresa del país como beneficioso para el Patrón, y por lo general no tardaban mucho en poner en movimiento la rueda de la fortuna para darle otra vuelta. Se busca un nuevo jefe supremo dispuesto a salvar el país por una remuneración; los oradores convulsivos y los bandidos descalzos no son difíciles de encontrar, y luego los empresarios, cansados de las exiguas ganancias obtenidas por operaciones de negocios ortodoxas, estarán listos para una especulación revolucionaria. Pronto la revolución está en su apogeo y los estandartes bajo los cuales se libran las batallas lucen leyendas altisonantes y lemas altruistas, pero bajo ellos se pisotea cada ley humanitaria o código de guerra civilizado; "se suspenden todas las garantías", con esta frase se inaugura la era de matanzas, destrucción y rapiña. Bajo estas circunstancias era natural que las aduanas, que eran la fuente de las rentas del gobierno, fueran vistas como origen de todos los males. Los especuladores pagaban por anticipado por sus favores ilegales, las sumas estrictamente necesarias, y con los recursos de las mismas aduanas, los exitosos revolucionarios eran repagados, no sólo al contado y tasando favorablemente, sino provocando problemas a todos los otros negocios estables del país.

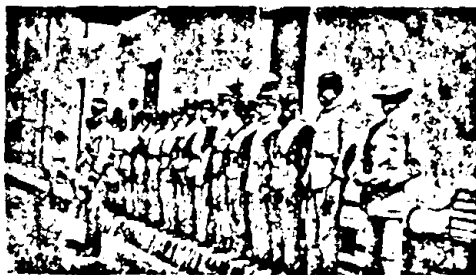
Este vaivén revolucionario continuó hasta que el país fue sangrado por completo y hasta que casi desapareció todo rastro de intercambio o industria. No había dinero para operar el gobierno, y el servicio de aduanas, desmoralizado, no suplía los fondos suficientes para pagar los intereses de la deuda externa, que alcanzaba, por lo menos en valores nominales, a treinticinco millones de dólares. De esta suma se estima que, en mi opinión conservativamente, ni un treinta por ciento llegó alguna vez a la isla, y que menos de un diez por ciento se utilizó en obras públicas. A medida que las cosas se ponían menos esperanzadoras y que más a menudo se dejaba de pagar la deuda externa, los tenedores de bonos pusieron a funcionar la maquinaria de los buques de guerra recaudadores. Se estima que gastamos cerca de un millón al año durante muchos años consecutivos, tratando de que los dominicanos tuvieran un trato justo y para asegurarnos de que ni un solo acre de terreno "casi americano" fuera a parar a manos de los odiados europeos.

El desorden resultante estaba por convertirse en el estado normal de cosas en Santo Domingo, cuando, de repente, a una mente brillante se le ocurrió una solución al problema, tanto a nivel nacional como internacional, que ha durado ya cinco años y puede resultar aún más duradera. En 1907, los buenos oficios de los Estados



Unidos, que habían sido requeridos cada vez que un acreedor persistente se ponía incómodo, fueron requeridos de manera definitiva. La alegada deuda fue sometida a un escrutinio metódico en manos de un experto y la suma total de los reclamos se redujo a unos dieciséis millones, y se encontró una firma bancaria americana dispuesta a pagar la deuda y a aceptar bonos por el dinero avanzado, bonos en oro por cincuenta años al cinco por ciento, a ser garantizados por las Aduanas de la República, con la condición de que el cobro de los derechos estaría en manos de los americanos hasta que toda la transacción se completara satisfactoriamente, lo que, con toda probabilidad, tardaría un período de cincuenta años.

Como resultado de este golpe financiero la vida pública en la República Dominicana ha sufrido cambios increíbles. Con las aduanas bajo la protección de los Estados Unidos, ya ellos no tienen la mala reputación que tenían antes en la política tan práctica de esta república tropical, y el incentivo a hacer la revolución parece haberse ido, debido a la ubicación de las gratificaciones más prácticas fuera del alcance de los revolucionarios. Han ocurrido, es cierto, uno o dos levantamientos esporádicos, aún en estas circunstancias, pero fueron sofocados rápidamente y al parecer sólo los componían un puñado de campesinos, quienes todavía no conocían el nuevo reparto.



La Guardia Republicana

Los dominicanos, con excepción de unos cuantos banditti profesionales que no se resignan, y sin duda nunca se resignarán, parecen encantados con el nuevo régimen. Ellos, como todos los latinoamericanos, están ansiosos de mantener a los gringos alejados, y este sentir irá lejos para evitar el fallo en el pago de los bonos, lo cual, claro está, conllevaría una intervención más cercana y más activa de parte nuestra. Hasta



Cotón en la Portiense

ahora, en gran parte gracias al crédito de los mismos dominicanos y de los funcionarios americanos sobre cuyos hombros recae la responsabilidad de cobrar su dinero y pagar sus deudas por ellos, la nueva fórmula ha funcionado como por encanto y el dinero entregado por nuestros representantes mensualmente, aún después de descontar los cargos de

la deuda, exceden por mucho al dinero recaudado anteriormente por los mismos dominicanos aun antes de hacerse la provisión para el repago de la deuda.

☺ No puedo completar este cuadro de un resultado casi idílico diciendo que los dominicanos están pagando estas antiguas y pesadas cargas inconscientemente. No lo están. Los impuestos de importación son demasiado altos y han hecho que la vida, a un nivel civilizado, sea mucho más cara en Santo Domingo de lo que lo es en cualquier otra isla de las Indias Occidentales. Claro que, en cuanto a lo que nos concierne a nosotros, este nuevo paso en el desarrollo de la Doctrina de Monroe es de vital importancia. Luego de años de indecisión parece que al fin hemos abandonado la política del perro del hortelano, la cual, en lo que se refiere a las islas del Caribe, hemos utilizado innegablemente por mucho tiempo. Todavía evitamos que las potencias, las cuales por el trato acordado a las vidas y a las propiedades de sus nacionales se han sentido agraviadas, intervengan por la fuerza, pero tomamos el asunto en nuestras propias manos y los buenos oficios que antes brindábamos con muchas reservas diplomáticas, están ahora tomando forma práctica. Claro está que las perspectivas no están exentas de nubes. El papel del "corredor honesto" es peculiarmente difícil y cosecha poca gratitud y aprecio. Nuestro papel en el futuro estará expuesto a mala interpretación y surgirán muchos malos entendidos. En algunos de los países del Caribe las condiciones son similares a lo que fueron en Santo Domingo; y en muchos lugares, más tarde o más temprano, en una u otra forma, la intervención parece inevitable. Si se estudia cuidadosamente el terreno y se hacen los preparativos previos, nuestra intervención no puede dejar de estimular el desarrollo y mejoramiento de esta parte del mundo, que ha sido tan desafortunada políticamente, pero no puede perderse de vista que las nuevas políticas nos imponen un gran aumento de los deberes y responsabilidades.



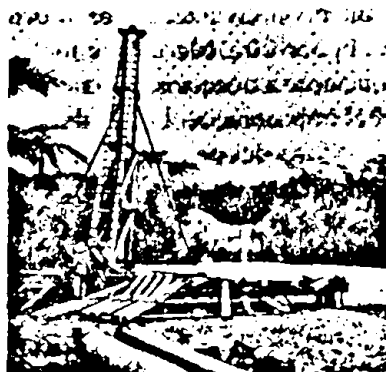
El Presidente Eusebio Viret, asomado de Cáceres, sale de la iglesia de Las Mercedes

El general Cáceres,¹ a quien, desafortunadamente para mí, sólo vi un momento –él estuvo en el interior durante la gran parte de mi estadía en la capital– es un luchador fuerte del viejo régimen, y quien, sin embargo, ha tenido la inteligencia y el patriotismo de tratar de ajustarse a las nuevas condiciones y lo ha logrado con gran éxito. El ha blandido su machete en muchas escaramuzas reñidas en las montañas y ahora enfrenta los problemas fiscales que afectan a su país con el mismo vigor. Es un hacendado y su plantación en Moca es un modelo de lo que debe ser una plantación de cacao. El les dice a sus conciudadanos que olviden la política y se dediquen a sembrar cacao, y practica lo que predica, pasando gran parte de su tiempo en su plantación lejos de la mansión ejecutiva. Su mensaje constante y repetido a su pueblo es que conviertan sus machetes en instrumentos de labranza hasta que hayan saldado sus deudas y puedan mirar al mundo a la cara. Está dispuesto a renunciar en

1 Nota en el texto original: Después de escrito lo anterior, el General Cáceres fue asesinado y si no hubiese sido por el control que las autoridades norteamericanas tenían sobre las aduanas, que eran las únicas que proveían para la causa de la guerra, se hubiese echado otro paso atrás.

cualquier momento a sus honores y a las responsabilidades de su posición, lo que es sin duda la razón por la que nadie piensa en reemplazarlo.

Bajo las condiciones políticas que he indicado, no sorprende encontrar que el capítulo de progresos internos en la República Dominicana sea muy corto. Hay pocos caminos aptos para vehículos con ruedas; es más, casi todos los caminos no son más que senderos para mulas que se cuidan solos. Se viaja principalmente en jacas, en mulas o en burros —en la isla casi no hay caballos de verdad— y en algunos distritos rurales entrenan bueyes para que las mujeres y los niños los monten. Creo que el camino más largo y directo es el que conecta a Monte Cristi, en la costa norte, con Santiago de los Caballeros y La Vega en el interior. Esta ruta sigue mayormente el curso del gran río Yaqui(sic). De la capital parten varios caminos, o más bien senderos, que han sido utilizados por cuatrocientos años sin cambios, mejoras o reparaciones. Sin exceptuar los peores caminos de la China o de Rusia, y hasta los de los Estados Unidos, no hay nada que se iguale al remedo de estos supuestos enlaces entre pueblos y distritos rurales en la República Dominicana.



Construcción del primer puente sobre el Río Haina -- 1913



El mercado público de Samaná

El sendero histórico que hicieron los conquistadores españoles sigue la costa suroeste hacia Baní, Azua y Neyba. Aquí se divide, una rama sigue a Puerto Príncipe, en Haití, y otra hacia el valle del Yaqui(sic) del Sur. Este último tramo es un ruidoso torrente en la época de lluvias y una cadena o sucesión de charcos estancos intercalados con islas de fango, durante muchos meses subsiguientes.

En la costa norte de esta hermosa isla hay docenas de puertos naturales sin desarrollar y deshabitados; muchos de ellos están rodeados por grandes zonas de tierra fértil y bosques madereros. El clima es muy agradable y ciertamente está lejos de ser insalubre. Esta parte de la isla ha sido exceptuada, aunque no completamente, de la visita de huracanes y terremotos. A veces, claro está, vendrá un huracán y tumbará las cosechas. Sin embargo, me dicen algunos norteamericanos asentados en la costa norte que en su experiencia han visto al huracán como el amigo de los granjeros, en comparación con el "Juan Helada" del norte.

« Santo Domingo, la vieja capital de la República, en la costa sur, es una ciudad amurallada y de aspecto extremadamente medieval. La única otra ciudad de su tipo en el mundo americano, que yo recuerde, es Cartagena la igualmente pintoresca, sitio histórico, última sobreviviente y ciudadela casi intacta de los dominios españoles. Hace cinco o seis años atrás la muralla que rodea a Santo Domingo estaba perfecta y las garitas colgantes sobre el mar aparentemente estaban como las dejaron sus constructores en el siglo XVI. Al igual que en La Habana y en Manila, sin embargo, la población creciente ha roto estas trabas limitantes y por la parte de tierra firme de Santo Domingo la muralla tiene aberturas en muchos lugares. Aquí hay buen campo para anticuarios y es un campo que nunca ha sido estudiado por métodos modernos de investigación científica. De este pueblo letárgico zarparon Cortez y sus conquistadores hacia Cuba y México; Balboa hacia el descubrimiento del Pacífico y Pizarro hacia la conquista del Perú. Aquí vivieron Colón y sus hermanos, gobernando el Nuevo Mundo con menos eficiencia, debe confesarse, que con la que dirigían sus barcos y marineros, y hoy en día el encantador arzobispo espiritual de esta antigua sede es un descendiente directo del Bobadilla¹ que sucedió a Colón en el poder y lo envió a España encadenado.



Inauguración de Villa Francesa, la primera urbanización fuera de los muros coloniales — 1912



El Conde — 1913

Aquí florecieron Las Casas y Ponce de León, el descubridor de la Florida y conquistador de Puerto Rico. San Agustín y Santa Fe, nuestras más antiguas poblaciones, no eran más que colonias y satélites de esta natimuerta ciudad. Todavía usted puede deambular por la casa de Colón, que data más bien de la época de Don Diego, su hijo, que de Cristóbal, el padre. Pero debe caminar circunspectamente y no apoyarse mucho en las paredes, algunas de las cuales se tambalean y están a punto de caerse. A esta espaciosa casa trajo el segundo Colón a su bella y talentosa desposada, una duquesa de Toledo, y aquí inició su carrera como virrey con gran pompa, circunstancia y esplendor. El virrey se atrincheró de tal manera con cañones tras los muros de piedra y con bastiones de soldados aguerridos, que el rey, allá en su patria, estaba preocupado por su propia preeminencia. Cuando

¹ *Incierto. En aquella época el arzobispo era Adolfo Nouel.*

llegaron las facturas por la construcción de estos muros macizos y estas fortificaciones, porque entonces también había facturas, aun en esos holgados días, el rey en su palacio de El Escorial cruzó el salón a grandes pasos hacia la ventana y miró ansioso hacia el oeste.

— “¿Qué sucede Su Majestad? ¿Qué podrá ver usted?” dice el cronista veraz.

— “Esos muros son tan altos, me han costado tanto; pensé que podría verlos desde aquí”, suspiró el monarca.

La gloria se ha marchado de la casa de Colón, está sin techo y sin ventanas, y algunas de sus paredes, que fueron construidas para la eternidad más que para el tiempo, se mecen con cada viento fuerte que sopla. Chivos y burros, perros realengos y vagos del muelle se refugian en el que fuera una vez el salón del trono del rey del Nuevo Mundo.

Uno de los puntos más destacados que aún quedan en la ciudad es la iglesia y convento de San Nicolás. Digo que aún queda, aunque en noviembre de 1908 estuve parado frente a sus paredes inclinadas y se hallaba en un estado deplorable. Los vecinos, no por apreciación de su edad ni su belleza, sino conscientes de que su existencia era una amenaza para sus vidas, contrataron a un constructor para restaurar o destruir este viejo lugar de adoración, que es una ofrenda consciente a Dios del virrey Ovando en 1509. Cuando estaba por morir, este castellano empedernido recordó finalmente a la hermosa y gentil reina Anacaona, a quien él había asesinado a sangre fría, y a los holocaustos de los indios que su sed insaciable de oro había provocado. El famoso pabellón de aristas encima del prebisterio estaba todavía casi intacto cuando lo vi, y disfruta de gran aprecio por parte de los dominicanos de todas las clases. Lo compraron en Flandes por muchos miles de ducados y fue labrado por los talladores más famosos de esas tierras.



*Vendedor de pescado
en Santo Domingo -- 1913*

La vieja catedral es un edificio más imponente que agradable. Es más joven que San Nicolás y que varias otras iglesias por lo menos por una generación. Hay una bala de cañón incrustada en su techo de tejas que es una reliquia o recuerdo del bombardeo de la ciudad que hiciera Sir Francis Drake a finales del siglo XVI. El trató de prender fuego a los edificios principales del pueblo sus “disparos calientes” pero, como no se quemaban, consintió en exigir un rescate por la ciudad, se dice, por la muy moderada suma de 25,000 ducados. Dejó un nombre temido, Sir Francis, y en Santo Domingo, así como en la vieja España, cuando los niños tienden a portarse mal se les intimida con la amenaza de que volverá “El Drake”.

En la catedral descansan muchos huesos distinguidos, pero no hay descanso para los restos del gran Colón. Pienso que está enterrado, como fue su deseo al morir, en la catedral de Santo Domingo, pero otros no lo creen así. El fue enterrado allí ciertamente, pero como sucede a menudo con los grandes, sus cenizas han sido perturbadas frecuentemente. Cuando los bucaneros reinaban en estas aguas, el arzobispo de esos días informa cómo él cubrió con tierra la tumba en el prebisterio pues así tal vez pasaría inadvertida a ojos curiosos, y de nuevo en 1795, cuando España cedió Santo Domingo a Francia por el Tratado de Basilea, fue enviada una comisión autorizada para trasladar al descubridor del Nuevo Mundo hacia La Habana. Ciertos huesos y otras reliquias fueron llevados a bordo de un buque de guerra español hacia La Habana, para allí ser preservados en la catedral, y de allí fueron movidos de nuevo hacia Sevilla, en España, pocos días antes de que la isla de Cuba pasara a nuestras manos por el Tratado de París, de 1898.

En 1877, sin embargo, mientras algunos hombres trabajaban en algunas reparaciones en la catedral dominicana abrieron una cripta insospechada y allí se encontraron con un ataúd de plomo que había sido, evidentemente, disimulado con mucho celo. En el lado afuera tenía marcadas las iniciales del nombre del gran navegante, y en el interior tenía la siguiente inscripción: "El ilustre y noble caballero Don Cristóbal Colón". Inmediatamente España envió una comisión compuesta por miembros de la academia española para investigar el histórico hallazgo. Ellos no se convencieron y se fueron a España inclinados a creer que los únicos restos auténticos eran los de La Habana. España siempre ha sugerido que las inscripciones y otros indicios en el ataúd que salieron a la luz tan tarde son falsificados. Esto podría ser cierto, pero sin embargo el arzobispo y los canónigos de la catedral, así como varios cónsules extranjeros, fueron prácticamente testigos visuales del descubrimiento.

La explicación ofrecida generalmente en Santo Domingo de este confuso relato de ataúdes confundidos es como sigue (y para mí es una explicación que parece extremadamente plausible):

Cuando llegó la orden de España en 1795 de preparar los restos para llevarlos a La Habana, los canónigos de la catedral, no queriendo despojar el santuario de su distinción principal, entregaron a los oficiales navales encargados del piadoso deber ya sean los restos del hermano o del sobrino de Colón, y ellos continuaron vigilando los restos del jefe de la casa y padre del Nuevo Mundo. Sin embargo, es una controversia inútil, que nunca será sanjada a satisfacción de todos aquellos que se involucran en ella.

La costa nororiental de Santo Domingo, con su bahía de Samaná y su serie de puertos maravillosos y fondeaderos rodeados de tierra, es una parte de la República Dominicana que está destinada a jugar un gran papel en el Mediterráneo americano.



Quizás no haya habido en su generación un hombre más ignorante en relaciones exteriores que el General Grant y, sin embargo, con presciencia natural, aún para un hombre predestinado como él, eligió a Samaná como estación naval en unos momentos en que los dominicanos, acosados, estaban más que ansiosos por conseguir un vecino respetable a cualquier precio, o a ningún precio. Sumner,¹ en una actitud vengativa de vanidad atropellada, derrotó el proyecto, dando por resultado que este distrito, aunque en línea directa entre nuestros puertos en el Atlántico y Panamá, y aunque domina ambos pasos, el de la Mona y el más distante de Barlovento, se encuentra aún prácticamente selvático.

Hemos adquirido muchos puertos, puntos estratégicos y cayos, como resultado de la guerra española, pero ciertamente ninguno de ellos posee todas las ventajas de Samaná. Aquí tenemos aguas profundas y una posición central dominante. La península en el norte, toda tierra alta, protege este puerto o laguna, porque eso es lo que es en sus cuarenta millas de largo, y tras esta barrera hay aguas profundas y amplio anclaje para todos los barcos de guerra y barcos mercantes que navegan en altamar hoy en día. Aun hoy, si pudiera adquirirse, aunque fuera sólo la península, con dominio de las aguas adyacentes, nuestra posición en las Indias Occidentales se vería reforzada grandemente. Aquí, como en ningún otro lugar, hay un fondeadero espacioso y altas lomas que se pueden fortificar, y grandes mesetas propias para campamentos y sanitaria.

Luego de pasar Punta Balandra, el vapor entra a un fiordo con farallones y playas alternados, los farallones colgando de trepadoras y las playas cubiertas de cocoteros. Las primeras millas me recordaron mi navegar por otras partes muy diferentes del mundo tropical, río arriba en el Mekong, desde el mar hacia Saigón. Luego el panorama se ensancha y navegamos lentamente hasta el gran puerto encerrado de Santa Bárbara. Altas colinas lo protegen por el norte y está separado del gran golfo por la isla sobre la cual los piratas en tiempos pasados acostumbraban a carenar sus barcos. Otro puerto interior es protegido por una línea de arrecifes y aquí se puede lograr sacar los vapores más grandes en cualquier clima. Las profundas laderas del norte están cultivadas con frutos menores hasta sus cúspides y no recuerdo ningún lugar en la isla que ofrezca tan hermosa vista. Bajo cualquier otro tipo de gobierno de los que han tenido últimamente, o sin ninguna forma de gobierno, Santa Bárbara se habría convertido en una de las ciudades invernales del mundo. Curiosamente, este pueblito y sus costas hermosas fueron escenario, allá por 1825, de uno de los muchos intentos que han hecho filántropos y sociedades benéficas en los Estados Unidos de insertar algo de nuestro excedente de población negra en otras partes del mundo. Todavía quedan algunos descendientes de esos emigrantes en las costas de Samaná, y todavía se llaman a sí mismos los muchachos de "Marse" Tinsley, en nombre del

¹ *Charles Sumner.*



excéntrico viejo granjero que hace muchos años envió a sus abuelos desde el Mississippi a este paraíso.¹ Todavía hablan inglés y profesan varias religiones disidentes. Se mantienen fuera de la política lo más que pueden, y han adquirido pequeñas fincas y algunas riquezas; su posición en esta comunidad se debe acreditar al afroamericano en su papel de colonizador tropical.

En conclusión, pienso que debo decir, sin exceso de optimismo, que como resultado de nuestra intervención y asistencia financiera, la situación en la República Dominicana ha mejorado inmensamente. Han pasado cinco años y nuestro control de las aduanas no ha provocado todavía ninguno de los incidentes desagradables que antes eran reprimidos por la fuerza. Cada mes, 100,000 dólares oro van a Nueva York y se paga una buena suma al tesoro dominicano. Los impuestos, sin embargo, gracias a los cuales se ha logrado este estado de cosas, son muy altos. A muchas importaciones se les cargan impuestos de hasta 80 y 90 por ciento, y algunos hasta llegan al 100 por ciento, ad valorem. Aranceles de este tipo ciertamente no conducen al desarrollo de esta isla ni a la expansión de su comercio, lo cual, después de todo, es lo que más desean los tenedores de bonos y todo aquél que esté involucrado. El costo de la vida, especialmente para los extranjeros, es casi prohibitivo, y aunque aumenta el volumen del comercio, este crecimiento no es nada en comparación con lo que sería si se siguiera una política fiscal de mayor fomento. No se puede negar que una gran parte de la población está inconforme bajo esta carga. Se debe tener en cuenta que el país está pagando una deuda, la cual, aunque contraída legalmente, nunca conllevó una ventaja compensatoria para los que pagan los impuestos. Los dieciséis millones que los dominicanos se han comprometido a pagar ahora honradamente, se utilizaron para aplacar o incitar revoluciones, o fueron malgastados o robados en formas aún más desagradables. En estas circunstancias, no es sólo mi opinión, sino que así lo creen todos los observadores calificados en la isla, que el tiempo está maduro para una reducción en el pago mensual o anual de los bonos, un paso que permitiría al gobierno del general Cáceres reducir el régimen opresivo de tarifas y aún así salvaguardar el interés de los bonistas. Los periódicos dominicanos anuncian que se está discutiendo un arreglo sobre estas líneas entre el Presidente de la República y el Hon. Fenton McCreery, nuestro hábil representante diplomático en este interesante país. Si se logra una conclusión exitosa en estas negociaciones, si el monto de los pagos de la deuda se reduce temporalmente, así fuera sólo durante los próximos dos o tres años críticos, creo que la garantía tras los bonos aumentará y la perspectiva de un desarrollo pacífico de esta república, agobiada por las guerras mejorará grandemente. Recomiendo que se lea cuidadosamente el texto de la convención entre la República Dominicana y los Estados Unidos firmada en febrero de 1907. Presento este documento completo en el

1 *Incierto. Vinieron principalmente desde Pennsylvania. No conocemos ninguna referencia a un Tinsley.*



Stephen Bonsal

apéndice por la gran importancia que le han dado todos aquellos que han observado seriamente nuestros problemas y responsabilidades en las Indias Occidentales, aunque el Congreso haya preferido no llevarse de este precedente al tratar los enredados asuntos financieros de Honduras y Nicaragua.

FIN



PUERTO RICO, PASADO Y PRESENTE,
Y EL SANTO DOMINGO DE HOY

✠ A. Hyatt Herrill

1914





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El libro de Hyatt Verrill, sobre Puerto Rico y la República Dominicana (1914) es posiblemente la primera obra en la que nuestro país es analizado desde el punto de vista de lo que luego se conocería como el potencial turístico.

El autor inicia su narración enfatizando la gran diferencia entre la República Dominicana y Haití, para luego adentrarse en un análisis sobre la composición y el prejuicio racial entre los dominicanos.

A pesar de que se refiere a las numerosas revoluciones que habían tenido lugar en Santo Domingo, crítica la Convención de 1907 y el control financiero que su país ejercía sobre el nuestro, a diferencia del enfoque justificativo de Bonsal.

Su barco primero llegó a Montecristi y sus descripciones incluyen a Puerto Plata, Samaná (menciona la colonia de negros norteamericanos) y Sánchez. Allí dejó el barco para tomar el tren hacia La Vega. En el interior del país expresó que la falta de caminos impedía el corte y exportación de nuestras maderas preciosas, debido al alto costo de su transportación. De regreso a Sánchez en el mismo tren, cruzó la Bahía de Samaná para visitar las cuevas de San Lorenzo, así como la abandonada plantación de guineos de Caña Honda. Prosiguió hacia El Valle, donde estuvo en la moderna finca de cacao de un sulzo, prosiguiendo hacia San Pedro de Macorís y Santo Domingo.

También viajó desde la capital hacia Santiago, San José de las Matas, Jánico, Moca, el Santo Cerro, San Francisco de Macorís y Cotuí. Se trasladó al Este, abarcando Boyá, El Setbo, Higüey y La Romana.

Además, estuvo por el Sur, pues tomó un barco hacia Azua y subió a El Maniel (San José de Ocoa), pasando a San Juan de la Maguana y Bánica para, al regreso, visitar Barahona, Baní y San Cristóbal.

En general, sus comentarios sobre el país son muy favorables. De particular interés es su mención de los hoteles existentes en la época y su descripción de los pésimos caminos y carreteras de entonces.

Las fotografías son tomadas de otras fuentes, pero corresponden a la época de la visita y a su itinerario.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Capítulo II

Geografía, Clima y Recursos

Aun cuando Santo Domingo aparece como una pequeña mancha en el mapa, en realidad es bastante grande. Desde Monte Cristi, en el norte, hasta Cabo Beata, en el sur, la isla mide 175 millas; y de Cabo Engaño (a 65 millas de Puerto Rico) a Cabo Tiburón, en el extremo occidental, mide aproximadamente 500 millas. La extensión superficial de la isla es de cerca de veintinueve mil millas cuadradas, o casi tan grande como el Estado de Maine, una cuarta parte más grande que Vermont, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut juntos; tres veces el tamaño de Bélgica; dos veces el tamaño de Dinamarca, y apenas un poco más pequeña que Portugal o Irlanda. Además, esto sólo se refiere a la isla principal, en adición a la cual hay varias islas grandes cerca de sus costas, algunas de las cuales son más grandes que algunas de las Antillas Menores. Entre éstas están Gonaive, de 40 millas de largo y 5 millas de ancho; la Saona, casi tan grande como Tortuga y Alta Vela, un enorme promontorio cónico; todo lo cual, junto a los islotes más pequeños, suma para Santo Domingo más de seiscientas millas cuadradas de extensión territorial. La isla está dividida en dos repúblicas independientes conocidas como Haití y la República Dominicana, la primera ocupa cerca de una tercera parte al oeste, y la última ocupa las dos terceras partes restantes.

Aunque ambas repúblicas ocupan la misma isla y están separadas únicamente por una línea fronteriza imaginaria, sus hábitos, costumbres, gentes e idiomas son tan distintos como si estuvieran ubicadas en continentes diferentes. Mientras en Haití hablan un dialecto francés y prevalecen las leyes y costumbres francesas, los dominicanos hablan español y son españoles en apariencia, costumbres y temperamento. Mientras los haitianos se oponen a los extranjeros y disuaden la inversión, negocios o profesiones extranjeras, los dominicanos le dan la bienvenida a los extranjeros y ofrecen estímulos a los inversionistas, hombres de negocio e industrias extranjeras. Mientras la población de Haití es nueve décimos negra y el país es atrasado y retrógrado, la gente de la República Dominicana es progresista y muy consciente de la importancia de la sanidad, el progreso y el desarrollo, y menos de un tercio de la población es negra.



En los pueblos haitianos las calles son ásperas, sucias y sin drenajes hay pocos edificios grandes y se encuentran esparcidos, se percibe la negligencia y el deterioro y es notoria la falta de instalaciones modernas. En las ciudades dominicanas las calles son rectas, limpias y llanas, bien cuidadas, con numerosos edificios y vehículos, teléfono, electricidad y abundancia de conveniencias modernas. Pero en un aspecto ambas repúblicas son similares, son desgarradas por frecuentes revoluciones y aún no han aprendido que la paz significa prosperidad. Sin embargo, hay una diferencia tan vasta entre los dos países, un cambio tan maravilloso al viajar de Haití a la República Dominicana que, como expresara un visitante, "Es como viajar a través de un túnel, y de pronto aparece la luz del día". En sí misma, la República Dominicana tiene cerca de diecinueve mil millas cuadradas, o cuatro veces la extensión de Connecticut, con una población casi igual a ese Estado. El clima es maravilloso y saludable, se desconoce la fiebre amarilla y apenas hay malaria, pero en algunas áreas prevalece la fiebre tifoidea. ...

Capítulo III

Las gentes y sus modales

... La gente de la República Dominicana es principalmente de descendencia española, algunos blancos puros, otros mezclados con sangre negra, otros con una mezcla indígena y aún otros con un combinación de blanco, indio y negro. Aunque el negro puro, o casi negro, es menos evidente que en Haití, sin embargo, numéricamente hay muchos negros en la República. A lo largo de la costa y en las plantaciones hay grandes cantidades de negros de las Islas Turcas, Bahamas, Jamaica y las otras Indias Occidentales, mientras que en Monte Cristi y otras localidades hay muchos negros nativos de Santo Domingo y Haití. En otras localidades los negros están mezclados con otras gentes y casi no se destacan, y aunque la República Dominicana no se puede llamar de ninguna manera una "república negra" es, definitivamente, una de color. Aquí y allí hay pueblos conocidos como "pueblos blancos" donde los blancos puros de origen español sobrepasan los habitantes de razas mezcladas y son orgullosos de su ininterrumpida línea ancestral que pueden enlazar directamente a sus antepasados, hidalgos españoles. Sin embargo, en la mayoría de los lugares, las razas de color sobrepasan a los blancos, pero el color es mucho más claro que en la mayoría de las Indias Occidentales, y a un observador superficial, una gran parte de ellos pasaría por blanca. No parece existir una línea divisoria de color en la República, ya que hombres y mujeres de piel blanca, de color o negra, se ven mezclados y conversando libremente. Blancos y negros se casan entre sí, los negros ocupan posiciones en términos de igualdad con los blancos y con gentes de raza de color y hay abundantes evidencias de que los dominicanos consideran a todos los humanos iguales, sin tener en cuenta el color de su piel. En realidad, no obstante, existe una cierta distinción de color entre las clases altas, pero debido a la mezcla de razas, que ha tenido lugar por siglos, es imposible tener un prejuicio o distinción de color como nosotros lo conocemos.



Los primeros turlstas en Santo Domingo

Sin importar que sean negros, marrones o blancos, los dominicanos son personas agradables e inmensurablemente superiores en todo a sus vecinos haitianos y a muchos otros de las Indias Occidentales. Muchos dominicanos han sido muy bien educados en las grandes universidades de Europa y América y entre ellos existen artistas, autores, poetas, músicos, historiadores, ingenieros, diplomáticos, soldados, clérigos, escultores y arquitectos que serían un crédito para cualquier país.

Los dominicanos tienen pocas costumbres nativas, su más relevante peculiaridad nacional es su pasión por las revoluciones. Aparentemente, los dominicanos adquirieron este hábito en sus guerras de independencia y una vez infectados con el germen de la "insurrección" no pueden superar su tendencia a rebelarse en toda y cada ocasión. Aunque las pérdidas de vida durante estas revoluciones periódicas son comparativamente pequeñas –considerando el número de combatientes y la pólvora quemada– su efecto sobre el progreso y bienestar del país es incalculable. No sólo es el daño ocasionado a las propiedades, aldeas y plantaciones muy grande, sino que la mayoría de la población masculina debe convertirse en soldados, dejando por eso las cosechas abandonadas y desatendidas. Además, el carácter inestable de los gobiernos imposibilita la inversión de capital extranjero, ahuyenta a los colonizadores e inversionistas extranjeros y le da a la República una reputación que tomará muchos años superar.



Revolucionarios en Santo Domingo

Los dominicanos dan la impresión de considerar estas rebeliones casi como un pasatiempo, y aun cuando pelean enconadamente y muestran en ocasiones mucha valentía, disparan muy mal y están tan pobremente entrenados y equipados que sus luchas más parecen ser una ópera cómica que una verdadera guerra.



Soldados del Gobierno -- 1914

Nunca parecen existir malos sentimientos entre los dos bandos en estas "escaramuzas" y a veces ocurren situaciones divertidas. En una ocasión ví a dos dominicanos, pertenecientes a partidos políticos opuestos, que estaban disparándose a través de un camino. Después de un tiempo uno de los hombres recostó su arma contra un árbol,

buscó en sus bolsillos y ondeando un trapo blanco al enemigo, le gritó "¿Tiene Vd. cigarrillos?" En respuesta a esa bandera de tregua el segundo combatiente puso a un lado su arma, buscó en sus bolsillos y, después de un momento, respondió alegremente "Sí señor, venga para acá".

Después de lo cual mis dos guerreros amigos abandonaron sus armas, avanzaron al centro del camino se acucillaron y se pusieron a fumar sus cigarrillos; finalmente se despidieron, ya como excelentes amigos, y olvidaron sus diferencias por lo menos por ese momento. En este caso los cigarrillos ciertamente resultaron ser una bendición y no una maldición.

Aun durante el fragor de una batalla revolucionaria no es inusual que fuerzas opositoras se detengan con el fin de que algún fotógrafo les haga unas fotografías, las cuales serán vendidas más tarde como postales.

Sin embargo, los revolucionarios dominicanos, en un aspecto, superan a todos los demás países hispanoamericanos: raras veces molestan a los extranjeros, o dañan sus propiedades. Sé de varias ocasiones en que el ataque a un pueblo o a un atrincheramiento enemigo fue, de hecho, demorado mientras los soldados movían los bienes y enseres de algún extranjero, para evitarle daños; y, en una ocasión, a un destacamento del "ejército" le fue ordenado descargar un barco en un puerto sitiado, por miedo a que el propietario, un extranjero, sufriera si el barco tardaba en ser descargado.

Aun en lo peor de la contienda, los americanos y otros extranjeros están perfectamente seguros. Un amigo del autor desembarcó una vez en Macorís y, con un acompañante del barco, deambuló por el pueblo después del anochecer. Se sintieron alarmados al escuchar disparos de rifles y, para su sorpresa, descubrieron que los rebeldes habían atacado el pueblo y que ellos se encontraban en la línea de fuego de las fuerzas opositoras. Los dos americanos gritaron al mismo tiempo, explicando que eran extranjeros y americanos, e inmediatamente un oficial rebelde salió al frente mientras el fuego cesaba. Tan pronto como se estableció la identidad de los extranjeros, se le ordenó a un destacamento de rebeldes armados acompañar a los americanos a la seguridad de su barco. Entre tanto, un oficial federal llegó bajo una bandera de tregua e insistió en que ninguna guardia rebelde podía acompañar por sí sola a los extranjeros, ya que, si algo les sucedía, él sería responsable; y, finalmente, se acordó que las hostilidades debían ser suspendidas temporalmente por ambos lados, mientras una guardia armada, compuesta por igual número de federales y rebeldes, debía acompañar a los americanos a su vapor.

El dinero de la República Dominicana consiste de plata nativa dominicana y moneda de los Estados Unidos, siendo esta última el medio de intercambio estándar del país. El dinero dominicano se utiliza en el interior y en el campo, y, hasta cierto punto, en las ciudades como menudo, pero sólo se le acepta a una fracción de su valor nominal, mientras que el dinero americano se utiliza en todo su valor nominal.

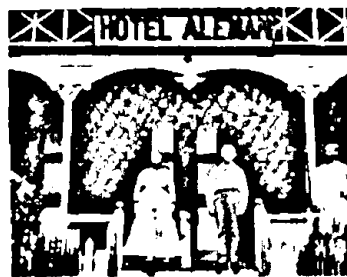


Este peculiar estado de situación se debe a que los Estados Unidos, desde abril de 1905, están encargados de las Aduanas de la República. Bajo un acuerdo firmado entre el gobierno dominicano y el de los Estados Unidos, el 55 por ciento de los ingresos es depositado en bancos en Nueva York para beneficio de los acreedores extranjeros de la República, y aunque este arreglo es altamente satisfactorio para los acreedores de la dividida república, de ninguna manera cuenta con la aprobación del pueblo dominicano, el que parece sentir que nuestro gobierno se está inmiscuyendo en los asuntos de otras personas. Otra causa de resentimiento por parte de los nativos es el hecho de que los derechos de aduanas de la República son "específicos", y cada tipo de bienes está gravado con una tasa fija y no con una tasa ad valorem. Cuando originalmente se planearon las tarifas, los dominicanos no tenían idea de que las tarifas serían aplicadas y enforzadas, ya que estaban acostumbrados a obtener una reducción sustancial mediante juiciosas "propinas" a los oficiales de aduana nativos. Al ser aplicados al pie de la letra por los oficiales americanos, muchos de los impuestos resultaron ser opresivos para los dominicanos, y, además, artículos tales como armas y municiones están estrictamente prohibidos, al igual que el contrabando, eliminando así un medio fácil de obtener armas de guerra para sus amadas revoluciones.

A pesar del hecho de que la entrada de armas está prohibida, una gran cantidad de municiones y de armas son introducidas en la República de contrabando, y políticos ambiciosos no tienen inconveniente en obtener todas las armas que necesitan si se les provee del efectivo suficiente. Esto no es un reflejo sobre nuestra administración de las aduanas, ya que, aun con los mayores cuidados, es imposible prevenir el desembarco de bienes de contrabando. Con una costa de aproximadamente mil millas, con innumerables bahías pequeñas y puertos naturales, y contando con sólo un pequeño grupo de hombres y media docena de buques a disposición de las aduanas, es imposible el tratar de evitar que los contrabandistas desembarquen sus mercancías cuándo y dónde les plazca.

A pesar de que en los pueblos o aldeas más pequeñas raras veces se encuentran hoteles o pensiones de ningún tipo, las ciudades más importantes tienen hoteles bastante buenos y en algunos son excelentes.

El "Europa" en Puerto Plata, administrado por italianos, es muy bueno y muy superior a la mayoría de los hoteles en el trópico, y el "Tres Antillas" —un hotel de puertorriqueños— no está nada mal. En Santiago se encuentra el "Garibaldi", de administración italiana, y en La Vega el "Ayuso", un sitio español, y el "Clamens" un hostel francés. En Sánchez se encuentra el "Nagens" administrado por



Hotel de Sanchez

alemanes y varias pensiones privadas, y en la ciudad de Santo Domingo se encuentran varios hoteles de los cuales el "Francés" es quizás el mejor. En general, la República está tan bien dotada de hoteles como la mayoría de las Indias Occidentales, considerando la población de los pueblos, y además, en cada pueblo de importancia hay numerosas familias, tanto nativas como extranjeras, que con gusto reciben



Recepción en el Hotel Français - 1913

huéspedes. En muchos de los pueblos hay restaurantes y cafés bastante buenos pero faltan los encantadores restaurantes al aire libre que son un aspecto tan atractivo de la vida en Cuba. Los dominicanos no son muy dados a los refrescos de frutas naturales nativas como son los cubanos y puertorriqueños, y sólo en una o dos pueblos es posible obtener helados. El asunto de la comida es en la mayor parte de la isla de mucho mayor

importancia que el encontrar un lugar para dormir. En muchos lugares del interior es casi imposible para un extranjero comer los alimentos criollos, ya que todo se cocina con aceite.¹ En los pueblos costeros, la comida es usualmente bastante buena, pero en el interior el único método satisfactorio es el de emplear su propia cocinera y comprar sus propios alimentos.

En la mayoría de las ciudades más grandes hay clubes florecientes con atractivas edificaciones donde los extranjeros son generalmente bien recibidos, y, si se tienen cartas de presentación dirigidas a un residente, no tendrá dificultades en vivir confortablemente, o hasta con lujos, por el tiempo que se desee.

Es casi siempre imposible poder alquilar caballos en el interior, y en varias ocasiones el autor encontró que era más económico comprar los caballos, que alquilarlos, ya que, al término del viaje, no había dificultad para venderlos al mismo precio a que se habían comprado, o más.

Los alimentos, ropas y cualquier artículo importado son caros en la República, debido a las tasas exorbitantes de derechos aduanales, pero la manufactura y los productos nativos son baratos. La República Dominicana no es completamente dependiente del mundo exterior para cubrir las necesidades de la vida y cuenta con muchas industrias y manufacturas. Tiene fábricas de jabón y fósforos, cigarros y cigarrillos; plantas de hielo, madererías, aserraderos, ebanisterías, cervecerías, destilerías de alcohol, fábricas de ladrillos y losas, talleres de reparación, etc.

¹ Debe ser un error. Para esa época se cocinaba con manteca de puerco.

En su vida hogareña los dominicanos se parecen mucho a otros americanos españoles. Les gusta la música y el baile, son alegres, vivaces y frívolos y se divierten muchísimo con cualquier trivialidad. No se permiten las corridas de toros, pero las peleas de gallo son universales y los domingos y días de fiesta la gallera es el centro de atracción. La gente es moderada y aunque casi todo el mundo toma bebidas alcohólicas, rara vez se ve a una persona borracha. Los nativos son honestos, algo



Interior de una casa dominicana. Fotografía de Verrill

más inteligentes que otros habitantes de las Indias Occidentales y generalmente son buenos obreros. Los peones, o campesinos, son aparentemente muy pobres, pero no sufren, ya que cada uno tiene su hortaliza y algunos árboles de cacao, y en un país donde la naturaleza es pródiga en proveer todas las necesidades de la vida, es poco lo que se requiere para satisfacer a esta gente sencilla y de buena voluntad.

En la República hay numerosas escuelas y en muchas se enseña inglés. Existen además institutos de arte, música y ciencias, y en todas partes la gente está plenamente consciente de los beneficios y el valor de la educación. ...

Capítulo V

Caminos y Transporte

... Uno de los mayores inconvenientes de viajar en la República Dominicana, y uno de los principales factores que entorpecen el progreso de la isla, es la falta de buenas carreteras. Por todas partes en la República se encuentran las llamadas "carreteras", pero aún las mejores son miserables excusas de carreteras y en cualquier otra tierra serían clasificadas como simples trillos vecinales.



Camino de Puerto Plata o Sosúa

En muchos lugares los caminos son anchos, los rasantes no son malos, y la zona por la que se pasa es suntuosamente rica, pero debido a la falta de cuidados o previsión, los caminos consisten de una serie de hoyos llenos de fango y elevaciones. En toda la República casi no existe una carretera adecuada para vehículos de ruedas, excepto en las inmediaciones de los pueblos, y prácticamente todos los viajes y el trans-

porte se hacen a caballo, burro o en los bueyes de monta de largas patas, típicos del país. Cada vez que un animal viaja por una carretera dominicana le sigue las huellas



Transporte en buey. Sumera

a su predecesor, saltando y brincando sobre las irregularidades del terreno, forcejeando en los hoyos llenos de fango, haciéndolos más profundos a su paso. Durante las estaciones de sequía, los caminos se tornan tan duros como ladrillos y durante las lluvias se tornan tan suaves, pegajosos, blandos y resbalosos como el jabón. Recorrer cierta distancia por dichos caminos es como viajar en una pesadilla tanto en los meses de sequía como en los de lluvia.

En muchos otros lugares las "carreteras" son simples trillos estrechos sólo lo suficientemente anchos para acomodar un caballo y tan cubiertos de enredaderas y árboles que uno debe agazaparse sobre la silla para evitar que las ramas desmonten a uno del caballo. En numerosos lugares estos trillos son tan profundos que se llenan de lodo y agua y en muchas ocasiones he viajado por estos trillos donde por millas los caballos estaban sumergidos en lodo hasta la barriga. En otros lugares éstos se ubican al borde de precipicios mareantes o sobre árboles caídos y por dondequiera uno es obligado constantemente a bordear ríos y cañadas. En el interior no existen puentes y como los caminos son bastante rectos entre un lugar y otro, y como los arroyos serpentean por todo el lugar, el viajero a menudo cruza el mismo río media docena de veces, en una distancia de dos o tres millas.

Esta situación es lo suficientemente mala durante la estación seca, cuando los arroyos están bajos, pero durante los meses de lluvia, cuando los ríos crecen, o después de fuertes aguaceros en las montañas, muchos de los arroyos son intransitables y uno debe nadar en violentos torrentes a riesgo de su vida y sus extremidades.

El país fue recorrido en su totalidad por los colonizadores y conquistadores y muchos de los caminos han existido por siglos, y al uno viajar por ellos se maravilla de cómo los primeros españoles lograron ir de un lugar a otro, y se llena de admiración por la temeridad y tenacidad que permitía a estos hombres con armaduras penetrar el vasto interior por esas vías tan peligrosas.

El camino más largo de la isla es el que va de Monte Cristi a Santiago y luego a La Vega, siguiendo más o menos el curso del río Yaqui(sic). En cierta forma este camino es bueno –o sea, para Santo Domingo– y existe la tradición de que un carruaje alguna vez la recorrió. Esto puede ser cierto, pero, a juzgar por su condición actual, el "carruaje" debió haber sido un vagón militar de seis mulas, ya que ciertamente ningún otro vehículo podría recorrer hoy esta "carretera". Desde La Vega otro

camino conduce por el sur a la capital, otro corre hacia el este desde la ciudad de Santo Domingo a El Seybo e Higüey, otro más conduce al oeste por la costa sur hacia Azua, Neyba y Baní con un ramal que conduce a Puerto Príncipe, Haití, y otro a las salvajes regiones del valle del Yaqui(sic) del Sur.

Todos estos caminos principales han sido utilizados por cuatrocientos años, o más, sin ningún cambio ni mejora, y el camino a Azua era la ruta principal seguida por los conquistadores españoles y por sus recuas cargadas de oro de las minas.

Hay abundancia de caminos y no hay ningún problema en encontrar un sendero de algún tipo que conduzca a cualquier pueblo o aldea en la República, pero el que escoja viajar por tierra en Santo Domingo debe tener osadía en abundancia, debe ser muy buen jinete y debe salir con determinación y optimismo –lo necesitará todo antes de llegar a su destino.

En la República Dominicana existen dos líneas principales de ferrocarril, una se conoce como el “Ferrocarril de Samaná, Sánchez y La Vega”, que va desde la Bahía de Samaná a La Vega, y la otra como “Ferrocarril Central Dominicano”, que conecta Puerto Plata con Santiago, Moca y La Vega. Otro ferrocarril más pequeño conduce de la ciudad de Santo Domingo a San Cristóbal y otras líneas están proyectadas y en construcción. En numerosos lugares existen muchas millas de estrechos rieles en las plantaciones y en varias de éstas los visitantes pueden viajar por distancias considerables con el permiso de los dueños. Una de estas líneas partiendo desde Macorís recorre una gran distancia en el interior, siguiendo el valle del Río Higuamo. Otro camino de caña conduce desde La Romana al distrito de El Seybo, mientras otro conduce desde Azua a los vastos campos de caña del área. El ferrocarril que viaja de Sánchez a La Vega lleva a uno a través de la magnífica Vega Real y ofrece una espléndida vista del interior más llano y abierto. Este fue el primer ferrocarril de vapor de la isla, y la concesión fue otorgada originalmente a norteamericanos en 1882.



El ferrocarril Sánchez-La Vega

Al año siguiente fue cedido a un escocés, el Sr. Alexander Baird, quien, con su propia fortuna, completó el trabajo. Para construir esta ruta fue necesario rellenar y construir un lecho de vía a través de un manglar de diez millas, así como la construcción de un puerto en la pequeña aldea de Las Canitas(sic), ahora conocida como Sánchez, una ciudad que prácticamente depende del ferrocarril y de su comercio.

El Ferrocarril Central Dominicano, de Puerto Plata a Santiago, tiene 42 millas de largo y fue iniciado en 1893 por la Westerndorp & Co., una firma de banqueros de Amsterdam quienes empleaban ingenieros belgas. Los belgas lograron construir unas quince millas empleando un sistema de rieles dentados en las fuertes pendientes que a menudo son de 6 a 10 grados. Los derechos de la empresa fueron entonces transferidos a la "San Domingo Improvement Company", una firma de Nueva York, la que completó la ruta, e inició las operaciones.

Al contrario de la ruta Sánchez-La Vega, este ferrocarril transporta el viajero a través de una alta cordillera, con un paisaje increíblemente grandioso. En Altamira, a quince millas de Puerto Plata, la ruta alcanza una elevación de más de dos mil pies sobre el nivel del mar y en este lugar se hace una parada de veinte minutos para desayunar en la fonda. Poco después, el tren se introduce en el gran tunel de la "Cumbre", de casi mil pies de largo, para emerger en el lado opuesto de la cordillera y descender una leve pendiente hacia Santiago.

Aunque nominalmente norteamericano, en realidad este ferrocarril pertenece al gobierno dominicano y simplemente está arrendado a la Improvement Company, por el término de unos años, bajo un contrato de operación. Es una especie de camino cosmopolita ya que fue financiado por los holandeses, en parte construido por los belgas, es propiedad de los dominicanos y es operado por norteamericanos. El equipo rodante es norteamericano, las estaciones y edificios son belgas y los puentes son ingleses.

A través de la República se mantiene comunicación telefónica y telegráfica entre los pueblos y aldeas y se cuenta con un sistema postal completo y bastante eficiente. Los ríos Ozama e Higuamo cuentan con numerosos botes, pequeños buques a vapor y embarcaciones de vela, que ofrecen un servicio regular a varios pueblos en la orilla del río; y en la bahía de Samaná hay pequeños barcos, tanto a vapor como de vela, que hacen el recorrido entre Santa Bárbara, Sánchez y Sabana de la Mar; y varias embarcaciones de pasajeros y carga hacen cabotaje en la costa, de pueblo en pueblo.

Desde Nueva York, la Clyde West Indies Line, visita regularmente la República, tocando en Monte Christi(sic), Puerta Plata(sic), Samaná, Sánchez, La Romana, Macorís, Santo Domingo y Azua. Desde Europa, líneas españolas y francesas llegan a los puertos principales; un vapor de la línea Hamburg/American navega desde y hasta Jamaica y St. Thomas, tocando en su ruta puertos dominicanos y varios vapores de Puerto Rico y Cuba tocan puertos en San Domingo(sic) y Haití.



Capítulo VI

Aquí y allá en la República

Para el visitante que se acerca por el norte, la isla presenta un aspecto yermo y amenazante, ya que Monte Christi, el primer puerto que se toca, está situado en una porción árida de la isla. En este punto la costa es baja y está bordeada de manglares, mientras que en el interior y hacia el este, se elevan altas montañas. Cerca del muelle, una enorme montaña en forma de cono surge directamente del mar, de unos dos mil pies de altura, su cara es tan perpendicular como si hubiese sido cortada con un cuchillo y es de maravillosos colores rojos, amarillos y blancos.

Las faldas de esta montaña, conocida como "El Morro", al igual que las lomas y llanos circundantes, están cubiertas de una grama escasa y seca y de matorrales espinosos, sin ninguna señal de cultivo. El puerto de Monte Christi está ubicado en un estrecho banco de arena entre un pantano de manglares y una serie de bajíos de lodo, es caliente e insalubre. Las únicas edificaciones de importancia son los almacenes, los edificios de aduanas y algunas tiendas, ya que el pueblo en sí está construido sobre una colina a una milla o más del puerto. Entre los dos hay un servicio de ida y vuelta de tranvías tirados por mulas, mientras que las personas acomodadas del pueblo utilizan victorias privadas de tres caballos.

Monte Christi es, sin embargo, de gran importancia, por ser la salida del gran y fértil valle del Yaqui(sic) del Norte, el cual desemboca en la Bahía de Manzanillo más allá del muelle. Desafortunadamente, el muelle está infestado de los más nocivos y sanguinarios mosquitos, los que convierten hasta una corta visita a tierra en algo casi insportable para los extranjeros. Una gran parte de los habitantes de Monte Christi son negros de las Islas Turcas y de las Indias Occidentales Británicas y casi todos los cargadores del muelle y los obreros hablan inglés. En su conjunto el lugar es muy poco interesante y decepcionante y es muy probable que los visitantes lleguen a conclusiones erróneas con este primer vislumbre de la República.

Navegando hacia el este desde Monte Christi, rápidamente el país se torna más fértil, y los matorrales y la medio-muerta hierba ceden el paso a un bosque de verdes pastos. A 35 millas de Monte Christi se pasa por la Bahía Isabella(sic). En este lugar Colón fundó la primera colonia europea en el Nuevo Mundo. En 1493, él dejó un grupo de hombres allí, se erigió una iglesia y se construyó el pueblo de la Isabella en un farallón sobre el río. Resultó ser una localización poco saludable y en unos pocos años fue totalmente abandonada. Todo lo que queda para indicar el lugar de este histórico pueblo son algunas ruinas en deterioro y aun éstas están cubiertas de malezas y jungla.

Treinta millas al este de la Isabella llegamos al bello puerto y pintoresco pueblo de Puerta Plata(sic). No creo que exista un pueblo más atractivo y bello -visto desde el mar- en todas las islas de las Indias Occidentales, con sus casas de techos rojos al



abrigo de cientos de majestuosas palmas reales subiendo por la ladera de la montaña desde la costa hacia La Torre, imponente volcán cubierto de bosque y coronado de nubes a 3,000 pies sobre el nivel del mar.¹ Protegiendo la entrada del pequeño puerto se encuentra el antiguo fuerte español y el faro. Puerta Plata es un pueblo limpio, bien cuidado, con calles rectas y suaves, con un buen muelle de hierro y muchos otros adelantos modernos, y es de gran importancia



*Vendedor de carban en Puerto Plata.
Fotografía de Verrill*

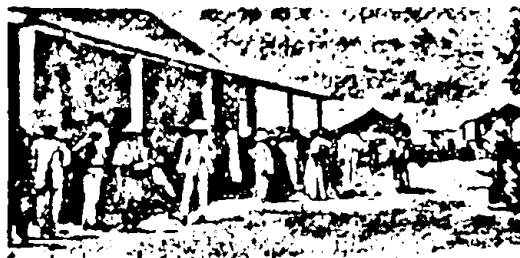
comercial, siendo la terminal portuaria del ferrocarril la que penetra la rica y fértil altiplanicie conocida como El Cibao. Las prósperas ciudades del interior, Santiago de los Caballeros y Moca, están ahora conectadas con Puerta Plata por un ferrocarril de aproximadamente cuarenticinco millas de largo; pero, a pesar de lo corta de la distancia, los declives son tan empinados que se necesitan una oruga y cuatro locomotoras para mover el tren. Moca es famosa por su café y Santiago por el tabaco. Cuando los españoles encontraron oro en esta región creyeron haber encontrado el tan buscado Cipango. Aun cuando los conquistadores fueron los primeros en encontrar oro y grandes cantidades fueron obtenidas en épocas pasadas, actualmente hay poca minería, a pesar de que prácticamente cada río corre sobre arenas doradas y los



Calle de Puerto Plata

nativos constantemente obtienen polvo y pepitas. La mayoría se obtiene accidentalmente mientras pescan camarones o lavan ropa. Se han formado varias compañías para explotar los depósitos de oro y cobre de San Domingo(sic) pero como el oro se encuentra en lavaderos y disperso en un área amplia, éstas no han tenido éxito.

Puerta Plata(sic) ostenta algunos edificios realmente bonitos, una buena y atractiva estación de ferrocarril, varios buenos clubes y un hospital bien administrado. Existen también varias plazas y parques bien cuidados y atractivos y el pueblo está bien iluminado con un sistema eléctrico. El territorio que le rodea es muy atrayente y ya que las carreteras que le



La Alca de guano de la United Fruit, en Soacha

1 *No es un volcán. Según el padre Las Casas, quien vivió allí en el siglo XVI, en su cima había una laguna, lo que sí es característico de un volcán extinto.*

bordean son inusualmente buenas, se puede transitar por varias millas en las nativas victorias. Los bosques de las laderas de las montañas cercanas son ricos en maderas de ebanistería y de tinte y hay bastante guayacán, caoba, laurel y yaya, maderas que son embarcadas desde este puerto. Por primera vez encontramos aquí los famosos toros de monta de la República. Estas criaturas son entrenadas específicamente para montar y son animales de largas patas y paso ligero, muy diferentes de nuestros lentos y laboriosos bueyes.

Navegando hacia el este de Puerta Plata, el vapor bordea Cabo Cabras(sic)¹ entrando a la magnífica Bahía de Samaná. Esta muy buena extensión de agua tiene 35 millas de largo por siete o nueve de ancho y es de especial interés para los norteamericanos, ya que, en una época, el gobierno de los Estados Unidos estuvo a punto de comprarla para establecer una estación naval y carbonera. En la parte norte de la bahía se derramó la primera sangre europea en América, pues un grupo que fue enviado a tierra fue atacado por los indios y varios murieron. Opuesto a este histórico lugar, y a unas tres millas de la costa, se encuentra Cayo Levantado, un pequeño islote de piedra caliza de unas tres millas de largo por una de ancho, que por muchos años sirvió de fortaleza inexpugnable a los bucaneros. El Cayo está cubierto de ruinas de fuertes, casas y otras edificaciones de los piratas, todos cortados en la sólida roca. Es un lugar muy atractivo e interesante, con vegetación exuberante y níveas playas y es un criadero de numerosos pelícanos y otras aves marinas.

A diez millas hacia adentro de la bahía se encuentra Samaná, el lugar más bello de San Domingo. Este encantador pueblo está construido en la base de verdes montañas, en una bahía prácticamente rodeada de tierra y cubierta por todas partes de inmensos cocoteros, huertos frutales y tierras bien cultivadas. Samaná ha sido francesa, haitiana, norteamericana y dominicana, y una vez hasta constituyó una república independiente.² Por esta razón, casi todos los habitantes hablan inglés y patois-francés al igual que el español. La localidad es notoria por sus frutas, cocos y cacao. Las piñas a menudo llegan a pesar de veinte a treinta libras, mientras las naranjas de la variedad umbilical no tienen paralelo. Unas cuantas millas hacia dentro, el valle del Río San Juan está habitado principalmente por descendientes de negros norteamericanos, quienes fueron traídos

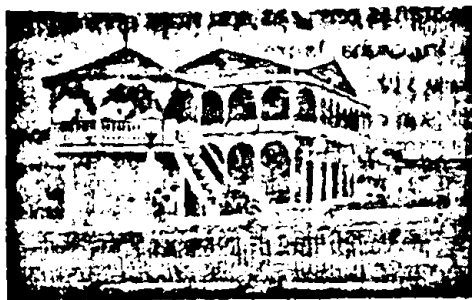


Santa Bárbara de Samaná

1 *Cabo Cabrón.*
2 *No es cierto.*

Hyatt Verrill

Resumen del viaje a las islas y montañas de la



Casa Consular y Parque de Recreo -- Samaná

como obreros cuando Samaná fue arrendada hace años a una compañía norteamericana.¹ Esta gente tiene algunas costumbres y expresiones curiosas. Le dirán que son de "abstracción Yanqui" y a sus toros de monta les llaman "bicicletas".

Sin embargo, a ellos les va muy bien aquí y, por mucho, son los trabajadores más diligentes de la isla. Cultivan grandes cantidades de frutas y vegetales para el mercado local y para los barcos,

pero su principal cultivo es el cacao. El cacao cubre cada loma y se desborda hasta los valles y el rico bronce de sus hojas forma un agradable contraste con el verde pálido de las bananas y el verde más oscuro de las palmeras y la foresta.

La vista desde las lomas detrás del pueblo es verdaderamente hermosa, con sus casas de madera y tiendas apiñadas, el agua de colores maravillosos, el sobresaliente cabo cubierto de palmas e islas boscosas y con la Bahía de Samaná extendiéndose más allá hacia las mortecinas montañas del sur en la costa distante.

A dieciseis millas de Samaná, en la cabeza de la bahía, se encuentra Sánchez, un pequeño y curioso pueblo que debe su existencia únicamente al hecho de ser la estación terminal de un ferrocarril inglés que penetra a los valles del interior. Sánchez está construido sobre dos lomas, los caminos son estrechos, pedregosos y llenos de lodo y cuenta con unas pocas viviendas grandes y atractivas, pero los habitantes más que compensan por las deficiencias de su pueblo, ya que, a pesar de que encontré que todos los dominicanos son muy hospitalarios y encantadores, en mi mente los sanchistas son los más encantadores de todos. El pequeño pueblo está provisto de un buen muelle de hierro, un ferrocarril marino, talleres de reparación de maquinarias y carros, e imponentes tiendas y edificios de aduanas, mientras los vagones de carga, las soplonas locomotoras y el ruido de las fraguas y los martillos a vapor le dan al muelle un aspecto ocupado y alborotado.



Sánchez. Iglesia protestante - 1912

El ferrocarril a La Vega, a sesenta millas, costó una suma enorme, pero está pobremente construido, mantenido y equipado. Sin embargo, ofrece un viaje interesante y da una buena idea de las características del país.

¹ No es cierto. Fueron traídos cuando Boyer. La península nunca estuvo arrendada.

Durante las primeras nueve millas después de salir de Sánchez, el camino pasa a través de un inmenso pantano de mangles, hogar de numerosas garzas, airones e ibis. Este pantano, que cubre más de cien millas cuadradas, es tan vasto e impenetrable que siempre será refugio seguro para estas aves, que en muchas partes de la isla son cazadas persistentemente por su vistoso plumaje.¹ Después de pasar el pantano, el camino penetra un territorio de ondulantes tierras de pastoreo, cubiertas de hierba, entremezcladas con densos sembrados de cacao, pedazos de bosques y matorrales, bajos cerros y ríos profundamente delineados.



Las lavanderas de Sánchez

Como el tren nunca excede una velocidad de ocho millas por hora, excepto trenes expresos especiales, que en algunas ocasiones viajan a la excesiva velocidad de diez millas, y como se detiene por diez o quince minutos en

cada pequeña estancia o aldea, el viajero tiene tiempo suficiente para observar los alrededores. Después de Almacén, el campo se hace más abierto y son más escasos los pedazos de bosques y los grupos de árboles, mientras que las montañas de las cordilleras del interior aparecen en el horizonte. Esta parte del país está mayormente dedicada a la crianza de ganado y se pueden ver grandes manadas por todos lados. Un detalle curioso en las manadas de ganado son las garzas blancas y azules que las acompañan, usualmente cabalgando en las grupas de los animales. Este ganado es en su mayoría de la raza nativa, de cuerpo delgado, utilizado principalmente para montar y es muy peculiar de San Domingo. Las planicies se ensanchan gradualmente y se hacen cada vez más llanas, mientras los bosques de palmeras se vuelven más abundantes, y ahora nos damos cuenta de que hemos entrado en el hermoso Valle Real, o Vega Real. Este magnífico valle interior se extiende por una distancia de casi cien millas de este a oeste y tiene una anchura de entre diez y cincuenta millas. Es maravillosamente fértil, bien irrigado y tiene capacidad para sostener una vasta población, pero lamentablemente está abandonado y casi desierto, y aquí



Anuncio de una película en Sánchez



Otro aspecto del anuncio de una película

¹ Para sombreros de mujeres, presumiblemente.

y allá se ven pequeñas porciones de tierra cultivadas, casas aisladas y unas cuantas manadas de vacas y caballos. El hecho de no aprovechar los recursos naturales parece que se debe mayormente a la falta de capital y, en el pasado, a la frecuencia de las revoluciones. Es de esperarse que bajo los regímenes futuros, las condiciones mejorarán, la República se desarrollará rápidamente y pronto ocupará un lugar entre las repúblicas de América de mayor progreso y riqueza.

En casi todas las estaciones uno nota que muchos jóvenes y hombres llevan gallos de pelea bajo el brazo y que los campesinos están literalmente armados hasta los dientes. La pelea de gallos es el deporte nacional, y el aspecto de guerreros de los nativos más que otra cosa parece ser de naturaleza decorativa. A menudo uno ve hombres con dos machetes –uno como el implemento ordinario de labranza y el otro un arma larga, afilada, con mango labrado, tipo cimitarra, colgada al hombro– un pesado revólver Colt o Smith & Wesson, un cuchillo tipo daga y una escopeta o mosquete. Aun cuando lucen como arsenales ambulantes, hay comparativamente pocas peleas entre los nativos, porque son un grupo pacífico y gentil de corazón, dispuestos a compartir hasta su último centavo, o plato de frijoles con un extraño, o dejar su hogar y su lugar a su disposición.

El tren llega finalmente a las afueras de La Vega, un pueblo grande y de construcción irregular, a unos trescientos pies sobre el nivel del mar, en las orillas del río Camú. Este río, como casi todos los de San Domingo, varía enormemente, dependiendo de la estación. Normalmente, fluye pacíficamente, con unos 200 a 300 pies de ancho y unos tres o cuatro pies de profundidad, sobre un lecho de piedras. Sin embargo, uno nota que el lecho del río es de una milla o más de ancho y que en ambos lados de este amplio y seco lecho las márgenes se elevan, en corte irregular, a



El mercado de La Vega

una altura de veinte a cuarenta pies. En caso de que haya una tormenta en las montañas, así como en la estación de lluvias, el agua sube rápidamente y forma un torrente rápido e incontenible, de media milla de ancho y de treinta a cuarenta pies de profundidad. El agua sube tan repentinamente que a veces las mujeres que lavan en la orilla son arrastradas y los puentes de concreto y acero del ferrocarril los arranca desde las bases y los lleva al mar como briznas.¹

El pueblo de La Vega posee un número de edificios públicos verdaderamente buenos, una lindo parquecito y numerosas casas grandes y bien puestas. Las calles son anchas y derechas, pero bastante ásperas y polvorientas. El pueblo tiene cerca de cinco mil habitantes. Detrás del pueblo y a una distancia de dos a cinco millas, hay una cadena de montañas cubierta, desde la base hasta la cima, por un bosque de

¹ *Los ríos eran más caudalosos antes, pues había menos deforestación.*

pinos. Hay varios aserraderos en La Vega, pero los molinos se han construido en el pueblo y los troncos se transportan, a un alto costo y esfuerzo, desde las montañas hasta el aserradero, en vez de ser aserrados allí mismo y transportados en forma de tablones y planchas. Como resultado, el pino amarillo importado es más barato que la madera nativa.

El asentamiento original de La Vega estaba más al norte, en un lugar llamado La Vega Vieja. El pueblo viejo fue fundado por Colón y en poco tiempo se convirtió en un asentamiento floreciente, pero fue destruido por un terremoto en 1564 y el lugar fue abandonado por el pueblo actual. Hoy día uno puede excavar entre las ruinas y encontrar monedas antiguas, armaduras y espadas de Toledo. Los nativos dominicanos a menudo utilizan estas antiguas espadas de Toledo para hacer machetes de pelea y son muy cotizadas.

Los caminos en la vecindad de La Vega, y especialmente la vía principal desde La Vega hacia Moca, y de allí a Santiago, son muy superiores a la mayoría de los caminos de San Domingo. Son amplios, nivelados y bastante lisos, pero tienen la peculiaridad de que corren para atrás y para adelante a través de los ríos, un hábito común a todos los caminos de la República. En algunos lugares, como los ríos corren por allí un curso serpentino y los caminos llevan un curso bastante recto, uno se ve obligado a cruzar los ríos varias veces, aun cuando viaje una distancia muy corta. En una ocasión me vi obligado a cruzar el río Yabón no menos de diez veces en una distancia de una milla. Como los cruces son usualmente tan hondos que se hace necesario que los caballos los naden, esta repetida actuación no es particularmente agradable y, en los casos en que los ríos son profundos, es absolutamente peligrosa. Al cruzar uno de los tributarios del Yaqui(sic), cuando las aguas habían crecido, perdí un caballo, armas y municiones, instrumentos valiosos y varias cajas de especímenes, y apenas pude escapar con vida.

En muchos lugares los caminos son extremadamente malos, de hecho los malos caminos son en gran medida responsables de la falta de desarrollo de la isla. Nadie puede concebir el estado actual de los tales llamados "buenos caminos" hasta que transita por ellos. A menudo son muy estrechos —apenas de dos pies de ancho— con ramas que cuelgan y que hay que esquivar constantemente. Serpentean por los bordes estrechos de los precipicios, sobre troncos y árboles caídos, a través de ríos y por arriba y por debajo de las precipitosas márgenes, y durante la temporada de lluvias en muchos casos el lodo llega hasta a la barriga de los caballos. La costumbre de montar en bueyes resulta ser muy dañina para los caminos, pues estas criaturas tienen el hábito de siempre pisar en el mismo lugar, causando así hoyos profundos y fangosos en el firme del camino. Cuando el lodo se seca quedan estos hoyos y los camellones entre ellos se hornean tan duros como ladrillos, así que uno está continuamente montando sobre una serie de colinas y bajadas de varios pies de profundidad. Claro que en estos caminos no es posible el tiro con yuntas ni acarrear, y hasta el transporte de troncos se convierte en una tarea tediosa y costosa.



19. En el extenso interior cubierto de bosques, entre La Vega y la frontera haitiana, hay inmensos trechos de caoba, laurel, guayacán, yaya y otras maderas valiosas que en las presentes condiciones es imposible de sacar. He visto a menudo árboles de caoba caídos, a los cuales les han cortado las ramas y las han sacado, pudriéndose allí en el bosque y tan grandes que, cuando uno se para al lado de ellos, no puede ver el otro lado.

Aparte del valor de la madera de esta zona interior de la República están los valiosos, pero inexplorados, depósitos minerales. A través de estos distritos se encuentra hierro, estaño, níquel, plata, cobre, cinabrio y oro, y en cantidades remunerables, pero la falta de medios de transporte evita que se exploten y se exporten. En la región sur de la República se están trabajando varias minas de cobre y unos cuantos lavaderos de oro, se están desarrollando, hasta cierto punto, algunos pozos de petróleo en Azua y se han hecho varios intentos para utilizar los grandes depósitos de lignito de la península de Samaná. Aparte de esto, hay una montaña perfecta de sal cristalina en Neiba, y se encuentra ambar en Puerta Plata, Santiago y la bahía de Samaná.

De Sánchez uno puede cruzar la bahía hasta San Lorenzo. Este es un lugar muy interesante y atractivo y antes era propiedad de Bartram Bros., una firma de Boston que estableció una enorme plantación de plátanos.

Esta hacienda, llamada Caña Honda, se extendía hacia el interior por varias millas desde la bahía de San Lorenzo y estuvo equipada con un ferrocarril,¹ talleres, muchos edificios y todo tipo de equipos modernos. Por mala administración, la competencia y otras causas, esta hacienda fracasó y ahora está abandonada, desierta y cubierta de malezas.

Aproximándonos a la bahía de San Lorenzo pasamos unos cuantos extraños islotes cónicos y la playa cercana está cubierta de colinas en forma de pan de azúcar.² Cada una de estas colinas e islas tiene una enorme cueva de estalactitas. El piso de estas cavernas está cubierto por una capa de fósiles de caracoles de varios pies de profundidad, lo que muestra que en algún tiempo estuvieron bajo el nivel del mar.³ Hay una tradición popular sobre el inmenso tesoro de un pirata que está escondido en una de estas cuevas y varios grupos de exploradores han tratado de localizarlo. Como este distrito estuvo infestado de piratas y bucaneros durante muchos años y fue uno de sus últimos fortines en los dominios españoles, no es nada improbable que haya algún tesoro escondido en sus cuevas, pero hay tantas y como las rocas de estalactitas se forman tan rápidamente, hay poca probabilidad de que alguien encuentre el escondite.

1 *Todavía existen vestigios de él en la Bahía de San Lorenzo.*

2 *Los Haitises, de formación calcárea.*

3 *No es cierto. Los caracoles fueron llevados allí por los indios durante el período prehistórico.*

De todas maneras, las cuevas son muy bonitas e interesantes y cualquiera que tenga el tiempo a su disposición será ampliamente recompensado por una visita a estas cavernas.

La bahía de San Lorenzo en sí es una laguna amplia y poco profunda rodeada en tres de sus lados por densos pantanos de manglares y el cuarto, o sea el que está del lado del mar, está protegido por una península larga y arenosa de cerca de cuatro millas de largo y cubierta completamente con un hermoso bosque de cocoteros.

Varios arroyos y riachuelos se extienden desde la bahía y hacia los pantanos, y estos laberínticos canales de agua son el lugar predilecto de patos, garzas, garzas reales e ibis. Las aguas de la bahía proveen alimento y hogar a un gran número de manatíes,¹ que a menudo son cazados por su piel y por su carne.

El arroyo más grande que desemboca en la bahía de San Lorenzo se conoce como Caña Honda y se dirige hacia el interior en un curso muy tortuoso e irregular. Al igual que los otros arroyos, está bordeado por densos manglares y, mientras el bote atraviesa, las asustadas garzas, ibis y patos constantemente vuelan asustados desde los árboles en ambas orillas. Como a una milla desde la bahía llegamos al lugar de desembarco –una pendiente empinada en tierra firme– y desde aquí el sendero se debe continuar a pie o a caballo hasta los edificios de la hacienda abandonada.



Depósitos y muestra de la Fines Suizas de caoba, en Sabana de la Mar

Originalmente, los edificios estaban enmaderados con caoba y otras maderas raras y cubiertos con hierro corrugado. Varios de ellos han sido destruidos para coger los materiales utilizados en su construcción, pero la residencia principal está todavía en



Socederos de caoba de la Fines Suizas, en Sabana de la Mar

pie y está ocupada por un encargado. El viajero recibe aquí una bienvenida calurosa y un trato hospitalario, y puede disfrutar buena cacería de palomas o cotorras cerca de la casa, o puede remar en los arroyos en busca de patos o ibis.

La casa está ubicada en un promontorio y domina una vista magnífica y podría ser un sitio perfectamente ideal para un hotel. La ubicación es saludable, la tierra es fértil y el valle es llano y libre de

1 Ya no existen allí. La Bahía de San Lorenzo en la antigüedad era conocida como Bahía de las Perlas, las cuales también desaparecieron.

densos bosques maderables. Las atracciones para cazadores y pescadores son estu-
pendas, y es sorprendente que nadie haya apreciado las posibilidades de Caña
Honda como lugar de recreo invernal.

Desde Caña Honda uno puede hacer una excursión hacia el interior, hasta El
Valle, un pequeño poblado situado en medio de una vasta pradera, con florestas aquí
y allá, en pequeñas cañadas. La pradera en algunos lugares es algo pantanosa y con
hierbas muy exuberantes, y aquí el deportista puede encontrar el mejor lugar para
la caza de gallinas de agua que yo haya visto jamás.



*Villa Suiza. Vista de la Finca de caña "Evolution",
en Sabana de la Mar*

En el camino desde Caña Honda hacia El Valle
se atraviesa el inmenso bosque de cacao de una
gran factoría de chocolate suizo. Todo el viaje a
Caña Honda es bien recompensado por una visita
a esta hacienda próspera y bien administrada. Los
bosques de cacao cubren una amplia extensión de
tierra y a través de ellos corre un estrecho tren
miniatura. En éste se transportan las semillas de
cacao hasta los secaderos y de allí el tren lleva las
semillas secas al muelle de Sabana la Mar(sic).

El viaje de regreso a Sánchez o a Samaná se puede hacer por San Lorenzo o desde
Sabana la Mar(sic), casi opuesto al pueblo de Samaná.

De regreso a Sánchez, y viajando alrededor de Cabo Engaño por 160 millas, se
llega a Macorís, y aquí el barco atraca en muelles modernos, ante una ciudad
florecente, con tranvías de vapor, dragas y varias otras mejoras modernas. La
ciudad está construida en las orillas del río y numerosos barcos son amarrados en sus
muelles, pues Macorís es un gran puerto azucarero y las tierras planas y las llanuras
del distrito están salpicadas con
enormes ingenios de azúcar y amplios
campos de caña de color verde pálido.
El azúcar se trae a estos muelles tanto
por tren como por barcas tiradas por
activos remolcadores de vapor, y
durante la zafra son comunes los
cargamentos de 35,000 a 50,000 sacos.
El pueblo es progresista, bien cuidado y
sus casas y edificios son bastante
bonitos y bien construidos, pero es muy
caluroso, seco y polvoriento. En Macorís, al igual que por toda la República, uno
queda impactado por la gran cantidad de palmas reales. No conozco ningún lugar en
el trópico donde uno vea tal cantidad de estos bellos y útiles árboles. La palma real
es tan útil para el dominicano como el reno para el lapón o el perro para el esquimal.



Puerto de San Pedro de Macorís. Paragrafo de Verrill

Del tierno corazón del retoño se procura el famoso “palmito”, las hojas se utilizan para techar chozas y cobertizos y el tronco lo cortan en tablas con las cuales se construyen casas, las cuales techan con las espigas de hojas secas o “yaguas”. Estas casuchas de yagua se ven por todas partes en la República y son muy limpias y cómodas, pero como las tablas de palma casi nunca son rectas, muchas veces dejan grietas hasta de una o dos pulgadas entre ellas, lo que, aunque ofrece muy buena ventilación, resulta ser muy poco confortable cuando los vientos fríos del norte bajan a través de los valles del interior. A veces hasta casas grandes y pretensiosas están construidas por completo de yagua.

A unas cuarenta millas de Macorís el vapor llega a la histórica ciudad de Santo Domingo. Pasando por la estrecha entrada hacia el puerto bordeamos una severa fortaleza maltratada por el tiempo, que corona un destacado promontorio en la boca del río. Esta bonita y antigua ciudadela de mampostería, con su torre morisca, fue erigida en 1509 y aunque los nativos creen firmemente que Colón fue prisionero en su calabozo, no existe fundamento para esta historia, pues la fecha de su encarcelamiento fue en 1500 y lo confinaron en una torre más pequeña en el viejo asentamiento de la otra margen del río. Todavía existen ruinas de esta vieja torre, aunque fue abandonada al ser destruida parcialmente por un huracán en 1502. Estas ruinas marcan el lugar del primer asentamiento europeo permanente que existe en el hemisferio occidental, pues fueron erigidas en 1496 por Bartolomé Colón, hermano de Cristóbal. La fortaleza actual, o Torre del “Homenaje”, ahora suele estar llena de prisioneros políticos quienes ocupan las mismas celdas de piedra donde los antiguos conquistadores arrojaban a sus prisioneros cuatro siglos atrás. Desde el muelle, al lado de la nueva y moderna casa de aduanas, al mirar hacia la orilla uno contempla escenas y ruinas contemporáneas al Gran Descubridor, y al mirar la vieja gran muralla de piedra que rodea la ciudad, las iglesias medio destruidas y los devalidos colores orientales de los antiguos edificios, a uno le parece que ha retrocedido a los días de armaduras y conquistas. Muy cerca se encuentra una ruina grande y bien conservada que se destaca sobre las casas más pequeñas y modernas. Esta era la residencia de Diego Colón, hijo del Almirante, quien fuera una vez virrey de la colonia. Su palacio estaba tan fuertemente fortificado y defendido con muros y cañones que alarmó al rey español, quien llamó al gobernador para que explicara sus acciones. Un poco más allá del muelle de la aduana se halla una vieja ceiba retorcida a la cual, según la tradición, Colón amarró sus carabelas. Aunque caben dudas respecto a la veracidad de esta historia, aquí está todo tan identificado con la vida y la carrera de Colón que por eso no pierde ningún interés, y la ceiba es ciertamente tan vieja como para haber servido de amarre en los días del Descubridor. Al bajar a tierra pasamos bajo la gran arcada de entrada en la muralla de la ciudad, con las armas de Castilla y de León labradas en la piedra, y uno medio que espera que un centinela en cota de malla le pida el santo y seña desde las oscuras sombras. Esta muralla maciza rodea la ciudad completamente y aún después de medio millar de años está tan firme y lo suficientemente fuerte como para resistir un asalto de



cualquier artillería excepto la moderna. Después de pasar la calle principal, entre casas antiguas con sus portales decorados luciendo los escudos de armas de tantas famosas familias antiguas como las de Balboa, Alvarado y Ponce de León, se llega a la plaza donde se encuentra la magnífica estatua de Colón con su brazo de bronce siempre señalando hacia el oeste. ...

Capítulo VIII

Otros pueblos y lugares de interés

... Además de las principales ciudades y puertos ya mencionados, hay un gran número de pueblos más pequeños, muchos de los cuales son de gran interés histórico o son centros de considerable importancia. Entre éstos se puede mencionar a Santiago de los Caballeros, a unas veinte millas al noreste de La Vega y al cual se llega por tren desde Puerta Plata o La Vega o por carretera desde éste último pueblo. Santiago fue fundado en 1504 por treinta "caballeros" españoles de noble cuna quienes tenían permiso especial del rey de España para agregar su propia designación a la del pueblo.



Santiago de los Caballeros. Fotografía de Verrill

Después de la capital, Santiago es la ciudad más grande de la República, con casi cuarenticinco mil habitantes. Aunque los habitantes de este antiguo pueblo aristocrático no son todos, de ninguna manera, "caballeros" hoy día, aún así la raza blanca predomina en la ciudad y muchas de las familias principales pueden rastrear a sus ancestros en línea ininterrumpida hasta los antiguos hidalgos españoles que originalmente fundaron el pueblo. Muchos de estos descendientes de nobles todavía conservan las armaduras, espadas y otros aperos de guerra de sus ancestros, y varios edificios de Santiago también datan de los días de los conquistadores.

Santiago ha tenido una historia tormentosa, pero todavía es un pueblo importante, próspero y acaudalado. Ha sido saqueado por piratas, ha sido destruido por "insurrectos" y ha sufrido a fuego y espada durante tres siglos, pero sus habitantes, inpertérritos, siempre han invariablemente reparado los daños, recuperado sus fortunas y, al igual que el Fénix, en cada ocasión, Santiago ha surgido de sus cenizas como un pueblo más brillante, mejor y más atractivo.

La ciudad está construida en un escarpado que da al río Yaqui(sic), y tiene un clima magnífico y es uno de los pueblos más saludables de la isla. Posee tres buenas iglesias y una catedral, un parque bonito arbolado con palmeras, flores y arbustos; un palacio municipal y otro del gobernador, un instituto, una torre de reloj fortificada y muchas residencias bonitas. El mercado de Santiago es grande e invariablemente bien surtido con productos y provisiones, y por millas alrededor la gente viaja a la ciudad los sábados, momento en que el visitante puede ver a los nativos y a sus mercancías a su mejor conveniencia posible.

Cerca de Santiago hay muchos pueblitos de interés histórico y villorios de arcaica belleza, y San José de las Latas(sic), a veinte millas de distancia, es uno de ellos.

Aquí, a una gran altura y en medio de un fragante bosque de pinos, está este pueblecito con su iglesia de cuatrocientos años y su pacífica población que lleva más o menos la misma vida simple y primitiva que llevaron sus ancestros hace varios cientos de años. La principal ocupación de sus habitantes es tejer cestos, canastas y aparejos de hojas de palmas, pero en los arroyos circundantes aparece oro en cantidades considerables y muchos nativos se ganan la vida, sin mucho esfuerzo, lavando unas cuantas onzas de polvo cada semana.



Lavadores de oro en el río Dno - 1913

Más o menos a la misma distancia de Santiago está el pueblo de Santo Tomás, en las márgenes del río Jánicico y cerca del primer fuerte construido por Colón en el interior, el cual fue erigido en 1494. Este fuerte fue construido para proteger a los españoles en su búsqueda de oro en el río, ya que este distrito del famoso Cibao fue donde primero se encontró oro en cantidades, y hoy día se extraen del Cibao más de seis millones de dólares al año del precioso metal, usando los crudos métodos nativos. Como a medio camino entre Santiago y La Vega, se encuentra el pueblo de Moca, una ciudad de unos treinta mil habitantes. Moca es uno de los llamados "pueblos blancos" y pocas de sus gentes son de color, siendo la mayoría de pura descendencia castellana y orgullosa de la línea ininterrumpida de sus ancestros. Moca es un rico distrito agrícola, famoso por su café, y está conectado a Santiago por ferrocarril.

En este pueblo fue asesinado el general Ulises Heureaux, el dictador de la República, en 1899.

Más cerca de La Vega está el Santo Cerro, uno de los lugares más famosos y atractivos de la República. La colina se eleva a unos 600 pies sobre la hermosa Vega Real y desde su cima se puede obtener una vista magnífica de las ondulantes y verdes sabanas, moteadas de palmeras, de colinas cultivadas y resplandecientes ríos

de plata y montañas vestidas de pinares. Mientras Colón sojuzgaba a los nativos del interior en 1495, se aposicionó en esta colina bajo un enorme árbol de níspero, partes del cual pueden verse todavía. Desde este lugar observó cómo sus hombres armados masacraban a los indios indefensos, mientras sus sabuesos de sangre española tumbaban y desgarraban a los desvalidos salvajes en pedazos. En honor a su victoria erigió una cruz en la cima de la colina y marchó con sus tropas victoriosas. De acuerdo con la tradición, algunos de los nativos intentaron profanar la cruz después que se marcharon los invasores y mientras lo hacían de los cielos descendió la figura de una mujer y descansó en uno de los brazos de la cruz. Aunque los salvajes le lanzaron piedras y flechas a la aparición, los misiles pasaron a través de ella sin ningún efecto aparente y, por tanto, al darse cuenta del carácter celestial de la figura, los indios cayeron sobre sus rostros en adoración. La cruz, que fuera escenario de este milagro, está ahora entronizada en la catedral de la ciudad de Santo Domingo, como mencionamos anteriormente.



San Francisco de Macorís - 1918

La colina misma es un lugar sagrado, mantenida en la más profunda veneración por todos los dominicanos, y de todas partes de la República vienen aquí en peregrinaje, a menudo suben de rodillas desde la base hasta la cima de la colina, donde se ha construido una iglesia con las contribuciones de los peregrinos.

Otro pueblo del interior, conectado con La Vega y con la costa por medio de un ramal del ferrocarril Samaná-La Vega, es San Francisco de Macorís. Este es un pueblo pequeño, de unos treinta mil habitantes, acunado a la sombra de las montañas del norte. Al igual que Moca y Santiago, éste es un pueblo "blanco", destacado por el número de habitantes de pura descendencia española y famoso por la belleza de sus mujeres. Macorís está en un distrito maravillosamente fértil y rico en productos agrícolas, especialmente cacao, el cual cubre cada ladera de la vecindad.

Entre La Vega y la capital hay numerosos pueblos, algunos de los cuales son bastante importantes, mientras que otros tienen interés histórico. Cotuí, a unas treinta millas al sur de La Vega, fue fundado en 1505 y apenas ha cambiado a través de sus cuatro siglos de existencia. El pueblo debe su origen a los grandes depósitos de oro, plata y cobre de sus alrededores, y a menudo le llamaron "Las Minas" por este motivo.¹ Ahora



San Francisco de Macorís

1 *Las minas de oro hoy conocidas como "La Rosario" fueron localizadas y explotadas por los españoles desde principios del siglo XVI.*

tiene muy poca importancia y las minas o se han olvidado o se han agotado. A una distancia similar de La Vega hay otro antiguo pueblo minero, que tuvo gran renombre, pero ahora está más o menos en las mismas condiciones que Cotuí. Este es Bonao, y aunque hay minas de oro todavía en operación en la región, sin embargo no es mucho lo que se consigue, comparado con los viejos tiempos, cuando de Bonao fluían grandes tesoros hacia los cofres de los codiciosos españoles.

A unas treinta millas al noreste de la capital está Boyá, un pueblo pequeño de algunos tres mil habitantes, que fue fundado en 1533 por un cacique nativo, el cacique Enriquillo.¹ El cacique mantuvo una rebelión tan exitosa contra los europeos que Carlos V se alegró de firmar un pacto con él y le asignó a él y a su gente una reservación en este lugar. Los últimos remanentes de los que fueron una vez numerosos nativos vivieron aquí en relativa paz, y aún puede verse la antigua iglesia en la que el cacique y sus gentes oraban, un pintoresco y duradero monumento a Enriquillo, en cuyo honor también se nombró el gran lago interior.

En la parte más oriental de la república, en el distrito conocido como Seybo, está la ciudad de Santa Cruz. Este pueblo está como a sesenta millas de la capital, tiene una



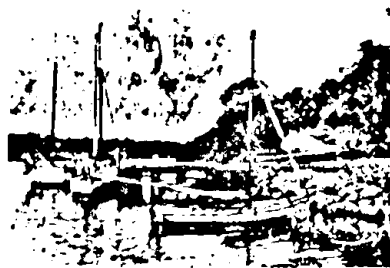
El Seybo

población de 15,000 y es una de las ciudades más viejas de la isla, habiendo sido fundada por Juan de Esquivel(sic) en 1502. Entre los pueblos importantes el que está más al este es Higüey, o más propiamente "Salvaleón de Higüey", un lugar fundado por Ponce de León poco después del asentamiento de Santa Cruz del Seybo. Desde aquí uno puede

mirar a través del mar hasta el distante Puerto Rico, cual una nube fantasmal en el horizonte. Sin dudas que el viejo Ponce de León a menudo oteaba desde Higüey a través de las olas y meditaba sobre las nuevas tierras que estaba destinado a conquistar y gobernar.

A unas veinte millas del Seybo y a unas sesenticinco de la capital está La Romana, un nuevo asentamiento en un espléndido puerto natural, en medio de un rico distrito azucarero.

Villa Duarte, también conocida como "Pajarito", es un poblado de cerca de diez mil habitantes en la margen oriental del río Ozama,



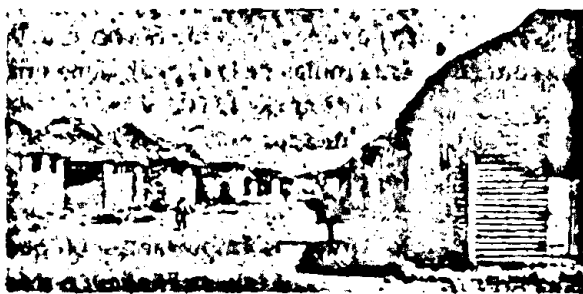
La Romana

¹ *Incierto. Ese cacique nunca estuvo allí, aunque la tradición popular sí lo ubica en Boyá.*

opuesto a la ciudad de San Domingo. Esta es la ubicación original de la capital y el interés principal de este villorio consiste en que posee numerosas ruinas de edificios identificados como muy cercanos a Colón. La capilla que construyó Bartolomé Colón todavía está aquí en pie, en medio de una plantación de azúcar, y más cerca del mar uno puede encontrar las ruinas del primer asentamiento de San Domingo y los desmoronados restos de la torre morisca erigida en 1496 y en la cual Colón fue encadenado.¹

En estos alrededores también hay cuevas maravillosas, las cavernas de los "Tres Ojos", en las cuales hay tres lagos en miniatura de bellas aguas cristalinas.

En la costa sur el pueblo principal que no ha sido mencionado es Azua, a setenta millas al oeste de la capital y fundado por Diego Velásquez, quien luego conquistó y colonizó a Cuba. Azua fue primero colonizada en 1504, y en sus inmediaciones residían muchos hidalgos ilustres de la vieja España. Aquí vivió Hernando(sic)



Azua

Cortés, el conquistador de México; Pizarro, quien sojuzgó al Perú; Balboa el descubridor del Pacífico y muchos otros conquistadores. Originalmente, el pueblo estaba a unas tres o cuatro millas de su ubicación actual, pero lo trasladaron a causa de un terremoto. Azua está en una región del país seca, más bien yerma, y solía sufrir de falta de

agua, pero ahora hay más que suficiente provista por los pozos artesianos. Aunque el campo luce árido, sin embargo, con irrigación, es excesivamente fértil y se producen enormes cosechas de caña de azúcar. En los alrededores de Azua hay grandes depósitos de petróleo y se están trabajando varios pozos. El primer pozo que se perforó brotó por más de setenta pies, y no sería sorprendente si Azua se convierte en un distrito petrolero tan grande como Tampico, en México. Entre las montañas, a unas diez millas de Azua, está Maniel,² una pequeña aldea a una altura tan grande que posee un clima como la primavera del norte y en sus alrededores crecen libremente manzanas, papas y otros productos de las zona templada. Hacia el noroeste de Azua, y a cuarenticuatro millas de distancia, se encuentra el interesante pueblito de San Juan de la Maguana. En este lugar tenía su ciudadela Caonabo, un famoso cacique guerrero caribe. Aquí se pueden ver restos de los aborígenes en la forma de un círculo muy interesante, hecho de grandes piedras, en una planicie llana y conocido como "El Corral de los Indios". Nadie ha podido descifrar qué propósito

1 *Puede referirse a una construcción ubicada a pocos metros de los actuales Molinos Dominicanos, recientemente re-descubierta y conformando la Nueva Isabela, o a la torre ubicada en Punta Torrecilla.*

2 *San José de Ocoa.*

servía esta estructura como de circo y es dudoso que jamás se logre arrojar alguna luz sobre este asunto, pues los conquistadores estaban demasiado atentos consiguiendo oro y destruyendo a los indios como para poner atención a los hábitos y costumbres de los nativos para beneficio de las generaciones futuras.

San Juan fue fundada en 1504 y tiene una población de quizás unos veinte mil. Desde aquí, hacia el oeste, hasta la frontera con Haití, el país está tan salvaje y tan despoblado como hace cuatro siglos. En medio de la tierra virgen, a cuarenta millas de San Juan y cerca de la frontera con Haití, está Bánica, fundada por Velásquez en 1504 y con apenas un poco más de comercio e intercambio con el mundo exterior que en los días de la conquista.

Todo este distrito es una masa de montañas, profundos valles, pequeñas planicies y ricas tierras de ribera. Por todos lados hay poderosas forestas de árboles gigantes de valiosa madera; un país maravilloso en sus recursos, sublime en sus paisajes y en muchos lugares desconocido e inexplorado, excepto por algún nativo ocasional.

A través de este maravilloso campo fluye el poderoso río Yaqui(sic) del Sur y en su boca, en la gran bahía de Neyba, está el pueblo de Barahona, una ciudad de cerca



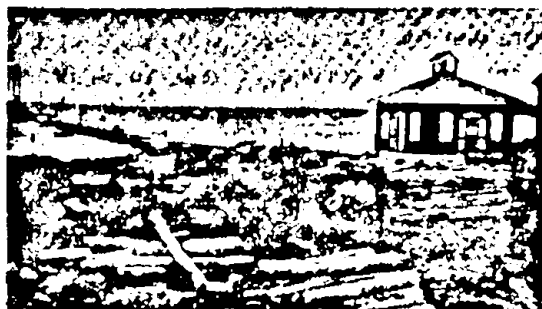
Merced de Barahona

de cuarenticinco mil habitantes y puerto de embarque natural de caoba y otros productos llegados desde el despoblado distrito hacia el norte.

El pueblo de Neyba está en las costas orientales del lago Enriquillo, un inmenso y aislado cuerpo de agua fresca, sin aparente salida y rodeado

por un amplio valle. Al sur de este lago se hallan los lagos Limón y Rincón, en los cuales no sólo hay peces de agua dulce sino también especies de agua salada, lo que demuestra, sin lugar a dudas, que en algún tiempo pasado los lagos estaban conectados con el mar.

Al momento de la conquista, esta zona estaba llena de indios gobernados por una reina o princesa conocida como Anacaona y famosa por su encanto personal. Anacaona fue visitada por Bartolomé Colón y otros grandes hombres, pero fue capturada y ahorcada por Ovando, el gobernador sediento de sangre,



Puerto de Barahona -- 1814

quien también masacró a miles de sus súbditos. En el monumento a Colón en el parque frente la catedral, en la ciudad de Santo Domingo, se puede ver una estatua de bronce de la desventurada princesa, a los pies del Descubridor. La figura está en actitud de escribir una inscripción laudatoria a los españoles –de seguro una ocupación muy extraña para alguien que perdió su vida, su honor y su pueblo en manos de los brutales invasores. No lejos de Rincón está la maravillosa “colina de sal” conocida como Cerro de Sal, una montaña de pura roca de sal, una maravilla y una curiosidad natural de gran valor comercial, si se explotara.

Viajando hacia el este desde Azua hacia la capital encontramos el pueblo de Baní, fundado en 1764 y situado en un valle admirablemente hermoso que da al mar. Baní tiene un clima maravillosamente saludable y es famoso por los hombres notables que nacieron allí. El pueblo es el lugar de nacimiento del general Máximo Gómez, el libertador de Cuba; de don Francisco Billini, quien fue una vez presidente de la República; y del Rev. F. X. Billini, un famoso clérigo y filántropo.



Baní

Aún más hacia el este se encuentra el pueblo de San Cristóbal, con cerca de treinta mil habitantes y escenario de muchos eventos históricos. San Cristóbal está ubicado en forma atractiva en una región rica y está conectado con la capital por tren.



San Cristóbal - 1914

Hay muchos otros pueblos interesantes y bellamente situados en la República y dondequiera que uno viaja encontrará aldeas, pueblos y pequeños “barrios” ocultos en valles sonrientes, en planicies interiores o en ricas laderas. Es muy raro que

estos pequeños poblados tengan hoteles, casas de huéspedes u otros alojamientos para viajeros. La vida es de lo más simple y primitiva pero las gentes son amables, hospitalarias y corteses, y cederán su propia casa libremente para acomodar a un extraño y compartirán sus escasos alimentos y considerarán esto un honor. Muchas veces ha llegado el autor a alguna aldea pequeñita del interior después de anochecer, sólo para ver a los morenos nativos, con aspecto de bandoleros, disputarse unos con otros el cuidado de los caballos, ofrecerle comida y bebida y mudarse de sus propias simples casuchas, para proveer al visitante un lugar donde dormir.

FIN

EL LIBRO DE LAS
INDIAS OCCIDENTALES

A. Hyatt Herrill

1919





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Este segundo libro de Hyatt Verrill (1919) cubre todas las Antillas, a diferencia del que habla escrito cinco años antes, que apenas abarca a Puerto Rico y Santo Domingo. Pero es probable que el autor no efectuara un segundo viaje a Santo Domingo sino que utilizara sus notas sobre su primer y único viaje. Esta suposición está basada en el hecho de que la ruta seguida es igual en ambos textos y, además, porque no menciona la intervención militar norteamericana ni sus efectos (el desarme, por ejemplo), inexistentes durante su primer viaje, pero ya vigentes en 1919.

Verrill sugería que el "turista" viajara y se hospedara en Santo Domingo en los barcos de carga, pues se detenían en los principales puertos del país y con tiempo suficiente como para que el viajero pudiese tomar el tren desde Puerto Plata y Sánchez y viajar al interior. Con eso se evitaba la necesidad de alojarse en hoteles, los cuales eran extremadamente incómodos. El viajero reitera el tema del pésimo estado de los caminos, así como la imposibilidad de exportar maderas preciosas, debido al alto costo del transporte interno. Dice, además, que los dominicanos siempre andaban armados y se refiere a su afición por los gallos. En esta obra otra vez incluye sus visitas a Montecristi, Puerto Plata, Santiago, Samaná, Sánchez, La Vega, San Pedro de Macorís y Santo Domingo.

Las fotografías son de otras fuentes.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Capítulo XIV

Santo Domingo, lo histórico

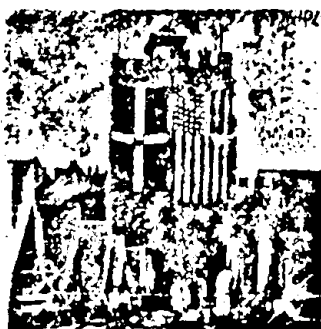
Esta isla ha tenido muchos nombres. Para los simples indios era Haití –la “Tierra Alta”; para los españoles era Española; años más tarde se convirtió en Santo Domingo; y, destrozada por las revoluciones, bañada en sangre y dividida entre franceses y españoles, el tercio occidental asumió su antiguo nombre de Haití, mientras los dos tercios restantes fueron bautizados con el nombre de República Dominicana. También ha sido llamada la “Isla del Desgobierno” y “La Tierra de las Revoluciones”, mientras comúnmente se la llama “La República Negra”.

Pero se podría llamar con mayor propiedad “La Isla donde el Tiempo se Detuvo”, pues quien visita Santo Domingo encuentra una tierra que recuerda el lejano oriente, escenas inalteradas durante cuatrocientos años y más, y unos alrededores contemporáneos a Colón y sus conquistadores. Podemos mirar hacia el mar desde el mismo sitio en donde se sentó el gran descubridor a observar su bu-

que insignia destruirse contra los arrecifes; podemos separar los matorrales y enredaderas y encontrar las ruinas de las bases del primer asentamiento europeo en suelo americano; podemos arribar a las tierras arenosas de la misma ensenada donde se derramó la sangre de los primeros europeos en lucha contra los indios; podemos vagar por las calles cuyos idénticos pavimentos han sonado bajo las pisadas de los hombres vestidos de armaduras dirigidos por Pizarro, Balboa, Cortez(sic), De Soto, De León, y muchos hidalgos famosos, y todavía podemos ver sus armas blazonadas esculpidas en las resistentes piedras de sus casas que semejan fortalezas. Podemos deambular por las áulas en ruinas de la



Los soldados de maraca ocupan las calles de Santo Domingo el 16 de mayo de 1916



Los normandos ocupan la Fortaleza Ozama

primera universidad del Nuevo Mundo, donde se enseñaba a la juventud a leer, escribir y sumar más de un siglo antes de que los peregrinos llegaran a la roca de Plymouth; podemos ver el mismo calabozo donde arrojaron a Colón, prisionero en



Los norteamericanos buscan en la línea noroeste — 1916

cadenas, y podemos arrojarnos en las mismas baldosas gastadas por el peso de sus rodillas cuando asistía a tantas misas, mientras, en la gran catedral, sus restos descansan en su plomizo ataúd. En verdad que Santo Domingo es el lugar más histórico de América, cuna de la civilización europea en el Nuevo Mundo y teatro

de las masacres más horrendas, de las crueldades más atroces, de los actos de barbarie más espantosos, inhumanidad, odio, venganza y los salvajismos más perversos que el mundo haya visto jamás. Santo Domingo es la segunda más grande de las Indias Occidentales y la más rica y fértil de las Antillas. Sus paisajes son maravillosamente bellos, sus montañas estupendas, sus planicies son vastas y sus valles maravillosos. La atraviesan ríos inmensos, en su interior hay lagos como mares, su superficie la cubren bosques incomensurables, cerca de sus costas hay islotes más grandes que muchas de las Antillas Menores, sus picos son los más altos de las Indias Occidentales y sus arroyos fluyen literalmente sobre arenas doradas.

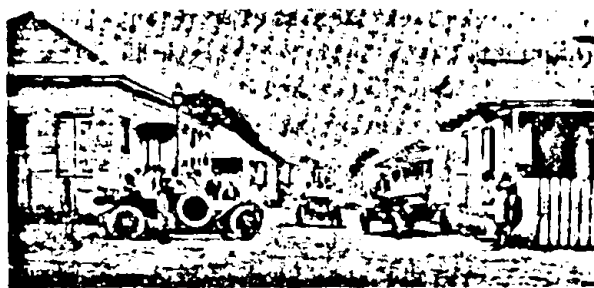
Pero con toda esa belleza, sus recursos, sus riquezas, su interés histórico, gran parte de Santo Domingo es tan primitivo, tan atrasado, tan crudo, como lo era cuatro siglos atrás. Son pocos los lugares donde puede detenerse un extranjero —aun por una noche— sin inconvenientes e incomodidad y hasta con privaciones y penurias. Pero afortunadamente esto no es necesario; quien visita Santo Domingo no necesita privarse de los placeres ni del interés por falta de comodidades, ya que los buques de vapor de la Clyde West Indian Line visitan cada puerto de importancia, permanecen en cada uno el tiempo suficiente para que los pasajeros visiten todos los lugares en tierra, o hasta que hagan viajes por tren a los pueblos del interior, y el viajero que hace el recorrido completo está independiente de la vida en tierra y vive con comodidad y esparcimiento a bordo del barco.

Monte Christi(sic), el primer puerto que se toca, está lejos de ser un sitio atractivo, y, al estar situado en la parte más desolada y poco atractiva de la isla, puede dar una impresión falsa y decepcionante.

Directamente desde el agua se eleva una colina imponente, cuya cara ha sido cortada por un precipicio de reflejos rojos y amarillos; una cadena maciza de montañas se eleva en la distancia, y al pie de una llanura verde, ondulante y extensa, hay unas pocas cabañas de madera sin pintar, uno o dos almacenes de hierro corrugado y un muelle largo y endeble.

Rodeado de bancos de fango y manglares e infestado de miríadas de mosquitos ávidos de sangre, el puerto de Monte Christi es insoportable para el hombre blanco civilizado y apenas es un lugar para desembarcar, habitado por unos cuantos negros y trabajadores de color. Desde el puerto sale un camino de carretas y una línea de tranvía de mulas corre hacia las colinas y allí, en la tierra alta, está el pueblo en sí.

Pero, aparte del hecho de que es la salida del vasto y fértil Valle del Yaqui(sic) y lugar donde se gestan la mayoría de las revoluciones que han azotado al país como epidemias y con sorprendente frecuencia, Monte Christi tiene muy poca importancia y menos interés.



Montecristi -- 1917

Hacia el este de este punto olvidado, el aspecto de la isla

cambia rápidamente. Al poco, las sombrías y estériles colinas dan paso a laderas ricas en forestas exuberantes que crecen hasta el mismo litoral y cadena tras cadena de montañas enormes como torres cubiertas de verdor, hasta donde alcanza la vista.

Se pasan en sucesión interminable promontorios de bosques y ensenadas bordeadas de junglas, y en las orillas de una de estas bahías Colón fundó la Isabela, la primera ciudad europea en el Nuevo Mundo. Hoy día tan sólo unas cuantas piedras escondidas en los matorrales, una pared tambaleante y un poste conmemorativo marcan la ubicación de este histórico lugar.

Cincuenta millas hacia el este se destaca el cono simétrico perfecto de "Isabella La Torre"(sic), y en su base, sobre una península de colinas que se proyecta, se haya el pueblo de Puerto Plata. Daría mucho trabajo encontrar otra vista más bonita que Puerto Plata visto desde el mar. El pueblo se extiende desde abajo en las orillas de la bahía semicircular, con sus techos rojos brillando en medio de miríadas de palmeras, como amapolas en un campo de grano; hacia la izquierda, sobre el promontorio se haya el antiguo fuerte de color rosa pálido y amarillo, y hacia la derecha, la secuencia creciente de verdes montañas coronadas por el estupendo cono cuyo tope cubierto de niebla, tres mil pies sobre el nivel del mar, no ha sido pisado jamás por el hombre.¹

¹ *Incierto. Desde principios del siglo XVI fue ascendido por europeos.*



Vista panorámica de Puerto Plata - 1917

Un embarcadero largo se extiende en la bahía desde la orilla, y el agua es tan poco profunda que para cargar y descargar las barcazas llevan las carretas lejos dentro del mar, donde, con el agua casi en las grupas de los caballos y tocando el fondo de las carretas, se traspordan las cajas, fardos y toneles de los barcos de carga a los vehículos. Puerto Plata es nítida, bien cuidada y tiene calles rectas, bastante amplias y suaves, y es tan radiante con sus colores, está sembrada de tantas palmeras y árboles, está tan bien provista de luz eléctrica, tan limpia y brillante que las ideas preconcebidas que uno pudiera tener de Santo Domingo, caen como un ropaje abandonado tan pronto como uno pisa tierra.

Pocos edificios son pretenciosos, pero hay dos clubes grandes, uno o dos buenos hoteles -tomando en cuenta cómo son los hoteles en el trópico- algunas iglesias bonitas, unas cuantas residencias hermosas y una plaza muy atractiva rodeada de palmeras y árboles frondosos y los edificios del gobierno. También hay un hospital militar grande y bien administrado, de cuya eficiencia puede dar testimonio el autor, ya que pasó más de dos meses allí.

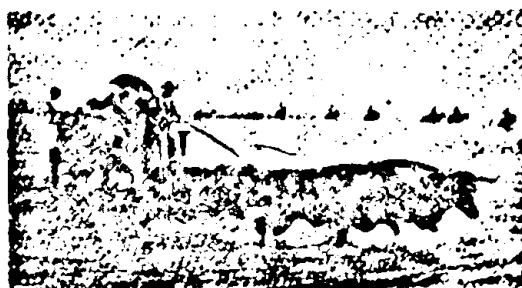


Mercedo de Puerto Plata

Hay muchos paseos encantadores hacia el interior fuera, de Puerto Plata, y aquí uno puede ver por primera vez los bueyes de monta que son un distintivo de esta isla. Este ganado, de patas largas, ligero, de pisada firme y alimentado especialmente para ser utilizado como cabalgadura, es muy diferente de nuestros lentos bueyes de trabajo, y por toda la República son de uso universal. A uno le parece muy extraño ver a un niño pequeño, a una mujer o a una joven montados en un enorme buey de cuernos largos y afilados trotando por la ciudad o por algún camino en el campo, pero estas criaturas son mansas y fáciles de conducir por una simple brida atada a

una argolla en su nariz, y aunque su trote es incómodo al principio, uno se acostumbra pronto y hasta lo encuentra tan fácil de montar como cualquier otra montura equina.

Pero los bueyes de monta sobrepasan a los camiones de motor más pesados como destructores de caminos. Aun en las mejores condiciones, los caminos de la isla apenas si merecen el nombre, y cuando llueve se transforman en verdaderos arroyos de fango. Como los bueyes tienen el hábito peculiar de caminar uno sobre las huellas de los otros –como indios siguiendo un rastro– al poco tiempo las depresiones de los caminos se convierten en profundos hoyos de fango, y cuando cesa la lluvia y la tierra se seca, los caminos se convierten en una cadena interminable de elevaciones y hoyos transversales endurecidos como concreto por el sol. Los bueyes, caballos y mulas saltan de hoyo en hoyo como conejos gigantes por entre los escollos, y cada animal que pasa ahonda cada vez más los hoyos de unos tres pies de profundidad, hasta que las “carreteras” lucen como campos de batalla en los que los ejércitos enemigos se han atrincherado. Y esto no es una exageración ni una descripción imaginativa de las vías públicas del interior de la República Dominicana. No hay palabras para dar una idea real de su condición; han sido utilizadas, deterioradas y dejadas al abandono durante cuatrocientos años y son abominables más allá de toda descripción.



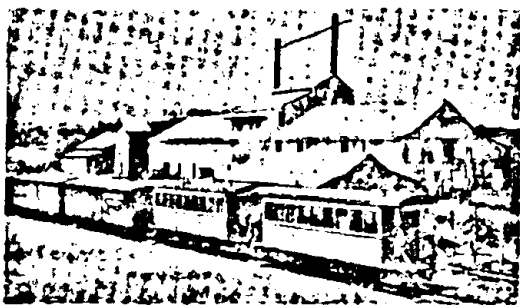
Puerto Plata. Forma de carreteras

Cuando uno las ha transitado, ya no le cabe ninguna duda del porqué esta tierra maravillosamente rica, es sub-desarrollada, abandonada y gran parte de ella absolutamente deshabitada y desconocida. Hasta que a este país no le hagan carreteras sobre las cuales sea posible transportar bienes, permanecerá en el estado de atraso actual, ya que la falta de facilidades de transportación es más enemiga del progreso que las revoluciones.¹

Los bosques están llenos de caoba, yaya (“lancewood”), cedro, “satinwood”, guayacán y otras maderas valiosas; vastos bosques de pinos de ramas largas cubren las colinas del interior por cientos de millas y abundan las riquezas minerales, y todos los frutos tropicales –y muchos de zonas templadas– se dan lozanos y en abundancia.

¹ *Tanto en Haití como en Santo Domingo las fuerzas de ocupación norteamericanas desarrollaron un amplio programa de carreteras.*

Pero no hay esperanzas para el que quiera dedicarse a explotar estos recursos, es inútil pedir capital para invertir, cuando transportar un tronco de caoba a la costa cuesta más que el valor de una docena de troncos; cuando sacar madera de pino significa mayores gastos que importarla desde los Estados Unidos; cuando para dar transporte a una mina de cobre se requeriría de todos los beneficios de una mina de oro. En algunas provincias se ha hecho bastante para resolver estas condiciones tan deplorables y de Puerto Plata a Santiago de los Caballeros opera un ferrocarril a través de las montañas. De hecho, la principal importancia de Puerto Plata estriba en que es la terminal marina de este ferrocarril que enlaza la vasta y fértil región del Cibao, en las elevadas mesetas del interior. Y en verdad es un ferrocarril



Ingenio Amistad, en Pérez (Bajabonico) - 1916

extraordinario, aunque sólo tenga cuarentidós millas de largo, pues en las primeras quince millas sube una cadena de montañas de dos mil pies de altura con pendientes escarpadas que para ascenderlas se requieren cuatro locomotoras y engranaje de cremallera y piñón. Aún así, la montaña sigue destacándose allá en lo alto y el ferrocarril atraviesa por un túnel de casi mil pies de largo, para poder salir al otro lado de la

cordillera, casi en terreno llano. Se gastaron una gran cantidad de años, de mano de obra y capital en la construcción de esta vía, que se comenzó en 1893 y no se terminó sino hasta 1897, durante cuyo tiempo cambió de manos en varias ocasiones, resultando en una especie de ruta internacional, ya que el capital lo proveyeron holandeses, casi todo el trabajo de construcción fue hecho por belgas, los británicos hicieron los puentes, los Estados Unidos los rieles de rodamiento y, para completar su carácter cosmopolita, es propiedad de los dominicanos y lo operan los americanos.

Santiago, la terminal interior de este ferrocarril, es un pueblo interesante e importante en el centro del distrito del café y el tabaco, y, con excepción de la capital, es la ciudad más grande de la República, con una población de alrededor de cuarenticinco mil habitantes. Habiendo sido fundada originalmente en 1504 por 30 "caballeros" españoles de noble estirpe con permiso del rey, de donde tomó el nombre, la ciudad de Santiago ha sufrido muchas vicisitudes en sus cuatro siglos de existencia. Ha sido saqueada por piratas, incendiada



Calle El Sol, en Santiago - 1917

por revolucionarios, centro de innumerables batallas y aún sigue siendo un viejo pueblo digno, próspero y rico. Muchos de sus habitantes distan de ser "caballeros" hoy en día, sin embargo, hay pocas de sus familias más importantes que no logran rastrear sus ancestros en línea continua desde los orgullosos hidalgos fundadores de la ciudad, y en muchos hogares de Santiago se encuentran espadas de Toledo,¹ armaduras damasquinas y otros pertrechos de guerra de antepasados que zarparon con Colón en sus carabelas.



Estación del tren en Santiago -- 1921



Dibujo de Friedrich Ober (1901).
Juan Antonio Añez muestra, en Santiago,
las espadas toledanas

Además, Santiago es un "pueblo blanco", y aunque mucha de su gente es sospechosamente marrón, sin embargo, no hay indicios de la "República Negra". Pero con relación a eso, este término, aplicado a la parte española de Santo Domingo, es un nombre mal empleado, debido a la ignorancia, ya que, a diferencia de Haití —que es negra más allá de toda palabra, en su moral, en su historia y en el color de sus gentes— la República Dominicana no es abrumadoramente de color, y, excepto en los pueblos costeros, los negros son minoría y un gran porcentaje de sus gentes son de la sangre castellana más pura.

Esos treinta caballeros, hace ya tiempo fallecidos, tuvieron un ojo maravilloso para la belleza y la salud, pues construyeron su ciudad sobre un alto escarpado que mira al amplio Río Yaquí(sic), en un lugar bendecido por un clima saludable y delicioso de eterna primavera. Dentro de sus linderos hay tres buenas iglesias, una gran catedral, una plaza hermosa, los palacios del gobernador y municipal, un instituto e innumerables residencias macizas e imponentes, muchas de las cuales han permanecido inalteradas por cuatrocientos años.

Por todas partes en Santiago se encuentra oro, y muchos nativos llevan una existencia holgada lavando polvo y pepitas en los arroyos.

1 En la documentación de viajeros hay una continua referencia a las espadas de Toledo de Santiago. Franklin Delano Roosevelt se las mencionó a Trujillo cuando se conocieron. (Roosevelt había sido Infante de Marina en Haití). Sin embargo, el editor no ha localizado ninguna de esas espadas.

La primera vez que los españoles encontraron oro en cantidades fue en estos alrededores. Creyendo que habían descubierto la fabulosa región del Cibao buscada por tanto tiempo, Colón fundó aquí el pueblo de Santo Tomás en 1494; y los caballeros se precipitaron por cientos hacia la nueva tierra prometida.

Muchas grandes fortunas se hicieron con las arenas doradas del Cibao, y durante muchos años corrió un río de tesoros desde la Española hacia las arcas de España. Pero hoy día Santo Tomás está casi olvidado –un pueblucho sin importancia¹– no se hacen grandes operaciones mineras, sin embargo, el tesoro permanece allí, y aunque con métodos rudimentarios, esporádicos y locales, cada año se saca oro por valor de unos 6 millones de dólares de la región del Cibao.

A poca distancia de Santiago se encuentra, conectado por ferrocarril, el pueblo de Moca; es una ciudad de 30,000 habitantes y es un “pueblo blanco”, donde la mayoría de los habitantes es de ascendencia castellana pura; es famoso por su café, pero aparte de esto no tiene mayor importancia.

Más allá de Puerto Plata hay extensiones ininterrumpidas de montañas cubiertas de bosques hasta el Cabo Cabras(sic)² y, bordeando éste, los barcos entran en la magnífica bahía de Samaná, que es quizás la extensión de agua más hermosa del mundo.

Tan azul como el cielo que la cobija, esta bahía se extiende tierra adentro, plácida como un lago, hasta perderse en la niebla de la distancia. Este gran estuario rodeado de tierra tiene 30 millas de largo por diez de ancho, y está moteado por islotes cubiertos de árboles; por el norte la bordean elevadas montañas ricas en bosques, y por el sur tierras bajas que serpentean vastos llanos y colinas cónicas hasta la costa sur de la isla. Al abrigo de los vientos, protegida del oleaje y con suficiente profundidad para los barcos más grandes, la bahía de Samaná proporciona un puerto confiable donde podrían permanecer seguras todas las armadas del mundo; un lugar inigualable como punto de reunión y para aprovisionamiento de carbón; un lugar de gran valor estratégico y el cual nuestro gobierno pensó comprar una vez.



Parque de Samaná - 1930

A poco de entrar en la bahía, se pasa una pequeña caleta en la margen norte; un sitio selvático, desierto, oculto en la jungla, pero famoso en los anales de la historia pues aquí tuvo lugar la primera batalla entre los europeos armados y los salvajes

1 Jánico.

2 Cabo Cabrón.

desnudos, cuando una partida de hombres enviada por Colón fue atacada por los indios. Se llama Gulfo(sic) de las Flechas en memoria de esta refriega insignificante que selló la suerte de los aborígenes de las Antillas.

Opuesta a esta pequeña caleta, y a varias millas de la costa, una isleta verde esmeralda rompe la superficie de la bahía: un lugar delicadamente bello, de unas tres millas de largo por una de ancho, que surge de las playas de blanco coral hasta las colinas cubiertas de árboles. Su nombre es Cayo Levantado y es un lugar maravillosamente interesante para aquellos por cuyas venas corre el romance y las historias de bucaneros y tesoros escondidos, ya que los piratas construyeron aquí una fortaleza –casi inexpugnable– desde donde desafiaron a España, Francia y Gran Bretaña por igual. Hoy entre la vegetación abrumadora, todavía pueden verse las ruinas de las casas, tanques de agua y fuertes, todos labrados en la sólida roca viva, pero abandonados ahora, excepto por los poco hábiles pelícanos que pululan por millares en la isla y crían sus pichones en la paz de sus playas silenciosas,¹ que una vez se hicieron eco de los gritos fanfarrones de los filibusteros, de las melosas canciones de piratas borrachos y del ruido de licencia libertina y desenfrenada.

Desde las aspilleras cinceladas por los prisioneros bajo el estímulo del látigo, trepan enredaderas; grandes árboles de foresta han brotado por sus grietas y al crecer han rajado las paredes que una vez se burlaron de disparos y cañonazos. Las casas destechadas, donde una vez los piratas disfrutaron y se jugaron sus botines manchados de sangre, ahora están llenas de hojarasca y ramas caídas, y los pozos en donde los audaces ladrones de mar llenaban de agua sus toneles, hoy están tapados de humus y grandes raíces nudosas.

¿Quién puede decir que no haya tesoros escondidos en el suelo de este islote? Muchos baúles de doblones y “piezas de ocho” de plata fueron desembarcados en esta franja de arenas blancas; muchos fardos de sedas y telas de oro rasgados y desgarrados en pedazos con machetes ensangrentados, para vestir tripulaciones de rufianes. Allí, a la sombra de los árboles de uvas de playa, muchos demonios perversos han engullido carísimos vinos en cálices enjorjados de altares profanados; por entre las ramas de los mismos árboles, que aún yerguen sus alturas sobre la isla, han subido los gritos de mujeres violadas y de hombres torturados, y meciéndose tranquilamente en sus amarras lejos de la playa, han vogado flotillas de barcos de alto-vuelo y con sus costados llenos de armas, mientras en sus mástiles esbeltos ondeaba al viento la bandera de la calavera y los huesos.

A diez millas de la entrada de la bahía se encuentra Santa Bárbara de Samaná, un pueblo situado encantadoramente en las orillas de un puerto rodeado de tierra y a los pies de elevadas colinas copiosamente cubiertas de frutales, bosques de cacao y jardines.

1 Otro desastre ecológico: en Cayo Levantado quedan pocas aves.



Samaná ha sido por turno española, francesa, haitiana, americana y dominicana, y en una época de su existencia hasta fue una república independiente de proporciones diminutas,¹ y sus habitantes hablan patois, francés e inglés, al igual que el español. Incluso, una gran proporción puede decir que su lengua materna es el inglés, ya que son descendientes de negros de los Estados Unidos, que fueron traídos como obreros cuando una compañía americana alquiló Samaná hace ya muchos años.²

El valle de San Juan, situado a varias millas tierra adentro del pueblo, está poblado principalmente por estas gentes quienes son, por mucho, las más trabajadoras y los mejores agricultores de la isla. Son un grupo próspero y tranquilo y todavía conservan muchas costumbres y maneras de sus ancestros, y afirman con orgullo que son de "extracción yanqui", mientras es más jocosos aun su hábito de referirse a sus bueyes de monta como "bicicletas".

Por todas partes en las costas de Samaná hay sembrados enormes de cocoteros y se embarcan millones de sus frutos, pero la cosecha más importante es el cacao, y grandes cantidades de frutos y vegetales se cosechan para el mercado local y para los barcos visitantes, siendo famosas en toda la república las naranjas de Samaná y sus enormes piñas que llegan a pesar hasta veinte y veinticinco libras.

En el pueblo no hay edificios grandes ni imponentes, sus calles son por lo general estrechas, rústicas y son más bien caminos, y la mayoría de las casas son casuchas de madera, pero Samaná puede alardear de varias industrias importantes, pues posee fábricas de fósforos y jabón, de chocolate, etc.

En general, sin embargo, no tiene mucho interés, porque es de origen comparativamente reciente, como Sánchez, el próximo puerto a tocar, a dieciseis millas de Samaná, en la cabeza de la bahía.

Sánchez es un pueblito curioso, harapiento, cuya única excusa para existir es que es la terminal marina del ferrocarril Samaná-La Vega. Está construido sobre dos colinas –si el término "construido" se le puede aplicar a un lugar que parece haber sido arrojado, como un puñado de semillas, y cuyas casas lucen como si hubieran echado raíces y hubieran repollado donde cayeron, entre la yerba y la vegetación descuidada.

Hay unas cuantas casas –residencias de comerciantes adinerados y de funcionarios del ferrocarril– que están bien pintadas y rodeadas de áreas atractivas; en la cima de la colina hay una iglesia grande y sencilla y un club, y cerca del muelle hay numerosos almacenes enormes, tiendas grandes y amplios talleres de reparación, así como unos inmensos almacenes de aduanas y un buen embarcadero de acero. Pero fuera de esto, Sánchez es una ofensa y sus calles un delito, pues son tan torcidas,

¹ Incierto.

² Incierto. Fueron traídos por Boyer.



empinadas, escabrosas y están tan llenas de piedras como el lecho de un torrente de montaña, y en la época de lluvias parecen ríos de fango –y en Sánchez llueve casi todo el tiempo. Antes de que llegara el ferrocarril, Sánchez se llamaba Las Cañitas, que significa “los riachuelos” y todo aquél que haya intentado atravesar las calles de Sánchez después de haber llovido, estará de acuerdo con que el pueblo tenía el nombre más apropiado. La mayoría de las casas son casuchas devencijadas, descuidadas y sucias, sin pintar, curtidas por la intemperie, montadas en pilotillos para evitar que se hundan en el estiércol, ya que los drenajes y los sistemas sanitarios son lujos desconocidos y muchos terrenos son ciénagas inmundas donde sólo los puercos se sienten en casa. En resumen, que Sánchez concuerda perfectamente con la idea popular de un pueblo de Santo Domingo y el cual, de pleno derecho, debería estar al otro lado de la frontera, en Haití.

Pero a pesar de tener una miserable y descuidada apología de pueblo, la gente de Sánchez es hospitalaria, agradable y acomodada. Muchos de sus comerciantes son muy ricos, muchos de sus hijos han estudiado en Europa y en Estados Unidos, y sus casas están provistas lujosamente con los trabajos de ebanistería más caros, los pianos más costosos y con todo el mobiliario que el dinero puede comprar, mientras las mujeres de los “cuatrocientos de Sánchez” visten los últimos modelos de París, los sombreros más ultra-modernos y fortunas en joyas. Tan raras e incongruentes como pueden parecer estas cosas a los norteños, es típico de América Latina, porque para el hombre de sangre española, su casa es literalmente su castillo –una comunidad, que es en sí un reino en miniatura. Se retiran a sus dominios con sus familias como a una fortaleza, y lo que suceda fuera de sus paredes, no importa lo que les rodee, o quiénes son sus vecinos, son asuntos que no les conciernen en lo más mínimo y que no les preocupan en absoluto.

El ferrocarril de Sánchez a La Vega, aunque sólo tiene 60 millas de largo, costó una suma enorme, y está mal construido y equipado y operado miserablemente, pero transporta una inmensa cantidad de carga y muchos pasajeros y tiene gran importancia, ya que representa la única salida para un área muy extensa que de otra manera estaría casi completamente aislada del mundo exterior.

Como es raro que el tren exceda la velocidad de ocho millas por hora –con excepción de los trenes “expreso especial” que en ocasiones viajan a la terrible velocidad de quince millas– y como se detiene por tiempo indefinido en cada villorio, hacienda o grupo de chozas, el ferrocarril le permite a los visitantes una oportunidad espléndida para ver la región por la que atraviesa.

Y es en verdad un paseo muy interesante y que vale la pena, el único inconveniente que tiene es que uno está obligado a tener que pasar una noche en La Vega, lo cual –a menos que uno esté acostumbrado a las privaciones y al lado duro y desagradable de la vida o esté preparado para dejar toda comodidad, lujos y muchas necesidades– es una experiencia terrible, pues las facilidades de La Vega para un extranjero son primitivas en extremo.



Cerca de Sánchez, la bahía de Samaná termina en un vasto pantano de mangles, que se extiende hacia la boca del río Colorado¹ y cubre un área de más de cien millas cuadradas, y en la seguridad de este pantano impenetrable se refugian miles de garzas, garzas reales, ibis, flamencos y otras aves silvestres. Durante las primeras diez millas después de Sánchez, el ferrocarril cruza por este pantano y luego avanza por ondulantes sabanas de hierba, interrumpidas por plantaciones de cacao, islas de bosques y matorrales, tan dividida por arroyos y ríos que hasta recuerdan un rompecabezas.

A medida que el tren avanza, los bosques se hacen más dispersos, grandes árboles solitarios sobresalen en las verdes llanuras y más allá, en el horizonte, pueden verse las cadenas interiores de montañas.

Esta es zona de pastoreo, y por doquier hay ganado, manadas de caballos, sobre cuyos lomos se posan suaves garzas azules y blancas, de aspecto digno, engullendo ávidamente las garrapatas y moscas que atraen sus monturas.

Las sabanas se hacen cada vez más abiertas, y cada vez se ven menos colinas y cañadas, hasta que por todos lados sólo se ve un extenso mar de hierba hasta donde se pierde la vista, exuberante como una pradera de Nueva Inglaterra salpicada de incontables palmeras reales, y aquí y allá el destello de un agua que fluye, sombreada por árboles gigantes de flores rojas.² Es La Vega Real –un enorme valle interior de más de cien millas de longitud por 50 millas de ancho e increíblemente fértil. Uno podría buscar por todo el mundo y no encontraría un lugar más bello y prometedor para el agricultor o el colono, o uno más encantador para vivir. Es maravillosamente rico, irrigado, con un clima templado, donde se dan a la perfección las papas, el trigo, el maíz y muchos otros vegetales y frutos del norte, cubierto de hierba abundante y con capacidad para mantener una inmensa población; sin embargo, esta enorme y alta planicie está desierta y abandonada –un verdadero desperdicio. Aquí y allá se ve una choza en un pequeño pedazo de tierra cultivada; y pueden verse grupos dispersos de ganado y de caballos comiendo hundidos hasta las rodillas en la hierba, y una o dos “estancias” solitarias se destacan contra el verdor, pero aparte de eso, esta tierra está tan falta de vida y de que la trabajen como un desierto.

Mientras el tren prosigue lenta y ruidosamente hacia el interior desde la costa, a intervalos frecuentes va deteniéndose en las estaciones de su ruta –que no son más que grupos de casas de un sólo piso calcinadas al sol, con una oficina de telégrafos y de venta de boletos de hierro corrugado, que parece una caja, con una gran balanza para pesar cacao, con tiendas oscuras cuyo principal producto es una maravillosa variedad de licores y palos hechos, como de ébano, del tabaco criollo “perique”.³

1 *¡Barracote?*

2 *Las amapolas.*

3 *¡Andullos?*

1 Pero cada estación –no importa cuán pequeña o aislada u olvidada de Dios– bulle de campesinos, cada hombre o niño lleva uno o más gallos de pelea bajo el brazo. El pasatiempo nacional es la pelea de gallos, y como una pelea se organiza sin previo aviso, cada varón dominicano que pueda comprar, tomar prestado o robar un gallo de pelea, anda siempre con el, listo para competir contra todos los que vengan. Como es fácil que se susciten diferencias de opiniones y como nunca se sabe cuándo un nuevo aspirante a la fama política, o a la gloria marcial, pueda dar el llamado a las armas, los dominicanos consideran una sabia medida el estar siempre preparados para cualquier emergencia que pueda surgir.

Seguramente que si el estar preparados significara paz y prosperidad, Santo Domingo sería el lugar más pacífico y próspero, pues los criollos son fervientes creyentes en el dicho popular y llevan sus convicciones a extremos. Se ve a muchos hombres llevar dos machetes –uno del tipo ordinario y el otro un arma larga, afilada, tipo cimitarra, colgando del hombro en su envainadura– un revólver pesado, un feroz cuchillo tipo daga y, para mayor seguridad, un rifle, o una escopeta. Y, en cierta forma, la creencia en la “preparación” está demostrada, pues, a pesar de que la mayoría de los dominicanos son arsenales andantes, es raro que ocurran peleas, tiroteos o riñas con armas blancas. Si esto se debe al hecho de que no es fácil andar con “la paja en el hombro” cuando todo el mundo está igualmente armado, o si se debe a que las armas y las municiones son tan caras que no pueden permitirse el lujo de gastarlas sin una buena razón, o si es que los dominicanos, por naturaleza, son pacíficos y de buen corazón, yo no sabría decirlo.

Sea cual fuere la razón, la mayoría de los derramamientos de sangre ocurren por esporádicas revoluciones, y éstas más bien parecen de naturaleza deportiva, para aliviar el tedio de vidas exentas de novedades, más que verdaderos conflictos. No parece haber una verdadera animosidad entre los bandos contrarios, y he visto a dos hombres –tirándose uno al otro desde la protección de los árboles a cada lado de una carretera– dejar sus armas a un lado, sacar banderas blancas de tregua, ir hasta una zona “neutral” en medio de la carretera, fumarse un cigarrillo de paz, charlar por unos momentos y luego continuar su tiroteo a mansalva con la mayor indiferencia. Eventualmente, al acabárseles las municiones y sin que ninguno de los bandos diera en el blanco, los dos combatientes se dirigieron en forma desgarrada hacia el primer expendio de ron, al parecer en los mejores términos. No es inusual que en plena batalla los “ejércitos” combatientes dejen de lado todas sus diferencias para posar para un fotógrafo y, luego de tomada la fotografía, continuar las hostilidades.

Por regla general, la pérdida de vidas humanas durante una insurrección es muy poca en comparación con el número de combatientes y la cantidad de pólvora que se quema, ya que, aunque los dominicanos pelean viciosamente y con visible valentía en ocasiones, sin embargo, son muy malos tiradores y están muy mal entrenados y equipados. A pesar de sus atributos de ópera cómica, las revoluciones han sido un azote para la isla y la han mantenido en el lugar que se encuentra hoy. Ahora que



nuestro propio gobierno supervisa las elecciones, apoya a las autoridades elegidas legalmente, reprime las revueltas y desarma a los nativos de la República, se espera que las insurrecciones sean cosa del pasado y que los dominicanos dedicarán más tiempo a las artes de la paz y le prestarán menos atención a la guerra.

Cuando los habitantes de la isla depongan sus armas y tomen la azada, cuando aprendan a manejar el machete como un implemento de labranza con la misma destreza que ahora lo manejan como una espada, entonces, y sólo entonces, surgirá una era de prosperidad y progreso que elevará a Santo Domingo al lugar que se merece.

Al borde de la Vega Real, donde la gran planicie se une al pie de la montaña, se encuentra La Vega. Por detrás se elevan cadenas de montañas oscuras con extensos bosques de pinos de ramas largas y a sus pies fluye el ancho y sinuoso río Camú. Es una ubicación hermosa, con un clima fresco y sano, pues el pueblo está a 300 pies sobre el nivel del mar; pero La Vega, con todas sus ventajas, no es ni agradable ni saludable. Está descuidada miserablemente, sus calles rectas y anchas son ásperas y están llenas de hoyos y basura; muchas de sus casas se tambalean en las narices de sus ocupantes, y la limpieza y la salubridad brillan por su ausencia. Las zonas que rodean muchos edificios de las secciones más pobres de la ciudad están indeciblemente sucias y como el río sirve de lavadero, como desagüe de la carnicería, como basurero y como fuente para agua de beber, no es sorprendente que La Vega sufra de terribles epidemias de tifoidea.

El lindo parqucito, con sus buenos edificios públicos y su inmensa catedral, fuera de toda proporción para el número de sus habitantes (cerca de 5,000), es el rasgo redentor del lugar, pero hay además muchas residencias grandes y hermosas, una pintoresca puerta de entrada a la ciudad, algunos monumentos y estatuas apreciables, un colegio de varones y varios aserraderos. En suma, sin embargo, hay poco que pueda atraer al visitante hacia La Vega, aunque muy cerca hay algunos sitios históricos de lo más interesantes.

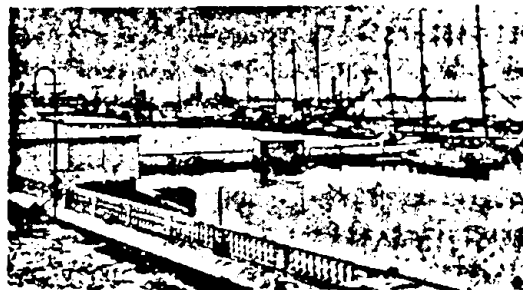
El más importante de éstos es el asentamiento original de La Vega, conocido como La Vega Vieja, y el cual fue fundado por Colón en 1495. Pronto se convirtió en un pueblo importante y floreciente, pero fue destruido por un terremoto en 1564 y abandonado por el lugar actual del pueblo. Hoy día, el viejo pueblo está marcado por ruinas que se caen, y el visitante puede excavar aquí monedas antiguas, pedazos de armaduras y espadas de Toledo; de hecho, el "minar" estas viejas espadas españolas es tremenda industria entre los "paisanos" o campesinos, y las antiguas armas, que ayudaron a fraguar la gloria de la Vieja España, a menudo son vistas sirviendo de machetes en manos de los dominicanos.

A unas dos millas del viejo asentamiento abandonado, y como a seis millas del pueblo actual de La Vega, se encuentra el Santo Cerro, un lugar grandemente reverenciado por los nativos a causa de un milagro que se cree tuvo lugar en 1494...



San Pedro de Macorís. Debe evitarse confusión con San Francisco de Macorís, un pueblo del interior en la vía del ferrocarril de La Vega –es un puerto importante en medio de la rica provincia azucarera de la isla.

El pueblo está a varias millas del mar, en el río Higuamo, y los barcos anclan aquí en muelles amplios y bien construidos. El azúcar se transporta de los ingenios a los silos de los barcos en ferrocarriles a vapor de estrecha vía. Macorís es una ciudad floreciente, construida en terreno tan plano como un piso, y en todas direcciones apenas hay nada que ver



San Pedro de Macorís - 1917

excepto las "llanuras" cubiertas de caña y sobre ellas se destacan las chimeneas de los grandes ingenios de azúcar. El pueblo está bien cuidado, es progresista y tiene un aspecto gallardo, de auto-respeto, en agradable contraste con Sánchez y La Vega, pero es muy caluroso, seco y polvoriento.

Las calles son anchas y lisas, las casas por regla general están bien construidas y las pequeñas locomotoras que resoplan tirando de largos vagones cargados, los remolcadores tirando de las grandes barcazas arriba y abajo por el río, las dragas de vapor y los extensos muelles alineados con enormes almacenes, le dan al lugar un aspecto ocupado y bullicioso.

El observador que visita Santo Domingo no puede dejar de sentirse atraído por el gran número de palmas reales que se ven por todas partes. Muy decorativas, con sus grandes coronas verde-oscuro sustentadas por troncos blanco-marfil, estas palmas le dan un gran toque tropical al paisaje y son, tal vez, los árboles más majestuosos. Pero son aun más útiles que decorativos y sirven a los nativos para tantos propósitos como el venado a los lapones. El corazón tierno de sus brotes es delicioso, tanto cocido como comido crudo como ensalada, y se conoce como "palmito" por todas las Indias Occidentales. Las capas secas, caídas de la porción exterior de los brotes, se conocen como "yaguas", que se utilizan como fardos para empacar el tabaco y otros productos y también como tablas y techos para las casas. La hojas también sirven para cobijar, así como para paja y como cierre de ventanas, y los troncos se cortan en tablones. Es común ver muchas casas, hasta poblados enteros, construidos por completo de palma real sin utilizar ni siquiera un clavo en su construcción.

Hacia el oeste de Macorís, como a cuarenta millas, está la capital –la ciudad europea más vieja que existe en América. En la boca del río Ozama, sobre un alto farallón de rocas, se yergue "el Homenaje", una gran fortaleza de piedra, con su torre morisca sobresaliendo por encima de todo lo demás, y con sus muros de un rojo desvaído, que parecen parte del farallón sobre el que descansan, y cuyos ángulos



roídos y fisuras empalma. Como un viejo combatiente malcarado, con la cara roja, con cicatrices de batallas, permanece allí sobre la estrecha boca del río y, para quien lo ve por primera vez, parece irreal, una visión del pasado, tan fuera de lugar en nuestro mundo moderno como un alabardero con casco en medio de una compañía de soldados vestidos de caqui y armados con rifles de repetición. Pero cuadra perfectamente con el pueblo sobre el cual ha hecho guardia por cuatro largos siglos y más.

Según la tradición, dentro de su torre desprovista de ventanas, Colón estuvo prisionero, pero la historia demuestra lo contrario, pues el navegante languidecía en cadenas en Santo Domingo en 1500, nueve años antes de que el Homenaje fuese construido, y él fue confinado a una fortaleza más pequeña en la margen opuesta del río. Hoy día, hay sólo ruinas en el lugar del asentamiento original y de la prisión de Colón, la cual, erigida en 1496 por Bartolomé Colón, fue abandonada luego de ser destruida parcialmente por un huracán en 1502.

Lentamente el barco navega entre las dos macizas edificaciones históricas tan cerca están ambas orillas que uno podría tirar una piedra hacia cualquiera de los dos lados y ésta caería en tierra seca— y más allá entra en la parte más ancha del río, donde, extendiéndose por una milla o más a lo largo de la ribera, se encuentra la ciudad más famosa de la vieja Nueva España.

Y cuando uno hacia la orilla, mientras el barco fondea, hacia el muelle que está al lado de las nuevas y modernas aduanas, parece que los siglos hubieran retrocedido para mostrar una escena de un pasado ya olvidado.

Domos redondos de tipo antiguo, cúpulas de mampostería de belleza arcaica, torres esbeltas y techos de tejas se elevan contra el cielo sobre la muralla de la ciudad. Casas rosadas, amarillas y azules se agrupan apretadamente en cada espacio, algunas con balcones colgantes, con terrazas bordeando los laterales de las casas, paredes almenadas y algunas salidas de agua, y todas añejadas, suavizadas, maduras por cuatrocientos años de flameante sol tropical y lluvias tropicales torrenciales.

Para algunos, el pueblo da una impresión de decadencia, dilapidación y hasta de escualidez, y ha sido descrita como una “ciudad harapienta y cuya vía principal es un camino de surcos, hoyos y trincheras incrustado de basura y proclamando las últimas escenas del ‘Progreso del Libertino’”.

Pero esto es una exageración, una visión pesimista de alguien que debe haber visto la ciudad después de marearse en el mar o durante un ataque severo de indigestión. Aquél que busca lo pintoresco y lo antiguo, el romance del pasado y escenas relacionadas con la Conquista del Nuevo Mundo, encontrará esta ciudad “orgullosa y bien construida” tan llena de encanto, de interés y de maravillas que sus fracasos, sus defectos y sus faltas serán olvidados, pasados por alto y ni siquiera notados.



No puede negarse que la ciudad está lejos de ser limpia, que muchas salidas de agua y terrazas almenadas son ahora basureros; que muchos patios rodeados de columnas sirven ahora como depósitos de madera o de establos; que puertas macizas, remachadas con grandes clavos de bronce y goznes decorados, están empapeladas con carteles; que pequeñas casuchas y cobertizos miserables se apoyan tambaleantes contra muros desde cuyas cimas lucharon los soldados por vencer las hordas de Drake y Morgan, y que dentro de claustros sin techo pastan caballos, chivos y vacas. Pero no debemos juzgar a los dominicanos con dureza por su negligencia y su descuido de ruinas inapreciables de pasada magnificencia y grandeza. La confianza trae desprecio; para aquellos que han nacido y crecido por generaciones en medio de estos ambientes, les resultan de poco interés y de ningún valor, y en nuestra propia colonia en Puerto Rico, se han sacrificado ruinas maravillosas con total desprecio de su valor histórico. Han derribado los muros de la ciudad para dar paso a rieles de travía, pasajes subterráneos abovedados se han llenado para proveer al público de basureros, antiguas garitas tipo linternas han sido arrancadas cruelmente de sus bastiones y tiradas a montones de basura, mientras que la magnífica puerta de San Juan, mellada por batallas, es una ofensa a la vista con sus anuncios de medicinas patentizadas y de películas.

Pero regresemos a Santo Domingo. Directamente sobre los muelles se eleva una inmensa ruina negra, una estructura con la forma de un palacio y la solidez de una fortaleza, y que en su tiempo sirvió ambos propósitos. Es la Casa de Colón, la que fuera una vez residencia del hijo del Almirante, Diego, quien, como virrey de la isla, construyó esta casa con líneas tan macizas y la fortificó tan fuertemente con parapetos, culebrinas y cañones, que el rey de España se alarmó y le ordenó al virrey que zarpara hacia España inmediatamente para explicarle sus acciones.

Hacia la derecha y cerca del borde del agua, una vieja ceiba torcida, agrietada y medio muerta, lucha por mantener verdes las pocas ramas que le quedan. Es un viejo árbol desgarrado de contornos gigantescos, pero reverenciado por la gente, pues según dice la tradición, allí fueron amarradas las carabelas de Cristóbal Colón. Si los cables de los barcos del Almirante fueron o no atados alguna vez a este mismo árbol nunca podrá establecerse definitivamente, pero la ceiba es, con seguridad, lo suficientemente vieja para haber servido ese propósito, y no hay una razón valedera para dudarle.

Cerca de ella hay una cisterna de piedra enorme, el pozo de Colón, el cual ha servido como tanque de agua por cuatrocientos años por lo menos, y el cual aunque no se asocia realmente con el descubridor de América, estaba allí cuando él pasaba de y hacia los muelles, y, sin duda, sus hombres llenaban sus cascos en él en preparación para sus largos viajes de vuelta a España desde esta tierra maravillosa de la Española.

Subiendo desde el muelle, una calle profundamente empinada lleva a la enorme puerta arqueada de la ciudad –la misma muralla maciza de veinte pies o más de



grosor y la cual rodea completamente la ciudad y defendió la ciudad de sus adversarios durante siglos. Las heridas abiertas en su cara perpendicular, las grietas en su caballete, las piedras cuarteadas y rotas, ahora medio cubiertas por enredaderas y trepadoras, pueden haber sido hechas por los disparos y proyectiles de Drake, de Hawkins o de Morgan, pues muchos cañoneos, muchos asaltos ha resistido, y todavía resiste, tan desafiante, tan completa y tan fuerte como cuando fue erigida hace cerca de medio millar de años.

Y a medida que nos acercamos a la puerta y pasamos bajo las armas de Castilla y de León, labradas en la piedra, medio que esperamos que un centinela en cota de malla avance desde las sombras del arco e impida nuestro paso con lanza o alabarda. Pero el único centinela es un soñoliento muchacho de color, vestido de fuerte azul, con su carabina obsoleta sobre el muro a su espalda y con un cigarrillo colgando en sus labios, que ronca en la sombra y sueña, como un bendito, con sacarse el premio en el próximo sorteo de la lotería.

Después de la puerta pasamos entre los ruinosos muros del palacio de Colón a la derecha y los enormes edificios gubernamentales, blancos y modernos –notoriamente contrastante con la morisca ciudadela desgastada por el tiempo que está más allá– y a través de una calle bien pavimentada que da al Parque Colón.

Aquí, en el centro de un pequeño parque lleno de arbustos florecidos, árboles y palmeras, hay una espléndida estatua de Colón en bronce, con un brazo extendido siempre señalando hacia el oeste; pero en cierta forma estropeada y algo teatral por la figura de una doncella india desnuda en actitud de grabar una tablilla laudatoria al Descubridor. Como esta figura femenina está supuesta a representar a la reina Anacaona, que fue ahorcada traidoramente por el gobernador Ovando y cuyos súbditos desamparados fueron asesinados cruelmente por miles, es difícil imaginar por qué debería ella expresar ningún sentimiento que no fuera el odio hacia quien trajo a los despiadados españoles a su hermosa y pacífica tierra.

En dos lados del parque hay activas tiendas y residencias con balcones, que parecen trasplantadas completas desde las costas del Mediterráneo; en el tercer lado se encuentran los espléndidos edificios congresionales, y en el cuarto, directamente detrás de la estatua, se hayan los muros macizos, los techos de tejas y el enorme domo de la gran catedral.

Ocupa más de una cuadra entera, discurriendo más como una fortaleza que como un lugar de adoración, y mostrando las huellas inconfundibles de sus años en cada línea y cada piedra de su estructura ennegrecida por el tiempo.

La catedral, comenzada en 1514 y terminada en 1540, no es de ningún modo la edificación más vieja de Santo Domingo, pero es, por mucho, la más interesante y la más histórica, pues en su oscuro interior reposan los restos mortales de Colón.



La falta de espacio no permite una discusión detallada de los andares de los huesos del Almirante, desde la época en que el gran genovés falleció en Valladolid, España, hasta que encontraron su último lugar de reposo en la catedral en la tierra que tanto amó. Que los supuestos restos llevados a La Habana in 1765, y luego llevados a España cuando los españoles evacuaron Cuba, eran los de Diego Colón y no los de su padre, en un hecho bien admitido, y la autenticidad de los huesos de Santo Domingo ha sido establecida satisfactoriamente por los investigadores del gobierno italiano así como por los nuestros. Protegido por dos leones acostados, coronado por un magnífico monumento de mármol italiano y dentro de una urna decorativa se encuentra el plumizo ataúd, con su inscripción en español arcaico: "Descubridor de América, Primer Almirante e Ilustre y Famoso Don Cristóbal Colón". Pero aún sin la tumba monumental, sin las cenizas de aquél que "dio a Castilla y a León un Nuevo Mundo," la catedral sería sumamente interesante, porque es algo de los días medievales, una estructura como nunca más serán construidas, una reliquia de los días en que la Iglesia era el poder más grande del mundo. En sus confines cabe la población de una pequeña ciudad, pues es un edificio tan grande que bajo su techo abovedado hay más de una docena de capillas, en las cuales se puede dar misa en cada una a la vez, sin molestar a los feligreses.

Uno podría pasarse todo un día dentro de la catedral, pues hay mucho qué ver y es en verdad una joya del arte español, con ornamentos de oro maciso incrustados con piedras preciosas de incalculable valor, esculturas maravillosas y pinturas de los viejos maestros. El altar mayor está revestido con láminas de plata repujada procedente de las minas de la isla y está decorado en oro. Hay una famosa "Puerta del Perdón", en la cual si un criminal fugitivo llega hasta ella puede pedir protección y perdón. En la capilla de la Alta Gracia(sic) descansan los restos de Oviedo, el más grande historiador de la conquista española en América. Hay pinturas obsequiadas a la catedral por Fernando e Isabel y traídas por Colón a través de los mares, y pinturas de Velásquez, así como una virgen de Murillo. En la capilla de San Francisco hay una enorme cruz en caoba, de nueve pies de altura y muy rústica, fue la primera cruz erigida en el lugar donde está la catedral y tiene grabada la fecha de 1519. En las sombrías naves de la catedral reina hoy día la paz, pero hubo un tiempo en que sus pisos embaldosados estuvieron llenos de hombres de expresión grave, mujeres llorosas y niños asustados; en que el llanto de los pequeños, el lamento de las mujeres y los quejidos de hombres heridos ahogaban las oraciones de los sacerdotes y los cantos de los frailes; en que las estrechas ventanas eran enrojecidas por el reflejo de las llamas, mientras Drake y sus bucaneros saqueaban, robaban y quemaban la ciudad. Siendo expertos en destrucción, el viejo Santo Domingo les resultó a los invasores ingleses un hueso duro de roer. Es cierto que la tomaron con ingeniosas artimañas, mataron, robaron, saquearon y destruyeron hasta que quisieron, pero dejaron poca impresión en el pueblo, en su conjunto. Sólo Dios sabe las inapreciables



pinturas, las maravillosas obras de arte y los magníficos mobiliarios que ellos destruyeron por el simple e imperdonable placer de destruir. Su cronista, Thomas Cates, menciona la riqueza de los muebles, el número de pinturas y el lujo de cortinajes y tapicerías que contribuyeron a alimentar las llamas; pero agrega, además, que “las casas, estando construidas tan espléndidamente de piedra, nos tomó no poco trabajo destruirlas”, y él confiesa con profundo remordimiento, que a pesar de todos los esfuerzos de los asaltantes, apenas destruyeron una tercera parte de la ciudad. Convencido Drake de que sería inútil mantener el lugar, y sin dudas temeroso de ser atrapado por la llegada de la flota española, como una rata en la trampa, finalmente acordó aceptar un rescate y dejar la ciudad en paz. El aventurero inglés zarpó hacia campos más promisorios con veinticinco mil ducados en los bolsillos (unos \$35,000), pero dejó atrás un recuerdo de su visita, una bala de cañón en el techo de la catedral, que todavía se encuentra allí al día de hoy.

La iglesia más vieja de Santo Domingo es la de San Nicolás, construida en 1508 y fundada por un personaje no menos famoso que el viejo sanguinario gobernador Ovando, quien ahorcó a la reina india Anacaona y sometió a torturas y muerte a incontables millares de indios. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, este viejo hidalgo de mal carácter no pretendía que maltrataba a los aborígenes por la causa de la Cristiandad, sino que los mataba por el mero placer de matar, y no se limitaba a los nativos, sino que intimidaba y oprimía a todos aquellos con quienes trataba, sin exceptuar a Colón ni a su hermano.

Pero al parecer tenía una conciencia, pues antes de morir se arrepintió de sus fechorías y, tal vez para probar su sinceridad, erigió la iglesia con su bello techo de aristas, que es de lo poco que queda intacto al día de hoy.

Por doquiera que uno va en la ciudad hay iglesias antiguas, algunas en ruinas, algunas todavía en uso, y todas repletas de vinculaciones e intereses históricos.

La más grande de todas es la de San Francisco, una estructura imponente sobre una elevación detrás de la Casa de Colón y que sobresale por encima de todo. Sólo quedan poco más que unas paredes y pilares y aún así los inmensos arcos de piedra están intactos y abarcan el interior destechado, un tributo espléndido a los artesanos, hace ya tiempo muertos y olvidados, que la construyeron. Debajo de las enmarañadas hierbas y enredaderas se haya un pavimento teselado, y debajo del gran altar fue enterrado Bartolomé Colón, mientras que a la entrada descansa Ojeda, compañero de viaje y amigo íntimo de Cristóbal Colón, “en humildad, para que todo aquél que entre ponga sus pies sobre mi cabeza”.

Son dignas de visitarse San Miguel, que data de 1520, San Antón, La Merced, Regina y Santa Clara, mientras, la más bella de todas, Santa Bárbara, antigua, de exquisito primor, crudamente primitiva, todavía permanece en uso y en perfecto estado.



Pero la más interesante de todas es la de Santo Domingo, erigida en 1509 y sigue siendo un edificio impresionante y bien preservado. El púlpito se haya sobre una serpiente tallada en madera nativa, el altar es precioso, y hay retablos maravillosamente tallados, y debajo de los pisos ya gastados por las pisadas descansan los restos de muchos viejos dones y nobles de la Vieja España. Aquí, ya que hablamos de esta iglesia, estuvo la primera universidad en América, un colegio bajo la dirección del gentil, amable, amante de la paz, Las Casas. Siempre luchó porque sus compatriotas terminaran con el asesinato despiadado de los indios; dio su vida por ayudar a los desamparados aborígenes del Nuevo Mundo, y aun así encontró el tiempo para escribir la única historia confiable de los viajes de Colón, y aquí, en la Universidad de Santo Domingo, enseñó, más de un siglo antes de la llegada del *Mayflower*.¹

Hoy, los muros del colegio están en ruinas, se han olvidado los nombres de los que estudiaron allí, pero en los anales de los sangrientos días de la Conquista de América, el nombre de Las Casas se destacará como una luz que brilla en medio de las negras tormentas de crueldad, fanatismo, codicia y asesinatos que azotaron el Nuevo Mundo a fuego y espada.

Hacia el oeste de la capital y a setenta millas de distancia está Azua, el último puerto que tocan los buques y un importante pueblo en una vasta provincia productora de azúcar.

Azua, fundada por Diego Velásquez, conquistador de Cuba en 1504, primero estaba situada a unas tres o cuatro millas al sur del pueblo actual, pero lo mudaron por causa de repetidos terremotos. Hoy día es un lugar desolado, sin interés, pero lleno de recuerdos históricos, y, si los fantasmas caminan, las calles de Azua deben de estar llenas de un valeroso ejército de espíritus de hidalgos, hace ya largo tiempo fallecidos, pues aquí vivieron Hernando Cortez(sic), Pizarro, Balboa y muchos otros conquistadores y descubridores cuyos nombres le son familiares a todo niño en la escuela.

FIN

¹ *Las Casas no enseñó en la universidad, y ella no estuvo en la Catedral.*





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A TRAVES DE SANTO DOMINGO Y HAITI

¶ Samuel Guy Johnson

1919





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Inman, intelectual y líder religioso, representante de las Iglesias Protestantes norteamericanas, estuvo diez días en la República Dominicana en 1919, durante la ocupación militar norteamericana. El propósito de su viaje era, precisamente, aprovechar la ocupación para promover el protestantismo en el país.

En su artículo, Inman enfatiza la dificultad, aún en una fecha tan avanzada como 1919, de poder viajar desde los Estados Unidos a Santo Domingo, pues sólo se podía hacer en barco, desde Nueva York o San Juan de Puerto Rico, pero con muy poca frecuencia, o por tierra, desde Puerto Príncipe, transitando pésimas carreteras. Igualmente difícil resultaba viajar en el país, por lo que la opción más recomendable era desembarcar en los diferentes puertos de la República, aprovechando las paradas de cabotaje de la línea internacional de barcos.

Pero el autor optó por llegar en un buque de guerra norteamericano procedente de San Juan de Puerto Rico, que se detuvo primero en La Romana, luego en San Pedro de Macoris y finalmente en Santo Domingo.

El visitante habla bien tanto de los altos oficiales militares norteamericanos, que ejercían las funciones de gobierno en el país, como del Arzobispo, Monseñor Nouel, a quienes visitó. Nouel no se opuso a su plan de establecer en el país escuelas y hospitales protestantes. El Gobernador Snowden, por supuesto, lo aplaudió.

Se refiere en términos muy elogiosos a los ingenios azucareros de los norteamericanos. La Romana, por ejemplo, "luce como un pedacito de los Estados Unidos", a pesar de que en otra parte de su texto asegura que ese mismo Central empleaba unos doscientos ex-policías puertorriqueños como fuerza privada de control.

Tomó otro buque de la Marina norteamericana para poder trasladarse de Santo Domingo a Puerto Plata y de allí a Santiago, por ferrocarril, desde donde viajó en automóvil a Cabo Haitiano, luego a Puerto Príncipe, siendo ésta la primera referencia que conocemos de un viaje en automóvil realizado por un viajero extranjero en la República Dominicana.

Inman describe los clubes sociales de Santiago, las bellezas de La Vega Real, los hoteles en las diferentes ciudades, cómo un extranjero se las arreglaba para comer, la composición racial dominicana, así como la influencia de los sirio-libaneses. Escuchó diferentes opiniones sobre la ocupación. En términos generales, habla bien del dominicano y, sobre todo, de su hospitalidad.

Sin embargo, critica la alta proporción de hijos ilegítimos, el limitado papel que la sociedad permitía ejercer a la mujer dominicana y la casi inexistencia de bibliotecas y librerías. Considera que la educación estaba mejorando desde la ocupación militar, e incluso señala los esfuerzos por establecer una granja agrícola.

Luego de describir el declinante papel de la Iglesia Católica ("ya hay un resquebrajamiento del dominicano de la Iglesia Católica"), explica que los grupos protestantes estaban limitados a "cocolos" en San Pedro de Macorís y Santo Domingo, y a descendientes de esclavos norteamericanos en Samaná. Sugiere un fuerte incremento en el proselitismo protestante aprovechando precisamente la ocupación, así como la existencia de la libertad de cultos y la presencia de unos quince mil puertorriqueños, muchos de ellos protestantes. Cita el reporte de un Obispo protestante radicado en Puerto Rico quien, para fines presupuestales, había comparado el costo de construcción y de la vida en ambos lugares.

Inman hace un interesante análisis de cómo el anti-americanismo de los dominicanos podía dificultar el proselitismo protestante y admite que, hasta ese momento, no habían logrado convertir a dominicano alguno a esa fe.

El viajero concluye diciendo que: "Para la Iglesia Protestante esa República es un campo prácticamente vírgen. Lo poco que se ha hecho ha sido entre los negros, por lo que muchos creen que la Iglesia Evangélica es sólo para gente de color".

Las fotografías corresponden al periodo de su visita.

New York, 1919

Primera Parte – Santo Domingo

Capítulo I

Observaciones generales y notas de viaje

"Piden a los Estados Unidos salir de Santo Domingo – el Parlamento español expresa su decisión", fue un titular que apareció en nuestros periódicos matutinos.

Y mucha gente se frotó los ojos y preguntó ¿qué significa esto? y ¿dónde estaba Santo Domingo? y ¿qué teníamos que ver con eso? Al igual como exclamó un amigo cuando un capitán, capellán de la Marina de los Estados Unidos, le dijo que tenía órdenes de ir a Santo Domingo: "¡Oh, ah, qué pena! ¿Cómo te irás, por San Francisco?"

La República Dominicana, o Santo Domingo (no digas "San Domingo", no existe tal combinación en el idioma español) es un país que ocupa las dos terceras partes de la segunda isla más grande de las Indias Occidentales. Está situada justamente entre Cuba y Puerto Rico, y es dos quintos del tamaño de la primera y seis veces más grande que la segunda.

Los puntos más relevantes de la historia dominicana son los siguientes: fue descubierta por Colón en su primer viaje y fue asiento de la primera colonia europea permanente en el Nuevo Mundo; hogar de Cristóbal, Bartolomé y Diego Colón; de Las Casas, Cortez(sic), Ponce de León y de la mayoría de los viejos conquistadores, quienes cayeron aquí de rodillas por primera vez para dar gracias a Dios por haber encontrado un mundo nuevo y luego cayeron sobre los aborígenes y tomaron dicho mundo para ellos. La matanza de los aborígenes fue llevada a cabo tan despiadadamente que la colonia perdió su maravillosa prosperidad al ser exterminados sus obreros en un período de cincuenta años después del Descubrimiento. Luego, durante tres siglos, atrajo muy poco la atención del mundo exterior.

Alrededor del comienzo del siglo XIX, como parte del movimiento general de independencia en América Latina, Haití, al liberarse de Francia, extendió su mandato sobre Santo Domingo. La república negra mantuvo su dominio con una política de



hacer negra a toda la isla, hasta 1844. Perdió su independencia ante España en 1861, pero la obtuvo de nuevo cuatro años más tarde, y la mantuvo, a pesar de los casi constantes desórdenes internos, hasta julio de 1916, cuando los Estados Unidos enarbolaron su bandera sobre las masas turbulentas. Ya para 1907, los Estados Unidos habían firmado una convención con la República Dominicana por medio de la cual recaudábamos sus aduanas y administrábamos sus finanzas. Como las continuas revoluciones se habían centrado mayormente alrededor de las aduanas, que eran la fuente principal de los ingresos nacionales, se pensó que si alejábamos éstas del alcance de los líderes revolucionarios, el ardiente deseo por el poder se eliminaría en gran medida y se detendrían los disturbios armados.

Sin embargo, esto resultó no ser cierto. Durante la presidencia de Jiménez en 1914, su viejo rival Báez retó su poder. Con el consentimiento de Jiménez, los Estados Unidos desembarcaron infantes de marina en ambas partes de la isla, la del norte y la del sur. Los que desembarcaron por el norte tuvieron graves dificultades abriéndose camino peleando a través de la isla hacia la capital, la cual para esa época había sido pacificada. El nuevo presidente provisional, Henríquez, rehusó firmar un tratado propuesto por los Estados Unidos parecido al acordado recientemente con Haití, y los Estados Unidos, que controlaban todos los ingresos, a su vez, rehusaron entregar los dineros al gobierno. El impase fue roto el 29 de noviembre de 1916, cuando el contraalmirante Knapp emitió una proclamación por medio de la cual colocaba al país bajo la ley marcial. Y así se ha mantenido hasta el presente.

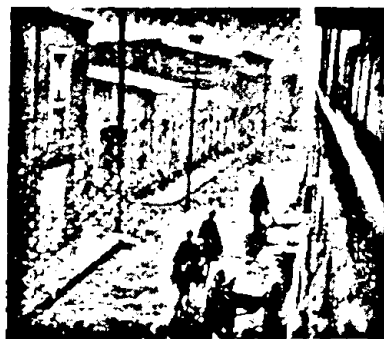
Fue en esta interesante situación política, interés que se intensifica diez veces más por la historia, los maravillosos recursos naturales y la belleza de esta isla, en la que me encontré metido en el verano de 1919.

Todo el mundo me había imbuido de las dificultades de viajar en esta parte del mundo. Hay dos formas de llegar a Santo Domingo: una es a través de la línea Clyde desde Nueva York, que toma seis días hasta el puerto norteño de Puerto Plata y doce días a la ciudad de Santo Domingo en la costa sur. La otra forma es ir a Puerto Rico y tomar un pequeño barco de cabotaje que cruza el canal. Ahora sólo hay un bote que va de Puerto Rico a Santo Domingo, el cual viaja una vez cada diez días, pero siempre va tan lleno que la mitad de los supuestos viajeros quedan generalmente atrás. Como casi no hay carreteras en la isla, es muy difícil viajar, aún hasta a caballo, pues en estos momentos los ríos desbordados y los bandidos pueden dilatarlo a uno indefinidamente. Toda mi información al efecto era que era imposible llegar de Santo Domingo a Haití. Sumado a la escasez de barcos, la ausencia de ferrocarriles entre importantes centros y la casi igualmente ausencia de caminos para carretas, el próximo informe de que había tanta demanda por pasaje al norte en barcos de vapor en esta temporada, que se ofrecen hasta \$500 por reservación, hace que uno aprecie algunas de las dificultades.



Decido ir por la vía de Puerto Rico y por la cortesía del capitán Blood del yate "Kwashing", de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, pude lograr llegar desde ese país directamente hasta la ciudad de Santo Domingo. Afortunadamente, el "Kwashing" se detuvo por varias horas en La Romana y en San Pedro de Macorís, centros de interés azucarero americano, lo que me dio el tiempo necesario para ver ambos lugares.

El primer día en la capital fui presentado al Presidente de la República, al Ministro de Relaciones Exteriores y Educación, al Secretario del Tesoro y a otros funcionarios del gabinete. Todos ellos hablan inglés perfectamente y ofrecieron ayudarme en mis proyectados estudios en todo lo posible. Tal vez debo explicar lo que no había comprendido completamente hasta que llegué, y es que el Presidente de la República lo es el contraalmirante Snowden, de la Marina de Guerra de los Estados Unidos; el Ministro de Relaciones Exteriores y Educación lo es el coronel Rufus Lane, de la Infantería de Marina de los Estados Unidos; y que todos los poderes ejecutivo y legislativo están enteramente en manos de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, sin que ni siquiera se mantenga una fachada de un gobierno dominicano nativo. Hay, por supuesto, muchas ventajas en esto; una es, por ejemplo, que cuando el Ministro de los Estados Unidos, que aún se mantiene, por cortesía, ante la República Dominicana, visita al presidente de ese país, como lo hace prácticamente todos los días, no tiene que utilizar un intérprete, ni tiene dificultad para hacer que el "presidente" vea el asunto a tratar ;desde el punto de vista americano!



Soldados norteamericanos pasan por la Isabel la Católica durante su impere!

Sin discutir todos los méritos de la situación actual, uno queda profundamente impresionado con el admirable espíritu con que el almirante y su gabinete están llevando a cabo su labor, que al parecer consideran como un verdadero trabajo de misioneros. El almirante dice que cuando recibió el requerimiento del almirante



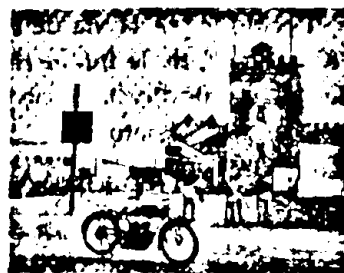
Infantes de Marina cargando agua por la Isabel la Católica

Benson en París para ir a Santo Domingo, él dijo abruptamente: "No iré". El cable de Benson de respuesta al Departamento fue: "Decepcionado con Snowden". El Departamento se lo planteó de nuevo a Snowden diciéndole que estaba deteniendo todo el programa de la Marina. Así que decidió ir. Ahora que está allá se ha interesado tanto en ayudar a esta gente que le gustaría pasar el resto de su vida oficial resolviendo los problemas que tiene ante sí.

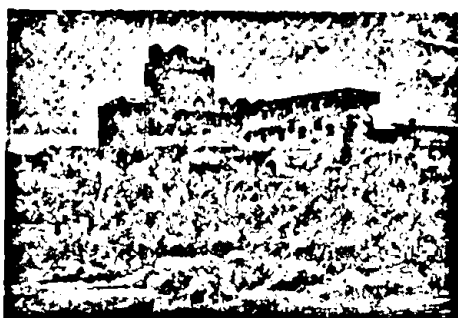
El coronel Lane, quien está haciendo un trabajo maravilloso desarrollando las escuelas primarias, le dijo al almirante, cuando se habló de pagarle a los oficiales de la Marina un extra de los fondos del tesoro dominicano, que él rehusaría aceptar tal pago.

Entre los dominicanos que fueron particularmente atentos conmigo estaba el arzobispo Nouel, a quien fui presentado por el médico americano jefe de los cuerpos médicos de la Marina. Le expliqué que representaba a las iglesias protestantes americanas que estaban despertando a su deber de darle al pueblo dominicano ayuda espiritual por medio de escuelas, iglesias intitucionales y hospitales, y que esperábamos que trabajaríamos en armonía con todas las fuerzas empeñadas en levantar a esta gente. El dijo que había gran necesidad de un programa tan práctico como ese que proponíamos y que esperaba que lo llevaríamos a cabo. Añadió que le era muy difícil

reunir fondos para la iglesia, que había una gran indiferencia hacia la religión y que la ignorancia era espantosa. Me llevó por la vieja catedral, comenzada en 1512, me mostró todos sus maravillosos tesoros, incluyendo el lugar donde descansan los restos de Colón, y me contó la impresionante historia del hallazgo de su cuerpo durante algunas reparaciones a la catedral, cuando se había creído que los habían enviado a España.



Soldados americanos juegan en la fortaleza



El Homenaje en 1961

Al mencionar la catedral, vienen a mi memoria los magníficos monumentos históricos que se encuentran por donde quiera que uno se voltea en esta la más vieja ciudad americana. La iglesia de San Nicolás, construida en 1502, la torre en donde fue confinado Colón, el viejo edificio en donde fue fundada la primera universidad en 1538, casas donde vivieron Pizarro, Las Casas y otros personajes –todos están aquí con cientos de otras cosas, muchas de las cuales no son menos interesantes a pesar de la dudosa historicidad de las leyendas en que se basan.

El principal problema es que se ha progresado muy poco desde esos gloriosos días. Esta capital no tiene tranvías, ni alcantarillas, ni agua, ni sistema telefónico; sólo algunas plantas eléctricas privadas y ni un solo edificio construido específicamente con propósitos escolares. El analfabetismo en la isla está calculado de 90 a 95 por ciento para personas sobre los diez años de edad. Muchos campesinos no tienen conocimiento de los números sobre cinco. Prácticamente no hay carreteras y la parte norte y la parte sur de la isla son como dos países diferentes. Las enfermedades venéreas, los parásitos, la malaria y la tuberculosis se propagan libremente sin que nadie sepa cómo tratarlas.

→ El primer objetivo de mi visita era hacer un análisis del país y sugerir un programa unido de servicios que pudieran ser puestos en marcha para ayudar al desarrollo de la isla. Casi todo el mundo a quien le preguntaba qué consideraba que necesitaba más la gente en particular, contestaba “de todo”. Si yo sugería esta o aquella o la otra institución o actividad, la respuesta siempre era: “Si, todo lo que usted pueda hacer por esa gente vale la pena. No tema duplicar o hacer demasiado. Eso sería imposible”.

Después de una semana en la capital, redacté un programa tentativo e invité a diez caballeros a almorzar conmigo para discutirlo. Estaban presentes el almirante y su plana mayor, o mejor dicho el presidente y su gabinete, como usted prefiera llamarlos, el capellán de los marinos, el archidiácono de la Iglesia Episcopal y otros. El almirante Snowden se expresó más tarde en una carta de la manera siguiente:

“Deseo agradecerle su hospitalidad de ayer en el club de soldados, que resultó una reunión muy agradable. Estuve muy interesado en el programa que usted presentó y el cual discutimos, y respaldo muy cordialmente el programa y espero que podamos coordinar nuestra colaboración de manera que las diferentes instituciones de ayuda, que usted indicó, puedan materializarse para beneficio del pueblo dominicano. Esta gente está muy necesitada de las instituciones allí indicadas. Ellos son, en gran medida, un pueblo atrasado que necesita una lección objetiva en ideas e ideales modernos. Ellos estarían dispuestos a ayudarse a sí mismos más adelante, en cuyo momento se les puede enseñar el valor de estas actividades morales e industriales”.

Diez días completos en la capital fueron el tiempo suficiente que necesitaba, de modo que cuando subí a bordo del barco de suministros americano “Kittery” sentí que había completado todo lo que debía lograr en mi programa.

En general, el gran central azucarero de La Romana es la comunidad más moderna de Santo Domingo. La ciudad, con su gran factoría, sus almacenes, sus oficinas y sus casas de los oficiales y las de los más de 75 empleados americanos tan bien acondicionadas, lucen como un pedacito de los Estados Unidos instalado en el trópico. El conjunto representa una inversión de \$6,000,000 y es uno de los más grandes y modernos ingenios azucareros de la isla. La compañía posee una plantación de 100,000 acres, cuidadosamente planificada, distribuida en lotes de 100 acres y se lleva buena cuenta de cada lote en cuanto a su fertilidad y rendimiento. Parte de la tierra se reserva para pasto y se mantiene un ganado de pura raza. A los obreros nativos se les paga de \$0.90 a \$1.50 por día, de acuerdo al



El primer hidroaición que llegó a La Romana

promedio de trabajo que hayan completado. Tienen una espléndida casa de huéspedes para los empleados americanos solteros y una joven de Boston enseña al pequeño grupo de niños americanos en la colonia.

La compañía de azúcar emplea unos 200 ex-policías puertorriqueños para proteger la plantación y la factoría. El asesinato de dos ingenieros por unos bandoleros, hace ya dos años, prendió el pánico entre los demás trabajadores de los Estados Unidos, y se siente que esta precaución es necesaria tanto para preservar la seguridad de los extranjeros como la de la propiedad. Además, un contingente de marinos está constantemente en guardia.

San Pedro de Macorís (a 45 millas al este de la ciudad de Santo Domingo) es una de las ciudades más modernas de la República, así como uno de los tres puertos marítimos más importantes. Hasta 1885 era sólo una pequeña aldea de pescadores. Luego, la inversión de capital extranjero en la industria azucarera comenzó a convertir el lugar en la floreciente pequeña ciudad que es hoy día. En contraste con el desorden y la dilapidación de otros pueblos más antiguos y pintorescos en la isla, San Pedro tiene casas bonitas y modernas, buenas calles, una plaza principal moderna y bonita y facilidades modernas de embarcadero.



Vista panorámica de San Pedro de Macorís — 1917

En la península de Samaná hay una colonia negro-americana que se estableció mucho antes de la guerra civil de los Estados Unidos. Sobreviven pocos de los colonizadores originales, pero sus hijos hablan inglés y muchos aún son fieles a la pequeña Iglesia Metodista que ha existido entre ellos desde el comienzo del asentamiento.

Gracias a la cortesía del gobierno, pude ahorrar mucho tiempo en mi visita a la sección norte del país, tomando un pasaje hacia Puerto Plata en un transporte del gobierno. Encontré un ferrocarril que me llevara desde Puerto Plata —*mirable dictu*— hasta Santiago. Allí conocí al secretario de la Comisión de Actividades de Entrenamiento de Campo, quien convino en arriesgarse a viajar conmigo en su Ford hacia Cabo Haitiano y Puerto Príncipe. Así que, a pesar de la lluvia y de los bandidos sobre los que todo el mundo me había hablado, le dí una miradita a Haití, así como a

los pueblos de la costa norte de Santo Domingo, antes de tomar el barco de la línea Clyde desde Puerto Plata a Nueva York.

Puerto Plata es el puerto más importante de la costa norte de Santo Domingo. Tiene actualmente unos 15,000 habitantes. Sus calles fueron planificadas por Colón, y el primer asentamiento aquí fue en 1499. En 1543 fue atacada por piratas y arrastrada a la ruina de ahí en adelante. A principios del siglo XVI, el gobierno español eliminó el pueblo completamente para poder detener el contrabando. Fue construida de nuevo cien años más tarde recibiendo, junto con Monte Cristi, los privilegios de un puerto libre. Ahora es un pueblo moderno, comparado con las demás municipalidades dominicanas, con calles limpias, pavimentadas, luz eléctrica y algunas buenas construcciones, incluyendo la oficina de aduanas. La plaza principal es muy bonita.

Encuentro la parte norte de la isla más progresista que la del sur, con mayor promedio de sangre blanca.

Puerto Plata es uno de los dos puertos de Santo Domingo que puede alardear de tener un ferrocarril hacia el interior. Esta vía, que no es más que un sendero estrecho, atraviesa las montañas hasta Santiago, una distancia de 41 millas, y últimamente ha sido extendida otras 16 millas más hasta Moca.

Esta es una de las rutas más escarpadas en existencia, siendo el grado de inclinación en algunos puntos de hasta un 11 por ciento. Se comenzó con capital belga, pero luego los americanos se hicieron cargo y ahora es propiedad del gobierno dominicano. Hay un tren de pasajeros interdiario, que atraviesa la montaña impulsado por una locomotora pequeña, pero poderosa, que hace el recorrido en poco más de tres horas. Como yo no quería esperar un día más, el complaciente agente americano me dio el pasaje complementario en el carro de carga, en compañía de un correo de la marina de guerra de los Estados Unidos, quien amenizó el viaje de 6:30 a.m. a 1:00 p.m., con historias de las glorias de los infantes de marina y la "porquería de este _____ país".



Miña frente al ferrocarril en Puerto Plata — 1918

Santiago es la segunda ciudad de la República Dominicana. Nadie sabe qué población hay en ninguna parte, pero según estiman las más cuidadosas autoridades, Santiago tiene cerca de 20,000 personas. Está construida en forma compacta y es limpia y atractiva. La gente tiene un aire como de negocios, al menos en comparación con los habitantes de otros pueblos que he visitado. El hotel Garibaldi podría ser catalogado como "el mejor de la República" ya que tiene un anexo que lo coloca por encima del Francés de la capital. Como la vida aquí es completamente al aire libre, es





Campo deportivo de Santiago

preferible el aire a cerrar la habitación como protección contra ladrones, los que al parecer no existen en los pueblos. Las comidas son muy buenas desde el punto de vista de la comida dominicana, que significa mucha carne y aceites. Aunque las frutas son muy abundantes y baratas aquí, un aguacate o "pera de caimán" que costaría 75 centavos en

Nueva York, aquí cuesta dos centavos; sin embargo, por lo general uno debe comprar la fruta como cosa adicional. Esto es porque en casi toda Latinoamérica no se acostumbra a comer fruta con las comidas.

Santiago tiene poco interés histórico ya que los terremotos han destruido toda la parte vieja de la ciudad. No hay edificios de importancia arquitectónica. El parque central, como de costumbre, está franqueado por la catedral, los edificios del palacio del Estado y el municipal. Hay dos buenos clubes en la ciudad, a los cuales pertenecen las mejores gentes, uno de los cuales tiene un edificio muy bonito frente al parque. Es abierto por todos sus lados y, evidentemente, preparado principalmente para bailes y para sentarse a las mesas a conversar y a tomar. Aparte de la inmensa área de piso para las actividades antes mencionadas, hay baños con duchas y una biblioteca que probablemente tiene unos cien volúmenes pesados y como una docena de revistas. Hay pocos "privilegios" relacionados con el club, excepto los sociales.¹ No hay terrenos para atletismo de ningún tipo y no hay deportes organizados en Santiago, una necesidad que no ha sido satisfecha en ninguno de los otros pueblos dominicanos.

Como es siempre mi costumbre al pasar por un edificio público en América Latina, entré a visitar el club para aprovechar la oportunidad y conocer a alguna persona interesante. El primer caballero que conocí se interesó mucho en mostrarme el club y en darme información detallada acerca de la ciudad. Luego me presentó a un joven dentista quien se graduó recientemente de la universidad de Pennsylvania. Este joven me llevó primero a un hospital privado dirigido por un médico joven que se entrenó en Bélgica y que ha construido, con los fondos que adquirió con su práctica, uno de los hospitales privados más bonitos y mejor equipados que jamás haya visto, con sala de operaciones, aparato de rayos X y otros equipos modernos. Ahora está comenzando a ampliar el edificio que de una planta con diez habitaciones privadas, aumentará a tres plantas. Recibe diariamente un mayor número de

¹ Quiere decir que no hay facilidades deportivas.

pacientes y cobra cuatro dólares por cada paciente que visita el hospital y a quien se le haya dado una receta. La "Junta de Caridad" está construyendo un hospital para la ciudad; esta organización administra los fondos de la lotería que están destinados a la caridad. Este hospital deberá tener 50 camas pero ha habido mucho retraso en construir el edificio y no hay seguridad de que habrá fondos para terminarlo. Todos los hospitales públicos de la isla, tal como están, dependen enteramente de la lotería para sostenerse, al igual que todas las demás instituciones de caridad. El gobierno militar está ahora considerando medidas para eliminar la lotería, pero es muy evidente que esto no se puede hacer hasta que se encuentre una forma para financiar estas instituciones.

Cerca de Santiago se encuentra el valle dominicano más rico y más famoso, el cual fue bautizado por Colón con el nombre de "La Vega Real", o sea el valle real. La mejor vista de este gran valle se tiene desde la cima del "Santo Cerro", la alta colina en cuyo tope erigió Colón una cruz, la cual se sostuvo milagrosamente cuando los indios lo atacaron en este punto y retrocedieron al ver a la Santísima Virgen sosteniendo ella misma la cruz. Subimos la elevada pendiente en nuestro Ford -moderna profanación de un altar antiguo- y miramos una de las extensiones de tierra tropical más impresionantes que puedan verse en ninguna parte del mundo. El follaje verde oscuro está salpicado aquí y allá por los campos marrones de los cultivos de cacao, café y tabaco y el curso de los ríos se destaca como hilos de plata, serpenteando hacia el mar a 50 millas de distancia. Moca, La Vega y hasta San Francisco de Macorís pueden distinguirse fácilmente, y lejos hacia el norte se encuentran las altivas montañas de Monte Cristi, uno de cuyos picos alcanza una altura de casi 10,000 pies.

Santiago publica dos periódicos diarios, ambos salen por la tarde, porque, como me explicó un caballero, "después de cenar a la gente le gusta tener algo que leer, pues en la mañana estarían muy ocupados". Pero viendo el número de personas que se sientan en el parque, en las tiendas y en otros lugares a discutir temas tan emocionantes, como pude alcanzar a escuchar, como que si un hombre estaría mejor casado que soltero, que si la abogacía y la medicina ofrecen más atractivos, etc., uno pensaría que algún tiempo se le puede robar al torbellino del trabajo para darle una miradita a los titulares de un periódico de la mañana. Como los temas políticos son *taboo* para la prensa, el principal interés de los latinoamericanos debe quedar sin tocarse. Los empresarios periodísticos me dicen que es muy difícil hallar qué publicar en los periódicos y que las suscripciones están bajando. El contenido de los diarios debe ser sometido a la censura del gobierno antes de ser publicado. Me interesó ver tres páginas entregadas para publicación al diario de Puerto Plata, de un material sobre panamericanismo que le había sido facilitado por el Comité de Cooperación en Latinoamérica.



Aquí las noticias son ciertamente escasas. El cónsul británico en la capital me dijo que le ha sido muy difícil que su gobierno comprenda que hay más tiempo entre Puerto Plata y la capital que de Londres a Nueva York. Pero es un hecho real, ya que no hay carretera que atraviese la isla. Imagínense lo que sentiría el cónsul cuando su gobierno le informó que durante la guerra no le sería fácil hacer arreglos para que él recibiera diariamente, por cable, las noticias de la guerra, debido al alto costo del servicio cablegráfico a Santo Domingo, pero que ellos le enviarían las noticias, por correo, desde La Habana. En el mapa puede parecer una distancia muy corta, pero la verdad es que él podría recibir el correo más rápido desde Londres que desde La Habana.

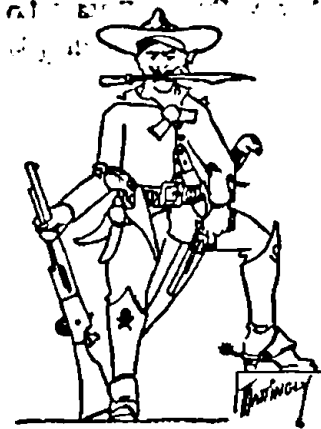
Visité las oficinas de "El Diario" y tuve una conversación muy interesante con varias figuras literarias. Siendo periodistas, puede que hayan estado "hablando para publicación" cuando alababan la ocupación americana y el buen trabajo que se estaba realizando, el avance del comercio, el desarrollo de las escuelas, etc., pues el país podría tener un respiro de las revoluciones. Sin embargo, éste es el testimonio que uno oye generalmente. Es difícil decir cuánto en esos testimonios es temor a perder la buena voluntad de las autoridades y cuánto se debe a una convicción real. Pero no hay dudas de que los comerciantes aprecian grandemente el saber que pueden ordenar sus mercancías tranquilamente y que cuentan siempre con libertad para hacer sus transacciones de negocios. Esto es algo que el país no ha conocido desde los tiempos en que era una colonia española hasta la ocupación americana en 1916.

¿Es el hecho de esta seguridad, unido a un avance sustancial en la educación primaria y el desarrollo de las carreteras, puertos y otros logros materiales, un pago justo por someterse a un gobierno militar? Los dominicanos levantaron fondos y enviaron a su depuesto presidente a la Conferencia de Paz de París para que dijera que el precio era demasiado alto y para que pidiera auxilio. La protesta de los españoles, a que nos referimos al principio de este capítulo, sin duda se debió al trabajo del presidente Henríquez. Desde entonces, él ha visitado los Estados Unidos en la misma misión de protesta y sin duda en sus viajes encontrará simpatías por propagar este alegato. El acuerdo que la mayoría de los dominicanos parece preferir no es como el que tenemos con Haití, sino similar al que tenemos con Cuba, por el cual podemos intervenir cuando sea necesario para restablecer el orden.¹

El trabajo de los infantes de marina en Santo Domingo merece mucha más atención que la que ha recibido. La mayoría de los marinos que hay ahora fueron allí sólo por el término de la guerra y están muy insatisfechos por no poder volver a sus casas. La situación en el interior, con los bandoleros, es muy mala y no parece mejorar, por lo que se necesitan más hombres. Algunos hombres han estado en las

¹ *Se refiere a la Enmienda Platt.*





Caricatura norteamericana que aparece en la semana de lo que era un guerrillero

lomas persiguiendo bandidos, durmiendo sobre sus armas y caminando de 15 a 25 millas al día, durante un año o más. Ninguno de nuestros hombres en Francia ha sido llamado a sufrir las privaciones que estos hombres han sufrido en la tierra de los bandidos, alejados de toda comunidad civilizada, sin poder ver nunca una mujer blanca, un libro o un hogar, ni recibiendo ninguna influencia ennoblecedora. Ya lo es suficientemente duro para los hombres en los centros donde generalmente hay clubes y se ve de vez en cuando una película o se lee una revista nueva. Pero los hombres que están en campaña activa en el duro interior de Santo Domingo, infestado de bandidos, merecen nuestra más profunda simpatía.

¿Cuál es nuestro deber para con Santo Domingo? He aquí uno de los países más fértiles del mundo. Quince cosechas de caña se pueden cortar de una siembra, mientras que en Puerto rico se debe plantar cada año, y en Cuba cada tres. En las carreteras uno pasa campos de cacao, cocoteros, tabaco, caña de azúcar, guineos, mangos y aguacates. Caoba, oro, petróleo y muchas otras riquezas existen en abundancia. Sin embargo, un 95 por ciento de la población no sabe leer ni escribir; el interior del país es prácticamente desconocido; muchos campesinos no pueden contar más allá de 4 ó 5; las enfermedades son comunes y prácticamente no hay atención médica para los pobres y, en general, faltan las bendiciones de la civilización cristiana. ...

Capítulo III

Comercio, Transporte, Recursos

... El transporte por el interior es sorprendentemente inadecuado, siendo efectuado por medio de limitadas líneas de ferrocarril, un extenso sistema de senderos "navegables" a caballo y en bueyes en las estaciones más secas y unas cuantas millas de carreteras pavimentadas que están aumentando. Con excepción de 250 millas de vías de ferrocarril privadas en las plantaciones de Azúcar, todas las vías de ferrocarril están en un área restringida en la parte norte de la República.

Hay dos líneas cortas de ferrocarril, el Ferrocarril Central Dominicano, de unas cuarenta millas, que conecta a Puerto Plata y Santiago de los Caballeros, que tiene una extensión corta hasta Moca; y el Ferrocarril de Samaña(sic) y Santiago, que va desde Sánchez a La Vega, con ramales a San Francisco de Macorís y Moca. Esta última compañía completó un ramal de siete millas en 1917, que conecta a Salcedo

con Moca y, por ende, conecta a los puertos de Sánchez y Puerto Plata. Lo sorprendente es que no hay conexión de ferrocarril entre los pueblos del norte y la parte sur de la isla.

En varias de las ciudades más grandes se pueden alquilar carruajes y automóviles ligeros, pero por sumas muy altas, y esto constituye el medio principal de comunicación dentro la ciudad y hacia otros lugares, tan lejos como lo permitan las carreteras. Entre Monte Cristi y La Vega se dice que hay una línea regular de automóviles, así como entre la ciudad de Santo Domingo y pueblos cercanos, pero quien esto escribe no fue capaz de descubrirlas.

Desde la ocupación de la República por las fuerzas americanas, la política de las autoridades militares ha sido construir buenas carreteras, tan rápido como se pueda realizar el trabajo, con las fuerzas limitadas con que se cuenta en estos momentos en la isla. Esto está resultando, lentamente, en la transformación de algunos viejos senderos, que antes sólo servían para caballos, en modernas carreteras para



Construcción de la carretera Duarte, a la altura del kilómetro 50, durante la ocupación

automóviles de construcción permanente. Esta política, de continuar, no puede dejar de surtir un buen efecto al estimular el comercio interior y la comunicación y al hacer los distritos del interior, que están ahora atrasados, accesibles a las influencias civilizadoras que son capaces de generar las grandes ciudades.

Por el tipo más viejo de caminos de tierra hay comunicación por medio de carretas de bueyes en la estación seca, y en las regiones áridas esta forma de viajar es posible casi todo el año. En general, sin embargo, se debe recurrir a los caballos y a los burros. Muchos viajeros aseguran que en muchas ocasiones es más económico comprar los caballos que alquilarlos, pues al terminar el viaje no hay dificultad en

disponer de ellos. Verrill agrega que "no hay falta de caminos y no hay problema en encontrar un camino de algún tipo que lleve a cualquier pueblo o aldea en la República, pero aquél que intente viajar por tierra en Santo Domingo debe tener mucha osadía, ser buen jinete y ponerse en camino con determinación y con una visión optimista de todas las cosas. Lo va a necesitar antes de que alcance el final de su viaje". Otro escrito dice que "un viaje hacia el interior requiere un buen caballo, una constitución fuerte y un gran abastecimiento de paciencia".

Como en casi todas las Indias Occidentales, las facilidades hoteleras no son precisamente lujosas, pero sí se encontrará que son bastante cómodas y notablemente hospitalarias y libres de ladrones. En cada ciudad grande hay familias privadas, tanto locales como extranjeras, que están dispuestas a tomar inquilinos. En la ciudad de Santo Domingo hay varios hoteles aceptables, siendo el "Francés" el mejor. En Puerto Plata, el "Europa", bajo administración italiana, está por encima del promedio de los hoteles en el trópico. También el "Tres Antillas", un hotel puertorriqueño, es bastante bueno. En Santiago, el "Garibaldi", también administrado por italianos, es el mejor. En La Vega hay poco de dónde escoger entre un lugar español llamado el "Ayuso" y el "Clemens", bajo administración francesa. Las tarifas son razonables, promediando unos cuatro dólares por día, plan americano, en los mejores hoteles de las ciudades.

La cuestión de la comida es, en casi toda la isla, de mucho mayor importancia que la de un lugar donde dormir. En muchos de los distritos del interior es casi imposible para un extranjero comer la comida nativa, pues todo está cocido en aceite. En los pueblos costeros la comida suele ser bastante buena, pero en el interior lo mejor es emplear su propio cocinero y comprar sus alimentos. La comida, la ropa y todos los artículos importados son caros, debido a los exorbitantes impuestos de importación.

La construcción de carreteras recibió mucha atención de parte del gobierno durante el año pasado. El programa definitivo del Departamento de Obras Públicas, de conectar las principales ciudades del país por medio de buenas carreteras y de cruzar la isla desde Santo Domingo, en el sur, hasta Monte Cristi, en el norte, con una "carretera" permanente y bien establecida, prosige lento pero seguro. Será un gran día cuando la carretera a través de la isla esté terminada.

En las ciudades más importantes crece la demanda por plantas de luz eléctrica y por sistemas de agua y alcantarillado, que, al presente, en realidad son muy escasos. Muchos establecimientos comerciales generan su propia electricidad con un sistema de luz importado que es un tanto compacto y que puede trasladarse con relativa facilidad.

Hay tres instituciones bancarias de mayor importancia: una puertorriqueña, i.e. americana, una británica y una dominicana. La International Bank Corporation, de Nueva York, estableció una sucursal en la ciudad de Santo Domingo en 1917, y más tarde sucursales en San Pedro de Macorís, en Santiago y en Puerto Plata.



El Royal Bank of Canada tiene sucursales en la ciudad de Santo Domingo, en San Pedro de Macorís, en Sánchez, en Puerto Plata y en Santiago, y así mismo el Banco Nacional, incorporado bajo las leyes dominicanas, también tiene sucursales en esas ciudades.

Todos reportaron progreso satisfactorio durante 1917. Sus funciones principales consisten en dar avances contra documentos, hacer cobros y vender divisas. Los depósitos bancarios no sirven como indicadores de la prosperidad del país. Ni los hombres de negocios, ni la gente en general, han sido educados para llevar sus riquezas en forma líquida o para depositar en los bancos.¹ Por regla general, casi todos los capitales de los comerciantes son convertidos en y mantenidos en existencias, y los negocios se llevan a cabo casi enteramente bajo un sistema de crédito que ha existido por muchos años.

El dólar oro americano es el medio de pago. La moneda de oro y plata y el papel moneda de los Estados Unidos circulan a su valor nominal y constituyen el medio principal de pago. En adición, hay una cantidad limitada de moneda dominicana en circulación, el peso y alguna moneda fraccionaria, que circula a una tasa de 5 por 1.

De acuerdo con las cifras más recientes disponibles, hay 87 oficinas de correos en el país; también hay 60 oficinas de teléfonos y 690 teléfonos distribuidos por las ciudades más grandes. 1,175 millas de líneas telefónicas han sido colocadas hasta ahora. Estas oficinas de teléfono sirven, además, como estaciones de telégrafo. El telégrafo está en operación entre Santo Domingo, Puerto Plata y Santiago, desde Santiago hasta Monte Cristi y a lo largo de las vías del ferrocarril de Sánchez a La Vega, con un total de 352 millas. Cables submarinos que pertenecen a la misma compañía unen, en el norte, a Puerto Plata con Nueva York y Puerto Rico, y, en el sur, a Santo Domingo con Puerto Rico y Curaçao.

Hay dos pequeñas estaciones de radio operando desde Santo Domingo y La Romana con un radio de comunicación que llega hasta Puerto Rico, y otra pequeña estación en San Pedro de Macorís la cual es utilizada únicamente para asuntos locales. ...

Capítulo IV

La Gente y sus Problemas Sociales

... La gente de la República Dominicana, racialmente, es de ascendencia española, algunos son blancos puros, otros mezclados con sangre negra, otros son una mezcla de sangre india y otros hasta tienen una herencia racial que es una mezcla de estas tres razas. Aunque los negros puros, o los casi negros, son mucho menos evidentes

¹ Esta práctica probablemente refleja el miedo a la devaluación de la moneda provocado por las "papeletas" de Lila.



que en Haití, sin embargo, numéricamente hay muchos negros en la República. Haití conserva la uniformidad negra en forma notable, pero en la República Dominicana la mezcla de razas es muy completa y el típico ciudadano puede mostrar características predominantes del hombre blanco, negro o del rojo.¹

A lo largo de la costa y en las plantaciones hay muchos negros provenientes de las islas Turcas, de las Bahamas, Jamaica y de las otras Indias Occidentales; mientras que en Monte Cristi y otras localidades hay muchos negros nativos dominicanos y haitianos. En la mayoría de los lugares los que son claramente de color superan en número a los más o menos blancos.

Parece que hay muy poca delineación del color en lo social, comercial y político, pues se puede ver a los hombres y mujeres blancos y de color mezclarse y conversar libremente.² Los blancos y los de color se casan entre sí y comparten en igualdad de condiciones. Algunos dominicanos han sido muy bien educados en las universidades de América y Europa. Entre ellos hay artistas, poetas, músicos, historiadores, ingenieros, diplomáticos, soldados, clérigos, escultores y arquitectos que darían renombre a cualquier país.

El idioma de Santo Domingo es el español –comparativamente puro. Se pueden notar pequeñas diferencias de pronunciación en diferentes partes de la República y no cesan la “c” como los castellanos, pero la diferencia entre el español de los dominicanos y el de los españoles puede compararse con la diferencia entre el inglés hablado en los Estados Unidos y el de Inglaterra. Además del español, se escuchan, aunque muy limitados, los idiomas inglés y francés. En la península de Samaná se habla tanto el inglés como el español y en los pueblos costeros de San Pedro de Macorís, Puerto Plata, Monte Cristi y Santo Domingo se le oye a menudo en labios de los negros de las Islas Británicas.

Para comprender a Santo Domingo se tiene que tener siempre en mente que, a diferencia de Haití, su herencia histórica, su religión, sus problemas, sus ideales y su cultura son hispanoamericanos. Siempre se resistieron a los esfuerzos de Haití de hacer de ésta la tierra del hombre negro y el parentesco del país con otras tierras latinoamericanas y con España ha sido enfatizado por sus líderes.

La conciencia española es fuerte, a pesar de la omnipresente mezcla de sangre africana. El alcaide muy negro de una ciudad del interior le dijo a un oficial naval americano en el curso de una conversación: “Su argumento está muy bien para los anglo-sajones, pero *nosotros los latinos* somos diferentes.”

Los buenos modales, tan característicos de América Latina, son evidentes en todos lados. Todavía prevalece en Santo Domingo la graciosa hospitalidad de ofrecer a los huéspedes la casa con todos sus enseres, asegurándoles que “ésta es su casa”. El

1 *El rojo se refiere al indio. Para los norteamericanos, los indios son pieles rojas*

2 *En aquella época, en los Estados Unidos la segregación racial era muy fuerte.*



idealismo de la raza, caracterizado por el inmortal Don Quijote, que a menudo lleva a los latinoamericanos a extremos de esfuerzo individual, a la intolerancia de un enemigo y a la adoración de un amigo, también lleva a los dominicanos a tomarse a sí mismos y a sus opiniones muy seriamente, especialmente cuando asumen una actitud que se puede identificar con el "patriotismo" o con la "libertad". El más grande inconveniente de todo esto lo es, desde el punto de vista del desarrollo de la vida cívica, la frecuente renuencia a subordinar el yo por el bien general, esa falta de "trabajo en equipo" que es un defecto tan serio entre esta gente tan buena y, por lo general, bien intencionada.

Los dominicanos son una raza vigorosa. Todos los presidentes en años recientes han sido hombres de físico imponente. El hecho de que la gente común no haya hecho más para mejorar su propia condición y para desarrollar su tierra se debe al espíritu de "mañana" del trópico. ¿Para qué trabajar más de lo necesario para sostener la vida en una tierra tan fértil y benigna?

Las mujeres de la isla son, por lo general, de presencia agraciada y a menudo hermosas, especialmente en la mocedad. Lo caluroso del clima hace necesario el uso de polvos y con frecuencia mientras más oscuro el matiz de la piel femenina, mayor cantidad de polvos es usada. El resultado es un matiz gris cenizo que muchas negras lucen y que choca al viajero por ser un poco ridículo.

El dominicano, especialmente el de las ciudades, es jovial por naturaleza, franco y hospitalario. Es cosmopolita en grado notable, relacionándose sin ningún apuro con personas de todas las razas, nacionalidades y religiones. Hay muy pocos prejuicios contra el extranjero como tal. Esta estampa cosmopolita de la población urbana ha sido enfatizada aún más por un flujo considerable de turcos y sirios, especialmente en la ciudad de Santo Domingo, en donde el comercio de lencerías y géneros está casi exclusivamente en sus manos. Esto, sin embargo, no es un mal reflejo de la habilidad mercantil de los nativos, porque el sirio ha mostrado en muchas tierras que él es un competidor que no se puede menospreciar en muchas líneas de comercio. Es un comprador astuto, un hombre frugal y cuidadoso en el hogar, y tiene sensibilidad para apreciar el valor comercial de la buena voluntad, la cual hace tanta falta entre los comerciantes orientales.

Hasta en el interior del país, donde la vida se reduce a los términos más sencillos, el viajero no puede dejar de notar la hospitalidad que se exhibe ante los extranjeros. La mayoría de estos pueblecitos del interior no tiene comodidades que ofrecer al viajero, pero sus habitantes darán libremente y de buena gana sus propias casas para brindarle comodidad al extraño, y compartirán sus escasos alimentos, todo lo cual considerarán un honor. "Una y otra vez", dice Verrill, "el autor ha llegado a alguna pequeña aldea después del anochecer y en seguida ha tenido a los nativos, con aspecto de bandoleros, disputándose unos con otros para cuidar de los caballos, ofrecerle comida y bebida y hasta mudarse de su propia y humilde choza para proveer al visitante de un lugar para dormir."



A la gente de Santo Domingo le gusta la música y el baile, son alegres, vivarachos y frívolos. Las corridas de toros no están permitidas, pero las peleas de gallos son casi universales y podría muy bien llamárseles el “deporte nacional”.

En la vida social, los clubes son una característica prominente. Un pueblo debe ser muy poco importante si no tiene por lo menos un club donde los hombres se reúnen, leen los periódicos y juegan billar. La primera atención que se le brinda a un visitante extranjero es llevarlo al club local y hacerlo socio temporal, lo cual equivale a una presentación local general.

Considerando el gran número de estos clubes, se bebe muy poco. Al parecer la etiqueta clubística no exige tomar como un factor necesario para unas relaciones humanas agradables como lo es en muchos países. Tales bebidas, cuando son servidas, están limitadas a los restaurantes y a los hogares, donde es frecuentemente ofrecida a las visitas. Las tabernas, como en la mayoría de los países latinoamericanos, son una innovación americana, las cuales son operadas en su totalidad por americanos.

Al criollo le gusta mucho el café y lo bebe en grandes cantidades. Abundan las pequeñas “cafeterías” y sustituyen a las tabernas para el intercambio social entre los hombres.

A pesar de que en la República hay un gran consumo de vinos ligeros, hay muy pocos borrachos. Un observador americano dijo que en seis años no había visto más de tres borrachos.

El principal vicio de la gente es el juego, el cual es universal en una u otra forma. Hay muchas loterías; la mayoría de las cuales está dedicada a algún tipo de caridad. Dos de los cuatro o cinco hospitales del país tienen, como fuente principal de sus ingresos, los fondos de las loterías que funcionan para su beneficio.

Las normas sexuales son casi las mismas que prevalecen en la mayoría de los países suramericanos, en los que las mujeres de las clases altas son por lo general virtuosas y los hombres inclinados a las intrigas amorosas. Las estadísticas relativas a matrimonios y nacimientos muestran que cerca del 60 por ciento de los hijos son ilegítimos. Estas cifras, sin embargo, se explican por el gran número de “uniones consensuales” entre las clases más pobres, en las cuales los hombres y las mujeres, aunque no estén unidos por el matrimonio, viven juntos públicamente como marido y mujer, levantan una familia y se son tan fieles el uno al otro como si estuvieran casados legítimamente. El número elevado de estas uniones se debe al alto costo de la ceremonia nupcial y también al hecho de que tales uniones se han vuelto tan comunes que las parejas no ven nada malo en ellas.

Un amigo americano le pidió a un respetable hombre de color, con una posición de responsabilidad en una plantación, jefe de una familia grande pero no casado con la mujer con la cual había vivido por más de veinte años y a la cual parecía dedicado,



que se casara con esa mujer, pero la respuesta fue una rotunda negación. "Si me caso con ella, ella sabrá que tengo que sostenerla y puede volverse descuidada y haragana. Sabiendo que puedo dejarla cuando lo desee, ella continuará comportándose". Una persuasión similar se le aplicó a la "esposa" y produjo una respuesta casi idéntica. La "mujer" de un "matrimonio consensual" temía que su esposo hiciera el amor a otras mujeres si ella estaba unida a él legalmente, ¡algo que no se atrevería a hacer ahora, por miedo a que ella lo dejara!

Las mujeres tienen muy poca participación en la industria en la República ya que para los latinoamericanos la idea de una mujer que trabaja es de muy mal gusto. Sin embargo, el movimiento hacia una vida comercial ha asegurado por lo menos un comienzo en todos los países latinoamericanos, y, en este sentido, Santo Domingo no es una excepción. Las mujeres son, en realidad, la esperanza del país, ya que son más trabajadoras y tienen mejores hábitos que los hombres.

Ocasionalmente, una mujer de clase alta desafía la tradición al extremo de entrar en el mundo de los negocios. Su posición puede ser tan segura en la sociedad que eso le evite opiniones adversas. Esto sucedió notoriamente en el caso de una joven mujer, muy estimada, que fue nominada recientemente para una posición en la oficina del Superintendente de Sanidad. Un periódico se pronunció de la manera siguiente: "Tan hermosa como virtuosa, tan inteligente como hermosa, la señorita Mendoza, un adorno y una decoración de nuestra aristocracia, representa típicamente la evolución actual de la mujer dominicana, la cual, dentro de su refinamiento y sencillez tradicionales, busca nuevos y más grandes horizontes."

Esto pudo ser calculado para provocar una sonrisa a los americanos, pero representa muy certeramente hasta dónde tienen que llegar los dominicanos para justificar la entrada de la mujer a los negocios. La joven común no tiene nada en qué ocupar su tiempo. Está siempre chaperoneada muy de cerca, no la dejan salir sola y sólo puede sentarse en casa de sus padres y mecerse en su mecedora mientras ve a sus hermanos salir de noche y buscar entretenimiento social.

Las condiciones de salud están mejorando firmemente, pues los oficiales de los Estados Unidos están introduciendo métodos modernos de sanidad. El Oficial Jefe de Sanidad ha tomado un interés especial en supervisar la necesidad de los hospitales. ...

— 0 —

... El arzobispo Carlos Noël ha escrito un libro de texto acerca de *La Historia Eclesiástica de Santo Domingo*, en dos volúmenes, que está lleno de material interesante, especialmente acerca de los primeros cincuenta años de la vida dominicana.



⚡ A pesar de los logros literarios de estos dominicanos distinguidos, la gente de la república tiene muy poco acceso a la buena lectura. Las bibliotecas públicas brillan por su ausencia. Según pudo observar este escritor, en todo Santo Domingo, sólo Puerto Plata tiene una de estas instituciones. En los pueblos más grandes, los clubes suelen tener un intento de biblioteca; pero ese alto armario de roble usualmente lleno de viejos tomos forrados de piel no está planificado para estimular el apetito literario de los jóvenes dominicanos, aun cuando tuviera acceso a este restringido privilegio de la élite de su ciudad.

Los pueblos de la isla no tienen librerías que merezcan ese nombre. Pudimos notar dos pequeñas, con unas cuantas novelas en existencia, la mayoría traducidas del francés y con una marcada tendencia hacia los temas "risqué". Estas estaban apoyadas por sobrias existencias de antiguas obras sobre filosofía, que pocos, aún entre los hombres de letras, toman su tiempo para leer en estos días.

Encontramos una costumbre muy interesante de intercambio entre estos libreros aislados, tan lejos de toda competencia como de una fuerte demanda por sus mercancías. El precio de un libro aumenta dependiendo del tiempo que tenga en existencia. Si el volumen se vende este año a \$4.00 dólares, el año próximo tendrá un precio de \$5.00, y así sucesivamente. ¡Qué tentación tan incidiosa para leer los nuevos *best-sellers*! Los fantasmas de Cervantes y Calderón no deben descansar en paz.

Para la mayoría, el periódico ofrece la única fuente de lectura. Prácticamente todos se publican en Santo Domingo, Santiago y Puerto Plata y todos son de dimensiones modestas. El diario principal de la República es el *Listín Diario*, de Santo Domingo. Tiene una circulación de cerca de 10,000 ejemplares. Aquí también se publican la *Revista Médica*, la *Revista de Arquitectura*, la *Revista Judicial*, el *Boletín Masónico*, dos periódicos humorísticos; dos sueltos comerciales; un periódico ilustrado, *Blanco y Negro*, y uno mensual, literario, el *Cuna de América*. Santiago también tiene dos periódicos diarios, así como varios pequeños periódicos literarios. En Puerto Plata se publica *El Porvenir*, el más viejo de los periódicos dominicanos existentes. En San Pedro de Macorís el único diario es *La Prensa*.

Capítulo VI

Educación y Religión

La educación en América se inició en Santo Domingo. La Universidad de Santo Tomás fue organizada en 1538, con el permiso y el respaldo del rey de España y del Papa de Roma. Era, claro está, para la educación de las clases privilegiadas y para servir a la Iglesia y al Estado. Su curriculum y facultades estaban enteramente dirigidas por la Iglesia. En la primera mitad de siglo de su existencia era conocida tanto por sus ilustrados profesores como por sus distinguidos graduados, que salían



de sus aulas hacia Puerto Rico, Cuba, México, Panamá y Sur América. La Universidad, junto con los demás departamentos de la vida de la colonia, gradualmente fue perdiendo su prestigio y desapareció cuando sus aventureros colonizadores oyeron el llamado de "hacia el oeste" en su búsqueda de oro, aventura y nuevos territorios para el Estado y la Iglesia. La universidad ha estado cerrada por largos períodos de tiempo y por esta razón ha perdido, ante la de San Marcos, en Lima, la designación de "la más vieja universidad de América". Cuando se produjo la ocupación americana la escuela estaba tan desorganizada que las autoridades la eliminaron por completo.¹ Sin embargo, ha sido revivida y ahora ocupa un modesto edificio cerca de la catedral. Los cursos son, más que nada, abogacía e ingeniería y el profesorado es reclutado entre los profesionales de la ciudad que solo van a la escuela durante las horas en que dan sus clases.

La larga serie de revoluciones que tuvieron lugar antes de la ocupación americana dejó al sistema educativo en condiciones lastimeras. Aunque había un deseo universal por las escuelas, las limitaciones financieras sólo permitían unas pocas. Tal parece que cada período que prometía un gran avance educacional, de repente era detenido por condiciones políticas adversas. Uno de los más serios retrocesos sucedió durante la ocupación haitiana, cuando las clases cultas dominicanas huyeron de la isla. El círculo intelectual, siempre destacado en Santo Domingo a pesar de los desestímulos, mantuvo su cultura enviando a sus hijos e hijas a estudiar fuera, sobre todo a Francia. El gobierno sostenía con becas un cierto número de estudiantes en los Estados Unidos y otros países (las cuales, desafortunadamente, han sido retiradas por el gobierno militar americano debido a la creencia de que se abusó de sus beneficios).

Durante la anterior generación, la educación en la República tuvo un resurgimiento notable, bajo la inspiración de Eugenio María de Hostos. ... El nació pedagogo, esa rara combinación de estudiante profundo y profesor inspirador. Aunque era de origen puertorriqueño, dedicó casi toda su vida a Santo Domingo, y pocos hombres son tan venerados por el pueblo. Hay un movimiento popular entre sus viejos estudiantes para recoger las notas de sus cátedras y publicarlas. Aparte de eso, él dejó unos cuarenta volúmenes de sus escritos. Otro notable autor dominicano, que tomó gran interés en la educación, fue la famosa poetisa Salomé Ureña, quien inició una nueva era de educación de la mujer al fundar una escuela de jovencitas, que existe todavía, pero ha perdido mucho de su prestigio.

La ocupación militar americana encontró cerca de 20,000 alumnos en las escuelas. Estos alumnos estaban en su mayoría en pequeñas escuelas privadas subsidiadas por el gobierno, en las cuales la única profesora, que daba clases en una habitación de su propia casa, enseñaba todos los cursos. Las condiciones, no sólo pedagógicas, sino de

¹ *Cerraron la universidad durante los primeros años de la ocupación, posiblemente para evitar la protesta estudiantil.*



higiene y morales eran usualmente muy bajas, como lo demuestra un visita a algunas de estas escuelas que existen todavía.

El avance que la educación primaria ha alcanzado desde la ocupación americana no es menos que sorprendente. El coronel Lane, del Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos, quien es ahora Ministro de Educación, es ampliamente conocido por su devoción singular a esta tarea. Nadie que haya hecho la ronda de las escuelas de la capital con él, como lo hizo este escritor, y haya visto el evidente amor de los niños y la admiración de los maestros hacia alguien que se toma el interés de un verdadero padre para con sus hijos, puede olvidar esta impresión. Una de sus más preciadas instituciones es la Escuela Correccional, donde se llevan a las más fuertes "pequeñas ratas de muelle", ladrones y limosneros para convertirlos en ciudadanos útiles, por medio de entrenamiento como zapateros, sastres y carpinteros. Además, está el *baseball* americano que no es de las menores influencias de la reforma, el cual lo juegan no sólo en esa escuela sino en varias otras bajo la inspección del siempre presente coronel, quien es secundado en forma muy capaz, por un joven dominicano educado en Baltimore, quien actúa como Superintendente de Escuelas.¹

En una de las escuelas que funciona en una casa que fue residencia del Arzobispo, quien con mucho gusto la alquila para este propósito, hay 400 estudiantes matriculados. Se está organizando un sistema de escuelas rurales tan rápido como se puede y se están plantando jardines en muchas. Hay veinticinco puertorriqueños entrenados en agricultura que fueron traídos para enseñar a los niños y a sus padres algo de agricultura moderna, a través de estas escuelas e institutos. Además, pronto saldrán algunos profesores de este tipo del propio Santo Domingo, ya que el gobierno está construyendo una nueva escuela agrícola cerca de la finca experimental que se abrió recientemente.

Aparte de la escuela correccional y de la escuela agrícola, el gobierno no está haciendo ni contemplando ningún trabajo industrial. El coronel Lane cree que la primera labor del gobierno es enseñar a los niños a leer y a escribir, ya que el objetivo de la ocupación americana es establecer un pueblo capaz de gobernarse a sí mismo, el cual debe tener la escritura y la lectura como sus principales herramientas y, como los fondos son tan limitados, él está dirigiendo todas sus energías hacia este sólo objetivo. No se ha hecho nada aún, ni siquiera para el entrenamiento de maestros, excepto que se agregaron dos años de entrenamiento normal en la única escuela secundaria existente en Santo Domingo. En la tremenda aceleración de la educación primaria, duplicando la matrícula cada uno de los tres años de la ocupación americana, se han tenido que utilizar todo tipo de maestros y de edificios. Los periódicos diarios contienen cada día anuncios para diez o veinte maestros. Viejos establos, cárceles y toda clase de edificaciones se están utilizando; se acondicionan rápidamente y se instalan escuelas.

¹ Se refiere al lic. Julio Ortega Frier.



El actual presupuesto para instrucción pública es de 1,500,000, una tercera parte de esta suma la suministra el tesoro nacional, otra tercera la municipalidad y la otra se obtiene a través de impuestos especiales.¹ Probablemente pasará algún tiempo antes de que, en justicia al pueblo, esta suma se pueda aumentar considerablemente. Se puede ver fácilmente la necesidad que hay de ayuda de fuerzas del exterior, especialmente en las líneas del entrenamiento industrial y en la preparación de maestros.

En el país hay muy pocas escuelas privadas, religiosas o seculares. En la capital hay dos pequeñas escuelas comerciales dando cursos por la noche y una escuela privada para muchachas, con 140 alumnas, dando cursos desde *kindergarten* hasta los grados primarios. Los episcopales manejan una escuela para niños americanos en la residencia del rector. La Iglesia Católica mantiene el colegio San(sic) Tomás con un equipo miserable, y tiene una matrícula de 21 niños con 8 estudiantes de sacerdocio. Hay pocas escuelas privadas de alguna consecuencia fuera de la capital. Las pocas escuelas primarias dirigidas por protestantes se mencionan en la sección sobre religión.

La Iglesia Católica Romana en Santo Domingo tiene una herencia noble. Fue aquí que el Padre Las Casas inició sus abnegadas labores en pro de los indios. Lo acompañaban un grupo de otros padres muy dedicados, quienes extendieron sus trabajos misioneros a las colonias españolas vecinas. La historia de su sacrificio y consagración es contada en forma fascinante en el volumen *Historia Eclesiástica*, editado por el actual Arzobispo, Monseñor Nouël.

La Iglesia recuerda con orgullo aquellos gloriosos días, mientras que el Arzobispo de Santo Domingo, porque esta fue la primera oficina de este tipo creada en América, todavía es considerado como el Primado de las Indias Occidentales. El actual Arzobispo es un fino caballero, si se permitiera, uno podría llamarle un "buen tipo", y es probablemente el dominicano más popular, tanto entre los americanos como entre su propia gente. A sugerencia de dos comisionados enviados a la isla por los Estados Unidos en 1912, el Arzobispo fue elegido Presidente de la República. Sin embargo, sólo estuvo en funciones por pocos meses, pues las cosas se pusieron tan difíciles que se fue del país y envió un cable con su renuncia. Él fue el segundo arzobispo en ser presidente durante esta generación.

La Iglesia ha perdido el prestigio de los viejos tiempos y a no ser por la popularidad del Arzobispo, es difícil saber cuál sería su status. Parece que nadie la mira con seriedad o que tenga nada que ver con los problemas ni con la vida en la época actual. No es que haya hostilidad —es sólo que ignoran su existencia excepto porque, a través de sus ceremonias y días de fiesta ofrece la ocasión para funciones sociales.

¹ Lo recaudado por el impuesto a la propiedad, introducido por los norteamericanos, era dedicado exclusivamente a la educación. La clase pudiente se opuso a ese impuesto, al afectarle directamente. Los ingenios norteamericanos también se opusieron al mismo.



El informe que uno recibe por todos lados es que los sacerdotes, por lo general, son de baja clase e inmorales. El capitán de un barco de vapor que ha navegado las costas de la isla durante veinticinco años, dice que los curas son los pasajeros de más baja clase que él suele transportar.

La enciclopedia católica reporta 66 sacerdotes seculares y 12 curas regulares, 32 hermanas de la caridad, 68 iglesias, 103 capillas y un seminario.

Es frecuente que un sacerdote forme parte del congreso o de los consejos municipales, no como curas, sino como ciudadanos.

El status de las propiedades de la Iglesia no está claro. Hubo recientemente un esfuerzo, siguiendo el ejemplo de México y otros países latinoamericanos, por nacionalizar las propiedades de la Iglesia, pero las autoridades eclesiásticas se opusieron enérgicamente y no se ha llegado a ninguna decisión definitiva a este respecto.

Refiriéndose a las condiciones religiosas en general, Schoenrich dice:

"La ausencia de fanatismo religioso está manifestada por la tolerancia otorgada a todas las sectas religiosas. Aunque es cierto que éstas están escasamente representadas. De la fe judía no hay probablemente ni dos docenas de personas en la República. Los protestantes son casi todos negros de las islas británicas y de las que antes fueron danesas, y otros extranjeros y descendientes de negros americanos. La Iglesia Wesleyana Metodista de Inglaterra mantiene una misión floreciente para éstos con capillas en Puerto Plata, Samaná y Sánchez, y una pequeña sucursal en la ciudad de Santo Domingo. La capilla principal está en Puerto Plata, la cual es también la residencia del ministro encargado de la misión. La Iglesia Metodista Africana también tiene pequeñas sucursales en Samaná y San Pedro de Macorís, aunque la palabra 'africana' no tiende a hacer a esta iglesia popular en Santo Domingo. Hay, además, una misión Bautista casi abandonada en Puerto Plata y en Monte Cristi. En todas estas iglesias los servicios generalmente se ofrecen en inglés. En San Francisco de Macorís, los servicios protestantes son conducidos en español por unos devotos que no parecen haber sido ordenados por ninguna secta en particular".

La Iglesia Episcopal Metodista Africana ha ejecutado el trabajo protestante más viejo en Santo Domingo. Fue establecida cerca de 1830, cuando el presidente Boyer trajo esclavos negros como colonizadores a la isla, que en esos momentos estaba bajo el control de Haití. Boyer envió un comité a los Estados Unidos y les hizo grandes promesas con relación a la tierra y otros privilegios que él les daría. Pero no cumplió sus promesas lo que provocó muchos sufrimientos y muchos de ellos murieron. Pero la colonia localizada en Samaná ha mantenido su integridad, sangre e idioma, y hoy día le recuerda a uno a los negros de la parte sur de los Estados Unidos. El Reverendo J. P. James es el presbítero a cargo de todos los trabajos. En Samaná ellos tienen una iglesia, con 325 miembros, casi todos de habla inglesa; de vez en cuando



dan un servicio en español. Tienen una escuela en la iglesia con 35 niños. Tienen una escuela, a unas nueve millas de Samaná con 85 alumnos; dos escuelas dominicales; cuatro trabajadores en todo Samaná.

En la ciudad de San Pedro de Macorís tienen una iglesia con 300 miembros, un ministro sin ordenar, una escuela diurna con 50 alumnos; se reúnen en tres ingenios azucareros de los alrededores; una escuela diurna y 100 miembros en los ingenios azucareros.

En la ciudad de Santo Domingo ellos tienen una pequeña tienda que les dio el presidente Boyer, la que utilizan como iglesia. En el presente hay como una docena de miembros. La única otra iglesia protestante de la ciudad es una pequeña capilla ruinoso al otro lado de la calle, que representa una división de su vecino más cercano. Al principio, esta iglesia estaba bajo la Alianza Misionera, pero recientemente fue trasladada a los moravos. Ambas iglesias son para negros de habla inglesa. Los episcopales protestantes dan servicio para americanos en el edificio del colector de Aduanas. Esta es la representación del protestantismo en la ciudad capital de Santo Domingo y no tiene ningún servicio en español.

El trabajo de los moravos está a cargo del reverendo T. Van Vleck, ubicado en San Pedro de Macorís. En esa ciudad ellos tienen una iglesia y un clérigo, con una escuela diurna en la iglesia. También tienen una pequeña iglesia en La Romana con dos o tres lugares más de predicación. Todo su trabajo es para negros de habla inglesa.

Los metodistas wesleyanos han tenido trabajo en Santo Domingo durante por lo menos medio siglo. Está a cargo del reverendo W. E. Mears, el único extranjero empleado por la Junta Wesleyana en Santo Domingo. Ha estado en Santo Domingo por más de treinta años, pero está desalentado por la falta de apoyo de parte de la oficina matriz. Hay una iglesia de habla inglesa en Puerto Plata que tiene un buen edificio en una colina y que ha ejercido una buena influencia sobre la comunidad. Recientemente, el señor Mears ha comenzado reuniones en español, las cuales son conducidas por un joven convertido en una habitación alquilada. Hay pequeñas congregaciones wesleyanas en Sánchez, en Samaná y en Monte Cristi.

Por el 1890, algunas personas tesoreras que pertenecen a la Iglesia Metodista Libre vinieron como trabajadores independientes al norte de Santo Domingo y comenzaron a trabajar en español. La misión ha tenido una carrera de altas y bajas. Ahora hay dos hombres y cuatro mujeres que trabajan en Santiago, en La Vega y en San Francisco de Macorís. Es una gran pena que la dedicada devoción de estos trabajadores no es igualada por el equipo con que están obligados a luchar. La escuela, que funciona en San Francisco de Macorís, está ejerciendo una influencia espléndida en la comunidad, aunque sufriendo mucho por la falta de ayuda. La aparentemente inevitable división ha llegado también a este trabajo, y un nativo ha sacado un pequeño grupo que se llama a sí mismo la Iglesia Nacional.



La Iglesia Episcopal acaba de comenzar a trabajar en la República con una capilla alquilada en la ciudad de Santo Domingo. En la actualidad ésta está a cargo del Archidiácono Wylie, quien, junto a su buena esposa, es indispensable para la colonia americana en Santo Domingo. En San Pedro de Macorís hay también una pequeña iglesia que en sus enseñanzas generales es Episcopal, pero cuyas relaciones con las autoridades de la Iglesia son muy sueltas. cuando se ofrece la oportunidad, se celebran otros servicios en pueblos cercanos y en plantaciones de azúcar. El trabajo actual y todos los programados son en inglés.

Con relación a esto, el Obispo Colmore de Puerto Rico, encargado de este trabajo, dice lo siguiente:

“San(sic) Domingo no es una república negra, aunque comparte la misma isla con Haití. Estamos orgullosos de nuestro gobierno, porque vemos lo que está haciendo por esta gente más débil, desgarrada por las revoluciones.

“Aunque hay una población densa, es casi enteramente rural. Debemos educar a esta gente en las líneas industriales de manera que sepan cómo ser buenos ciudadanos bajo las condiciones que vivirán el resto de sus vidas. Se les debe enseñar la dignidad del trabajo. No hace mucho recibí una solicitud de parte de un joven haitiano para que lo recibiera como aspirante al ministerio. El jefe de la escuela agrícola me había pedido que le enviara un par de nuestros muchachos y pensé que ésta era una buena ocasión para darle el entrenamiento que él necesitaba. Así que le hablé acerca de la oportunidad de obtener entrenamiento con sus manos, y me contestó: ‘No, yo no quiero trabajar, yo quiero entrar al ministerio’. Allí hay miles y miles de niños sin probabilidad de recibir ninguna educación en absoluto, y miles y miles de personas que viven sin ninguna asistencia médica excepto la que les da el brujo.

“Un elemento importante de nuestro trabajo es el negro de habla inglesa. Ellos han venido a Puerto Rico por miles desde las islas, donde trabaja la Iglesia Anglicana. Tenemos mucho que aprender de nuestros hermanos de la Iglesia Inglesa. Una mañana durante mi visita a nuestras nuevas posesiones, las Islas Vírgenes, como huésped del Obispo de Antigua, asistí a uno de los primeros servicios de la mañana y vi a la gente blanca y a la gente negra arrodillados juntos alrededor de la mesa del Señor. Tenemos muchas de estas gentes en la República Dominicana. Se estima que son por lo menos 20,000 en esa República solamente. ¿Me creerían ustedes si les digo que allí sólo hay un clérigo de la comunión anglicana para ocuparse de toda esa gente?”

El reverendo Philo W. Drury emitió un informe en 1915 con relación a la labor en Santo Domingo por parte de las misiones evangélicas, pues viajó al lugar para estudiar la situación. Aunque esto ocurrió un año antes de la ocupación americana, y desde entonces han ocurrido muchos cambios, parece oportuno citar lo siguiente de ese informe:



"Hay un número de razones que hacen que la labor inmediata en la República sea urgente. Parece haberse inaugurado una nueva era de estabilidad política y progreso material. A la par del progreso material se está haciendo un esfuerzo honesto por mejorar los intereses educativos del país. Estos hechos sugieren la urgencia de introducir el Evangelio en este momento, y entrar en la corriente de desarrollo y progreso, y por tanto crecer con el país. El esfuerzo que se haga ahora indudablemente dará mayores resultados que en ningún tiempo futuro.

"El costo de trabajo será alto. A consecuencia de los altos aranceles, el costo de la vida es algo mayor que en Puerto Rico. El arquitecto del gobierno, quien ha tenido experiencia construyendo, tanto en Puerto Rico como en Santo Domingo, estima que el costo de construcción en Santo Domingo sería el doble del de Puerto Rico. Otras investigaciones nos llevan a creer que el costo de mantenimiento de misiones en Santo Domingo sería como un 50 por ciento más alto que en Puerto Rico.

"Otra dificultad a considerar es el espíritu antiamericano que existe. Los Estados Unidos se vislumbran en el horizonte como un vecino poderoso que puede tener planes contra la independencia política de la República. El intercambio que los dominicanos han tenido con los americanos ha sido casi enteramente de un carácter político y comercial, y estas relaciones, sentimos decirlo, a menudo han sido de una naturaleza que despierta la antipatía contra los americanos en las mentes de los dominicanos. Sin embargo, el señor W. W. Russell, ministro de los Estados Unidos en Santo Domingo, nos informó que este espíritu antiamericano no es universal, y que aunque se manifiesta frecuentemente, se limita principalmente a los elementos disgustados y obrucionistas.¹

"Las dificultades no tienen, sin embargo, suficiente peso para evitar que la gente de Dios obedezca la Gran Misión y que incluya a Santo Domingo en su programa. Hay otras cosas que deben estimularlos a apoderarse de esta tierra. En la República hay completa libertad de culto. Ya hay un resquebrajamiento del dominio de la Iglesia Católica. Una prueba de esto se puede encontrar en las leyes pasadas, a pesar de las protestas del clero, sobre la libertad de culto, la modernización del sistema escolar, etc.

"Muchos de los hechos antes expuestos demuestran claramente que la gente de Santo Domingo ha entrado con determinación en la lucha hacia arriba, y estamos convencidos de que ellos se merecen la ayuda que les llegará con la introducción de la cristiandad evangélica. La lotería prevalece aquí con la autorización del gobierno, pero no todo el mundo aprueba el sistema de la lotería. En un informe exhaustivo rendido al Senado en 1910, el secretario del Tesoro condena la lotería en los términos más severos como incitadora a la vagancia, y en base a que tiene tendencias de un

1 *En otros relatos incluidos en esta obra, así como en otra documentación, se evidencia que la oposición a la intervención fue mucho mayor.*

carácter decididamente inmoral, él aboga por su abolición. Este informe, junto con otros documentos, indica claramente que se está atrayendo la opinión pública hacia éste y otros problemas similares sobre cuya resolución depende tanto el bienestar del país. Por donde quiera hay evidencias de nuevos ideales, y la tendencia general es hacia arriba.

“Otro incentivo es el constante intercambio entre Puerto Rico y esta República. Se estima que ahora hay por lo menos 15,000 puertorriqueños en Santo Domingo. Muchos de estos ya han recibido impresiones favorables del Evangelio, y sería fácil llegar hasta ellos. Nos encontramos con algunos que nos conocían en Puerto Rico y que invariablemente nos recibieron con cordialidad, y muchos expresaron su deseo de que se abrieran misiones Evangélicas en Santo Domingo. En muchos casos, sin duda, estos puertorriqueños ayudarían a vencer los prejuicios e inducirían a los dominicanos a asistir a los servicios. Es justo decir que con el trabajo que se está haciendo ahora, la Cristiandad Protestante no está siendo representada con justicia ante el pueblo dominicano. Todos los esfuerzos realizados para llegar a ellos han sido de un carácter independiente y, por lo general, sin éxito, así que le damos crédito a la aseveración que hizo un historiador dominicano hace unos cuatro años de que ‘los pastores de otras sectas religiosas no han convertido a sus creencias a un solo dominicano’. Lo que se está haciendo es uno de los argumentos más fuertes para que se haga más para que el protestantismo tenga una representación razonable ante esta gente”.

Lo que las agencias cristianas están haciendo para dar al pueblo dominicano una nueva forma de vida se puede resumir en pocas palabras. La Iglesia Católica es extremadamente débil, tanto en las escuelas como en sus iglesias. Para la Iglesia Protestante esta república es un campo prácticamente vírgen. Lo poco que se ha hecho ha sido entre los negros, por lo que muchos creen que la Iglesia Evangélica es sólo para gente de color.

El mismo hecho de que se ha ejecutado poco trabajo protestante en Santo Domingo, deja el campo libre para un plan de acción completamente nuevo, y da oportunidad para un programa unido, sin la introducción de un protestantismo dividido. Varias de las Juntas Misioneras que están ya trabajando en las Indias Occidentales están de acuerdo en formar una Unión de Juntas Fideicomisarias, elegir un Superintendente del trabajo, y llevar a cabo más actividades unidos, sin intromisión de divisiones sectarias como existen en los Estados Unidos. Esta Unión de Juntas Fideicomisarias tendrá la responsabilidad total de administrar los trabajos de las juntas colaboradoras.

El programa propuesto para los próximos cinco años incluye la apertura de dos centros principales: uno en la ciudad de Santo Domingo, en el sur, y otro en Santiago, en el norte. El principal trabajo en la ciudad de Santo Domingo será una iglesia institucional, erigida en un lugar prominente de la ciudad. Este edificio



tendrá un gran auditorio en el cual se puedan realizar todo tipo de servicios comunitarios. Tendrá, además, una capilla y aulas para clases, clubes y otras actividades organizadas. Habrá conferencias sobre temas morales, educacionales y religiosos; cursos de educación religiosa; un foro público; sociedades literarias; clubes de muchachos y muchachas; un kindergarden y una escuela nocturna; una clínica para los pobres y una biblioteca pública. Se construirá una escuela industrial en los suburbios de la ciudad, en la que se darán cursos de comercio, agricultura, sanidad, servicio comunitario, preparación para enseñanza rural y ciencias domésticas. Un hospital y una escuela de entrenamiento de enfermeras constituyen otra parte importante de estas actividades.


Se desarrollará un programa similar en Santiago, con excepción del hospital, el cual probablemente no será necesario, ya que ahora se está construyendo un buen hospital municipal. Se podría suministrar cooperación en la adecuada conducción del hospital si fuere necesario.

Se abrirán cuatro centros más pequeños, cuyo equipo principal será una iglesia institucional con un auditorio de tamaño suficiente para hacer reuniones comunitarias y mostrar películas educativas; aulas para clases nocturnas, clubes, cursos de educación religiosa y una biblioteca pública. Los cuatro puntos sugeridos para estas iglesias institucionales son San Pedro de Macorís, Puerto Plata, Sánchez y Azua.

FIN



ANDANDO POR
LAS INDIAS OCCIDENTALES

 Harry A. French

1921





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Henry A. Franck fue autor de varios libros en los que narra sus viajes, que efectuaba por placer y realizaba a pie: Viaje vagabundo alrededor del mundo y Vagabundeando en los Andes, entre otros.

Franck decidió hacer un recorrido por las Antillas, pero, en su nuevo status de casado, viajó en compañía de su esposa, utilizando medios modernos de transportación. Visitó Cuba, Haití, Puerto Rico, las Islas Virgenes, Trinidad, Jamaica, Guadalupe y Martinica. En Santo Domingo estuvo a principios de 1920, y su libro fue publicado en 1921. En esta obra confiesa que la misma era para ser leída y no para ser usada como guía de viajes.

Aquí reproducimos los tres capítulos que tratan sobre su estadía en Santo Domingo en plena ocupación norteamericana.

Franck entró a la República Dominicana desde Haití, por Dajabón, en un fotingo de un oficial de la Infantería de Marina norteamericana que prestaba servicios en el vecino país. Al igual que otros viajeros, de inmediato advirtió la gran diferencia entre las dos repúblicas, pero en su relato enfatiza un punto importante y poco tratado: la zona de Haití de donde procedía contaba con más árboles y foresta que la desértica zona entre Dajabón y Montecristi. En esta última ciudad fue hospedado por los infantes de marina y describe su forma de vivir, así como un curioso incidente que los involucró con el conocido reloj público de esa ciudad.

Franck continuó en carro por la línea noroeste hasta Santiago, donde también fue recibido por oficiales norteamericanos. Sus comentarios sobre las características de la juventud y el pueblo de Santiago son muy interesantes, al igual que sus descripciones de la industria del tabaco, incluyendo los problemas vinculados al nuevo gravamen de Rentas Internas que la ocupación había impuesto a los cigarros.

Después de degustar un puerco asado en las ruinas coloniales de Jacagua, Franck tomó el tren hacia Puerto Plata. De regreso a Santiago, continuó también por tren hacia Moca, visitando La Vega, el Santo Cerro y San Francisco de Macoris, donde presencié una fiesta religiosa. Siguió en tren hacia Pimentel y Sánchez, tomando allí un bote hasta Samaná. En esa ciudad, al igual que otros viajeros, se



interesó por los descendientes de los esclavos norteamericanos y entrevistó a su Pastor, de apellido James. También describe la colonia de descendientes de haitianos que habla allí.

El viajero cruzó la Bahía hacia Miches, desde donde, acompañado por soldados, cruzó las montañas hasta El Seibo, temiendo en todo momento ser atacado por los gavilleros. Desde El Seibo caminó hacia el Sur, a través de una zona aún llena de árboles, pues los cañaverales todavía no se habían extendido hasta allí, para luego llegar a los campos de caña donde no sólo se encontró con que los cortadores estaban en huelga, sino que casi todos eran "cocolos", o puertorriqueños. Una vez en San Pedro de Macorís, se trasladó en carro a Santo Domingo.

Siendo Franck norteamericano, pero viajero y escritor independiente, sus apreciaciones sobre las causas y consecuencias de la ocupación militar norteamericana son de gran interés. Después de describir las medidas tomadas por sus conciudadanos (el desarme, la ley de títulos de tierra, el establecimiento de una guardia nacional, el plan de educación, etc.), explica las acciones de los gavilleros así como la represión militar contra ellos. Específicamente describe cómo el líder Vicentico fue capturado y muerto. Luego comenta la actitud general de los dominicanos ante la presencia de los soldados norteamericanos y opina que la mayoría objetaba la ocupación, dando las razones de ese rechazo.

Para llegar a sus conclusiones, Franck se entrevistó, entre otros, con Desiderio Arias y con el cura párroco de El Seibo, ciudad ubicada en el corazón de la resistencia gavillera.

Describe el autor los aspectos negativos y positivos de la ocupación y entre estos últimos refiere la obligación de que los amancebados contrajeran matrimonio, así como el programa educacional. Analiza el carácter de los dominicanos y menciona su gran amor por las peleas de gallos. El monopolio de la carga marítima en manos de una sola compañía norteamericana es otro asunto singular tratado por este curioso viajante.

Desde la ciudad de Santo Domingo, Franck tomó un barco de guerra norteamericano hacia La Romana, donde notó que la sustitución de los bosques por los cañaverales ya había causado un grave cambio ecológico, pues las lluvias se habían reducido mucho. Una vez más afirma que los ingenios no empleaban a dominicanos, sino a haitianos, a "cocolos" y puertorriqueños. Finalmente, a bordo de un barco lleno de caña que sería molida en Puerto Rico, se trasladó a la vecina isla.

Además de seis fotos del propio Franck, hemos incluido otras de la época de su viaje, las cuales cubren su itinerario

La Tierra de los Agujeros de Balas

Ouanaminthe es el nombre “creole” haitiano de un pueblo que fundaron los españoles con el nombre de Juana Méndez. Es la estación fronteriza oriental para aquellos que viajan por tierra por la ruta norte de Haití a Santo Domingo. Podríamos haber quedado varados indefinidamente de no haber sido por la ya familiar amabilidad de nuestros paisanos en uniforme que se encuentran esparcidos por toda la república negra.¹ El transporte público no se conoce en Ouanaminthe. Los forasteros son muy escasos y los nativos confían en sus propios y amplios pies, que lucen como cascos. Viajar a pie está muy bien para un soltero solitario que no tenga otra preocupación que su mochila medio vacía. Pero para el que tiene una esposa por quien preocuparse, el largo camino pierde algo de su primitiva simplicidad. Sobre todo cuando nuestro equipaje se queda allí mirándonos con cara triste y aire de no me abandonen. Mientras estábamos en esa situación, que, de otra forma, hubiera sido muy triste, apareció el capitán Verner, encargado de la gendarmería de Ouanaminthe, quien con mucha delicadeza nos rescató, asegurándonos que desde hacía tiempo planeaba llegar a Monte Cristi para un urgente asunto de negocios.

El Ford del Capitán –de su propiedad, que se tome nota de paso, no vaya a ser que algún comité investigador levante las orejas– al poco rato estaba nadando en el río fronterizo Masacre, con esa anfibia facilidad que adquiere un “fotingo” en estas Indias Occidentales tan a menudo desprovistas de puentes. El cambio de una a otra civilización –¿o debería llamarlas dos intentos de civilización?– fue tan súbito, tan sorprendentemente abrupto, como la carrera a través del arroyo que aparentaba no poderse cruzar. Dajabón, disperso desde las cimas de arena de la margen occidental hacia las áridas y distantes planicies, en seguida nos recordó a Cuba; trajo a mi mente cientos de pueblos hispanoamericanos diseminados por el hemisferio occidental desde el Río Grande hasta la Patagonia. Con una pequeña excepción, la isla de Santo Domingo es la única en el Nuevo Mundo que está dividida en dos nacionalidades; es la única en toda la tierra, a menos que mi geografía ande mal, donde las masas hablan dos idiomas diferentes. Sin embargo, el poco profundo Masacre es una línea divisoria tan definida como si fuera un mar de muchas leguas.

¹ *Los Infantes de Marina ocupaban en 1921 tanto a Haití como a la República Dominicana.*

A diferencia de las casuchas haitianas que dejamos atrás, las casas de Dajabón eran muy habitables, aún para el exigente punto de vista norteamericano. En vez de negros harapientos y ridículamente remendados, de temperamento bovino, tendidos a la sombra de un bohío igualmente andrajoso, hecho de pencas de palmas y desechos de la jungla, hombres y mujeres comparativamente bien vestidos, en un rango de piel desde marrón claro hasta amarillo pálido, se sentaban en sillas en las sobresalientes verandas, o se recostaban sobre sus codos en las ventanas abiertas, mirándonos con esa atención fija que hace al más endurecido extranjero consciente de sí mismo en Hispanoamérica, la cual, en contraste con las vacías caras negras de Haití, era por lo menos una evidencia de inteligencia humana y de curiosidad. Las muchachas de la aldea, ataviadas con sus mejores galas domingueras, eran a menudo de aspecto atractivo, algunas innegablemente bonitas; cualidades que sólo un observador de ascendencia africana podría, por una gran generosidad, conceder a las *burguesas* haitianas dejadas atrás.

Hasta el cambio en el paisaje era sorprendente. Ya sea que el español colonizó por propia elección esas regiones que le recordaban las llanuras secas y poco sombreadas de sus propias Castilla y Aragón, o porque acaba con una foresta en donde quiera que la vea, es más probable que esté rodeado por vistas desnudas, marrones y semi-áridas. Haití había estado, en su mayoría, cubierto de bosques; una vegetación exuberante, lo suficientemente irrigada, se extendía hacia cada lado. La gran planicie que se extendía ante nosotros, más allá de Dajabón, estaba casi completamente ausente de árboles; excepto por unos separados, secos y espinosos arbustos, apenas crecía nada. Las lluvias, que eran tan frecuentes en la tierra de los negros detrás de nosotros, parecía que no había cruzado la frontera en meses.¹ En contraste con la *caco*-empobrecida² Haití, grandes manadas de ganado deambulaban por la inmensidad marrón, o se agrupaban en las raras pretensiones de sombras; pero lo que encontraban para alimentarse era un misterio, pues no había nada en las contadas y escasas manchas de pasto, quemadas por el sol, que pudiera ser dignificado con el nombre de hierba. Aun cuando más allá aparecía algo semejante a un bosque, resultaba ser un triste desierto de árboles enanos de troncos espinosos y ramas de salvajes espinas, sin indicios de maleza o plantas bajo ellos. Muerto, llano, monótono, hecho doblemente luctuoso por el lamento ocasional de una paloma silvestre, sería difícil imaginar un paisaje más pesado y poco inspirador que éste; el panorama que se extendía hasta donde alcanzaba la vista parecía completamente inhóspito para ser habitado por el hombre.

Debe ser una región poco prometedora, sin embargo, la que no produce por lo menos su cosecha de humanidad. Racimos de casuchas apiñadas unas contra otras, un poco menos miserables en estos distritos rurales, hay que admitirlo, que las de

1 *En aquella época llovía más en Haití que en la Línea Noroeste. Es probable que desde entonces la deforestación haya sido más acelerada en Haití.*

2 *"Caco" es la versión haitiana de los gacilleros que luchaban contra los Infantes de Marina.*

Haití, saltaban a nuestro lado de vez en cuando; enjambres de sus niños totalmente desnudos, de unos ocho, diez y hasta doce años, se precipitaban a través del terreno agrietado y endurecido por el sol para vernos pasar. A pesar de todo, en un aspecto por lo menos, estos ciudadanos del desierto eran superiores a sus prototipos haitianos –ellos sí hablaban su lengua nativa. A pesar de ambos estar familiarizados con el francés durante años, apenas lográbamos entender algo más que nociones generales de una conversación en “creole” haitiano. Por el otro lado, el dominicano más inculto hablaba un español casi tan claro y preciso como el que se escucha en las calles de Madrid. En la lengua castellana debe haber algo duradero, algo que estimula a la lengua más rústica. Donde quiera que uno la escucha, en toda la amplia extensión de América Central y del Sur; en las antiguas colonias españolas de las Indias Occidentales; en labios de los indígenas, los negros, los *mestizos* o los judíos del cercano Oriente; desterrada de España siglos atrás, con ligeras variantes en la pronunciación y enriquecida con vocabularios de las lenguas que ha suplantado, casi conserva su pureza original. En contraste, el francés se convierte en un híbrido de ruidos incomprensibles en boca de los esclavos y salvajes que demasiado a menudo hemos encontrado en Haití, y nos tocaría ver la lección repetida en las islas francesas de las Antillas Menores. Aun nuestro inglés no puede resistir el deterioro natural del aislamiento y los procesos vocales descuidados, como lo puede hacer el castellano. El lenguaje del Canadá y de Barbados, dos tierras con tan cercanos lazos con la misma madre tierra, parecen dos idiomas distintos. Pero, aun siendo cierto que los dominicanos hablaban su idioma con más pureza, sus voces no tenían nada del suave y casi musical tono de los negros del otro lado del Masacre. Su forma de hablar tenía un tonillo nasal quebrado, metálico, que crispaba los nervios, y casi tan desagradable como la cháchara aguda de las mujeres cubanas.

Aunque observamos todas estas diferencias entre las dos porciones de la isla, hubo otra que en ese momento nos impresionó mucho más violentamente. En todos nuestros saltos por las carreteras de Haití, buenas, malas, inenarrables, nunca nos habíamos retrasado ni siquiera por causa de un pinchazo. En la primera milla fuera de Dajabón fuimos favorecidos con cuatro reventones distintos y separados. En las veintiocho millas entre la frontera y Monte Cristi –pues es mejor oír lo peor todo a la vez– ¡logramos un total neto de no menos de diez!

Poco después del quinto, si mi memoria no me falla, fue que el abierto valle dio paso a un desierto erizado de espinas a través del cual se había abierto un camino de una amplitud generosa de unos veinte pies –*poquito* tiempo después, ya que de otra manera hubiéramos tenido el sexto reventón. Utilizo el término camino deliberadamente ya que no había realmente ninguna carretera. El dominicano desprecia tanto la construcción de carreteras como cualquiera de sus primos de ascendencia española. Con la intervención norteamericana se vio forzado, contra su voluntad y mejor juicio, a separar cierta cantidad de los dineros y de la mano de obra públicos para hacer posible la comunicación por rueda entre varias de sus provincias.



Pero aunque uno puede conducir un caballo sin freno por cualquier espacio abierto, no puede elegir el camino que éste tomará dentro de él. Con todo y lo amplio que era, la carretera era una extensión ininterrumpida de lodo marrón profundamente cuarteado y totalmente vapuleado, secado por el sol hasta lograr la consistencia de roca rota. A lo largo de ésta, el primer viajero que la atravesó, mucho tiempo después de las ya olvidadas lluvias, había serpenteado y vadeado su ruta por donde el fango era menos profundo, dando como resultado que lo único que se parecía a un camino se remontaba para atrás y para adelante por la carretera como un "río" español en su lecho ridículamente amplio.

Nos vimos forzados aquí y allá a gatear por la orilla extrema de una u otra pared de vegetación espinosa; a menudo el único sendero transitable se alejaba por completo del camino y serpenteaba por entre la maleza espinosa, con las ramas llenas de espinas azotándonos la cara. Grupos de enormes cactus de órgano y otros de la misma familia nos forzaban a hacer rodeos peligrosos. En el tope de una pequeña subida avistamos el "Morro" de Monte Cristi, una gran montaña rectangular y voluminosa que guía a los marinos tanto en tierra como por mar al puerto más occidental de Santo Domingo. Nuestras esperanzas comenzaron a revivir lentamente cuando —";Groughung!" nos ocurrió el sexto accidente —o era el séptimo? Recuerdo que el octavo nos sucedió en el fondo de la bajada, cuando tanto la luz del día como nuestros parches se estaban agotando. Cuando ocurrió el noveno nos encontrábamos totalmente a oscuras y nos reveló el hecho de que no había ni un sólo fósforo a bordo. Las luces del carro hacía meses que habían dejado de funcionar; uno no sale en *Ford* durante la noche en la isla de Santo Domingo a menos que sea bajo provocación extrema. Una casucha descubierta entre los matorrales tampoco tenía fósforos, pero la fogata para la cena que había en el suelo, a su lado, aún tenía unas cuantas brasas encendidas. Mientras Raquel sostenía la llama de uno de esos bejucos huecos que sirven como antorchas en Santo Domingo, lo más cerca que fuera prudente, improvisamos un parche que hubiera dejado boquiabierto a cualquier chofer experimentado. Cada crujido de los espinosos matorrales a nuestro alrededor recibía nuestra más completa atención. En Santo Domingo, al igual que en Haití, hay bandidos¹ y tienen mucho menos reputación de correr hacia la retaguardia. El capitán llevaba un revólver, un infante de la Marina norteamericana se siente como en su casa en cualquiera de las dos repúblicas de la isla. Pero el peligro de complicaciones internacionales había impedido que su negro gendarme auxiliar trajera el rifle que podría necesitarse de urgencia. Mis temores de perder un simpático acompañante se vieron aumentados grandemente en una ocasión cuando un estrépito entre los arbustos nos hizo girar a la defensiva. Una vaca errante pasó andando a nuestro lado y se perdió en la oscuridad de la noche.

1 Gavilleros. Para detalles sobre sus actuaciones ver las obras "El impacto de la intervención", de Bruce Calder, y "Los guerrilleros del este. Una epopeya calumniada", de Félix Servio Doucondray.



Al décimo accidente, sin luz y sin parches, perdimos el poquito de paciencia que nos quedaba y esto forzó a nuestro lastimoso caballo de batalla a caminar en tres patas. El camino tenía una graciosa forma de eludirnos cuando menos lo esperábamos, y una docena de veces durante la siguiente hora nos subimos contra la pared del bosque, encontrando nuestro camino de nuevo sólo por nuestro sentido del tacto. Entonces apareció, finalmente, un parpadeo de luz. Pero era sólo la aldea a la orilla del río Yaque, a través del cual deberían cruzarnos en lo que parecía ser en la oscuridad como el tope de una caja de jabón. Afortunadamente, se necesita poco para que un Ford flote. Nuestro caballo de batalla, lisiado, subió tambaleante la empinada margen al otro lado de este río principal de la parte norte de Santo Domingo, y media hora después entraba traqueteando al notable pueblo de Monte Cristi.

Sus calles eran tan amplias como el sendero de la colina que dejamos atrás, y, al igual que éste, sólo habían alcanzado la primera etapa de su construcción. Lo peor de todo es que nos vimos forzados a recorrer completas casi todas las calles buscando en vano algo parecido a un hospedaje. Nuestra situación era tal que hubiera sacado lágrimas de sal a los ojos más endurecidos a no ser por la gracia salvadora de toda la isla de Santo Domingo –nuestros propios hombres uniformados. Apenas habíamos descubierto al comandante en jefe de Monte Cristi, un capitán de la Infantería de Marina que llevaba el nombre de uno de nuestros primeros e ilustres presidentes, cuando rompió todas las marcas de hospitalidad, según nuestra propia experiencia, al entregarnos su casa completa. Nunca antes estuvimos tan convencidos del buen juicio de la intervención norteamericana en Santo Domingo como al final de ese explosivo día.

El pueblo, que, por otra parte, lucía a oscuras y desértico, estaba reunido con sus mejores galas en el lugar en que naturalmente lo haría cualquier otro pueblo hispanoamericano un domingo por la noche –en el parque central. Este, para comenzar, era sorprendentemente diferente a los parques abiertos y desnudos de Haití, con su consabida “patrie” de tribuna-y-palmera. Antes que nada, estaba bien pavimentado, algo que no se podría decir de ningún otro lugar en el pueblo. Lo rodeaba una elaborada verja de hierro; había cómodos bancos distribuidos por todos lados; árboles y arbustos de flores lo sombreaban durante el día y lo adornaban por la noche; las únicas luces públicas del pueblo daban una inusitada brillantez a los que se paseaban, circulando lentamente una y otra vez alrededor del parque, los dos sexos en direcciones contrarias, y sus voces y pisadas medio que apagaban los esfuerzos no muy existosos de un grupo de desacoplados varones, en el centro del parque, por producir sonidos musicales.¹ Era una escena tan típicamente española, como la árida y desértica place, con sus sobrenaturales y raros golpes de tambor flotando sobre ella, es innata de la República de Haití.

Sin embargo, no fue sino hasta la mañana que vimos en su totalidad el rasgo principal del parque y orgullo de Monte Cristi. Un monumento que sólo habíamos apreciado vagamente la noche anterior, a la luz del día se nos presentó con toda su

¹ *Se trata de una retreta.*

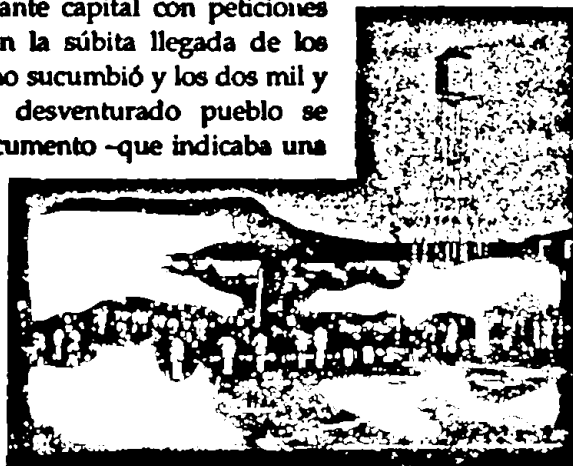


ambigua belleza. En el centro del ahora desierto parque se elevaba casi una réplica de la Torre Eiffel; su armazón de acero enrejado coronado por un gran reloj de cuatro caras, a unos cincuenta pies sobre nuestras mareadas cabezas. Bien pueden los montecristeños sentirse orgullosos de tener una estructura bastante única entre los parques del mundo.

De la torre de este reloj pende una historia que es demasiado sugerente del carácter de los dominicanos para dejarla pasar en silencio. Hace algunos años, antes de que los intrusos norteamericanos vinieran a ponerle fin a su deporte nacional, un dominicano candidato al Congreso vino en caravana a promover su candidatura por las cuatro esquinas del país. En cada pueblo prometía, a cambio de sentarlo en la augusta asamblea, que los ciudadanos tendrían fondos federales para aquello que más necesitaran para su felicidad cívica. Monte Cristi, que es la más alejada de la céntrica capital de todas las comunidades de Santo Domingo, tomó al político en serio. El pueblo unió todas sus rizadas cabezas y decidió que lo que más deseaba era –no un verdadero edificio para la escuela, para sustituir la casucha que tenían alquilada y en donde los niños no aprendían ni los rudimentos de la enseñanza, ni siquiera pavimento para algunas de las colinas de fango disfrazadas bajo el nombre de calles. Lo que sentía que necesitaba, más que ninguna otra cosa, era un reloj público que fuese la envidia de todos sus rivales por muchas millas a la redonda. El político aprobó tan completamente la elección que ordenó la inmediata apertura de negociaciones para su compra, sin esperar por la simple formalidad de una sanción congresional. En poco tiempo fue erigida la monstruosidad. Pero, por alguna razón, la influencia del recién elegido congresista entre sus colegas no era tan soberana como le había hecho creer a sus fieles partidarios. Algunos todavía afirman que él introdujo realmente una resolución para suplir al noble y patriótico pueblo de Monte Cristi de una necesidad primordial en forma de un reloj para la comunidad; si fue así, el proyecto murió en un comité, sin ser atendido por cura o doctor. Durante meses Monte Cristi bombardeó a la distante capital con peticiones dolidas, hasta que, finalmente, con la súbita llegada de los norteamericanos, el Congreso mismo sucumbió y los dos mil y pico de buenos ciudadanos del desventurado pueblo se encontraron cara a cara con un documento –que indicaba una dirección extranjera como lugar de emisión que, ¡caramba!– decía suscitadamente:

*"Por un reloj y torre,
Dr. _____ \$16,000
Favor de Remitir"*

Para colmo de males, los ridículos americanos que se hicieron cargo de las rentas del país tra-



El reloj de Monte Cristi

jeron con ellos la absurda doctrina de que las municipalidades debían pagar sus cuentas. Han pasado años desde que el exitoso político visitara el rincón noroeste del país, sin embargo, Monte Cristi, en lo que se refiere a sus finanzas, apenas empieza a gatear desde abajo de su espantosa torre de reloj, y a recobrar el aliento de nuevo tras quitarse semejante peso de encima. Extraña poco que todavía sus calles estén sin pavimentar y que sus niños todavía se agolpan en un cobertizo alquilado para obtener los rudimentos del aprendizaje.

Pero aquí no termina la historia de la famosa torre del reloj. Los que miran su pesada estructura superior desde el sur se encuentran con que hay un hoyo dentado justo sobre la cara del dial, entre las XII y la I. Es tan obvio que es un orificio de bala que el observador no podría dejar de sorprenderse si no fuera porque los hoyos de balas son tan universales en Santo Domingo como las peleas de gallos. Sobre esto existe otra historia.

A principio de la ocupación norteamericana, la selección de comandantes de la Guardia Nacional en el destacamento de Monte Cristi no era siempre feliz. También era normal que a un grupo de oficiales de la Infantería de Marina, desbordantes de juventud, sentenciados a pasar meses y meses en una somnolienta aldea dominicana, se les hiciera difícil encontrar diversión apropiada para sus largas horas de esparcimiento. Los pasatiempos se reducían naturalmente a intercambiarse fichas de póker y a consumir ciertas bebidas que supuestamente eran *taboo* en todos los círculos norteamericanos y más aún para la Infantería de Marina.¹ El poder del *agua-alegre* dominicana de producir hilaridad es famoso. Vino a ser costumbre del ganador en las cartas expresar su exhuberancia sacando su pistola automática y disparando varios tiros sobre su cabeza. Este medio de expresión habría sido lo suficientemente alarmante para los dominicanos desarmados, si los juegos hubieran tenido lugar al aire libre con el sol sobre el horizonte. Pero el encuentro era por lo general en el interior, usualmente en la vivienda del comandante, y el climax por lo general se alcanzaba a una hora cuando todos los nativos respetables estaban ya arropados y dormidos. El techo de planchas de zinc que nos cobijó durante nuestra noche en Monte Cristi corroboró el testimonio de los habitantes de que a menudo brincaban de sus camas convencidos de que les había caído encima aun otra revolución.

Una noche surgió una diferencia de opinión entre los jugadores en cuanto a la hora en que deberían canjearse las fichas por efectivo. El comandante ofreció sanjar la cuestión en forma equitativa. Parándose en la puerta, levantó su automática en dirección al famoso reloj de \$16,000 y disparó. La decisión estaba tomada; el juego se terminó a las doce y media. No es particularmente extraño que a la gente de Monte Cristi no le agraden extraordinariamente los norteamericanos, o la ocupación de los infantes de marina.

¹ Para esa época, el consumo de bebidas alcohólicas era ilegal en los Estados Unidos y esa prohibición se extendía a sus tropas en el extranjero.



El coche de correos –en la vida real el inevitable Ford– salió de Monte Cristi a la mañana siguiente de nuestra llegada, evitándonos la necesidad de telegrafiar a Santiago para solicitar un carro privado. La tarifa era razonable, en relación a lo que cuestan estas cosas en las Indias Occidentales –dieciseis dólares por un viaje de unas ochenta millas– y a pesar de las profecías pesimistas de nuestro anfitrión, pudimos disponer del asiento de atrás durante todo el trayecto. Nuestro chofer, de un tono marrón desteñido, tenía el mismo temperamento acelerado, nervioso, de sus primos cubanos, y se echó a correr a la velocidad de treinta millas por hora sobre unas “carreteras” que pocos conductores norteamericanos se aventurarían a tomar a diez. Sin embargo, tenía un éxito sorprendente en evitar saltos excesivos pues había conducido tan a menudo esta ruta tan increíblemente destartalada que sabía exactamente cuándo y dónde frenar para cada arroyo seco, cómo esquivar grandes pedregones o charcos de lodo peligrosos, y cómo caer de un nivel a otro sin romper un muelle o un eje. A la máquina le faltaba el silenciador, por lo que no necesitaba bocina, y como era un vehículo oficial no le cedía el paso a nadie excepto a las pocas plácidas carretas, cuya seguridad estribaba en su voluminosidad.

Muchas millas del viaje transcurrieron en un árido desierto de arena que sólo producía enanas y lúgubres forestas erizadas de espinas. De vez en cuando caíamos de una amplia caricatura de carretera a otra aún más abrupta y pedregosa; encontrábamos ocasionalmente una milla o dos de carretera tolerable. La escasez de viajeros era sorprendente en contraste con Haití. La poca gente que encontramos no andaba nunca a pie, sino en carretas desmañadas o montada en caballitos flacos, pero fuertes. Los habitantes más pobres se cobijaban en casuchas de ramas de palma, con pisos desnudos y rojisos de barro endurecido; los más acomodados fabricaban sus viviendas de troncos de palma cortados que tenían la apariencia de tablas de chilla. Las aldeas eran escasas y las casas aisladas, inexistentes. Casi todos los patios detrás o al lado de las casas estaban adornados con unos hornos de lodo al aire libre, sobre pilotillos, con techos rústicos de paja. En cada poblado nos deteníamos ante una mal construida oficina de correos para intercambiar bolsas de correo con un director de correos que en la mayoría de los casos no mostraba rasgos visibles de ascendencia negra. En los pueblos más grandes eran frecuentes los habitantes de pura raza blanca y era extremadamente raro ver tipos de pura sangre africana. Se le ha llamado a Santo Domingo un país mulato; encontramos que es más bien una tierra de cuarterones.

No era aparente de qué vivía aún la población más dispersa, pues casi en ninguna parte vimos personas trabajando los campos, y los pueblos parecían estar habitados en su mayoría por holgazanes bastante bien vestidos, o, en el mejor de los casos, por tenderos recostados. Probablemente subsistían de venderse cosas unos a otros. Las mercancías de las sobreabundantes tiendas estaban bien surtidas con comestibles embotellados, pero con poca cosa más, como las comidas enlatadas de los Estados Unidos. Ni viejos pailones de azúcar, ni viejas plantaciones francesas, ni viejas



negras con anchos sombreros de paja o chancletas chapoloteando con el paso de sus burros, ni mercados improvisados, o mendigos pidiendo a lo largo del camino. No se evidenciaban ninguna de las cosas comunes en Haití, excepto los gallos de pelea. Los jinetes que pasábamos montaban caballos bien ensillados, suavizados doblemente por el *pellon* hispanoamericano, o las peludas alfombras de ensillar. Las mujeres que los acompañaban colgaban incómodas de unas torpes sillas laterales, y estaban vestidas mucho más a la moda que sus prototipos haitianos, estando más en uso las túnicas rosadas, y, en lugar de las zapatillas sueltas, la mayoría llevaba zapatos tan elaborados como para satisfacer a una chica de compras en Nueva York. Los cementerios al extremo de cada pueblo eran forestas de cruces de madera, en contraste con las tumbas de cemento en forma de ataúdes de Haití.

Guayovin(sic), un pueblo de tamaño considerable y notable por su historia revolucionaria, el repartido caserío de Laguna Salada, el pueblo más grande de Esperanza, un pueblo tras el otro constituían la misma vista borrosa de amplias y arenosas calles, de tiendas con sus frentes abiertos y habitantes boquiabiertos. Pronto descubrimos una actitud ruda ante los norteamericanos; un resentimiento sombrío, pasivo, que recordaba la actitud en Colombia como yo la había conocido ocho años atrás. Había más cortesía superficial que en nuestra propia brusca y apresurada tierra; el dominicano, al igual que todos nuestros vecinos hacia el sur, cultivan una urbanidad externa. Pero, con excepción de algunos pocos que se preocuparon por demostrar sus sentimientos pro-americanos, para expresarse más que conformes con la ocupación extranjera que con la continua amenaza de la revolución, la actitud de silente protesta estaba en el aire por todos lados.¹

Al final de cincuenta kilómetros, durante los cuales sólo habíamos vadeado un patético arroyuelo, el paisaje cambió un poco para bien, aunque, al mismo tiempo, el camino se hizo aún más atroz. Hasta ahora, la única belleza en el paisaje había sido un bonito bosquecito de cactus florecidos, como candelabros invertidos, y los aterciopelados colores de las vistas desérticas. La vegetación de espinas, el chaparral y los cactus ahora dieron paso a los bambúes, palmeras como torres y otros árboles de gran altura, mientras el maíz y los frijoles comenzaban a vestir el suelo mortalmente seco. Cerca, hacia la izquierda, comenzaban a surgir altas colinas, y más altas aún un poco más lejos, hacia la derecha; entonces aparecieron hacia adelante laberintos de montañas de azul profundo, cadena tras cadena, amontonadas una tras la otra en una formación anfiteátrica, culminando con el pico de Tino (sic)² coronado de nubes, a unos diez mil pies sobre el nivel del mar y el punto más alto de las Indias Occidentales.

Navarrete, en concordancia con el inicio de una carretera excelente que debía continuar, excepto por dos puentes sin terminar, hasta Santiago, desbordaba con

1 *Versión más apegada a la realidad que la que aparece en otro relato incluido en esta obra.*

2 *El Pico Tina, hoy Pico Duarte.*



casas de verdad, algunas hechas de troncos de palma, la mayoría de ellas fabricadas con verdadera madera, con más hierro corrugado que techos de paja, algunas de sus paredes pintadas de rosa desvaído, verde o amarillo, y muchas de ellas francamente sin pintar. Una actividad comercial considerable ocupaba a sus habitantes. Más allá, el campo se hacía aún más verde, con bosques de palmas reales ondeando sus plumajes de avestruz con la ociosidad dignificada del trópico, y la carretera comenzaba a ondular, o, según nos parecía a nosotros detrás de nuestro super-ansioso chofer, se lanzaba y rodaba sobre las bajas faldas de las colinas. Hacia la izquierda nos topamos con una pequeña y oxidada línea de ferrocarril; más adelante, un tendido eléctrico y una docena de cables de telégrafo a horcadas sobre colinas y valles; atravesamos Villa González a exceso de velocidad y entramos en una región aún más verde de jardines de vegetales en una fértil tierra negra. Luego, de repente, nos encontramos en el tope de una elevación desde la cual se extendía todo el espléndido y verde valle del Yaque, a un par de millas se amontonaba Santiago de los Caballeros, sobre un terreno alto y ondulante, con montañas, aún distantes hacia la derecha, que habían crecido a una altura imponente. Una camionada de infantes de marina, monopolizando la vía en la forma inocente de obstruir qué habíamos visto a menudo en Francia, bloqueó nuestro avance por un tiempo; luego pasamos la inevitable plaza sombreada de todos los pueblos hispanoamericanos y logramos llegar con un resoplido a la oficina de correos de Santiago, en el justo momento en que el reloj de la catedral daba las tres.

Antes de que tuviéramos tiempo de poner un pie en Santiago, fuimos recibidos por mi viejo amigo el "teniente Long" de fama policiaca en la Zona del Canal, quien ya había puesto al pueblo en el ánimo apropiado para recibirnos. Desde los días en que habíamos perseguido maleantes juntos a lo largo de la franja de diez millas de la jungla panameña, el en otro tiempo teniente, ahora más propiamente conocido como "Big George" (Jorge el Grande), había seguido cosechando laureles como buen y verdadero servidor de la humanidad. Desde las orillas del canal, libres de felonías, hasta el comando de detectives de Puerto Rico, había sido un paso natural, y cuando ya él había detectado todo lo que había que detectar en nuestra isla de las Indias Occidentales, y apadrinó la compañía 17 de Infantería durante el último malentendido internacional, "Big George" aceptó la áugea tarea de iniciar a los dominicanos en los misterios del nuevo impuesto a la propiedad engendrado por los norteamericanos.

Hace mucho más de cuatrocientos años, cuando los pieles rojas del norte del Río Grande todavía no le habían quitado la cabellera al primer cara pálida, se fundó en el fértil valle del Yaque el primero de muchos Santiagos que hoy salpican el mapa de más de la mitad del hemisferio occidental. Treinta caballeros españoles, como la palabra se entendía en esos días de alardes, *hidalgos* que le habían seguido los pasos a Colón, fueron los fundadores originales; y por su noble cuna les fue permitido, por decreto real, llamar a su nuevo hogar con el nombre que todavía lleva oficialmente,



Santiago de los Treinta Caballeros. Aunque los actuales habitantes de este viejo y aristocrático pueblo no se consideran todos a sí mismos como "caballeros", ni en el sentido de los *conquistadores* ni en el moderno del término, algunas de las familias principales pueden rastrear sus ancestros en línea ininterrumpida hasta los hidalgos españoles. Muchos de estos descendientes de los grandes del siglo XV todavía conservan las armaduras, espadas y otras armas de guerra de antigua belleza de sus ancestros. Algunos hasta han conservado pura la sangre caucásica a través de todas las generaciones y frecuentes desastres de esos largos cuatrocientos años, pero la gran mayoría ofrece mayor o menor evidencia de mezcla africana en el árbol genealógico. El Cibao, como le llaman a la mitad norte de Santo Domingo, es la región en que primero los españoles encontraron en cualquier cantidad el oro que habían venido a buscar, y la hidalga Santiago siempre ha sido su ciudad principal. Destruída dos veces por terremotos, como tantas otras ciudades de las Indias Occidentales, saqueada por piratas e invasores en mayor número de ocasiones que las que quisiera recordar, ha persistido a través de todos sus infortunios.



*Guardias dominicanos en el parque de Santiago.
Fotografía de Harry Franck*

Pero, a pesar de sus rápidos inicios, Santiago no ha mantenido el paso con muchos advenedizos en el Nuevo Mundo. Apenas puede alcanzar a contar 20,000 habitantes, y, en cuanto a progreso e industria, ha decaído lentamente en el curso del tiempo. Las revoluciones han sido la principal causa de su atraso, pues las innumerables guerras civiles que han diezmando la población de la República desde que logró su independencia de la corona española, casi invariablemente se han centrado sobre la ciudad de los caballeros. Cien pueblos hispanoamericanos pueden duplicar cada una de sus características. Al lado del invariable parque central, con sus bancos sombreados, sus caminos diagonales y sus paseantes en el atardecer, se encuentra la voluminosa catedral, deteriorada por la intemperie, con sus campanas resonantes repiqueteando constantemente; la "casa consistorial" donde el consejo municipal holgazanea durante las reuniones semanales; los totalmente abiertos, pero exclusivos, clubes y las residencias de las familias más antiguas, con sus primeras plantas ocupadas por tiendas y cafés. En contraste con este parque, conservado orgullosamente, de él irradian calles rectas que o nunca han sido pavimentadas o sólo le quedan remanentes de lo que fueran una vez calzadas adoquinadas. Como en toda Hispanoamérica, la falta de trabajo cívico en equipo se nota en las aceras; las cuales son altas, bajas, ridículamente estrechas o inexistentes por completo, de acuerdo al capricho personal de cada dueño de casa, y son más bien galerías de la familia, que vías de derecho público. Sus casas, la mayoría de un sólo piso, nunca más altas que dos, son estructuras de algo más de la mitad de madera, el resto de

adobe o barro cocido, que en algún momento de su remoto pasado tuvieron sus fachadas embadurnadas con un encalado o pintadas escasamente de varios colores brillantes. La catedral, la casa consistorial, muchas residencias privadas, nuestra propia habitación del hotel, estaban agujereadas por hoyos de balas, tapados más o menos diligentemente, corroborando la evidencia verbal de las actividades revolucionarias de Santiago. Hay un ligera semejanza con los moros en la tendencia que tiene cada comercio de monopolizar una calle, excluyendo a los demás. Se puede encontrar una docena de barberías en una sola cuadra, cafés se agrupan juntos, tiendas de géneros con sus lánguidos dependientes masculinos se ubican hombro con hombro; con cierto grado de cómoda agresividad y exenta de individualidad. Más hacia las afueras, las toscas calles disminuyen entre las inclinadas casuchitas que parecen necesitar el apoyo y la asistencia mutua que comparten sus vecinos más cercanos al centro del pueblo.

No hay un sólo tranvía en toda la isla de Santo Domingo, o de Haití, como usted prefiera llamarla. Viejos coches deslucidos y desvencijados, con sus caballos sólo un poco menos flacos y descuidados que aquellos de Puerto Príncipe, vagan por una esquina del parque, detrás de la catedral, chillando sus ruegos a todo posible cliente que pase dentro de su campo de visión. Los automóviles no son desconocidos, pero todavía no han invadido a Santiago en masa. Los inevitables vendedores de billetes de lotería, que en Santo Domingo son de tirada municipal más que nacional y se parecen a los anuncios de alguna familia itinerante de actores de poca monta, importunan al caminante cada tantas yardas con falsas promesas de súbitas fortunas. En la catedral el visitante se encuentra a cada paso, cara a cara, con advertencias de que las mujeres deben tener sus cabezas cubiertas y que los devotos no deben escupir en el piso. La primera orden es acatada universalmente, aunque sólo sea extendiendo un pañuelo de manos sobre las trenzas rizadas, pero el último de ninguna manera es obedecido con fidelidad. Si hay algo de individualidad en Santiago de los Caballeros, que lo distingue de sus incontables primos abajo del Río Grande, lo son las estrellas y franjas¹ que ondean sobre la antigua fortaleza que da al plácido río Yaque, y los grupos de infantes de marina norteamericanos que de vez en cuando bajan por sus descuidadas calles.

El santiagueño(sic) común logra la dignidad de llevar ropa bastante tarde en su vida. Cada cuadra está adornada con niños desnudos, negros o marrones; la escena de un niño regordete de cinco años dando su caminata tan sólo vestido con un par de sandalias, un brillante sombrero rojo y una magnífica expresión de indiferencia no atrae la atención de nadie excepto la de los extranjeros. Las niñas muestran pudor por su sexo un poco más temprano en la vida, pero muchos muchachos aprenden a fumar cigarrillos, y hasta largos cigarrillos negros, antes de someterse a la incomodidad de sus primeras ropas. Esta libertad sartoria de sus primeros años puede ser lo que hace al hombre de Santiago propenso a alardear de una costumbre que disfrazo sus

¹ *La bandera norteamericana.*



años. Jóvenes de dieciseis, dieciocho, y alguien puede sospechar fácilmente que tienen veinte años, despliegan una extensión de piernas marrones entre sus pantalones cortos y las medias cortas que hacen que su tendencia precoz a frecuentar los cafés, a consumir bebidas fuertes y cigarros de hombres y a *enamorar a las muchachas* sea doblemente chocante. En general, son jóvenes inteligentes, comparados con sus vecinos haitianos, con agilidad mental para captar un argumento político o los misterios de un artefacto mecánico, aunque tienen la tendencia de todos los de las razas mezcladas de desacelerar sus procesos mentales poco después de alcanzar lo que para nosotros sería la adultez temprana. La *juventud* de Santo Domingo está comenzando a ver con un poco menos de desprecio el uso de las manos como medio de subsistencia, un avance que puede acreditarse grandemente a la ocupación norteamericana, no tanto a través de mandato y ejemplo como por la reducción de prebendas políticas y el establecimiento de exámenes genuinos para los candidatos a empleos públicos.

Tanto en su carácter como en su aspecto físico, Santiago es fiel al prototipo. Las formas exteriores de la educación se cultivan diligentemente; pero la consideración real, física, por el bienestar o conveniencia de los demás, brilla por su ausencia. El mismo hombre que se quita el sombrero y le da la mano a su vecino diez veces al día, no titubea en mantener todo tipo de molestias, desde una bandada de gallos de pelea hasta un burro que rebuzna, contra la paz y felicidad de ese mismo vecino; ni en aferrarse a una pared de la casa cuando le toca irse al "arroyo".¹ Un comportamiento altanero, un orgullo excesivo para el que sería difícil encontrar una razón real, los agobia a todos, excepto a la clase de mayor pobreza. En medio de las mezclas de tonos que componen la población, el observador casual podría concluir que no se podría ni pensar en una línea de color en Santiago. A medida que profundiza bajo la superficie, sin embargo, encuentra que hay una muy definida, y hasta varias que dividen a la población, no en dos, sino en tres o cuatro estratos sociales, aunque las líneas de demarcación no son tan claras ni tan inflexibles como en nuestro caso. Por ejemplo, uno de los clubes de pisos de baldosas que se encuentran en la plaza central, cuyo salón lleno de sillas está abierto ostensiblemente de par en par, no admite miembros cuyos ancestros no hayan sido ininterrumpidamente caucásicos, mientras otro al otro lado del parque no recibe ni blancos puros ni africanos de pura sangre.² Una característica divertida de la exclusividad del primer club es que la alta sociedad, después de lo que dicen haber sido un debate violento, se negó a admitir miembros norteamericanos, como protesta por "la interferencia injustificada de fuerzas superiores en nuestros asuntos nacionales". Como revancha, o más bien como indiferencia suprema hacia esa actitud, las fuerzas de ocupación han adquirido el local de al lado, y no se quedan atrás de los dominicanos en cuanto a la exclusividad. Podría ser mera coincidencia que cada vez que se da un baile en el club

¹ Hacer una necesidad fisiológica.

² Posiblemente se refiere al Centro de Recreo y al Centro Sirio-Libanés.



norteamericano, una orquesta aún más escandalosa, ubicada justo contra la delgada pared divisoria entre los dos locales de reunión social, ofrece inspiración para una diversión similar.

El negocio principal de Santiago, si uno puede juzgar por las frecuentes puertas abiertas de los almacenes, de los cuales sale el olor acre de tabaco sudado, es la compra y venta de esta narcótica planta. Llega en grandes fardos envueltos en *yagua*, o sea la gruesa base de la penca, tipo cuero, de las palmas reales, de la cual cada mata echa una al mes y que tiene usos tan variados en todas las Indias Occidentales. Mujeres y niños deshacen constantemente estos fardos y esparcen su contenido en varias pilas, con qué propósito, no está muy claro para el lego en la materia, pues siempre terminan volviéndolo a empacar en su misma *yagua*, en las que unos acarreadores oscuros los transportan una vez más hacia lugares desconocidos. Sin embargo, una cantidad considerable de esta cosa se consume localmente, pues Santiago tiene una fábrica grande de cigarros y otras más pequeñas, que llegan a funcionar hasta en un cobertizo de una sola habitación, en las que la producción diaria probablemente se podría poner en dos cajas –si no fuera la costumbre en Santo Domingo de amarrarlos simplemente en paquetes.

El fumador se debe comportar con circunspección en el Santo Domingo gobernado por los norteamericanos. Cada cigarro se envuelve no sólo con el usual anillo con la marca, sino además con un sello de rentas internas. Debe tenerse en cuenta el no permitirse el casi universal hábito americano de quitar el anillo antes de encender el cigarro. En Santo Domingo es ilegal quitar esta prueba de un origen legal hasta que la yerba se haya “consumido parcialmente”, y la interpretación experta y oficial de esta frase es que el despunte del extremo del fumador no constituye ni siquiera un consumo parcial, pues sólo el quemado de cierta porción del acostumbrado extremo opuesto, se considera como tal. Aún más, cuando finalmente usted se aventura a quitar la decoración, no deje bajo ninguna circunstancia de romperla hasta que no tenga ninguna semejanza con su estado original. Si a usted lo atrapan cometiendo cualquiera de estos actos ilegales antes especificados, ningún poder puede evitar que usted caiga en manos de “Mac”, quien se sienta en la misma oficina con “Big George” –siempre y cuando uno de ellos o ambos no estén persiguiendo malhechores similares en otro rincón del Cibao– enfrentando el cargo de violar, por voluntad propia, en forma ilegal y maliciosamente el Artículo 12 de la Ley de Rentas Internas de la soberana República Dominicana, y no hay camino más certero hacia la prisión.

Pero me estoy adelantando a mi historia. “Mac” hará su entrada oficial a su debido tiempo. Lo que comencé a explicar se debe a que uno puede ver frecuentemente una elefantina “marchanta” dominicana, a menudo con un camada de niñitos medio escondidos en los pliegues de su amplia falda, desfilan por la calle con aires de un afanado social de Nueva York, a pesar del paquete o dos de flanes o de plátanos en su cabeza, chupando arrogantemente un cigarro, cuyo anillo sugiere



falsamente que ella acaba de derrochar un dólar con su tabaquero. Es más, muchos dominicanos extra-cautos evitan toda posibilidad de caer en la red fumando serenamente a través del anillo, el sello y todo, lo cual, a decir verdad, no desmerita particularmente el aroma del cigarro nativo regular.

Hay bases sólidas para el Artículo 12. En los viejos y buenos tiempos, cuando no había batallones de infantes de marina que interfirieran con el deporte nacional de Santo Domingo, ya estaba instituido el impuesto del sello, y el consumo de cigarros era más o menos igual al del día de hoy; sin embargo, por alguna razón oculta, apenas se recaudaba una décima parte de los rentas actuales. Antes que todo estaban los cigarros "chivos", -queriendo significar no simplemente un chivo como tal, sino algo que se corresponde en las Indias Occidentales hispanas con nuestra palabra "soborno"- los cuales nunca pretendieron llevar un sello. Algunos de ellos se confeccionaban secretamente; un verdadero pilar de la estructura social de Santo Domingo se descubrió que operaba un fábrica clandestina de cigarros mucho después de que los norteamericanos se hicieran cargo de esta porción particular de la carga del hombre blanco. Otros eran colocados en el mercado privadamente, por fabricantes legítimos, quienes, además, suplían cierto porcentaje de mercancía legal. Un tercer esquema era llenar los bolsillos del inspector nativo con una marca selecta y aconsejarle que olvidara el asunto; otra alternativa más era comprar los sellos a un precio especial a un oficial de rentas internas que tuviera urgencia por efectivo. Pero la forma favorita de evadir las contribuciones de los políticos marrulleros de la capital era la simplicidad misma. Un fabricante de cigarros compraba cien sellos y se los colocaba a sus primeros cien cigarros. Su distribuidor, que podría ser él mismo, su esposa, su primo o cuando menos su *compadre*, recibía al comprador con semblante sonreído. "¿Cigarros? Por supuesto. Pruebe éstos. ¿Cómo está la señora hoy? ¿Y los niños? Curiosa exhibición que dio la cuarta pareja de gallos el domingo, ¿verdad? Los tratos en Santo Domingo no se cierran apresuradamente. Ya cuando se completó la transacción, el vendedor tuvo tiempo suficiente para quitarle desidiosamente los anillos a los cigarros y tirarlos en la gaveta del mostrador. El comprador no protestaba, aunque se diera cuenta de la manipulación, pues él estaba comprando cigarros, no sellos de rentas internas. Aseguran que en los viejos tiempos los anillos daban servicio continuo por uno o dos años. Pero hoy día, es un fumador muy descuidado el que se aventura a poner cigarros en su bolsillo sin asegurarse de que su prueba de legalidad está intacta.

"Big George" hizo arreglos para que pasáramos el primer domingo después de nuestra llegada en la más típica forma de celebración dominicana -tomar parte en un *lechón asado*. Su lugar de elección para la celebración fue también particularmente feliz. Un trote fácil a una hora del pueblo -fácil porque los caballos de monta de Santo Domingo, al igual que los de Cuba, gozan todos, o han sido dotados, de un trote simple que los convierte en un asiento tan cómodo como una mecedora- nos trajo a la finca de Jaragua, lugar exacto del primer asentamiento de Santiago



efectuado por los *hidalgos* castellanos. El primer terremoto hizo que tuvieran que trasladarlo de éste, el corazón del valle, hasta el farallón que da al Yaque. Las ruinas de una vieja iglesia de ladrillos y piedra, de un estanque de agua o baño público y largas hileras de piedras empotradas en el suelo, que marcan los restos de calles adoquinadas y paredes de casas, se encuentran medio cubiertas por broques y la maleza de una moderna granja de cerdos. Magníficas palmas reales se elevan en lo que fueran una vez privados refugios familiares; inmensos árboles tropicales se extienden sobre antiguos salones y le sirven como techos más graciosos que sus cubiertas originales de cana; los cerdos escarban frecuentemente monedas antiguas que pueden haber resonado hace ya mucho tiempo en los bolsillos del propio Colón.

Bajo la tupida y amplia sombra de un paternal y viejo mango, se sentaba un peón negro, dando vueltas una y otra vez, sobre un fuego de escogidos y aromáticos haces de leña, a un cochinito o *lechón*, ensartado en una vara de bambú. En la cocina exterior de la deliciosa casa de campo española de un piso, techada de tejas, un grupo de sirvientes de ébano de ambos sexos y de todas las edades, preparaban una docena de otros platos nativos, cuyo simple aroma hacía que un hombre hambriento se retirara a *sotavento*, con toda la paciencia que pudiera reunir, a esperar el llamado. Nuestro anfitrión y su familia, con sólo el suficiente tono africano en sus ancestros para hacer su pelo crespo, se afanaban aquí y allá, tratando de contribuir a nuestra ya perfecta comodidad. No hay una hospitalidad más genuina que la de la clase alta entre los hacendados de la América Latina rural, una vez que logran poner a un lado su mezcla de timidez y su más bien opresiva dignidad, en la cual comúnmente se envuelven ante los extraños.

En punto de sazón la víctima principal del festín del día, con su piel caoba tostadita por su reciente penosa experiencia, bañado en sus propios y tiernos jugos, fue deslizado de la vara de bambú a un plato gigante y le fue reservado el lugar de honor en la mesa familiar. Flanqueados por todos lados por el producto de la cocina –platos rebosados de yuca al vapor, flame majado con ajíes nativos, calabaza hervida, batatas rollizas, dorados garbanzos españoles y hasta un filete gigantesco– y éstos, a su vez, cercados por los anfitriones e invitados –que para esos momentos ya congenian completamente– con un descalzo sirviente de ojos atentos detrás de cada otra silla, comenzó la celebración. Vinos españoles que uno nunca hubiera creído que encontrarán su ruta hasta este rincón lejano del Nuevo Mundo, pusieron estos vasos rojos y dorados en una sucesión quizás demasiado rápida. Historias dominicanas de los viejos tiempos, bromas americanas revestidas de un vivaz castellano, reminiscencias de la ocupación haitiana por parte de la abuela, que aún conserva el brillo en sus ojos, todos se elevaron en una babel de hilaridad que flotaba a través de las inmensas puertas abiertas, con los deliciosos vientos alisios que soplan constantemente sobre las Indias Occidentales. Pero ¡ah! ¡la brevedad del apetito humano! Mucho antes de que el centro de atracción perdiera su semejanza al



afanoso cerdito del día anterior y mientras el grosero filete todavía seguía intacto, observando el círculo con aire indiferente, uno detrás de otro de los saciados convidados retiraba con ademanes y con gestos desdeñosos de desinterés la confitada papaya con especias que los sirvientes se inclinaban a colocar frente a él. ¿Qué puedo decir, además, de la cobarde conducta de "Big George"? Pues, con su ayuda, el lechón, y hasta el olvidado filete, podrían haber sido reducidos a proporciones más decentes, antes de que fueran abandonados a los ansiosos dedos de los habitantes de dientes centelleantes de la cocina. La dolorosa verdad es que el que liberó de fechorías a Puerto Rico, el antes azote de los criminales de la zona del Canal, el hombre que tan a menudo había dado un "discurso" a un desventurado miembro del 17 de Infantería por haber llegado un momento tarde al toque de diana, estaba ausente sin permiso. Hasta "Mac", con toda su familia de pequeños *Mackites* con sus caritas regordetas que daban un toque de la vieja Irlanda a este paisaje dominicano, había llegado a la escena en el momento crucial. ¿Qué excusa puede uno, entonces, fabricar para un soltero sin trabas cuyas piernas de siete leguas podrían haber cubierto la miserable distancia entre el nuevo y el viejo Santiago en un pestañear de ojos, quien, sin embargo, eligió abandonar a sus llamados invitados en medio de una isla infestada de bandidos? ¿Podría aún la licencia poética perdonar a un hombre, particularmente un hombre que mella la mitad de las puertas por las que pasa, que se queda en casa a escribir sonetos cuando podría estar participando de un *lechón asado*? Ciertamente, el admitir como testimonio el hecho de que el caballo que le suministró un incumplido dominicano no fue capaz de levantar del suelo las piernas de siete leguas ya estigmatizadas, no puede considerarse siquiera como circunstancia atenuante.

Capítulo IX

Viajes en el Cibao

En Santo Domingo hay dos ferrocarriles, los cuales están confinados al Cibao, o mitad norte de la república, los cuales, por mutuo esfuerzo, comunican a Santiago con el mar en ambas direcciones. El más diminuto de ellos es el Ferrocarril Central Dominicano, que cubre los cien kilómetros entre Moca y Puerto Plata, en la costa norte, con la antigua ciudad de los Caballeros como dos tercios de la vía hacia el interior. Es propiedad del gobierno, pero recibe órdenes de un administrador americano. Quema carbón suave, lo cual el viajero descubrirá pronto, para su pesar, y, a diferencia de la mayoría de las líneas al sur del Río Grande, sólo tiene una clase. Esto da como resultado que el pequeño tren de pasajeros que hace el viaje de ida y vuelta tres veces a la semana, y guarda el domingo, contiene una multitud heterogénea de pasajeros. Digo que "contiene" con dudas, pues es en cierta forma deformar la verdad. La simple aseveración de que sus rieles son de seis pulgadas



menos que una yarda debería ser señal suficiente para indicar al lector imaginativo la disparidad entre viajeros y vagones. De hecho, hasta las rodillas más cortas están expuestas a enredarse sin esperanza con las de su compañero o con los espaldares de *matán* delante de uno, y el hombre completamente desarrollado, que podría contemplar el paisaje que pasa, debe agachar por fuerza su cabeza hacia alguna parte cerca del hoyo de su estómago. El tren tiene sus virtudes, sin embargo, a pesar de todo eso. Los períodos más que indefinidos que demora en cada estación consecutiva dan, al que busca colorido local, amplia oportunidad para llegar a conocer cada pueblo y sus habitantes, máxime cuando es costumbre de estos últimos reunirse en masa a lo largo de las plataformas.

Formamos un grupo de cuatro para el viaje: "Big George", con sus sonetos ya despachados a su reclamante editor, era requerido con urgencia para sofocar una contienda entre sus dos subordinados nativos en el puerto norteño; el rumor de un alambique ilegal en la misma localidad había sido suficiente para enviar a "Mac" corriendo a la estación. Nos arrastramos hasta uno de los vagones de dos asientos con sentimientos encontrados. Para Raquel era bastante cómodo. Después de años de

experiencia con los estrechos y débilmente ensamblados muebles de América Latina, yo no debí haber tenido tan poca previsión al escoger —o al serme escogida— una esposa que requiriera una cantidad de espacio indebida. Además, "Mac" y yo habíamos sido golpeados en este celestial escabel el tiempo suficiente para aceptar un cierto grado de apretujamiento sin protestar. Pero si



Harry Franck y su esposa, junto a "Mac", en el tren rumbo a Puerto Plata

"Big George" se aferraba tercamente a la plataforma y miraba pensativo por encima de los carros delanteros, donde el bombero forrado de lana y el ingeniero estaban luchando por mantenerse ambos en la misma cabina, no era con el sólo propósito de obtener inspiración para unos cuantos sonetos de las frondas de las palmas reales que pasaban.

Sin embargo, casi estaba olvidando traer a "Mac" para su introducción formal, y no hay mejor momento para cumplir mi promesa que mientras estamos precipitándonos a ocho millas por hora sobre una región que ya habíamos visto en el Ford. Sargento jefe de una tropa de caballería americana, que ganó laureles en la guerra hispano-americana, había escogido quedarse en Puerto Rico cuando su conscripción terminó. Allí ayudó a poner en orden nuestra nueva posesión y se propuso la formación de una familia. Con el establecimiento del control de las

aduanas por parte de los americanos en Santo Domingo, en 1907, él fue el primero de nuestros compatriotas en aceptar la peligrosa tarea de patrullar la frontera dominico-haitiana. Derrotó él solo a muchas pandillas de contrabandistas, innumerables veces estuvo rodeado de bandidos o amenazado con un fin como el que sólo los proscritos del salvaje Haití y sus confederados dominicanos pueden inflingir a indefensos hombres blancos al caer en sus manos. "Mac" se ocupó de no estar nunca indefenso. Su confiable rifle no perdió nada de la precisión que había aprendido en el tiro al blanco; las tácticas de supervivencia y la voluntad de mando que había adquirido en su largo aprendizaje militar le fueron de creciente utilidad. Aun cuando le dispararon en una emboscada y fue marcado de por vida con dos grandes y anchas cicatrices bajo su camisa, no perdió su porte soldadesco, sino que les propinó una venganza memorable a sus enemigos antes de, a rastras, ponerse de nuevo a salvo. "Mac" no se ufana de esas cosas; más bien raras veces habla de ellas, excepto como antecedentes para sus chistosas historias acerca del control de la frontera en los viejos tiempos. Pero sus colegas de esos turbulentos tiempos aún cuentan de sus intrépidas hazañas.

Más allá de Navarrete, donde el tren comienza a dejar la carretera del oeste, el tren comenzó a subir lentamente en grandes curvas, más y más alto hacia la cadena de montañas del norte. Las palmas reales lucían como marcas para vistas escarpadas de vegetaciones más densas pero menos altas; casas dispersas de construcción tropical agazapadas aquí y allá en pequeños espacios limpios –limpios hasta de grama, la cual los españoles... [faltan algunas líneas en el original] ...los pasajeros se atropellaban en un restaurant de estación. Su larga mesa común estaba combándose bajo una media docena de estilos de carne y todos los vegetales y frutas nativos conocidos. Pero pobre del viajero que se aferraba a la dignidad de los buenos modales! Pues infaliblemente se encontraría clamando en vano por algo con qué decorar su segundo plato, cuando el chillido de advertencia de la locomotora de juguete anunciaba que estaba preparada para probar nuevas suertes.

La costanera del Atlántico de esta pequeña cadena de montañas era más ininterrumpidamente verde que el valle interior dejado atrás, pues tiene la primera opción de las lluvias que vienen del noreste. Café, maíz, manchas sombreadas de cacao y las gigantescas hojas del guineo vestían las profundas laderas. Había ganado pastando aquí y allá bajo el denso follaje. Cerca del ingenio de los Pérez,¹ bueyes enyugados por los cuernos tiraban por los insondables caminos masivas carretas de dos ruedas con altas cargas de caña. Varios de los pasajeros más inteligentes, una o dos mujeres entre ellos, habían encontrado asientos más cómodos en el "carro del equipaje" ubicado más adelante; un carro abierto en el cual uno podía escoger un sillón de camarote u otro asiento un poco menos cómodo entre el equipaje apilado sin

1 Común de Imbert. Probablemente se refiere al Ingenio Amistad.



orden ni concierto contra las dos paredes de los extremos. "Big George" invadió el techo donde algunos de nosotros sentimos el impulso de seguirlo por temor a que su abstracción sonetista provocara que quedara pendiendo de los alambres del telégrafo que colgaban bajo, atravesando las líneas a intervalos frecuentes. Esta forma "libre y fácil" de operar servicios públicos de "cuidese usted mismo porque nosotros no pensamos hacerlo", es uno de los encantos principales del trópico americano.

En La Sabana, con su ceiba majestuosa enmarcando el punto de partida inmediato, nos detuvimos a cambiar de locomotora. Los diez grados de inclinación para bajar a la costa habían llevado a la reciente introducción de las poderosas locomotoras Shea, para sustituir los anteriores rieles de cremayera que yacen en montones tirados al borde de la constantemente invasora vegetación. Destrozos de vagones, cual indefensas tortugas patas arriba, occidándose bajo sus crecientes mortajas de follaje debajo del terraplén de varias curvas cerradas, sugerían por qué se había hecho el cambio. Árboles y arbustos cubiertos completamente de una vegetación tipo hiedra, como si estuvieran vestidos de follaje, colgaban para secarse en el flameante sol a lo largo de la vía. El vasto paisaje de la costa de borde espumoso del azul Atlántico, con los techos rojos de Puerto Plata asomando a través de los árboles, se encogió y se esfumó mientras nos acercábamos al estrecho llano, a través del cual trotamos durante unos diez minutos más a través de campos de azúcar, mangos y guineos antes de que los pasajeros se logran desenredar a la orilla del mar.

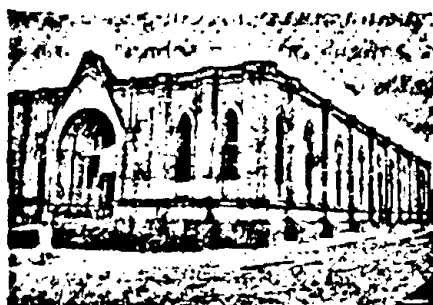
El puerto era algo más grande, más higiénico y de mayor movimiento de lo que habíamos esperado. Llevaban cacao, azúcar y tabaco en carretas tiradas por mulas hacia un buque de vapor que esperaba; aunque, hablando con precisión, al abierto fondeadero apenas si se le puede llamar puerto. El pueblo era bonito, sombreado en las afueras por cocoteros y otros árboles costeros del trópico y con todas las características hispanoamericanas usuales. Una iglesia, cubierta completamente con hierro laminado, formaba uno de los lados del encantador parquesito, cerca del cual estaban los habituales clubes abiertos; uno de ellos estaba ocupado por infantes de marina norteamericanos cuyos fonógrafos con música de "rag" y pasatiempos similares cargaban las brizas nocturnas más que todos los demás. El cementerio, al borde de las ondulantes colinas, estaba decorado agradablemente con arbustos de hojas afelpadas de color rojo oscuro, pero lo recuerdo más bien por el nombre de un sargento de la Infantería de Marina en la tapa de una de esas curiosas filas de tumbas tipo gaveteros, en el maciso muro exterior. ¡Extraño lugar de descanso final para un muchacho norteamericano! El no pertenecía a esta nueva generación de "cuellos de cuero" de la Infantería de Marina que se han asentado para hacer que Santo Domingo se comporte; lo habían dejado allí a principios de siglo, sacado probablemente de algún barco que pasaba. Los familiares coches golpeados por el tiempo, con sus discordantes campanas retumbando lánguidamente por las calles; una fábrica de fósforos que enciende todos los cigarrillos de la revolucionaria república lucha por



hacerse espacio entre las viviendas; bandadas de mosquitos nos llevaron a buscar refugio temprano dentro de nuestros *mosquiteros* de cama; toques de corneta norteamericanas rompían de vez en cuando la suave brisa de la noche, y un enorme y generoso hoyo de bala le dio el toque nacional final a nuestro baño en el hotel de débil ducha y desprovisto de bañera.

Nuestro viaje más largo hacia el este, desde Santiago, coincidió felizmente con los recorridos mensuales de inspección de su distrito realizados por "Mac" y por "Big George". El recorrido hacia Moca, a través de un valle rico y llano que se extiende a lo lejos hacia el sur, nos proveyó de nueva evidencia sobre la fertilidad de Santo Domingo. Guineos y cacao, maíz y yuca en los mismos campos, y de vez en cuando una que otra plantación de café, constituían los cultivos principales. Aquí y allá se trasplantaba tabaco. Frecuentes poblados estaban ocultos en el verdor; Por ningún lado había evidencia de una pobreza tan abjecta como la de Haití. Una sección de la nueva carretera que, bajo incentivo americano, está destinada a conectar algún día a Monte Cristi con la lejana capital, seguía las líneas del ferrocarril, pero su negra superficie arcillosa, endurecida en enormes grietas y surcos desde el final de la última temporada de lluvias, la hacía un riesgo demasiado aventurado aún para el valeroso Ford. Un largo viaducto elevaba el tren a través de lo que los hispano-americanos llamaban un río, y un momento más tarde habíamos llegado al final del ferrocarril del gobierno.

Moca, famosa por su café, que muchas veces se toma como de origen árabe, se considera un "pueblo blanco", por un ligero aumento en el porcentaje de puros o casi puros descendientes castellanos. Gracias a las colinas cubiertas de café hacia el norte y a la vasta y fértil planicie hacia el sur y hacia el este, es rico por encima del



*La iglesia de El Rosario, de Moca,
en construcción en 1918*

promedio, y hay rumores de que se podría sacar oro de sus jardines y patios traseros. Hay una razón especial para esto, pues, al igual que su vecino, Salcedo, siempre ha sido un centro de revolucionarios, bandidos e intrigas políticas. Dos presidentes han sido asesinados en sus calles; su odio por los norteamericanos es tan mortal como se atreve a serlo bajo un firme comandante de la infantería de marina. Un excelente mercado encementado, moderno, contrasta con los polvorientos espacios abiertos, con sus

harapientas negras acucilladas, de Haití. Lo que fuera diseñado para ser una imponente iglesia de piedras, sin embargo, no ha alcanzado a ser terminada. No hace mucho, el "padre" residente tuvo la feliz idea de instituir una lotería para engrosar las contribuciones de sus morosos parroquianos, y dos cuadradas flamantes nuevas torres de cemento son el resultado de esa inspiración. Pero el tiempo se desliza más

rápido que los mejores proyectados esquemas: a medida que se elevan las torres, las ya añejas paredes se van desmoronando, y el lugar real de adoración apenas consiste de un techo de cana roto, sobre soportes, que sólo cubre una parte del recinto a medio encerrar.

El "Ferrocarril de Samaná y Santiago", ninguno de cuyos pueblos alcanza realmente, conecta en Moca con la línea del gobierno y corre hacia el puerto de Sánchez en la costa este, con cortos ramales a La Vega y San Francisco de Macorís. Es popularmente conocido como la "Línea Escocesa", tiene unos treinta años y todavía está equipado con los rieles originales, pero tiene un calibrador, vagones más cómodos y mejor ventilados, un asiento de rodamiento más fácil, un servicio diario en ambas direcciones, excepto los domingos, y alcanza una velocidad ligeramente mayor que su rival. La corta carrera a La Vega, con un cambio de carros en Las Cabullas, se hace a través del mismo rico valle. Fundado por el mismo Colón en una localidad un poco diferente, este centro de un espléndidamente fértil distrito agrícola y de cacao es casi una réplica de Moca, casi rodeado por el río Camú. Rico fango negro, como debe ser en una región en la que se cosechan mazorcas productoras de chocolate, retrasa las pisadas del visitante y del residente por igual en casi todas las pocas cuadras que bordean el parque, aunque todas sus calles estuvieron una vez pavimentadas con piedras por órdenes de un gobernador haitiano. A "Mac" le interesaron sus destilerías, sus tiendas y la oficina de rentas internas; "Big George" utilizó sus piernas de siete leguas para valorar las propiedades del pueblo en un corto día,¹ pero nuestra curiosidad se centró en el "Santo Cerro" y en las ruinas del asentamiento original. A decir verdad, este último no da a la imaginación del viajero mucho para contar. A unas cuantas millas del pueblo moderno, a lo largo de una sección de superficie empedrada, de la que habrá de ser una carretera nacional, se encuentran los restos de unas pocas paredes de piedra, una o dos antiguas angostas fortalezas, y lozas de buena argamasa española antigua que han sobrevivido a los rojo-pálidos ladrillos planos que una vez unió, todos ocultos en la caliente y húmeda soledad de una descuidada plantación de cacao.

El gran lugar de peregrinación de la región, es más, el lugar más venerado de todo Santo Domingo, lo es el Santo Cerro, una colina regordeta coronada por una macisa iglesia de piedra, a una milla más o menos más cercana al pueblo. De vez en cuando un fiel creyente viene todavía desde un lejano rincón de la república y asciende de rodillas la larga cuesta empedrada, aunque tal devoción medieval casi se ha apagado, aún en Santo Domingo. La iglesia en la cima se encuentra bajo la custodia especial de *Nuestra Señora de las Mercedes*, cuyas curas milagrosas tienen fama de no tener igual en ningún otro lugar del mundo católico. Un poblado de inválidos supersticiosos se amontona a la entrada del recinto, en casuchas destartadas con techos de paja; ciertos días del año el sagrado tope de la colina es atestado por el más moderno tipo de peregrino, quien a menudo viene en coche o en motor.

1 Para poder luego aplicar el impuesto a la propiedad recién establecido por los norteamericanos.

Cuenta la historia –y hasta cierto punto al menos es históricamente precisa– que Colón y sus hombres habían acampado en la colina, cuando divisaron una horda de indios que venían subiendo desde la vega abajo, determinados a su inmediata destrucción. El descubridor estuvo a nivel con la ocasión. Pidiendo a sus hombres que cortaran una rama de un enorme *níspero* bajo el cual él había estado descansando, lo convirtió en una rústica cruz y la plantó ante el enemigo que avanzaba. “Entonces”, según el cauteloso viejo padre italiano, quien hoy día reemplaza a su ilustre compatriota, “yo no estaba presente, así que no puedo confirmarlo, pero *ellos dicen*” –que la virgen de Las Mercedes se apareció en el cielo y salvó el día a los conquistadores. Sea como fuere, los indios fueron repudiados y los españoles en seguida se dispusieron a construir La Vega, la Vega vieja, o sea al pie de la colina.

La iglesia de peregrinaje es moderna, marca el lugar de la antigua que fue erigida sobre la improvisada cruz. Ella también está generosamente marcada con hoyos de balas remendados, pues los revolucionarios dominicanos no tienen remordimiento en usar hasta un edificio santo como barricada. Adentro, además del ricamente ataviado muñeco sobre el altar y las cucharías brillantes usuales en tales lugares, hay un hoyo cuadrado, en el pavimento de mármol de la capilla principal, lleno de tierra amarillenta. Está supuesto a ser el lugar exacto en el cual Colón erigió la cruz, y las propiedades curativas de la tierra que hay en él dependen solamente de la fe del que busca salud –y ciertas otras pequeñas formalidades indispensables que son inseparables de toda cura sobrenatural. Los píos dominicanos entran descalzos en el “santo hoyo”, murmurando “promesas” de gratificación a la complaciente virgen si su salud les es restaurada; y aun aquellos que rehuyen revelar sus dolencias pedales en un lugar tan público, se llevan una pizca o un puñado de la sagrada tierra. Sin embargo, el “hoyo sagrado” no es el hoyo profundo que uno se imaginaría que cuatrocientos años de excavación deben haber dejado. Más bien está un poco por encima del nivel de la tierra afuera de la iglesia. Pues no importa cuánta tierra amarilla sea sacada durante el día, la mañana siempre encuentra el hoyo lleno de nuevo por algún “milagro” –que de alguna manera trae a colación visiones de un pobre y anciano peón nativo deambulando en las horas más oscuras de la noche con un saco y una pala.

El *níspero* original permaneció por más de cuatrocientos años en el lugar exacto en que lo encontró Colón. No fue sino hasta el mes de mayo anterior a nuestra visita que finalmente cayó –“por descuido; por falta de cuidado”, como dice tristemente el padre actual. Pero el viejo pío italiano ha plantado en su lugar un hijo del histórico árbol –una rama que ya muestra una voluntad de llenar los pasos de su “padre”– y con la madera de este último ha hecho un cajón de crucesitas, las cuales él regala a “los verdaderos creyentes como reliquias sagradas; a otros como recuerdos”– aunque no hay nada que impida que el que las recibe, de cualquiera de los dos tipos, ponga en las exangües manos del padre un pequeño recuerdo “para mis pobres”.



Aunque Colón nunca lo hubiera subido ni se hubieran practicado “milagros” en él, el Santo Cerro sería un lugar al que valdría la pena venir de lejos a ver, o por lo menos para mirar desde él. La maravillosa y plana Vega Real, el más espléndido valle de Santo Domingo, si no de las Indias Occidentales, se despliega allá abajo en toda su extensión. Profundamente verde, salpicado de palmeras sobre el mar de su vegetación, aún sus lugares cultivados manchas de ininterrumpido verdor; con Moca, Salcedo, el más distante “Macorís” y media docena más de pueblos claramente visibles; un espumoso río brillando aquí y allá, amurallado en la vasta distancia por cordilleras que se elevan a alturas de pinos, hay pocas otras vistas en el mundo tan extensas, verdes o fascinantes como este valle, que en más de la mitad es virgen todavía. Comparado con él, en todos los aspectos, el muy famoso valle del Yumurí(sic), en Cuba, tiene poca importancia.

Una cabalgata de varias horas a través de este jardín del mundo del futuro, con un cambio hacia, y luego desde, la vía principal, nos trajo al anochecer a San Francisco de Macorís. A diferencia de casi todos los demás pueblos de Santo Domingo, éste es de origen moderno, apenas un mozuelo de un siglo de existencia. Se encuentra donde la Vega Real comienza a inclinarse hacia las cordilleras del norte, con extensas haciendas de cacao, de hábitos más bien indolentes, ocultas entre las colinas a su espalda. Un pueblo llano de techos de hojalata, sus afueras disimuladas bajo los árboles tropicales, no ofrece ningún interés especial al simple viajero.



Merado de San Francisco de Macorís — 1920

Una “fiesta” en honor de *Nuestra Señora de la Altagracia*, la cual había comenzado con un ruidoso y discordante batir de campanas de iglesia, pequeños tambores y fuegos artificiales caseros durante nuestro día en La Vega, bramó durante toda nuestra estadía en “Macorís”. Toda la población capaz de poner un pie detrás del otro se unió a las procesiones religiosas que frecuentemente encaminaban su paso funeral a través de las semi-empedradas calles. También encontramos diversión en una corte local, donde un viejo juez, con sentido común, dispensaba justicia de una manera informal e imparcial, que parecía extraña en una atmósfera latinoamericana; particularmente en un país donde sólo cinco años atrás la mayoría de las decisiones iban al mayor postor. El avance sugería que Santo Domingo podría ser un éxito, siempre y cuando algún poder superior lo mantuviera estable, al nombrar la mejor clase de funcionarios y teniendo siempre el ojo puesto sobre ellos. Un tercer punto de interés, que ningún visitante a Macorís del norte debería desdeñar, es una charla

con el "viejo Castillo".¹ Nacido en 1834, con su mente todavía extremadamente activa, este nieto de la vieja España ha sido una de las principales fuentes de información para los comandantes de la infantería de marina más inteligentes del distrito. Sus reminiscencias personales de la dominación haitiana; cómo, siendo un niño, se maravillaba de los altos sombreros y de los bellos, aunque a veces ridículamente empatchados, uniformes de las tropas negras del oeste, constituyen una colorida fotografía digna de verse, aun cuando él no fuera el único general sobreviviente de la guerra, contemporánea con nuestra propia lucha entre el norte y el sur, que logró la expulsión del régimen español de Santo Domingo.² Su resumen del estado presente de la república revolucionaria es el mismo que el de casi todos los elementos conservadores de la población. Durante veinte años estuvo convencido de que la intervención sería para el bienestar futuro del país; por lo menos durante diez la deseó ardientemente; lo consideraría una desgracia nacional el que tuvieran que retirarse antes de que una nueva generación haya sido completamente curada de la *empleomanía* y el desgobierno, que se habían convertido en la maldición de la vida dominicana. Las fuerzas de ocupación habían cometido errores, más bien de parte de los subordinados que por parte del alto mando, pero la lista total de ellos, estaba convencido, había sido más fácil de sobrellevar que la menor de sus constantes y recurrentes revoluciones.

La máquina que nos había llevado al borde de la vega no se había recuperado lo suficiente de sus esfuerzos como para aventurarse de nuevo hacia abajo, y la locomotora de la línea principal se vio forzada a retrasar su compromiso de venir a buscar-nos. Es típico del encanto llevadero de los trópicos que el ingeniero del día anterior se negara profanamente a intercambiar su "corcel de carbón" por el de su colega del este, a pesar de las órdenes telegráficas de parte del maestro de transportación, transmitidas debida y oficialmente a través del agente de la estación; de ahí nuestro nada inesperado retraso. Más allá del cruce de La Jina, la vega de denso verdor cambió gradualmente a unas sabanas amplias y marrones que no dejan de parecerse a nues-

tras praderas del oeste. Estas de nuevo dieron paso lentamente a *mata(sic)*, una zona semidesértica, sin cultivar, con llanos espacios abiertos. Pimentel, un pueblo bastante grande, en el cual los viajeros hacia el más importante Cotuf cambiaban de los carros a monturas, era seguido por Villa



Pimentel con su vida ferrea

- 1 Probablemente se refiere a Manuel María Castillo (1833-1921) quien, efectivamente, fue general de la Restauración. Sin embargo, en 1920 creó una junta nacionalista en San Francisco de Macorís, por lo que difícilmente podría haber expresado las ideas sobre la ocupación que cita el autor.
- 2 Se refiere a la guerra de la Restauración.

Riva, sobre el Yuma(sic),¹ el río más grande de las Indias Occidentales y navegable por pequeñas galeras. El paisaje se hizo aún más abierto con inmensos árboles proyectando aquí y allá las redondas sombras del mediodía y semillas de cacao secándose en rudas plataformas elevadas o en alfombras de hojas esparcidas francamente sobre el suelo ante cada *bohío*, casucha o vivienda de palma. Palmas reales se extendían en estrecha pero rota formación a través de las llanas tierras, y más allá, sobre un alto cerro, como soldados en un ejército arbóreo en huida desordenada. Entonces, el tren avanzó a través de una región pantanosa, donde los flancos de los rieles son cubiertos frecuentemente por el agua salobre, y la exhausta máquina entró tambaleante a Sánchez tan sólo tres horas más tarde.



Anunciando una película

Esparcida en la base de una loma rocosa cubierta de árboles, en la curva interior de la gran herradura de la bahía de Samaná, Sánchez no es mucho que ver, a pesar de su considerable importancia, desde el punto de vista dominicano, como principal puerto noreste y centro de operaciones de la "línea escocesa". Varios almacenes de planchas de hierro y un largo muelle de madera salpicado de semillas de cacao y las abundantes cenizas de una locomotora, son sus características principales. Desde la virtual derogación del impuesto de exportación al cacao, con "Big George" y el nuevo impuesto a la propiedad para sustituirlo,² su actividad se ha incrementado de alguna forma.

Como muchos otros rincones de Santo Domingo, Sánchez, picado por mosquitos y jejenes, sería un lugar triste a no ser por nuestra pequeña fuerza de ocupación. Los mismos nativos lo reconocen así, como lo demuestra su constante solicitud de atención médica a los no-invitados extranjeros. Con la posible excepción de la capital, la república está tan escasamente provista de médicos que a los doctores de la Infantería de Marina, que deben velar por la salud de los marinos, se les permite la práctica civil. Hasta en Santiago, con sus 20,000 habitantes, la gran mayoría de la población no ha tenido hasta ahora más remedio que pegarse una hoja verde en cada cien para sus diversas dolencias. La juventud brillante del país no veía razón para someterse a la árdua formación vinculada a la profesión médica, cuando el estudio de las tácticas revolucionarias prometía resultados mucho más rápidos. No es extraño que el populacho pobre e ignorante, que no conoce mejor camino a seguir, lleve sus dolencias al Santo Cerro, para embarrarse allí con la tierra santa, con la ardiente

1 Debe ser el Yuna.

2 Las fuerzas de ocupación eliminaron los impuestos de exportación copiando la prohibición constitucional norteamericana en ese sentido. La medida beneficiaba a los ingenios norteamericanos.

esperanza de mejorar; y puede ser que los simples curas que los inducen a esos ridículos absurdos no sean tan viles, como parecen ser desde nuestro más elevado punto de vista, pues ellos pueden también, en su ignorancia, ser más o menos sinceros creyentes en esas boberías.

Sánchez vio, aunque puede que no lo haya notado, la rotura de nuestro simpático cuarteto. "Mac" había recibido órdenes de proceder por tierra a través de la provincia del (sic) Seibo, famosa por los bandidos, hacia la capital, y aceptó mi protección y guía en el viaje. Siendo esa región un "distrito restringido" para mujeres, Raquel se vio forzada a someterse a la piadosa merced de la Línea Clyde; mientras "Big George", ya sea por devoción al deber, una disparidad entre su propia longitud y la de su salario, o por un temor recién desarrollado a la violencia personal, con esto se despide ya de este sencillo cuento.

Tres horas en un bote de motor abierto manejado por infantes de marina, pegado a una costa siempre verde extendiéndose por una baja colina, tupida de cocoteros que moría en el horizonte oriental, llevó a este par de sobrevivientes a Samaná. Volcado en la cuesta de la misma colina, con un puerto protegido por varios islotes densamente boscosos, el pueblo era más agradable que el más activo de Sánchez. Grandes manchas de la circundante foresta de cocoteros se habían puesto marrones, asoladas por una enfermedad parásita que ataca las hojas, ramas y fruto, no sólo de éstos, sino también a las plantas de cacao de la región. Bueyes ensillados, comunes en una época a través de ambas divisiones de la antigua Quisqueya, deambulaban por las calles, con sus cabezas elevadas en un ángulo desdeñoso a causa de las riendas atadas a los aros de sus narices. El blando suelo y las frecuentes lluvias de la península de Samaná explican el que sobrevivan aquí, a pesar del creciente precio de la carne y la piel. Este, también, era un pueblo de hoyos de balas, pues los revolucionarios frecuentemente han encontrado su aislamiento y sus aduanas particularmente de su agrado. Es rara la casa que no muestra una cicatriz o dos, y ambas iglesias metodistas, de planchas de hierro, están emparchadas como las vestiduras de un indigente haitiano.

La existencia de estas dos anomalías en un solo pueblo del católico Santo Domingo, llama la atención hacia el rasgo más interesante de Samaná: una colonia negra norteamericana, de unos dos mil miembros dispersos en la península. Hace casi un siglo, cuando las tropas negras del otro lado del Masacre habían



Infantes de marina en la península de Samaná



controlado la isla entera, el rey, presidente o emperador haitiano, como se le llamaba en esos momentos, abrió negociaciones con una sociedad abolicionista en los Estados Unidos, con la esperanza de atraer la inmigración. Varios barcos cargados de negros, todos negros del norte que habían escapado o comprado su libertad, respondieron a la invitación. La mayoría de ellos vino de Pennsylvania, de Ohio y de New Jersey; uno de los pueblos de la península se conoce todavía como "Bucks County" en memoria de los exiliados de esa parte del primer Estado antes mencionado. Cantidades de los recién llegados frustraron el propósito del gobernante haitiano muriendo rápidamente de enfermedades tropicales; unos pocos encontraron su camino de vuelta a los Estados Unidos. Los sobrevivientes se asentaron en los cinco acres de tierra que les habían sido concedidos a cada uno, habiendo olvidado los haitianos todas las demás promesas.

Sus descendientes de la cuarta o quinta generación están orgullosos al día de hoy de su origen "americano". Lo llaman a uno en las calles de Samaná y no pierden tiempo en establecer su especial identidad, en una forma inocente, respetuosa, que ya ha desaparecido por completo entre sus hermanos en nuestra propia tierra. Dispersos por toda la península de Samaná, algunos de ellos han sido absorbidos por los dominicanos, pero una colonia bastante grande no se ha entremezclado nunca por lazos maritales con los nativos y todavía conserva el habla y las costumbres que sus ancestros trajeron con ellos. La mayoría son campesinos, de moderada posición, viven a muchas millas hacia el interior y sólo de vez en cuando vienen al pueblo a caballo o en bueyes. A diferencia de la mayoría de sus vecinos, ellos no viven en concubinato, sino que se casan en sus propias iglesias. No son queridos por los dominicanos, que parecen resentir su educación y costumbres superiores, aunque todos admiten que son buenos ciudadanos y buenos trabajadores, pero no peleadores, como pronto lo descubrieron los norteamericanos en el control de aduanas de la frontera. Siendo hombres más grandes, física y mentalmente, que los nativos, viven en lo que parecen ser casas reales en comparación con las miserables casuchas de piso de tierra de los dominicanos del mismo color. Dondequiera que un vistazo a través de una puerta muestra comodidad, limpieza y estantes con libros, es casi seguro que uno encuentre que se habla inglés. Además, es un inglés notablemente puro, para una lengua que ha sido cortada de su fuente por casi un siglo, muy superior al de las Indias Occidentales británicas, aunque con ciertas peculiaridades del acento negro. Con raras excepciones, los "americanos" no se mezclan en política, aunque a menudo se han visto forzados a pelear, en uno u otro bando durante las revoluciones, ya que los neutrales, aborrecidos por representar un vacío, perdían tanto su libertad como sus propiedades no importa qué bando ganara. En esos tiempos no se daba protección a los no combatientes, excepto a los extranjeros, y los negros "americanos" de Samaná son legalmente dominicanos, a pesar de sus protestas. Uno no puede dejar de sentirse orgulloso de la fuerza de la influencia norteamericana, del cumplido a nuestra civilización que implica la



insistencia de estos exiliados en mantener una especie de nacionalidad separada, y la fuerte tendencia hacia el civismo que ellos han mantenido a través de todas sus generaciones.

En una pequeña rectoría en la orilla del pueblo vive el reverendo James, pastor de la Iglesia A.M.E. y temporalmente a cargo del lugar de adoración de los wesleyanos, conocido localmente como San Pedro. Su obispo, curiosamente, vive en Detroit. El pastor James es un negro de sangre pura, cuyos ancestros masculinos han sido ministros por generaciones. Habiendo sido enviado a los Estados del norte a terminar sus estudios, como muchos otros niños de la colonia, se abrió camino en el Beloit College. Sus vastas fuentes de información sobre todos los temas harían lucir limitados, en comparación, a muchos de nuestros ministros; sin embargo, tiene poco de esa mezcla de humildad y arrogancia común entre los negros educados. Aun en pequeños detalles como el no participar en el uso del tabaco, sus hábitos personales son un contraste con la, a menudo, vida licenciosa de los curas dominicanos. En su bastante voluminosa biblioteca, tan rara en Santo Domingo, atraen la vista libros tales como *"Salido de la Esclavitud" ("Up from Slavery")*, *"Aspiraciones Negras" ("Negro Aspirations")*, y muchos otros tomos, revistas y enciclopedias de naturaleza seria -y, lo que es más, no solamente religiosa.

Cada una de las iglesias tiene unos trescientos miembros, muchos de los cuales llegan cabalgando los domingos de millas a la redonda. Dentro de los edificios acribillados de balas, los asientos no-católicos, los lemas en inglés sobre el púlpito, los órganos pasados de moda, todo se suma a la atmósfera norteamericana. Una tercera iglesia se mantiene en la región y la colonia tiene varias escuelas propias. Entre las mejores influencias norteamericanas que los colonos han conservado está la tendencia no-dominicana a ayudarse a sí mismos y a no depender del gobierno para tales asuntos. Una segregación total de sexos, desde los alumnos más jóvenes hasta los maestros, ha sido adoptada en estas escuelas, donde se enseña tanto en inglés como en español. A diferencia de Haití, Santo Domingo no ofrece a estas instituciones ayuda gubernamental. El ministro recibe la mitad de su salario de fondos de la misión desde los Estados Unidos y la otra mitad no la recibe, pues las contribuciones locales las engullen las necesidades educativas.

El reverendo James tiene una reserva de historias, más divertidas para quien las oye que para quien las cuenta, para todo aquél que quiera escucharlas. Durante una de las últimas revoluciones, por ejemplo, el pueblo fue atacado en medio de un servicio, y la congregación, poniendo más fe en su propia ayuda que en lo sobrenatural, se detuvo en medio de una oración para hacer un hoyo en el piso de la iglesia, y permaneció debajo del piso hasta el lunes por la mañana. La colonia, en opinión del pastor, desea que la ocupación norteamericana continúe, o por lo menos que los Estados Unidos tomen posesión de Samaná, como tiene a Guantánamo, en Cuba, para que las fuerzas estén a la mano para doblegar las revoluciones. El está



convencido de que los dominicanos influyentes prefieren el status presente, a excepción, claro está, de los políticos, y hasta el populacho está comenzando a ver el error de su comportamiento anterior, y desea la paz, la seguridad y no más destrucción de sus fincas y ganados, más que la total independencia nacional. En general, es notable cómo esta colonia ha conservado sus costumbres intactas a través de estos largos años desde su establecimiento. Dándosele un buen inicio, el hombre negro parece resistir las influencias deteriorantes del trópico mejor que el hombre blanco. El reverendo James, separado por cuatro generaciones de la zona templada, da mucho más crédito a la civilización que muchos caucásicos que han vivido sólo unos veinte años en tierras ecuatoriales.

Samaná tiene una colonia francesa, o más bien haitiana, que data del mismo período, de ahí que muchos de sus habitantes hablan inglés, español y "creole". Esta porción de la población, que vive mayormente en la periferia, es tan inferior a los dominicanos como la anterior lo es de los "americanos". Napolitanos y "turcos" monopolizan la mayor parte del comercio y, como es usual, no hacen labores productivas. Antes se cosechaba café en ciertas cantidades en la península pero en su lugar se sembró cacao, cuando éste comenzó a lograr altos precios. Ahora que la roya ha atacado a este último y apenas hay lo suficiente del producto anterior para el consumo local, las exportaciones son ligeras. Se pueden cultivar guineos en gran cantidad; las naranjas son tan abundantes que los niños del pueblo juegan a las canicas con ellas, pero no hay mercado, o, más bien, no hay transporte para productos tan voluminosos que se venden sólo en pequeñas cantidades a barcos que pasan, para su propio consumo.

Entre los puntos de interés del pueblo, hay una nueva gallera, tan cuidadosamente planificada como nuestros teatros metropolitanos. Parece una pequeña plaza de toros, con el área de pelea rodeada por un entarimado vertical rojo brillante; una cómoda galería se eleva en el círculo exterior y palcos de primera fila amueblados con buenas sillas de junco le evitan a la élite la molestia de mezclarse con el populacho sin cuello. Acogedoras jaulitas para los gallos de pelea abren directamente al ruedo; un brillante nuevo techo cubre a los espectadores así como a los emplumados gladiadores; una pared exterior de "yagua" se eleva a una altura suficiente para permitir a la brisa circular y al mismo tiempo impedir que los ciudadanos más altos puedan ver la contienda sin pagar su "peseta" en la nítida y pequeña boletería. Los residentes "americanos" voltean sus ojos piadosos ante la simple mención de este atroz deporte. No sólo lo consideran bajo, de su parte, asistir a tales exhibiciones, sino que las ven como una forma particularmente pecadora de perder la membresía, ya que siempre tienen lugar durante los "santos domingos".

Navegamos a través de la bahía en el barco de correo "Nereida", un lastimero derelicto de un solo mástil, no más grande que un bote salvavidas regular. Aunque su fondo estaba ya atestado con lastre de pedazos de rocas, le volcaron una increíble



carga de medicina norteamericana patentizada, harina, ron, jabón, cigarrillos, cebollas germinadas, aceite de semillas de algodón y otros misceláneos, antes de que el correo apareciera finalmente una hora después de la hora de zarpar. Nueve pasajeros y una tripulación de dos, todos negros excepto "Mac" y yo, llenábamos la cubierta que a menudo era lavada por el mar. Lo que hubiera sido nuestro destino si nos hubiera agarrado una de las repentinas turbonadas, por las que son notorias las aguas de las Indias Occidentales, era muy fácil de imaginar.

Un estable viento transversal nos llevaba diagonalmente a través del golfo en la dirección general de nuestro destino sin necesidad de virar por adelante. La costa que dejábamos fue el escenario del primer derramamiento de sangre entre Colón y los aborígenes del Nuevo Mundo, precursor de incontables masacres. La bahía le fue ofrecida una vez a los Estados Unidos por el presidente dominicano, pero un simple congresista hizo que declináramos el honor. Pequeños botes de pesca con velas de hojas de palma que se aventuraban varias millas fuera de la costa, luego nos cedieron el panorama marítimo, el cual permaneció imperturbado hasta que nos acercamos a la orilla sur, ya entrada la tarde. Constantes discusiones entre las dos mitades de nuestra tripulación acerca de la conveniencia de virar o no virar avivaron nuestro curso como de babosa en zig-zag sobre la faz de la tierra, y ya era noche cerrada antes de que escaláramos por encima de la empapada carga en el precario muelle de Jovero.¹

Siendo una descuidada aldea de unos 600 habitantes que ostenta una sola casa de dos pisos, este lugar "fuera del mundo" se entregó rápidamente a un furor de curiosidad hacia sus inesperados visitantes blancos. Hasta el comandante del destacamento de la guardia era un teniente nativo; el residente más cercano al tipo caucásico lo era el tesorero del pueblo, un joven "turco", de Trípoli, dueño de algo que es mucho más que un almacén general, en cuya parte atrás finalmente fuimos servidos una muy necesitada comida. Con tres mil personas en la región, de acuerdo al encargado de correos, sólo se recibían dos copias de un periódico semanal que traía las noticias mundiales, y éste era apenas una patética hojita procedente del otro lado de la bahía. No es de extrañar que los falsos rumores tengan campo libre en tal comunidad. Las escasas exportaciones del distrito consistían en ganado, cerdos, cacao y un tabaco sin curar que se vendía en rollos con olor a moho, de seis pies de largo, denominados "andullos". Apenas un uno por ciento de su territorio está cultivado, porque al igual que el resto de la provincia del Seibo, los bandidos todavía lo acosan aun cuando el resto de la república ha sido pacificada.²

Bajo órdenes superiores, el teniente nativo asignó un sargento y once guardias para que nos acompañaran a través de los predios donde moran los bandidos. Al formarse en filas para la inspección final, se veían inmaculados, fuera de toda

1 En 1936 Jovero recibió el nombre de Miches.

2 Se refiere a los gavilleros.



comparación con mis experiencias en el trópico, desde los pantalones recién planchados hasta los aceitados rifles; diez minutos más tarde marchaban enterrados hasta las rodillas en el río, en sus bien lustrados zapatos, que gustosamente hubiesen dejado atrás, de permitírsele la disciplina norteamericana. Es su culpa, pensé, ya que pudieron haber construido un puente en su tiempo libre en el cuartel; pero prontamente borré la crítica mental. Un solo puente no hubiese mejorado mucho esa ruta. Esta consistía en un claro en el montañoso bosque y nada más –de hecho, más bien menos, ya que en muchos lugares no se habían quitado los tocones ni los enormes troncos caídos. Los arroyos se sucedían rápidamente unos a otros; las casi constantes lluvias de esta región habían convertido la empinada pendiente en un precario tobogán de fango rojo. Como no estaban aradas con *camelones*(sic), eran resbalosas lomas de tierra con profundas depresiones entre ellas llenas de agua fangosa. Aquí y allá los guardias se veían forzados a trepar los legamosos bancos virtualmente a gatas; en otros lugares, el lodo se aferraba a sus pies por quintales. Con la más densa vegetación a cada lado eliminando todo asomo de brisa, el sudor les caía en torrentes. En media hora, los portadores de rifles, destartalados, empapados, enlodados, tambaleantes detrás y delante de nosotros, a lo largo del sendero, tenían realmente poco parecido con los perfectamente almidonados y lustrosos jóvenes que se habían colocado en fila para la inspección del teniente.

“Mac” y yo, en nuestras pobres monturas, no estábamos mucho mejor. Comenzaba a ser aparente el porqué uno puede ir de Santiago a Nueva York, con mayor facilidad y en menos tiempo, que a la capital dominicana. El ex-jefe, como alto oficial del gobierno, había recibido la mejor mula de Jovero, pero sería fácil imaginarse una mejor. Mi propia montura desde hacía mucho tiempo era candidata a la fábrica de pegamento y su aire de sufrimiento ya me había molestado la conciencia, aún antes de que al moverse el sudadero debajo de la silla, mostrara una llaga en su lomo más grande que mis dos manos. Santo Domingo necesita una ley similar a la que utilizamos en la zona del Canal para curar esta inhumana costumbre latinoamericana de trabajar los animales aun estando mutilados. ¿Pero qué podía uno hacer bajo esas circunstancias, sino estimular la atormentada bestia a seguir? Ya habíamos ido demasiado lejos para devolverme con la vana esperanza de conseguir otra montura; era tan necesario llegar al Scibo como no dejar a “Mac” en la estacada, y aun cuando decidiera caminar junto con los guardias cubiertos de lodo, el abandonado animal es casi seguro que caería en las manos de los aún menos compasivos bandidos.

Las precauciones en contra de éstos empezaron ahora a tomarse con seriedad. Nos estábamos acercando a un laberinto de profundos barrancos y altas lomas que siempre había sido un lugar predilecto de los bandidos para el acecho. Cualquier curva en el estrecho sendero ofrecería un espléndido lugar para una emboscada. Los fuertes chaparrones a intervalos frecuentes le facilitaban a los rufianes el acercarse por entre las malezas sin ser oídos; la pesada humedad de la estación de lluvia en el





Soldados norteamericanos hacen gavilleros en el este

trópico amortigua el sonido aun cuando brille el sol. El sargento organizó a sus hombres en formación de escaramuza, con órdenes estrictas de no agruparse bajo ninguna circunstancia. A un nativo descalzo a caballo, que se nos unió poco después de salir de Jovero, se le prohibió ir a la cabeza del grupo. No teníamos forma de saber si su aseveración de que se nos había unido para su

seguridad, después de esperar dos semanas para hacer el viaje, era verdadera o un pretexto. Una vez concluidos estos preparativos, procedimos listos para la batalla.

No ocurrió nada de eso. Debía saber que nada ocurriría; no hay un Jonás más grande que yo en la tierra para espantar la aventura. Los gastados senderos, con una profundidad mayor que la cabeza de un jinete y tan estrechos que podíamos rozar nuestros codos, ofrecían a los atacantes una relativa inmunidad; la densa jungla fácilmente podría ocultar un gran número de hombres a una yarda o dos a ambos lados de



Gavilleros del este

nosotros; lo empinado de la montaña, que nos obligaba a desmontar y tirar de nuestros cansados animales detrás de nosotros, nos dejaba escasos de aliento como para gastarlo en combate físico; sin embargo, nada excepto el profundo y opresivo silencio de la selva tropical animaba nuestro laborioso avance. Al momento de alcanzar la cima, estábamos listos para creer que los bandidos del Seibo eran un mito. Una ininterrumpida extensión de vegetación, verde oscura por todas partes, se extendía hasta el ilimitado horizonte sureño. Sin embargo, las lluvias cesaron abruptamente en la cima de la cordillera, y el camino que nos condujo velozmente hacia abajo estaba tan seco como el Sahara.

Gradualmente, el sargento relajó su vigilancia y dejó que sus hombres caminaran dispersos por su cuenta, aunque observaba cuidadosamente los raros viajeros que empezaron a aparecer. Al reunirnos nuevamente para descansar, pude notar que varios de los guardias, al conversar entre sí, hablaban en inglés de Samaná en lugar de en español. Cuando saludé jovialmente en esta última lengua a un harapiento

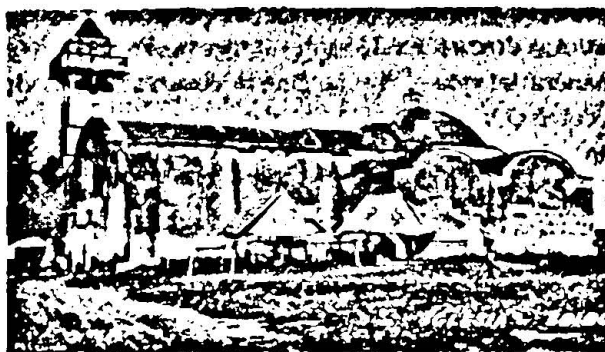
nativo civil, quien había viajado pegado a los talones de mi caballo desde el inicio del viaje, me miró con una expresión de incompreensión y le preguntó al guardia detrás de él que tradujera mi comentario. Era canadiense de nacimiento, había estado siete años en los campos de caña de Cuba sin aprender una sola palabra de español, y los *cacos*¹ haitianos le habían robado todo menos su destartalado sombrero, camisa y pantalones. “Nadie me dijo que había ese tipo de gente en ese país”, me explicó, “nunca me imaginé tales cosas de gente de *mi* color”. La sabiduría ganada con esa inesperada experiencia le desarrolló una precaución que le hizo permanecer cerca de tres semanas en Jovero, a la espera de una oportunidad para viajar con seguridad al distrito azucarero, al sudeste de Santo Domingo.

Nuevamente llegamos a la llanura, pero pasó mucho tiempo antes de que las primeras señales de cultivos rompieran la monótona selva. Esta fue un *canuco*(sic) de cacao, o pequeña plantación, cubierto de malezas y con una choza en ruinas en una esquina del mismo. Muchos otros se encontraban a lo largo del camino, milla tras milla, todos abandonados en los últimos tres años ya que el miedo a los bandidos impedía recolectar aún las mazorcas que se maduraban, se podrían y caían debajo de los árboles. Este interminable jardín sofocado por la maleza, hacía que este maravilloso y fértil valle luciera doblemente lastimoso en su yerma inmensidad. Los guardias, quienes siguiendo la tradición de su clase, no habían hecho ninguna provisión contra el hambre, escalaron las podridas cercas y recogieron, de las plantaciones abandonadas, guineos medio verdes y *papayas* o *lechosas*, como les llaman los dominicanos. Finalmente, empezaron a aparecer chozas en pie, luego algunas habitadas, ocupadas casi exclusivamente por mujeres, lo que nos indicaba que estábamos acercándonos a la zona de seguridad. El chirrido de las guineas, como goznes oxidados, empezó a romper el silencio; chivos saltaban fuera de nuestro camino; gradualmente, aparecieron personas de ambos sexos mejor vestidas; un número creciente de gallos se desafiaban, y nuevamente, hacia el atardecer, el sendero, del ancho de una carretera, se convertía en la calle principal del pueblo del Seibo.

Que la capital de una provincia no tenga ni siquiera la pretensión de un hotel es extraño aún en el atrasado Santo Domingo. El único lugar que ofrece alojamiento a los extraños que no cuentan con amistades en el Seibo es una choza miserable con techo de cana, con tres nidos humanos sobre patas en una pequeña habitación y una cocina en el patio atendida por un viejo y andrajoso negro. Es posiblemente el pueblo más remoto, de cualquier tamaño, que se puede encontrar en las Indias Occidentales; el más sorprendido ante extranjeros y el más ignorante sobre lo que ocurre en el mundo. A pesar de que un destacamento de infantes de marina acampa en su amenazada puerta, mostró una gran sorpresa al ver civiles norteamericanos. Grupos de hombres vestidos casi rebuscadamente, holgazaneaban por las calles; sin embargo, el pueblo mismo está poco menos que asqueroso. La única edificación de importancia

¹ *Más o menos equivalentes a los gavilleros dominicanos.*

es una interesante y vieja iglesia con cúpula, parte de ella construida hace unos 400 años, su color original des-teñido a un azul pálido, y su anciana y cuadrada torre coronada por un aparato de radio de los infantes de marina. Desde su techo, o desde el único otro lugar en el pueblo donde se puede subir, se puede ver que el Seibo está



Iglesia de El Seibo y las tiendas de campaña de los "marines"

rodeado de pequeñas montañas, cubierto de árboles por doquier, sin una choza fuera de su masa compacta, sus faldas recogidas como las de una nerviosa solterona, asustada todo el tiempo por ratones. La inevitable fortaleza que le da a las aldeas haitianas y dominicanas un parecido con los pueblos coronados de castillos de la Italia medieval, le observa desde una loma cercana y sirve de alojamiento al destacamento de guardias.¹ Las viviendas de las personas de más clase, construidas casi totalmente de madera, están techadas con hojas de zinc y las más pobres con hojas de palma. No tiene plaza, sino simplemente un rectángulo de terreno limpio, no ocupado, en el centro. La escuela pública no tiene puertas entre las aulas, y por lo tanto, se escucha un constante alboroto de los maestros y alumnos gritándose los unos a los otros. El Seibo tiene la reputación de estar siempre "agin' the gover'ment" (en contra del gobierno), y no es extraño que hayamos encontrado su gente algo más arisca hacia los norteamericanos que los del Cibao.

Sin embargo, eso no les impedía obedecer las órdenes oficiales de "Mac" con adecuada presteza, ya fuera con una insinuación a los comerciantes de que colocaran en lugar visible las licencias requeridas por la ley, o un susurro a sus subordinados locales para corregir sus métodos. La forma descuidada del régimen nativo no puede perdurar cuando un oficial norteamericano exigente visita inesperadamente para inspeccionar las cosas hasta el último detalle. Este método de estrecha vigilancia es indispensable para el funcionamiento adecuado de las leyes impositivas en Santo Domingo. Los latinoamericanos raramente pueden alcanzar el punto de la aplicación impersonal de los decretos gubernamentales; para ellos siempre es un asunto personal entre el funcionario y el contribuyente. Controlados por la cortés pero firme manera que "Mac" había aprendido con el prolongado contacto con esta raza, sus subordinados tenían un curioso parecido a los estudiantes atrasados a quienes los maestros hacen alcanzar el nivel deseado con ayuda frecuente y a través de la amenaza de la fusta detrás. El gobierno de ocupación ha hecho todo lo posible por

¹ En ese año de 1921 Trujillo era teniente y estaba de puesto precisamente en El Seybo.

evitar la tentación, tanto de los inspeccionados como de los inspectores, en los asuntos de materia de rentas internas. Por ejemplo, cada destilería está construida de manera tal que el dueño puede observar su producción detrás de las rejas mientras recorre el trayecto de la destilería al envase; sin embargo, no puede obtener una gota sin que el inspector presente las llaves.¹ Con de estas medidas, Santo Domingo gradualmente está siendo liberada de las irregularidades que por largo tiempo fueron la maldición de su legislación financiera.

Una invitación del mayor al mando nos hizo cambiar rápidamente en el segundo día en el Seibo del "hotel" a una tienda en el campamento de los infantes de marina, en las afueras del pueblo, con una amplia vista, una incansable brisa y, más abajo, un "charco" para nadar en el río. Aquí, a fuerza de pasarnos la mayor parte del día insistiendo, mediante el ofrecimiento de pagar el doble de la tarifa local por las monturas, prometiéndole a un peón "guía" el sueldo de una semana por un día de trabajo, asegurando que los caballos estuviesen en el corral de los infantes de marina antes de acostarnos, y, por ser, en forma general y estricta, de Missouri, logramos salir el próximo día a las cinco de la mañana. El aire estaba húmedo y fresco. Por primera vez en cinco años contemplé la Cruz del Sur, cuyos rasgos una vez había conocido como los de un viejo amigo. Durante toda la mañana estuvimos encerrados en un interminable bosque atravesado por un camino llano. Solamente unos cuantos *camucos*(sic) rompían la perspectiva de meras paredes forestales.² Al igual que en Haití, los campesinos del Seibo viven fuera de la vista de los caminos principales por miedo a los bandidos, al igual que las cercanías de algunos de nuestros ferrocarriles son esquivadas por temor a los merodeadores. En otro gran campamento de infantes de marina dejamos la carretera y los colgantes cables del telégrafo de La Romana y nos dirigimos hacía el sur, a lo largo de un camino a medio limpiar, que después de una hora o más nos trajo a la avanzada de los campos de caña del sur, tostados por el sol. Entre los tocones y troncos de inmensos árboles tropicales, negros por las recientes quemadas, la tierna caña de azúcar estaba convirtiendo en un verde brillante la extensión de la recientemente talada foresta.³ Negros, casi sin excepción procedentes de las Indias Occidentales francesas y británicas, estaban añadiendo hilera tras hilera de estos campos vírgenes al suministro de azúcar para un mundo hambriento.⁴ Más adelante, más allá de otra franja de bosque que muy pronto sufriría el mismo destino, se encontraban inmensos tramos de caña adulta, luego grupos de cortadores de caña, enormes y chirriantes carretones de caña, y,

- 1 *Se refiere al inspector de rentas internas. Durante la ocupación los norteamericanos combatieron los alambiques clandestinos.*
- 2 *Los campos de caña todavía no habían sustituido la foresta al sur de El Seybo.*
- 3 *La tala de los grandes bosques del este por los ingenios aparece muy bien descrita en la novela "Cañas y Bueyes", de Francisco E. Moscoso Puella.*
- 4 *Los haitianos todavía no predominaban en el corte de la caña. Primero habían sido traídos puertorriqueños y luego "cocolos".*

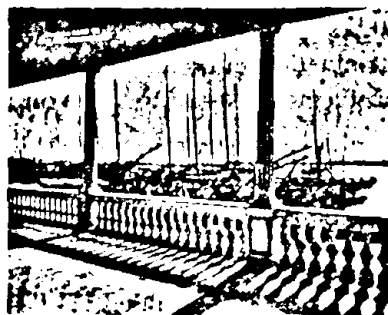


finalmente, un ferrocarril que desdeña acarrear aquello que no sea caña; y a las diez llegamos al batey de Diego, nuestro "guía" montado, rezagado detrás de nosotros.

"... Muchos de los trabajadores de las "colonias" de los alrededores se encontraban en huelga esa mañana. El delegado dominicano a la reciente conferencia laboral, en Washington, había traído este nuevo método para obligar a aceptar sus condiciones a los "perversos capitalistas norteamericanos y cubanos quienes nos matarán de hambre mientras se llevan nuestra riqueza nacional".¹ Sin embargo, era notable que sólo una fracción de los grupos ociosos rodeando el batey eran nativos del país; la gran mayoría de ellos refunfuñaban en el pausado lenguaje del negro británico. No era de extrañarse que los argumentos del administrador de habla hispana que les arengaba desde la puerta de la oficina caían principalmente en oídos que no le comprendían. Además, aun cuando sus argumentos eran más simples, no eran fáciles de refutar. *"Wi' rice twenty-fi' cent a pound an' sugah eighteen cent in Macoris town what y'u go'n' a do, mahn, what y'u go'n' a do? An' de washer lady she ax you a shilling fo' to wash a shirt! How us can cut a caht-load o'canes fo' seventy cent? Better fo' we if us detain we at home"*. (Con el arroz a veinticinco centavos la libra y el azúcar a dieciocho centavos en el pueblo de Macorís ¿qué usted va a hacer hombre, qué va a hacer? Y la lavandera le pide un chelín por lavarle una camisa! ¿Cómo podemos nosotros cortar un carretón de caña por setenta centavos? Es mejor para nosotros quedarnos en la casa).

Dejando al administrador y sus huelguistas para que zanjaran sus diferencias sin nuestra ayuda, nos subimos a una carreta llena de caña y pronto nos fuimos a través del ligeramente ondulado terreno. Un tren tan largo que tenía que ser cortado en dos ante la primera sugerencia de un declive, serpenteó ante nosotros como una gran culebra verde. La tierra se convirtió en una vasta extensión de caña de azúcar, interrumpida solamente por las apretujadas edificaciones de los *bateys* y aquí y allá por alguna palma real o una ceiba, la que los agricultores no habían tenido el corazón de tumbar. Ramales del ferrocarril, como las nervaduras de una hoja, traían todo el producto de todo esto a la línea principal, el cual era vaciado en las espaciosas fauces del Central Santa Fe, las altas chimeneas del cual aparecieron hacia el atardecer, enmarcado en la lejanía por un ligeramente amarillo mar Caribe.

San Pedro de Macorís, en la costa sur, es un pueblo más importante que su casi tocayo del Cibao; sin embargo, es decepcionante en su tamaño. Con cierta cantidad de actividad moderna, con más rasgos de ciudad de lo que



Muelle de San Pedro de Macorís — 1917

1 Se refiere al papel del líder laboral dominicano José Eugenio Kunhardt en la Conferencia Interamericana de la Pan American Federation of Labor, presidida por Samuel Gompers y que tuvo lugar en 1919. (Ver Calder, Bruce: "El impacto de la intervención", págs. 298, 299 y 306).

habíamos visto desde Santiago, un porcentaje considerable de habitantes completamente blancos, y un aire más bien "petulante", debe su existencia mayormente a su puerto en forma de botella con una entrada peligrosamente estrecha entre arrecifes, mientras sus muelles son manejados en gran parte por negros británicos.

Finalmente, encontramos suficientes pasajeros para afrontar el gasto del viaje en automóvil desde Macorís a la capital. Con la única excepción del viaje en Haití a Las Cahobas, nunca he conocido un camino más malo que se recorra en automóvil. Arenoso o rocoso mas allá de lo que se puede describir, con una constante sucesión de rocas, tocones, matorrales, hoyos llenos de fango secado al sol, sin un metro de camino bueno, de hecho no era ningún camino, pero había sido transitado tan a menudo en la misma dirección, que una especie de ruta se había formado por sí misma. En varias ocasiones llegamos a afligirnos temporalmente; en una ocasión chocamos con un árbol y destrozamos una caja de ron cubano que habíamos atado al tablero, y como el chofer se sentía compelido a "salvar" la mayor cantidad posible del preciado líquido, su manejo fue poco menos que impecable el resto del camino. Uno detrás de otro, rebotamos a través de pueblos tales como La Yeguada, Hato Viejo, Santa Isabela, todos dispersos al descuido en la llana y seca pradera peculiar a la formación de coral del sureste de Santo Domingo. En un lugar, el lodo era tan profundo que nos vimos obligados a desviarnos por unas yardas dentro de la propiedad de un ex-general cubano quien ocupaba una choza de juncos con su ilegítima prole mulata. Este astuto individuo, a pesar de que recibía una generosa pensión mensual a través de un banco extranjero en la capital, ha colocado un guardián en su portón y cobra dos dólares a cada automóvil que pasa. A continuación había mas caña de azúcar, otro gran ingenio con sus chirriantes carretones de bueyes y sus impresionantes negros, y, a partir de San Isidro, 16 kilómetros de excelente carretera hasta Duarte,¹ un suburbio de la capital, y, cruzando el río Ozama, estaba la ciudad de Santo Domingo. El gobernador norteamericano de la república había hecho recientemente el anuncio oficial de que el 60 por ciento de la gran carretera nacional de la capital hasta Monte Cristi ya estaba terminado! El no hubiera tomado sus propias palabras en serio si hubiese tenido el privilegio de seguirmos en la dirección contraria.

CAPITULO X

Santo Domingo bajo el gobierno norteamericano

Este no es el lugar para recapitular con detalles la laboriosa historia de Santo Domingo —cómo la isla de Quisqueya, o Haití, fue descubierta por Colón en su primer viaje y le llamó Hispaniola; cómo fue gradualmente colonizada por los españoles, quienes, como de costumbre, masacraron a los aborígenes e importaron

1 *Villa Duarte.*



esclavos africanos en su lugar para cultivar la recientemente importada caña de azúcar; cómo los bucaneros franceses, desde La Tortuga, eventualmente conquistaron la parte oriental de la isla y fueron reconocidos mediante el envío desde Francia de un gobernador; cómo ocurrían las batallas entre franceses y españoles hasta que se estableció algo parecido a la frontera de hoy día entre Haití y Santo Domingo; cómo la expedición inglesa enviada por Cromwell fue repudiada y éstos se contentaron, en su lugar, con ocupar Jamaica; cómo los negros de Haití se sublevaron contra sus amos y echaron a los franceses de la isla, y entonces la gobernaron en su totalidad por 22 años; cómo la República Dominicana ganó su independencia de España,¹ voluntariamente se rindió nuevamente, volvió a independizarse en 1865, e inició su carrera de constantes revoluciones, en las cuales el ganador siempre se hacía presidente y sus colaboradores los dueños de las rentas públicas, lo que eventualmente condujo a la actual ocupación norteamericana. El interés del lector moderno es más propenso a empezar con este siglo. En 1906, a fin de evitar que Alemania, Bélgica, Italia y otros acreedores ocuparan Santo Domingo para cobrar las deudas de sus ciudadanos, los Estados Unidos le avanzaron \$20,000,000 y se hicieron cargo de las aduanas como garantía. Al año siguiente los Estados Unidos y la República Dominicana firmaron una convención bajo la cual el primero designaría un receptor para un Santo Domingo en bancarrota; cinco por ciento de las recaudaciones de aduanas cubrirían los gastos de la receptoría y cierta suma sería reservada para el pago de las deudas nacionales y para un fondo de amortización. La convención estipulaba, además, que Santo Domingo no podría contraer nuevas deudas públicas sin el consentimiento norteamericano y que los Estados Unidos podían intervenir si las condiciones en el país amenazaban interferir con el cobro de los impuestos aduanales.

Los dominicanos pronto rompieron el acuerdo anterior. El gobierno vendió ilegalmente sellos de rentas internas por una fracción de su valor; se emitieron *pagarés* con grandes descuentos; se compraron bienes en los Estados Unidos y en el exterior sin pagarlos y sin autorización legal. Durante los cinco años siguientes a 1907 hubo seis presidentes, incluyendo al Arzobispo. En 1911, Cáceres fue asesinado por los miembros de su propio gabinete porque no se les permitía robar lo suficiente. Los Estados Unidos supervisaron las elecciones de 1914, con el entendido de que todos los partidos respetarían los resultados. Una tarea difícil para los dominicanos. Antes de pasar un año explotó otra revolución, secretamente auspiciada ya sea por el presidente mismo, por las ventajas que le daría al gobierno en su capacidad de gasto, o por el partido de oposición, encabezado por el ministro de guerra. Esta revolución fue rápidamente controlada. En 1916, el presidente Jiménez apenas se había retirado a su palacio de verano² cuando este mismo Deciderio(sic) Arias, un turbulento *cacique* a quien se le había dado el Ministerio de Guerra con la esperanza de tranquilizarlo,

1 Incorrecto. Se independizó de Haití.

2 Cambelén, al sur de San Cristóbal.



decidió que su jefe no debería regresar nunca a la capital. Respaldado por las fuerzas militares, con la policía dividida entre las dos facciones, este golpe de Estado estaba al borde de triunfar, cuando, a finales de abril de 1916, el ministro norteamericano envió un mensaje de que nuevamente había problemas en Santo Domingo. Entonces, los Estados Unidos, que habían ofrecido “sus buenos oficios” en numerosas ocasiones anteriores y habían soportado la situación dominicana con demasiada paciencia, decidieron actuar. Se envió un ultimátum a Arias informándole que los Estados Unidos no permitirían el establecimiento de un gobierno mediante una revolución. Desde Haití los infantes de marina desembarcaron en el Fuerte San Gerónimo con órdenes de apoyar el gobierno de Jiménez, y con su aprobación clandestina, y tomaron la capital con pocas dificultades. El presidente repudió públicamente su acuerdo secreto, a pesar de tener todo en su favor, y anunciando en un *pronunciamiento* rimbombante que su “dignidad” no le permitiría soportar una ocupación militar extranjera, renunció junto con todo su gobierno. Por este gesto los infantes de marina estuvieron debidamente agradecidos; lo que simplificaba todo el asunto.

Entretanto, fuerzas que desembarcaron por Puerto Plata y Monte Cristi, y lucharon en su trayecto por tierra, sufrieron considerablemente a mano de tiradores emboscados en el camino. Arias, quien había escapado con sus colaboradores por el lado no protegido de la ciudad, se fue apresuradamente al Cibao e intentó obstaculizar el avance de los infantes de marina, pero fue obligado a rendirse con la toma de Santiago. Su poder en la capital era aún supremo, sin embargo, y obligó al congreso a nombrar presidente a Hernández y Carbajal(sic),¹ quien había regresado del exilio en Cuba. Los Estados Unidos se negaron a reconocer esta ilegal elección y se negaron a entregar dinero alguno al gobierno, con el resultado que el país se quedó sin gobernantes. Finalmente, fue proclamada la ocupación militar norteamericana y nuestras fuerzas se hicieron cargo de todo el gobierno de Santo Domingo, una situación que, comparada con el simple “asesoramiento” de nuestros infantes de marina en Haití,² era mucho más complicada, y ha permanecido así hasta hoy.

Cuando los norteamericanos ocuparon Santo Domingo, la república tenía deudas millonarias –alrededor de \$40 per cápita, para ser exactos– estaba totalmente en bancarota, y con atrasos en el pago de los salarios, con excepción de los altos oficiales. Ahora, menos de cuatro años después de la ocupación, en la tesorería hay unos \$4,000,000. Solamente el nuevo impuesto sobre la propiedad –el cual ha sido imposible duplicar en Haití donde las leyes aún son dictadas por un congreso nativo– ya ha producido cerca de un millón. La mayor parte de éste vuelve a los municipios. Los viejos impuestos pesaban más sobre el hombre pobre que sobre el hombre con propiedades. Además, el gobierno de ocupación ha recolectado más de tres veces bajo estas viejas fuentes que lo recolectado bajo el gobierno nativo. Esto se debe

1 *Francisco Henríquez y Carvajal.*

2 *En Haití se mantuvo la ficción de la existencia de un gobierno haitiano durante la ocupación, lo que no ocurrió en Santo Domingo.*



principalmente a que no hay sobornos a los recaudadores, y a que los amigos del gobierno no están exentos del pago. Cada desembolso ahora se hace por cheque, con recibos en duplicado, y un mismo hombre no puede comprar y pagar. Algunos civiles norteamericanos, con puestos de supervisión, reciben sus salarios de fondos dominicanos –y producen muchas veces el valor recibido. La mayor parte de los funcionarios principales no cuestan nada a la nación. Siendo miembros de nuestras fuerzas militares, reciben su paga del tesoro de los Estados Unidos.

La soberanía de la República Dominicana nunca ha cesado.¹ Sus funciones son simplemente *administradas* por representantes de la Fuerza Naval y la Infantería de Marina de los Estados Unidos, oficialmente denominados “El Gobierno Militar de los Estados Unidos en Santo Domingo”. No hay presidente ni Congreso. Hasta las leyes son dictadas por el gobernador militar, un almirante norteamericano. No se han celebrado elecciones desde nuestra ocupación. Todos los funcionarios, hasta el menos importante, son nombrados directa o indirectamente por los norteamericanos. Estos últimos controlan todos los asuntos financieros y ejercen supervisión sobre todos los actos oficiales, aún los de los municipios más pequeños. El medio circulante está constituido por dinero norteamericano, en su mayoría billetes rotos, pegados, cocidos, sucios y medio ilegibles. Por otra parte, la república tiene sus propias escuelas, cortes y funcionarios menores. La bandera dominicana ondea en todos los edificios públicos, excepto en las sedes norteamericanas. En breve, en lo que se refiere a las políticas anunciadas, estamos en Santo Domingo para hacer exactamente lo mismo que hicimos en Cuba.

Los norteamericanos encontraron que todo el asunto de los títulos de propiedad era un increíble caos y fraude. No solamente existían muy pocos títulos, sino que el país estaba inundado con los llamados “títulos de pesos”. En los viejos tiempos, el rey de España otorgaba títulos de propiedad sin conocimiento de sus límites, a menudo completamente ignorante de su ubicación. Con frecuencia, la misma parcela era otorgada a tres o cuatro de sus leales súbditos. Los beneficiados, quienes en muchos casos nunca habían visto su propiedad, dividían sus pertenencias entre varios hijos. Estos últimos no tenían una idea clara de la extensión o ubicación de su propiedad. Por lo tanto, decían, “Bien, creo que vale tantos pesos”, entonces a cada hijo se le daba una fracción de esa cantidad –en papel– y así continuó la subdivisión por muchas generaciones. Miles de estos “títulos de pesos” fueron vendidos a especuladores, o a nativos y extranjeros quienes no tenían idea de su valor real. En adición a esto surgió un gran negocio de títulos falsos. Se han presentado tantos como cuatro mil, de los cuales unos cuatrocientos mostraban señales de ser auténticos. Además, los auténticos, muchas veces de varios cientos de años y escritos por hombres que ni podían escribir bien, ni tenían los materiales correctos con qué hacerlo, tenían más probabilidades de lucir ilegítimos que los falsos. Para esclarecer

¹ *Planteamiento sostenido por la mayoría de los juristas dominicanos de la época.*



esta intolerable situación, los norteamericanos decretaron que todos los títulos de propiedad que no pudieran comprobarse hasta cierta fecha revertirían al gobierno. Este decreto causó ciertas injusticias, pero eran inevitables bajo las circunstancias, ya que nada podía compararse al anterior estado de cosas. La introducción del impuesto a la propiedad también obligó a muchos, que hubieran seguido en las viejas formas tropicales, a esclarecer la situación de sus títulos. Todavía persisten algunos litigios entre el gobierno e individuos, pero todo el problema se está gradualmente solucionando.

Otro asunto que los norteamericanos enfrentaron a su llegada fue el desarme de la población. Era una vieja costumbre en Santo Domingo que aún los jóvenes portaran revólveres. Entre las armas se encontraban muchas con costosas empuñaduras de perla; la mayoría de ellas fabricadas en Springfield, Mass., o en Hartford, Conn. Se estableció una fecha en la que todas las armas de fuego debían ser entregadas al gobierno militar. El castigo por no cumplir, al principio fue muy severo. Todavía hay hombres cumpliendo su sentencia en las cuadrillas que construyen caminos en Santo Domingo, por tener armas en su poder hace tres años. En la actualidad, el castigo son seis meses de cárcel y una multa de \$300. Con excepción de la provincia infestada de bandidos del Seibo, el país entero ha sido limpiado de armas de fuego, por lo menos de aquellas en uso. Algunas, de seguro, están enterradas o escondidas en la selva, pero el tiempo y el óxido del clima tropical se encargarán de ellas. Los norteamericanos quemaron habitaciones enteras de rifles; más de 200,000 revólveres fueron tirados al mar fuera de la capital. En la actualidad, es difícil, aun para los funcionarios provinciales, obtener el permiso para portar armas.

Al igual que en otras tierras bajo control norteamericano temporal o permanente, desde Haití hasta las Filipinas, se organizó una guardia civil nativa. La *Guardia Nacional* de Santo Domingo, consistente en la actualidad en una compañía de unos 80 hombres en cada una de las 14 provincias, tiene la misma organización que la Infantería de Marina. Sus miembros se enlistan por tres años y los soldados ganan \$15 mensuales. A sus uniformes sólo les falta el adorno del sombrero y un pigmento algo más duradero para ser una copia exacta de nuestros "cuellos de cuero". La única diferencia en el equipo es el "Krag Jorgensen" en lugar del "Springfield". Sus oficiales son infantes de la marina, generalmente sargentos, excepto en el alto mando, y unos pocos nativos que han llegado a ciertos rangos. Todas las órdenes son impartidas en inglés. Un suboficial puede dirigir todo un ejercicio en ese idioma, pero si se le pregunta su nombre la respuesta probablemente será "no hablo inglés". A diferencia de la *Gendarmérie* de Haití, la Guardia está confinada en sus deberes a asuntos de defensa nacional; la policía municipal aún mantiene el orden en las ciudades. Durante nuestra corta visita, tuvimos la impresión de que los oficiales de la Guardia no eran realmente iguales a los de la *Gendarmérie*. Por una parte, la paga es menos atractiva, aun cuando la de los hombres es 50 por ciento más alta. Además, recientemente, todos los sargentos de los infantes de marina, que tenían un rango en



la Guardia, han sido poco inteligentemente rebajados a soldados durante su ausencia de su organización permanente, con el penoso resultado de que los pocos tenientes nativos reciben más paga que sus capitanes norteamericanos, a menos que estos últimos sean también oficiales de la Infantería de Marina. Los soldados rasos de la Guardia tienen un aire petulante, medio insolente, muy distinto a sus más simples homólogos de Haití; lucen como que serían mejores luchadores, ladrones más astutos y no tan fáciles de disciplinar.¹

Los *cacos* de Santo Domingo son llamados *gavilleros*, *caco* en ese país simplemente quiere decir ladrón o ratero. Usualmente están armados con "*pata-mulas*", que son rifles que han sido cortados como revólveres, en parte porque son muy haraganes para portar el arma completa y en parte porque la versión abreviada es más fácil de ocultar. En los viejos tiempos cualquiera con unos cientos de dólares podía formar un "ejército", especialmente haciendo grandes promesas de trabajos gubernamentales para todos si –o más bien, cuando– su lado ganara. No fue hasta que llegaron los norteamericanos que estos grupos antigubernamentales fueron denominados bandidos; eran dignificados con el título de revolucionarios. Santo Domingo por largo tiempo había marchado más o menos salvaje; muchos de sus hombres preferían irse a las montañas por cincuenta centavos al día, con raciones y la posibilidad de pillaje, que hacer un trabajo honesto por un dólar al día. Al igual que todas las razas procreadas por los españoles, los dominicanos tienen el instinto del juego bien desarrollado. Aman las loterías de la vida; preferirían el albur de ganar un gran premio como bandidos o revolucionarios a trabajar en ocupaciones seguras y pacíficas. Además, muchos se veían obligados a unirse a estas bandas de forajidos, no fuera que sus casas fuesen quemadas y sus familias lastimadas. La situación de los *gavilleros* ya era mala cuando desembarcaron los norteamericanos. Se hizo peor durante la ocupación por razones que ya veremos.

Para empezar, Arias liberó a casi todos los criminales del país durante su revuelta contra el gobierno de Jiménez. Estos se convirtieron rápidamente en bandidos; más tarde pretendieron ser patriotas luchando en contra de la ocupación norteamericana. De hecho, la mayoría de ellos estaba peleando por alimentos, más que por razones políticas o patrióticas, pero el alarde es una de las principales cualidades de los latinoamericanos. Las fuerzas de ocupación podrían de alguna manera haber manejado mejor esta situación de los bandidos. En gran parte debido a la ignorancia de las costumbres locales, en parte debido a la ineficiencia y a cierto grado de brutalidad, hicieron un lío de ello, o por lo menos permitieron que se tomara más serio de lo que debió haber sido.

Dos regimientos de infantes de marina están involucrados en enseñar a los dominicanos cómo vivir dentro de la ley –sólo 5,000 de ellos entre una población de 750,000. Desafortunadamente, existen fallas en todas las organizaciones. Hay

¹ *Trujillo pertenecía a esta institución. En ese año de 1921 era teniente.*



comandantes de los infantes de marina en Santo Domingo tan justos y de mente tan amplia que son casi amados por una población naturalmente hostil; había otros que tenían poca noción de sus deberes. La clase norteamericana "Diamond Dick", brutal, rastrera, inútil, a veces se incorpora a la Infantería de Marina, al igual que en otras áreas, y tiende a destruir el buen nombre de la mayoría. Muchachos criados con novelas de diez centavos y el cine, veían finalmente una oportunidad de imitar a sus héroes favoritos y matar gente impunemente; algunos, además, eran sureños para quienes los dominicanos no eran nada más que "negros". La gran mayoría de las fuerzas de ocupación eran jóvenes bien intencionados que a menudo no tenían la experiencia para distinguir los forajidos de los ciudadanos honestos, con el resultado de que en ocasiones se cometían lastimosas injusticias.

Estos ignorantes, o jóvenes entrenados en el cine, eran enviados a las lomas a cazar bandidos. Encontraban una choza desocupada y le acercaban un fósforo al techo de paja. Probablemente pensaban que esa choza, de todas maneras, no tenía importancia, aunque no fuese la guarida de algún bandido, cuando guardaba todas las posesiones de una inofensiva familia. En su ignorancia de las costumbres locales, no podían saber que toda la familia estaba fuera, trabajando en su conuco de yuca. O sólo encontraban mujeres y niños en la casa, a quienes les quemaban las casas porque no podían explicar dónde estaban sus hombres. O también, se encontraban con un hombre en el camino y le preguntaban qué estaba haciendo y porque éste no les entendía su atroz imitación del español, o ellos su respuesta, le disparaban para estar del lado seguro. En otros casos quemaban las casas de cómplices inocentes debido a que los bandidos les habían quitado alimentos y se habían alojado en sus casas. Si uno puede creer la mitad de las historias que circulan en Santo Domingo, los alemanes en Bélgica no tienen nada que envidiarle a algunos de nuestros propios "cuellos de cuero".

Un cura párroco del Seybo, quien aparentaba, si algo, simpatizar con la ocupación, me contó varios casos de una brutalidad increíble, de los cuales él tenía conocimiento personal.¹ El no podía divulgar los secretos del confesionario, pero podía asegurarme que muchas de las víctimas habían sido inocentes hasta de pensamientos hostiles. Me aseguró que la Guardia tenía algunos de los peores maleantes, ladrones y asesinos del país, hombres mucho peores que los *gavilleros*, y éstos a menudo incitaban a los ingenuos norteamericanos a dar salida a sus propios odios privados.² Hacía apenas un mes le había ocurrido una triste experiencia personal. El día de Navidad había ido con sus monaguillos a otro pueblo para asistir a una *fiesta*, cuando un infante de marina borracho disparó su rifle dos veces hacia la choza de cana donde ésta se estaba celebrando y mató a un niño de diez años que en ese momento esparcía el incienso.

- 1 *Es probable que se trate de Nicolás Vidal Mas, quien fue cura párroco en esa ciudad desde 1920 hasta su muerte en 1925.*
- 2 *En ese año Trujillo era teniente de la guardia precisamente en El Seybo.*



en! No puedo atestiguar todas las afirmaciones del padre pero rumores de este tipo prevalecían entre los nativos y los norteamericanos en todo Santo Domingo. Por otra parte, debemos recordar que los cazadores de bandidos a menudo no tenían un medio seguro para distinguir un *gavillero* de un "ciudadano honesto", y no siempre podían conceder a un hombre el beneficio de la duda. Tanto el uno como el otro son capaces de lucir honestos, sencillos, inofensivos; y también se han cometido errores de indulgencia, los cuales naturalmente han conducido a una precaución excesiva. El dominicano es lo suficientemente versátil como para ser bandido un día y al siguiente encontrarse limpiando su conuco con su machete. *Gavilleros* capturados se han vanagloriado de que ocultaron sus armas en un campo de caña cuando apareció una fuerza hostil, luego salieron y ayudaron a los infantes de marina a desensillar, se tomaron una ronda con ellos en la *licorería* vecina, y, tan pronto los cazadores tomaron su camino, recobraron sus armas. La Guardia misma no siempre ha estado libre de espías. Las dificultades de la situación y la necesidad de un amplio conocimiento de las condiciones y costumbres locales de parte de aquellos enviados para solucionarlas, están ejemplificadas por el fracaso de un plan para erradicar a los bandidos de cierto distrito del Seibo. El gobierno de ocupación le ordenó a todos los "habitantes buenos" venir al pueblo en un día específico, de manera que los malos pudieran ser más fácilmente acorralados. Pero los *gavilleros* tienen un mejor servicio de información que aquellos que no tienen una razón particular para tener sus oídos contra el suelo. Los primeros se enteraron de la orden, escondieron sus armas, y se apresuraron hacia los poblados, resultando que aquellos que fueron tiroteados eran en su mayoría honestos y sencillos campesinos.

Desde la ocupación han tenido lugar varias batallas importantes entre *gavilleros* e infantes de marina. Estos últimos son adversarios de más valor que los *cacos* haitianos, aunque la derrota de una banda de cuatrocientos por parte de unos cuantos norteamericanos, no se considera una hazaña extraordinaria. Gracias ya sea a sus antecedentes españoles o a su historia revolucionaria, el dominicano tiene una ferocidad y un *desprecio* por la vida humana que hacen que no sea prudente el ser compasivo. Más de treinta infantes de marina han sido muertos en Santo Domingo, contra sólo cuatro en Haití. Una banda ha anunciado su determinación de exterminar por completo a los extranjeros blancos y tiene la práctica de mutilar horriblemente a muertos y heridos. Persiste un rumor de que uno de sus líderes es un norteamericano.

La historia del asesinato del jefe de los bandidos en Santo Domingo no es tan heroica como la exterminación de Charlemagne, en Haití¹ —ni tan definitiva. Vicentico y sus hombres habían cubierto casi la provincia entera del Seibo. En julio de 1917, una versión explica que un sargento de artillería, que hablaba un español imperfecto, entró a su distrito desarmado y con ropa de civil, y se pasó una semana

1 Se refiere al líder de los "cacos" haitianos, Charlemagne Peralte.



ganándose la confianza del jefe. Les dijo que los norteamericanos habían perdido las esperanzas de vencer a un guerrero tan experto y le harían general y jefe de la Guardia, con empleos para los mejores de sus hombres, si desbandaba sus fuerzas y apoyaba la ocupación. Otra versión es que el verdadero intermediario lo fue un tendero "turco" que le había conocido en otros tiempos. Dejando a un lado el asunto de las glorias individuales, Vicentico salió, finalmente, con setenta hombres escogidos, para reportarse ante el comandante de la Infantería de Marina. En el camino fue de repente sorprendido al escuchar uno de los pájaros silvestres del Seibo emitir su peculiar chirrido en la copa de un árbol encima de él.

— "¡Me estás traicionando!" gritó el cabecilla, volviéndose hacia el "turco" —o el sargento— y cubriéndolo con su "pata-mulas". "Ese pájaro nunca ha fallado en avisarme sobre un peligro".

El emisario, quien evidentemente estaba dotado de una lengua sobrehumana, logró ganarse nuevamente la confianza del proscrito, y el viaje prosiguió. Una vez en el cuartel general de los norteamericanos, Vicentico marchó altivamente hasta el coronel de los infantes de marina, su curtida cara parpadeando de triunfo, y le informó que estaba listo para hacerse cargo de la comandancia de la guardia.

— "Usted está bajo arresto", dijo secamente el coronel.

— "¡Caramba!" gritó el proscrito, mientras un destacamento de infantes de marina desarmaba a sus setenta seguidores, "¡Sabía que debía de haber escuchado a ese pajarito!"

Exactamente qué sucedió después, no está claro, excepto que no es nada de lo cual estar particularmente orgulloso. Una versión cuenta que el sargento de artillería entró una noche a la celda del maleante y le dijo, entre maldiciones y lágrimas de cocodrilo, que sus superiores habían repudiado sus promesas, pero que él redimiría su propia traición no intencionada ayudando al bandido a escapar de inmediato —después de lo cual, guardias, cuidadosamente colocados afuera, lo recibieron con una andanada sancionada por *la ley de fuga* de su propia raza. Otra culminación de la historia dice que un grupo de oficiales de la Infantería de Marina, "borrachos después de una gran fiesta", se tambalearon hasta la prisión y vengaron la pérdida de algunos de sus camaradas disparando contra el maleante con las esposas puestas todavía, y sin darle tiempo siquiera para llamar a un sacerdote. Qué tanta verdad hay en estos recuentos, o una combinación de ambos, probablemente permanecerá siendo un misterio, pero aun los mismos infantes de marina no alardean a menudo de la muerte de Vicentico.

Pesimistas crónicos y enemigos jurados de la ocupación aseguran que los norteamericanos han creado diez bandidos por cada uno que han matado. Sin tomar esta información como cierta, hay por lo menos un grano de verdad en la aseveración

complementaria de que la muerte de Vicentico hizo que todo el Seibo se volviera *gavillero*. En algunos parajes sólo se ven mujeres, niños y ancianos; los varones jóvenes se han ido todos a las montañas. Los líderes que quedan no tienen confianza en los norteamericanos, particularmente aquellos en uniformes de la Infantería de Marina, y nunca más entrarán en negociaciones de ningún tipo. La provincia quiere venganza por lo que considera la alevosa traición de uno de sus héroes populares. Debemos recordar la tradicional actitud española hacia los bandidos –algo que no se puede esperar que sepan simples soldados sin tiempo para estudiar historia. El gobierno español ha sido siempre más o menos un opresor de la gente común; los que se levantan en su contra, ya sea solos o en grupos, son vistos algo así como campeones de las masas indefensas. Los héroes favoritos de los dramas españoles, hasta el día de hoy, son “*bandidos*” y siempre se destacan por su absoluta indiferencia hacia el peligro personal y por su caballeresco código de honor, para no decir de su indefectible generosidad hacia los pobres. No es difícil, por lo tanto, entender por qué *los americanos* cayeron tan bajo en la escala moral de la provincia del Seibo por su poco caballeroso trato hacia Vicentico.

Si voy a continuar esta explicación, no prejuiciada, de las cosas tal como parecían ser en Santo Domingo a principios de 1920, sin dar la falsa impresión de que la gran mayoría de nuestras fuerzas de ocupación no son un crédito a su tierra natal, agregaré unas palabras acerca del efecto de la conducta personal. Unos cuantos infantes de marina, entre ellos algunos oficiales, varían la monotonía de su tarea iniciando hogares irregulares; un número algo mayor toma una ventaja indebida de su aislamiento de nuestra nueva y no muy popular enmienda constitucional.¹ El lapso anterior no atraería mucha atención en Santo Domingo, en donde es casi una costumbre nacional, si no fuera un hábito americano, el alardear de nuestra superioridad ante otras razas sobre tales asuntos, aunque sólo fuera sobre puntos de vista. El resultado es un frecuente burlón murmullo de “hipócritas”. En cuanto a lo segundo, como en todas las razas americanas, es raro que haya un abstemio, pero es aún más raro verlos bajo la influencia del alcohol, al menos en público. En una tierra en donde cualquier hombre de posición pierde su casta por la más mínima evidencia de intoxicación, el efecto en la mente popular de lo que para sus auto-nombrados gobernadores es simplemente una “pequeña celebración”, es extremadamente desafortunada. El resultado de estas cosas, de una cierta cantidad de cruda autocracia y una tendencia a permitir que la burocracia tenga precedencia sobre el sentido común, es que nuestras fuerzas de ocupación son mucho menos populares en Santo Domingo de lo que podrían ser.

Ha habido una tendencia creciente de parte de los dominicanos a mostrar abiertamente su enemistad. Varios estallidos en bailes y fiestas que van desde encuentros individuales hasta casi motines, han indicado el sentimiento contra los

¹ Se refiere a la enmienda que prohibió el consumo de bebidas alcohólicas (La “prohibición”).



norteamericanos. Oficiales de la Infantería de Marina, bailando con muchachas dominicanas, han sido objeto de escenas desagradables. Ahora invitan menos que antes a nuestros hombres a los clubes nativos. Un indicio que es menos serio y más divertido, y casi universal al sur del Río Grande, es el creciente rechazo a llamarnos "americanos". Varios periódicos han adoptado permanentemente el desmañado adjetivo de "estadunidense" (sic). Si nuestros vecinos sureños se salen con la suya, supongo que pronto nos estaremos llamando a nosotros mismos "Unitedstatians", o "Usians", como siempre lo escribe un compatriota que ha vivido tanto tiempo entre ellos como para admitir su argumento.

Lo que necesitamos para trabajos, como el de Santo Domingo, son "hombres de mucho tiempo", soldados que han aprendido por experiencia que su tarea es más de educación que de opresión. Me gustaría ver que sacaran de nuestras fuerzas de ocupación a todos aquellos que no muestran el debido respeto por los dominicanos; no un respeto desmedido —que no lo tengo yo mismo— pero que al menos admitan que nuestros protegidos son seres humanos, con sus propios derechos y costumbres, y no simples "pillós" ("spigs") y negros ("niggers"). Hay mucha de esa actitud antinegra entre la clase más ignorante de los americanos, quienes demasiado a menudo hacen de la línea de color una protección contra sus propias deficiencias.

"Mac" —o "Big George", para este caso— es un excelente ejemplo del tipo de americano que queremos en tales lugares. Un entrenamiento temprano que le ha enseñado autocontrol así como poder de mando; una estadía lo suficientemente prolongada como para aprender a hablar español perfectamente, con todos sus dialectos locales; un poquito de la zalamería irlandesa, que logra mucho con esta gente sencilla y bien intencionada; el debido conocimiento y respeto de sus costumbres y puntos de vista, pero con el sentido del humor para ver y disfrutar, en vez de sentirse molesto, con su lado ridículo —en resumen, un verdadero norteamericano; con lo cual no quiero decir el tipo vocinglero y abusador que no ve nada bien fuera de los Estados Unidos, sino uno que pueda adaptarse a todas las condiciones, devolver cortesía por cortesía, que sea conciso y directo, viviendo de acuerdo a la ley en toda circunstancia, siempre dándole prioridad al sentido común por encima de la burocracia; que se exprese amablemente en todas sus negociaciones; sin embargo, siempre dejando que los posibles recalcitrantes sientan el revólver cargado y con el gatillo abierto bajo su —el del gobierno— saco. Así son los hombres que se necesitan para estos trabajos, no los arrogantes autócratas ni los rufianes ignorantes.

La mayoría de los dominicanos objeta la ocupación norteamericana, por varias razones. Una lista de las más poderosas sería algo así como: la del muchacho malo obligado a comportarse; el resentimiento de los políticos que han perdido el control de la cartera pública; el conocimiento de que los norteamericanos se consideran una raza superior; la agudeza de la división de color de los norteamericanos; la censura

militar; las "Inconstitucionales" cortes militares norteamericanas; las órdenes de no portar armas; el aludido incumplimiento, de parte del gobierno de ocupación, de la ley dominicana que restringe la inmigración.¹ Existen otras pero no tienen importancia comparadas con éstas.

Las primeras dos o tres no necesitan explicación. Pocos norteamericanos se dan cuenta de lo fastidiosa de nuestra actitud sobre el asunto de los negros en un país donde ni uno de cada diez habitantes puede mostrar un incuestionable linaje caucásico. Hasta los dominicanos tienen una división de color; todavía no he encontrado un país habitado por negros que no la tenga; pero ellos no ven que exista justicia en equiparar un ciudadano bien educado, influyente con más cultura que el norteamericano promedio, en la misma imposible categoría social que un peón de muelle analfabeto, simplemente porque su cabello sea rizado y su piel ligeramente oscura. En cuanto a la censura, que la ocupación considera como excesivamente indulgente; los escritores dominicanos la encuentran "intolerable". Es obvio que es estúpida; parece ser una regla universal que los censores deben ser completamente ignorantes de la literatura y que les sea prohibido aunque sea un conocimiento oral de los clásicos. Sin embargo, con una población falta de instrucción, inflamable y una plaga de irresponsables escritoruelos que buscan sus propios fines, ninguna ocupación militar podría perdurar sin tomar medidas para restringir la sedición impresa. Esta es una roca sobre la cual el bastante popular gobernador militar y hasta la mejor clase de nativos se han dividido. La *Comisión Consultiva*, encabezada por el Arzobispo, la cual se formó para ofrecer al almirante asesoramiento no oficial sobre los asuntos dominicanos que estuviesen más allá de su vista natural, renunció a principios de 1920 debido a que la "insoportable" censura no fue totalmente abolida sino simplemente suavizada.

Las *Cortes Prebostales* reciben una gran parte de la invectiva dominicana. Protestan de que las cortes militares norteamericanas, en algunas ocasiones juzgan y castigan personas que ya han sido absueltas por las cortes nativas, y viceversa. Es inconstitucional, claman. Es verdad, pero también es inconstitucional el que se hiciera necesaria una intervención militar extranjera para asumir el gobierno del país. Sólo se acude a las cortes marciales en casos en que se portan armas, por insurrecciones, asaltos a miembros de las fuerzas de ocupación, y venta de licores a hombres uniformados. No se necesita pensar demasiado para ver lo imposible que sería para los jueces dominicanos juzgar estos asuntos. Para comenzar, ninguno de estos casos está cubierto por las leyes civiles de Santo Domingo. Es naturalmente fastidioso para un hombre que siempre ha considerado el revólver... (*salto de varias líneas en el texto original*) ...anterior gobernador de Puerto Plata, y un hombre que no

¹ Durante la ocupación, los norteamericanos promovieron la traida de haitianos a Santo Domingo. Beneficiaba a los ingenios y a la construcción de carreteras y quitaba presión social en un Haití donde los "cacos" combatían a los norteamericanos. Los dominicanos se oponían a esa inmigración.



pudo más que reírse de su propio humor al dirigirse a la conferencia como “mis camaradas trabajadores”. Negado el privilegio, bajo el mandato norteamericano, de asumir un cargo en el gobierno como se hacía anteriormente, estos políticos profesionales están tratando de apoderarse de los fondos públicos mediante la formación de sindicatos de trabajadores y apelando a la American Federation of Labor (Federación Norteamericana del Trabajo) para que ejerza su influencia sobre el gobierno militar. El desfile de un número de *gremios* durante nuestra estadía en la capital dominicana, casi todos formados en los últimos seis meses, muestra el éxito que han tenido sus esfuerzos. El dictador laboral de América parece haber caído en la trampa.¹ El solicita que a los trabajadores de Santo Domingo les sea otorgada “plena libertad de acción”, lo que a los que hemos estado allí nos suena como el permiso para que tomen un arma y se tornen bandidos. Medidos en términos de dólares y centavos, los jornales del trabajador dominicano no son altos; si se ponen en la balanza con el trabajo que realmente realiza, lo evidencian más como el explotador que la víctima. Nadie en la tierra, y mucho menos la ocupación, le está impidiendo que haga un buen día de trabajo y sea razonablemente bien pagado —excepto su propia indolencia, la cual al final es posible le deje sumergido debajo de la inmigración extranjera² a pesar de todas las manipulaciones políticas.

Entre aquellos con quienes hablé sobre las “injusticias” en su país estuvo Deçiderio (sic) Arias, antiguo ministro de guerra quien añadió la última gota a la paciencia norteamericana. El ahora dirige una pequeña y patética factoría de cigarros en Santiago, durmiendo en un catre en una esquina de la misma, y profesora, dudo en reportarlo, una gram amistad a “Big George”. Un mulato orgulloso, bastante ignorante, quizás con algo de sangre india, imponente postura a pesar de sus reveses, y el alto grado de cortesía de toda su gente, está, o pretende estar, bastante satisfecho con la ocupación norteamericana. Asegura que todo lo que deseaba era paz interna para su amada tierra, y los infantes de marina han traído eso, o casi lo han logrado. Pero lamenta que los norteamericanos no estudien las costumbres y la “psicología” del pueblo dominicano, en lugar de llegar a la conclusión precipitada de que lo que es bueno para ellos es sin dudas bueno para otras razas.

También estaba el novelista y literato principal de Santo Domingo, orgullo de La Vega.³ Es quizás el oponente más osado que tiene la ocupación en el país. “Cuba y Puerto Rico siempre han sido colonias”, farfulló, “y están acostumbradas a que les gobiernen por la fuerza. Pero Santo Domingo ganó su independencia por sí sola y lo que queremos, lo que tenemos que tener, es LIBERTAD!” Lo que no agregó es que el significado de esa palabra, en este caso en particular, era el derecho a una revolución continua, pero fue fácil suministrarle esa nota al pie. Su furia era despreciativa hacia aquellos de sus compatriotas que se “han rebajado” a aceptar puestos en el gobierno

1 Ver el ya citado libro de Bruce Calder.

2 Se refiere a los haitianos traídos por las fuerzas de ocupación.

3 Probablemente se refiere a Federico García Godoy.



de ocupación, y aseveró que todos los que lo habían hecho eran “la escoria de nuestra vida nacional”. Sin embargo, descartamos el testimonio del novelista por la caracterización de él que hizo “Mac” como “un estafador de un cilindro”, a quien habían despedido de su empleo público por vender sellos de rentas internas cancelados.

El cura párroco del Seibo estaba mucho más en favor de la ocupación. Un nativo dominicano, sin una pizca del asceticismo de los sacerdotes franceses en Haití, con una cintura generosa y la cara de alguien que disfruta al máximo las buenas cosas de la vida, tenía el juicio maduro de un hombre de mundo, en lugar del punto de vista del claustro.¹ Explicó que todos los intelectuales dominicanos están avergonzados de que fuera necesaria, sin embargo, saben que fue por su propio bien que los norteamericanos han “anexado” el país. La lección ha sido difícil de soportar, pero era inevitable, y ahora ya la han aprendido tan bien que “no lo harán de nuevo” –sonaba como el grito de un niño malcriado bajo la correa del padre– si sólo les dejáramos gobernarse a sí mismos y mantener una mano amenazante sobre ellos. Es el viejo grito latinoamericano de protección sin responsabilidad. Todos los dominicanos bendecirían a los Estados Unidos si retiraran a los infantes de marina y dejaran un gobernador como asesor. Ya nunca volverían a robar los puestos públicos o los fondos del gobierno. Han sido enseñados que las revoluciones continuas no son un pasatiempo sino un crimen. Los *intelectuales* norteamericanos de la ocupación habían hecho mucho bien, aseguró, pero su trabajo había sido grandemente contrarrestado por los de la otra clase. A pesar de toda la violencia que él había reportado, no aparentaba tener resentimientos contra nosotros, pero creía que el tiempo de irnos había llegado. El “había oído decir” que los *gavilleros* regresarían a sus *camucos*(sic) y se asentarían de nuevo tan pronto como los norteamericanos se fuesen. Muchos de ellos no eran más que maleantes sin ningún sentido de patriotismo, sino sólo con el deseo de vivir del robo y del saqueo. De hecho eran tan capaces de matar a sus propios compatriotas como a los norteamericanos, de hecho, más, ya que estos últimos estaban armados y los dominicanos no podían estarlo. Sin embargo, muchos de ellos habían sido empujados a las montañas por las circunstancias –por amenazas de los verdaderos bandidos, por los infantes de marina, que confundían familias inocentes con simpatizantes de *gavilleros*, o se le daba a un hombre una mala fama y no se atrevía a entregarse por miedo a que le sucediera lo mismo que a Vicentico. Una vez que estos renuentes maleantes abandonaran la lucha, el resto no tendría otra alternativa que dispersarse.

Sin embargo, es difícil admitir que Santo Domingo está lista para gobernarse a sí mismo, no porque no hayan hombres honestos y educados en el país, sino porque éstos no pueden llegar al poder. Gobierna la fuerza; las elecciones justas no son posibles. Al igual que en toda latinoamérica, con pocas excepciones, los partidos

¹ Como dijimos, es probable que se trate de Nicolás Vidal Mas.



dependen de y toman el nombre de su líder. A las masas no les interesan los principios en lo más mínimo. En los viejos tiempos, el presidente siempre nombraba un militar como líder provincial, de manera que su "partido" no mostrara señales de independencia. Cada distrito tenía su propio pequeño *cacique* local, o jefe de tribu. Las elecciones duraban dos días. Peludos campesinos eran traídos de las montañas para que votaran enseguida. Luego el *cacique* hacía que los afeitaran para que votaran de nuevo; les hacían un corte de pelo y votaban nuevamente; les daban una nueva camisa y votaban de nuevo. Al segundo día, media docena más de disfraces precedía sus repetidas visitas a las urnas. Es difícil creer que sólo cuatro años de ocupación han curado completamente a los dominicanos de tales hábitos. De hecho, los norteamericanos nunca han intentado todavía celebrar unas elecciones; por lo tanto, no han habido nuevos ideales que exponerles a este respecto. Bajo el viejo régimen, los jueces se repartían las multas entre ellos, y costó gran esfuerzo hacer que renunciaran a ese privilegio. Ahora son propensos a imponer multas ligeras y ridículas ya que éstas van a rentas internas, en las que no están personalmente interesados. Al igual que un niño descarriado al que nunca le enseñaron a gobernarse, pero que era simplemente explotado por un padrastro sin corazón, del que finalmente huyó, Santo Domingo no tiene un concepto real de cómo conducirse en los asuntos políticos, y hasta la actual ocupación, nadie ha intentado enseñarle lo que nunca aprendió de España o de la experiencia.

Algunos dominicanos estarían satisfechos con un protectorado norteamericano, siempre que pudieran tener su propio congreso y una cierta semblanza de autonomía. Muchos ciudadanos pensantes desean que permanezcamos hasta que una nueva generación sea entrenada en la administración de sus asuntos. A la fecha, se ha dado muy poco entrenamiento, y tomaría un largo tiempo el romper sus hábitos de robar. Cuba y Puerto Rico siempre han estado acostumbrados a obedecer las leyes, sin embargo, apenas se están acercando a un autogobierno adecuado. Santo Domingo siempre ha sido más o menos salvaje; necesita un nuevo y completo patrón de honor y moral. Entre otras cosas, esto requerirá por lo menos unos 25 años de buena escuela elemental. No deberá ser una escuela vacilante ni muy compasiva. Los libros de texto que se adopten deben tener preguntas pertinentes tales como: "¿Cuáles son las faltas principales de los dominicanos (de los latinoamericanos en general) que deben ser corregidas antes de que puedan ocupar su lugar correcto en el mundo moderno? Respuesta: Debemos liberarnos del *caudillismo*, de los partidos personales en lugar de partidos políticos" – etc., con lo que puede parecer una franqueza ofensiva. No solamente deberían quedarse los norteamericanos en Santo Domingo el tiempo suficiente para entrenar una nueva generación, sino que debemos decirles de inmediato que esa es nuestra firme intención. El rumor de que nuestras tropas están próximas a salir está siempre circulando en todo el país, no dejándole a nadie una estaca donde colocar su sombrero. Recuérdese cómo odiamos la



incertidumbre de un año presidencial. Debería haber una proclamación de parte de nuestro gobierno federal que indique que vamos a permanecer por muchos años –yo diría que unos cincuenta, hasta que haya desaparecido la presente generación– y que no tiene sentido patear contra lo inevitable.¹ En lugar de esto, el gobernador actual les dice que hará todo lo posible para lograrles pronto un gobierno civil y hacer que se retiren las tropas, permaneciendo quizás como un gobernador civil. No creo que estén listos para esta movida, ciertamente no para manejar sus propias finanzas, que es lo que más desean hacer. Poco a poco deben ser iniciados en los misterios del verdadero autogobierno, pero debemos evitar el error cometido en Cuba, y, hasta cierto punto, en Puerto Rico, de graduarlos antes de que terminen la primaria. Si la generación que no ha nacido puede ser criada sin la contaminación política de los actualmente vivos, existe una esperanza aún para una raza como la dominicana. Sin embargo, ¿alguna vez ha salido usted de viaje en un caballo nativo de raza cruzada y ha esperado que estuviera a la altura de uno de pura raza?

La ocupación militar ha cometido errores; todos los gobiernos militares lo hacen. Pero no son tantos ni tan severos como los cometidos por los dominicanos. Ha habido casos de arbitrariedades, juicios prematuros e injusticia, pero, en general, el mando norteamericano es justo, confiable y bien logrado. Algunos de los problemas surgen del hecho de que a jóvenes de la fuerza naval, sin experiencia, les han sido asignadas *secretarías* importantes que requieren hombres de juicio extremadamente maduro –aunque, de seguro, el gobierno de Santo Domingo, con apenas 750,000 habitantes, no es más que el trabajo de un alcalde, excepto por la extensión de su territorio. Una segunda desventaja es que los puestos más importantes están en manos de hombres que no hablan una sola palabra de español y deben hacer todo su trabajo a través de intérpretes, generalmente políticos, con resultados fácilmente imaginables. No hay razón, sin embargo, para que los graduados de Annapolis o de West Point no deban saber en lo que se ha convertido una lengua tan importante para su profesión. ¿Oyó alguien hablar de un oficial alemán que no hablara por lo menos inglés y francés con fluidez? Parte del tiempo que se dedica ahora a “funciones sociales” y al aprendizaje de costumbres como el té de la tarde, podría sacrificarse fácilmente por nuestros nuevos requerimientos. Y, por último, debe haber más conocimiento e interés por nuestros diseminados distritos de parte de nuestros altos oficiales en casa. No es particularmente de mucha ayuda para un oficial naval, nombrado de repente gobernador de un lugar como Santo Domingo, ver al Secretario que debería diseñar su política, volverse desde el mapa en el cual acaba de buscar ese desconocido lugar y darle la siguiente respuesta: “¿Ordenes? No me moleste con detalles. Tengo cosas más importantes que requieren mi atención. Vaya allá y siéntese sobre la tapa”.

¹ *El autor finalmente expresa su opinión en forma clara.*



Como un ejemplo de los adelantos ya logrados por la ocupación, está el asunto del matrimonio. Anteriormente, era casi imposible para las masas formar uniones legales; el costo era muy alto y los requisitos de actas de nacimiento y otras formalidades insuperables. Como resultado, el matrimonio se había llegado a ver como una ceremonia supérflua. Esta condición, más o menos universal en todas las Indias Occidentales, es una herencia deliberada de tiempos pasados. Los explotadores de la isla, particularmente los españoles, apoyados por la Iglesia, cuya prosperidad dependía de su prosperidad, hacían deliberadamente difícil el matrimonio entre las clases laborales. Una mujer casada y sus hijos podían exigir sustento de su esposo; una simple consorte aumentaba la provisión de mano de obra disponible, porque ella estaba obligada a ganarse el sustento en los campos y a enviar allí a sus hijos durante la infancia. Aunque había hombres que trataban a sus familias irregulares como dependientes legales antes de que llegaran los norteamericanos, los hijos ilegítimos eran frecuentemente abandonados, maltratados y explotados hasta un grado que convertía a muchos de ellos en bandidos. En los mejores casos, sufrían la falta de una firme mano paterna en sus primeros años. La ocupación atacó este problema al forzar a los hombres a pagar el mantenimiento y los estudios de sus hijos "externos". Como este comportamiento social provoca poco estigma en Santo Domingo, rara vez había dificultad en establecer el parentesco. Esto era usualmente de conocimiento público. Hasta los curas tenían familias en la mayoría de los casos; muchos de ellos reconocían francamente a sus hijos e hijas. Hay hombres en Santo Domingo, algunos de ellos verdaderos pilares de la sociedad, quienes de repente vieron, bajo la nueva ley, aumentar su carga de dos o tres hijos a veinticinco.¹ Los matrimonios ahora son gratis y son ceremonias públicas. Casi siempre tienen lugar de noche y la muchedumbre se reúne fuera de las puertas abiertas de la iluminada casa. Miembros de la familia salen de vez en cuando a conversar con sus *amigos* entre el gentío, pero no los invitan a pasar. En la mesa de la sala se sientan la novia y el novio, el notario y el cura, rodeados por los familiares, *amigos íntimos* y *compadres*, de pie. Se firman muchos documentos y libros, cada uno seguido por un embelezado suspiro por parte de la multitud en la calle, que bajo ninguna circunstancia, excepto bajo un chaparrón, da señales de dispersarse hasta que la nueva pareja se haya retirado de la escena. Así son la mayoría de los bailes, *fiestas* y celebraciones familiares en Santo Domingo, en donde el salón principal siempre da a la calle y el calor hace a las cerradas puertas y ventanas más que superfluas. Algunas veces estas salas abiertas llenas de sillas están al nivel de la acera, otras veces a varios pies más abajo, pero es imposible evitar mirar para adentro, aun cuando uno no se una a la muchedumbre. Además, no hay nada secreto en estas festividades dominicanas; la novia que no vea un gentío reunido ante su puerta en su noche de bodas probablemente llorará amargamente antes del amanecer.

1 Algunos opinan que la historia dominicana no se puede entender bien sin saber sobre los "hijos de la calle" de prominentes dominicanos.



« Cuando llegaron los norteamericanos tan sólo había 18,000 alumnos asistiendo normalmente a la escuela en Santo Domingo. No había escuelas rurales en absoluto. Muchos "maestros" no enseñaban nunca, sino que eran meros secuaces políticos que recibían salarios, y algunos de ellos eran totalmente analfabetos. Algunos arrendaban a sus "alumnos" o los ponían a trabajar en sus propios campos. Superintendentes e inspectores rara vez actuaban como tales y no llevaban ningún tipo de registro. Escúchese un pasaje de una novela escrita por un enemigo declarado de la ocupación:



Fotografía de un entierro, tomada por Harry French

"La mujer dominicana común frecuentaba —la palabra está bien escogida— una escuela de primeras letras sostenida y dirigida por un cura, donde aprendía a leer y a escribir hasta cierto punto, los más básicos rudimentos de aritmética y geografía y un mundo de plegarias que el buen cura hizo especial esfuerzo por enseñarle. Ya se sabía el catecismo al dedillo, pero, excepto por las formas de devoción, ella era una ignorante completa, que tomaba en serio cualquier tontería que le dijeran aquellos que contaran con su confianza, en forma falsa o verdadera".



French copió esta fotografía de un vendedor de pan en la ciudad de Santo Domingo

No existía siquiera una base sobre la cual construir un sistema educacional. Los encargados de esta tarea tuvieron que comenzar desde el principio. El status peculiar de Santo Domingo resulta en un Ministro Americano de Instrucción Pública y un Superintendente nativo, lo opuesto al caso de Haití. Ambos son hombres serios, pero la pedagogía no está en el *curriculum* de Annapolis.¹ No se ha hecho ningún intento por americanizar las escuelas, como en Puerto Rico o en las Filipinas, lo que es correcto políticamente, pero es cuestionable en términos educativos. A cada hombre se le ha hecho personalmente responsable de los hombres bajo su mando, a través de todo el sistema. La ocupación tiene ahora 100,000 alumnos en las escuelas, con otros tantos que

1 Se refiere a la Academia Naval norteamericana.

todavía no han sido ubicados; pero muchos de los primeros asisten sólo medio tiempo por falta de facilidades. El analfabetismo dominicano todavía excede el noventa por ciento y la información llega principalmente en forma verbal con la consecuente mutilación. Se está intentando que la universidad en la capital enseñe sólo temas “prácticos”, desterrando la cultura elevada con la que los latinoamericanos les encanta coquetear. Sin embargo, uno tiene la impresión de que se pone mayor atención y gastos en los elaborados panfletos educacionales que corren en un río constante desde las prensas del gobierno, que a las casas de adobe de las escuelas y que a los pilluelos descalsos que asisten a ellas.

El dominicano de las masas es amable, hospitalario, resignado y confiado. A pesar de haber sido explotado y maltratado durante siglos, a pesar de su tendencia a arreglar las cosas por la fuerza de las armas y de su poca valoración de la vida humana, por dentro es todavía simple y bien intencionado. Aún en los días de la revolución, los norteamericanos andaban seguros y solos por donde hoy día una compañía de infantes de marina se mueve con precaución. Las madres de las muchachas norteamericanas casadas con oficiales de la ocupación se horrorizarían al saber que sus hijas utilizan asesinos de la prisión de la *Guardia* como cocineros y sirvientes; sin embargo, tales hechos apenas si atraen algún comentario indiferente entre los norteamericanos en Santo Domingo. Como todos los latinoamericanos, el *dominicano* no tiene compasión, tanto para con los animales como para con su prójimo. Siendo bastante valiente en el combate físico, tiene muy poco valor moral —ya he mencionado la inhabilidad de los oficiales nativos para disciplinar a su propia gente. Lo peor de todo es que no tiene idea de cómo poner coto a sus políticos. Las mejores familias emigraron a Cuba durante los veintidós años del régimen haitiano, y este último cerró la universidad y muchas de las escuelas por considerarlas lujos superficiales, lo que puede ser parte de la razón del porqué las clases “superiores” no se comparan, en cuanto a su carácter, con las masas. Un escalón que se sube en la escala social parece traer frecuentemente una caída en las normas morales. Como, por ejemplo: el hijo de un zapatero se abrió camino en la escuela con verdadero espíritu americano; estudió medicina en París, aprendió inglés y francés y es un lector voraz de toda la literatura de su profesión en varios idiomas. Sin embargo, cuando un destacamento de la guardia le trajo a un pobre campesino con el cráneo roto, se negó a atenderlo después de haber empezado a operarlo porque nadie podía asegurarle el pago de sus honorarios de \$500.

Los dominicanos tienen pocas costumbres estrictamente nativas, siendo su principal característica su gusto por las revoluciones. Son alegres, vivaces y frívolos; les gusta la música y el baile y se divierten muchísimo con cualquier pasatiempo trivial. Las corridas de toros ya hace tiempo que desaparecieron, pero las peleas de gallos son el pasatiempo universal masculino, y los domingos y días de fiesta la gallera es el centro de atracción. No hay pueblo ni aldea que no tenga su *gallera*; en los distritos del interior es seguro que hay una a fácil distancia de cada grupo de



casuchas. En cualquier día de fiesta, el viajero que va por los principales caminos y carreteras está seguro de encontrar una cabalgata de jinetes, cada uno llevando cuidadosamente en un saco lo que los iniciados conocen como un gallo ganador.

La gallera principal de la ciudad de Santo Domingo estaba justo detrás de nuestras habitaciones. Los domingos nos despertaban al amanecer con un escándalo que variaba de volumen pero que nunca, ni una sola vez, cesó completamente hasta el ocaso. En la tarde me aventuré dentro del recinto; pagué mi entrada de veinticinco centavos y, trepando la pared exterior tipo tanque, me sumé a la muchedumbre en un lugar cerca del redondo techo de hojalata. El deporte está legalizado y una parte del dinero de la entrada va a la municipalidad, con una recaudación de unos \$1,500 al año. Esta es una simple bagatela, sin embargo, comparada con las sumas que se intercambian entre los espectadores durante el gozar de un sólo día. Como la mayoría de los juegos españoles, apostar es la razón *d'être* de la pelea de gallos. El constante y ensordecedor alboroto recordaba el mercado de lonja de Nueva York, así como los juegos de pelota de La Habana.¹ Antes de cada contienda separada, había largas esperas mientras los aullantes espectadores colocaban sus apuestas a las dos arrogantes y preciosas aves sujetadas tiernamente por sus dueños o empleados asistentes.

Nos llegó como una sorpresa ver el tipo de hombres que asiste a estas peleas en la capital. El círculo de caras que se elevaba ocho hileras por encima del ruedo con piso de tierra, en muchos casos no tenían ni rastro de sangre negra; la gran mayoría de la audiencia no estaba solamente bien vestida, sino que mostraba evidentes signos de afluencia moderada. Ricos comerciantes y hombres de alta posición en los asuntos locales, dos o tres ex-ministros me fueron señalados como propietarios de uno o varios de los gallos contendientes. "Pollo" sería un término más exacto, pues los peleadores, a diferencia de los espectadores, no estaban confinados a un solo sexo. Las *toilettes* de las aves eran en extremo fantásticas –cada una había sido esquilada, descañonada y hasta en otra forma desnudada de sus plumas en varias partes del cuerpo, particularmente en los muslos y cuello, de acuerdo con el capricho o experta opinión de su entrenador; y el aspecto de su piel desnuda demostraba que estaba en su mejor condición "rosada". Una invariable formalidad presidía cada contienda. En un tablón cuadrado colgando rígidamente del techo, en pértigas, se colocaban un par de balanzas en las cuales los dos opositores eran pesados en sus sacos, requiriendo la costumbre que se balancearan el uno al otro hasta una fracción de onza. Entonces, cuando un descenso en las apuestas mostraba que los espectadores habían decidido sus favoritos, el dueño, o su agente, se llenaba la boca de ron y agua y se lo echaba al ave en un fino rocío por todas partes, desde la altiva cabeza hasta las desnudas patas, y la pelea comenzaba.

¹ Se refiere al *Jai-Alai*.



La primera batalla después de mi llegada era entre una gallina negra y un gallo rojo-India. Desde el momento en que los soltaron, inmediatamente acometieron, como boxeadores profesionales. De vez en cuando se enganchaban, pero como no había *referee* para separarlos, eventualmente, se zafaban ellos mismos. Luego, el gallo se puso a correr alrededor del ruedo con la gallina atrás él, lo cual un fanático vecino mío definió como una estrategia inteligente. Durante la primera parte de la pelea el favorito cambiaba con cada picotazo o cortadura de las espuelas. Gritos tan fuertes como los del juego de *football* del día de Acción de Gracias, parecían hacer vibrar sobre nosotros el techo de hojalata. Los aullidos de los apostadores eran enfatizados con la agitación de manos, saltos de arriba hacia abajo, la sacudida del dinero en las caras de unos y otros y la colocación de apuestas en la distancia mediante gestos cabalísticos tan veloces como rayos. Aquellos que aventuraban unos meros diez dólares la tirada, eran los más insignificantes de los “picadores”; por todos lados centelleaban los billetes de \$100 dólares, a veces dos o tres en la misma mano. Gritos de éxtasis saludaban cada hábil estocada de espuelas, despertando un repugnante disgusto por nuestros semejantes. Me encontré a mí mismo preguntándome cuántos de estos chillones *fanáticos* tenían un décimo del valor de estos pollos de pelea. Ciertamente que ninguno de ellos hubiera aguantado tanto castigo sin gritar que se rendía. Gradualmente, las apuestas pasaron de empate a diez a uno. El gallo estaba recibiendo la peor parte. Estaba completamente ciego, su cabeza era un amasijo de sangre; estaba tan aturdido sobre sus patas que se caía mareado una y otra vez de un lado a otro, sólo para luchar por ponerse en pie de nuevo y seguir la pelea, tirando picotazos al aire a troche y moche mientras su oponente continuaba con su agotadora paliza. El dueño, en las filas laterales, se mantenía gritándole frenéticos consejos —“*Anda, cobarde! ¡Pica, gallo!*” Un picotazo de suerte o un espuelazo algunas veces empata la batalla para un gallo ciego, así que todavía había esperanza. Hacia el final, el gallo con frecuencia se acostaba de pura fatiga, y su oponente respetaba siempre, con caballeroso honor, su condición de caído y no lo tocaba ni una sola vez hasta que tambaleante se ponía de nuevo en pie. La exhibición se volvió asquerosamente monótona, hasta algunos de los fanáticos comenzaron a protestar y finalmente el dueño entró al ruedo con un deprecativo movimiento de hombros y levantó el gallo con rudeza en una mano, como a un ave de mal agüero. Su sangrante cabeza colgaba como si estuviera muerto. Aun cuando un gallo de pelea gane, no puede volver a pelear en meses; si pierde significa el basurero o a lo mejor la olla de algún indigente. Un hombre en primera fila le arrancó las espuelas naturales al ave perdedora para usarlas en algún otro adversario menos artillado; los apostadores que perdieron comenzaron a buscar a los ganadores para pagar sus deudas, y otra multitud invadió el ruedo en preparación para la próxima asquerosa contienda.

La ciudad de Santo Domingo, llamada más comúnmente “La Capital” en el interior, es un pueblo más bonito que Santiago y algo más grande. Es menos compacto, tiene más árboles y espacios abiertos, y muchas ruinas antiguas curiosas



—palacios, puertas, fortalezas e iglesias— de hecho, hay tantas iglesias antiguas, que algunas de ellas son utilizadas ahora como teatros y oficinas gubernamentales. De las muchas puertas que quedan de la antigua muralla de la ciudad, la más curiosa es la “Puerta de la Independencia” que abre a una bonita plaza exterior —curiosa, porque los dominicanos pretenden que esa fue la puerta a través de la cual el ejército triunfador penetró después de haber expulsado a los haitianos en 1844, aunque cualquier pilluelo de la calle sabe que la entrada fue realmente por una puerta menos decorada más cerca del mar.¹ También está el viejo árbol allá abajo en la zona de la aduana, en la margen del río Ozama, al cual se dice que ató Colón uno de sus barcos. La catedral, en el parque central, es una pila pintoresca de piedras antiguas, sin torre ni chapitel, y reconocida por la elaborada tumba del famoso genovés justo detrás de su puerta principal. Sin entrar en la debatida cuestión de si los huesos que contiene son realmente los del gran descubridor, excepto para decir que La Habana, Valladolid, Sevilla y la ciudad de Santo Domingo están todas seguras de que tienen los restos genuinos, uno puede decir que la tumba por sí misma vale la pena visitarla. Ciertamente, aunque demasiado decorada para el gusto norteamericano, es sorprendentemente artística para el viajero que está hace ya tiempo familiarizado con el casi universal y ridículo “arte” de las iglesias latinoamericanas. Con sus espléndidos relieves en bronce, sus excelentes figurillas en mármol y sus inspiradoras formas generales, casi podría clasificarse como la gema de la arquitectura eclesíastica al sur del Río Grande.²

Una vez dentro de la catedral, hay varias otras cosas que valen la pena darles un vistazo antes de salir, aunque sus pequeñas ventanas dan al interior un eterno crepúsculo. Dos o tres pinturas de Velásquez y de Murillo tienen genuino valor; una pintura traída por Colón puede verse sólo por medio de la llave del sacristán; una cruz que se dice que el descubridor plantó cerca está protegida por puertas de vidrio, incrustadas en la pared, porque los fieles y los curiosos se daban a la tarea de quitarle pedazos como reliquias o recuerdos. Los siales del coro en caoba, los púlpitos y los altares son todas obras de ebanistería antigua, rica en rojo. Hay una excelente tumba del arzobispo que una vez fue presidente. En realidad, parece no ser necesario tener estatura colombina para que uno pueda dormir el último sueño al lado del viejo denodado navegante. Durante nuestra estadía en la ciudad, el piso de mármol fue abierto a unos cuantos pasos de la histórica tumba para recibir los restos de un comerciante sirio, residente por mucho tiempo en “La Capital”, pero fallecido en Nueva York, cuyo único reclamo de gloria parecía ser su fortuna ganada fácilmente y gastada con sabiduría. El interior de la catedral ha sido “restaurado” generosamente, embadurnando las paredes con fulgurante blanco. Se planeó blanquear también las viejas paredes exteriores pero el Papa vetó la sugerencia, por lo cual los dominicanos parecen tener ese agravio contra él.

1 *Se refiere a la Puerta de la Misericordia.*

2 *Un juicio exagerado.*



El palacio de gobierno,¹ ocupado ahora por norteamericanos en uniformes de la armada y de la infantería de marina, está lleno de espaciosa sillas tapizadas en piel, en chocante contraste con los normales incómodos asientos dominicanos. Con razón se peleaban unos con otros para ser presidentes. La ostentación es más importante que el uso real entre las dos veintenas o más de automóviles, con gomas con alambres y lujosos *tonneaux* que rondan por la plaza central, aunque hay buenos caminos apisonados por 16, 25 y 30 kilómetros respectivamente en otras tantas direcciones. Los teatros raras veces son usados por actores en vivo, aunque de vez en cuando hay un poquito de ópera. Las únicas atracciones regulares son las películas, las cuales, en teoría, comienzan a las nueve, más cerca de las diez en la práctica, y las protagonizan los mismos héroes de pelo rizo y heroínas de rostro insulso que cada noche decoran las pantallas en los Estados Unidos. Como todos los latinoamericanos, la gente de "La Capital" son grandes amantes del ruido. A pesar del control norteamericano, las crujientes campanas de las iglesias comienzan su constante clamoreo mucho antes del amanecer. Durante la epidemia de influenza, con su interminable sucesión de funerales, aporrearon durante nueve días sin parar, hasta que los médicos de la infantería de marina protestaron porque la mayoría de las víctimas estaban muriendo por falta de sueño. Los automóviles desprecian el uso de silenciadores; los coches tocan constantemente sus discordantes campanas. Cada muchacho del pueblo es un experto silbador y todo el que pasa encuentra la forma de hacer un ruido, así tenga que inventarlo. El gentío que regresa de los cines habitualmente hace imposible dormir hasta después de media noche. Uno llega a preguntarse si no será esa constante falta de sueño lo que hace a los dominicanos tan nerviosos, distraídos y racialmente ineficientes.

Tan pequeño como luce en el mapa, no es cosa sencilla cubrir todo Santo Domingo en unas pocas semanas. Entre las partes que dejamos de ver estaban las provincias del suroeste, incluyendo el pueblo de Azua, a setenta millas de la capital, fundado en 1504 por *Don* Diego Velásquez, quien luego conquistó y colonizó a Cuba. Por esos rumbos vivieron una vez muchos ilustres hijos de la vieja España, entre ellos: Cortés, el conquistador de México; Pizarro, quien sojuzgó a Perú; y Balboa, el descubridor del Pacífico. Una ruta mucho más corta de Puerto Príncipe a la capital dominicana es la que atraviesa esta región, pero es principalmente por agua. El lago Azua,² parcialmente en Haití, está a 56 pies sobre el nivel del mar, y es un paraíso para los cazadores de patos. El lago Enriquillo, a sólo cinco millas al este del otro, y llamado así por el último jefe indio que se opuso a los españoles, está a cien pies *bajo* el nivel del mar y es más salado que el mismo océano. Y el viajero que tiene tiempo ilimitado no debe dejar de visitar las altas cadenas de montañas en el centro del país, con sus precipios y su exuberante vegetación.

1 *Actual Museo de las Casas Reales.*

2 *Azuei, al oeste del Lago Enriquillo.*

2. Uno de los inconvenientes de viajar en las Indias Occidentales es la falta de transporte marítimo entre las islas, particularmente entre las grandes. Sólo en los puertos mismos puede uno conseguir la más leve información relativa a las salidas de los barcos, y a menudo ni siquiera allí. Esto es especialmente cierto en Santo Domingo, una de cuyas principales desgracias es la línea norteamericana, que tiene un virtual monopolio de su tráfico marítimo. No sólo son sus tarifas de carga y de pasajeros exorbitantes, sino que su trato a viajeros y embarcadores es más que autocrático; y algunos de sus vapores están tan decréditos que toman veintiseis días en hacer el viaje desde Nueva York, parando cada cierto número de horas para bombear el barco o para reparar algo, u otras cosas esenciales para su seguridad, pero mantiene al pobre Santo Domingo agarrado por el cuello por medios más o menos cuestionables. No hace mucho tiempo, otra línea propuso establecer un tráfico entre las islas y Nueva Orleans. Uno de sus buques de vapor paró en un puerto dominicano, ofreciendo tomar carga con tarifas razonables. Aunque los almacenes a lo largo de los embarcaderos estaban atestados de cacao, no se le entregó un solo saco al recién llegado. El capitán espetó a un embarcador y pidió una explicación.

— “La cosa es así”, susurró este último, “a nosotros nos gustaría darle nuestra carga, pero, si lo hacemos, la otra línea dejará nuestras mercancías que están por llegar, de las cuales dependemos por completo, en el muelle de Nueva York hasta que se pudran”.

El capitán visitó otros puertos más de la república con los mismos resultados, y la propuesta línea hacia Nueva Orleans murió por falta de nutrientes. Nativos enfadados afirman que el monopolio mantiene su dominio porque tiene una gran reserva con la cual ahogar a los competidores, y porque su presidente es miembro de la junta directiva de nuestra marina mercante. Los dominicanos, sin embargo, están perdiendo la paciencia, y hay señales de que la carga que debía ir a barcos norteamericanos, gradualmente ira a buques de vapor británicos, holandeses y, más tarde, alemanes.

Nos enteramos de todo esto por la gentileza del gobernador militar, quien nos envió a La Romana en un cazasubmarinos. No vaya a ser que algún lector sea objeto de mareos creados por la sugestión, no diré una palabra acerca de la habilidad de éstas, que en otro sentido son seguras embarcaciones, de llevar a cabo tan increíbles cabriolas en un mar apenas agitado. El hecho de que notamos el desmejorado y viejo acorazado norteamericano “Memphis” todavía allí, empinado sobre las rocas en el paseo de la playa de la capital, justo donde una ola lo lanzó en septiembre de 1916; el peligroso cuello de botella del puerto de San Pedro de Macorís, con su goleta naufragada, y con el agua que brota a cien pies en el aire a través de los orificios de coral a lo largo de la rocosa costa, la cual queda suspendida como la niebla por minutos antes de caer, debe ser aceptado como prueba de que somos marineros



experimentados. Finalmente, aparecieron los rojos techos de La Romana, con su puerto de estrecho río, similar al de la capital, y el Santo Domingo que conocimos fue dejado atrás para siempre.

Aunque está en territorio dominicano, La Romana es virtualmente norteamericana; una vasta propiedad que pertenece a una gran compañía de azúcar de Puerto Rico. Gracias mayormente a ella, el azúcar es el principal producto de Santo Domingo. De nuevo, aquí estaba uno de los enormes *centrales* con los que nos hablamos familiarizado tanto en Cuba, con su ambiente de gran negocio, sus largas filas de excelentes viviendas construidas en ligeras rocas de coral a lo largo del borde de la dentada costa, sus propias tiendas, clubes, cines y sus muchas millas de vías ferroviarias de entrevía estándar. A la mañana siguiente visitamos todo esto, pasamos inmensas extensiones de caña, la mayoría recién cortada, a través de bateyes de casuchas blancas de madera sostenidas en pilares, apartados una y otra vez por largos trenes de caña, con hambrientas avejas a su alrededor, y, finalmente, en las afueras, los grandes senderos trillados donde la compañía está retirando la foresta y a los bandidos para abrirse paso a fin de aumentar la producción de azúcar. La Romana abarca un cuarto de millón de acres, de los cuales sólo 16,000 están bajo caña, a pesar de lo inmensos que lucen esos campos. Tres cuartas partes de la plantación se estiman como tierra buena para caña, y las colinas dan excelente pasto a medida que se limpian. La tumbada de estos grandes bosques, lo que le parecería al desinformado como un imperdonable desperdicio de madera, ya ha alterado la cantidad de lluvia que cae en la región.¹ Anteriormente, los aguaceros eran regulares; este año no cayó ni una gota en enero; sin embargo, durante nuestra visita de cuarentiocho horas a principios de febrero, los medidores registraron más de cinco pulgadas. Las campesinas estaban por todas partes, chapoteando cobijadas con tiras de *yagua* en lugar de sombrillas.

La compañía emplea de 7,500 a 9,000 hombres, de los cuales apenas unos cien son norteamericanos, la mayoría de los cuales vive en el gran *batey* central. El resto son mayormente haitianos y puertorriqueños, con una gran salpicadura de negros de todas las demás islas de las Indias Occidentales. Se mantienen escuelas inglesas, puertorriqueñas y dominicanas y los maestros de estas dos últimas son pagados con fondos de la compañía. Hay muy pocos empleados dominicanos,² ya que los nativos, aunque buenos con el hacha, usualmente son "muy castellanos como para trabajar para vivir". Los salarios oscilan de un promedio de \$1.20 por día, para los cortadores de caña, hasta \$4 para los mecánicos, con turnos de doce horas y un bono de un veinte por ciento para todos. El contraste entre esta productiva región y las grandes selvas vírgenes de casi todo Santo Domingo daba un serio sentido a las palabras de

1 *La deforestación en el este, causada por la sustitución de los bosques por plantaciones de caña, cambió radicalmente la ecología de la zona. En tiempos prehistóricos habían poblados en zonas que hoy día son inhóspitas.*

2 *En los ingenios del este siempre han trabajado pocos dominicanos.*

despedida del chistoso de la compañía: "What the Dominicans need most is to stop raising Cain and go to raising cane". ("Lo que más necesitan los dominicanos es dejar de criar a Caín y ponerse a cultivar caña").

Dejamos La Romana y Santo Domingo en uno de los dos barcos para caña que hacen la travesía nocturna entre esta dependencia y la madre patria.¹ Era el vapor de fondo plano "Glencadam", de los Grandes Lagos, ondeando la bandera Británica y capitaneado por un viejos escocés cuya cabina, en la parte delantera, poseía comodidades casi trasatlánticas. Una vez más puse un velo, sin embargo, sobre los asuntos simplemente personales de "bamboleo", grandemente favorecidos en este caso por las recientes lluvias, las cuales imposibilitaron recolectar más de la mitad de la carga. Las propias cañas mostraban una tendencia a bailar el vals antes de que pasáramos la boca del río y viráramos nuestra nariz hacia Puerto Rico, que ya aparece, cual una nube fantasmal, en el horizonte oriental.

FIN

¹ *Transportaba caña para ser molida en Puerto Rico.*





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LAS INDIAS OCCIDENTALES,
CON LA GUYANA BRITANICA
Y HONDURAS BRITANICA

 George Huntington

1925





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

*M*annington, autor inglés, escribió en 1925 sobre sus viajes a la Guayana Inglesa y Honduras Británica (hoy Guyana y Belice), así como a las Antillas Occidentales.

También visitó brevemente Santo Domingo y Haití. Su libro refleja la típica actitud del colonizador inglés de la época.

Según Mannington, la ocupación militar norteamericana había sido de "indecible" beneficio para los dominicanos, y explica el porqué de esa afirmación. Entre sus razones alega que la ocupación permitió el surgimiento del protestantismo, al tiempo que ridiculiza la tradición católica vinculada al Santo Cerro y sus milagros. Al igual que otros, también critica las peleas de gallos.

Tanto en lo relativo a Haití como a la República Dominicana, Mannington explica que no cree en gobiernos de negros, pues los considera incapaces de gobernar efectivamente. Para él, una administración colonial británica es preferible a la de los negros y se lamenta de que no tuvieran feliz término los planes de Cromwell en el siglo XVIII, de apoderarse de la Isla Española y hacerla inglesa.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La República Negra y Dominicana(sic)

Al igual que Haití, Santo Domingo estaba prácticamente en bancarrota cuando, en 1906, los americanos llegaron en su ayuda al avanzarles 20,000,000 de dólares y tomar las aduanas como garantía. Desde entonces, aunque se mantiene la república, el gobierno actual del país ha estado virtualmente en manos de administradores americanos. En 1916 se proclamó un gobierno militar compuesto por oficiales de los Estados Unidos, pero seis años más tarde se instaló un gobierno dominicano provisional; y a éste debía seguir, en el curso del año pasado, un gobierno elegido constitucionalmente, en cuyo momento debían retirarse las fuerzas de los Estados Unidos. La ocupación americana ha sido de indecible beneficio para el país, siendo restaurada la situación financiera –los ingresos siendo ahora casi el doble de lo que eran anteriormente– y se han introducido muchas reformas valiosas. Por ejemplo, el problema de la ilegitimidad ha sido manejado por medio de una ley que hace a los padres responsables del mantenimiento de los hijos y se ha estipulado que los matrimonios se celebren en presencia de un registrador, sin costo alguno –los curas hasta entonces exigían tarifas por encima de la capacidad de los pobres, resultando en que se prescindía totalmente de la ceremonia del matrimonio. Cerca de nueve de cada diez nacimientos tienen que ser descritos como ilegítimos. Las normas morales sobre sexo son tan bajas que se informa con confiabilidad que hombres que ocupan posiciones de influencia reconocen abiertamente a sus hijos ilegítimos, y ¡hasta los curas “célibes” no tienen escrúpulos –sí se dice– en admitir lo mismo! Poco extraña que las madres no sientan ninguna vergüenza. Pero la corrupción de la vida pública se ha tratado severamente, y se han efectuado reformas electorales que realmente se necesitaban. También se ha establecido un sistema educacional muy eficiente. No hace falta decir que sólo una pequeña fracción de la población podía leer y escribir. Mientras los más juiciosos aprueban las reformas, éstas han provocado fuertes protestas de parte de aquellos cuyos intereses descansan en la continuidad del viejo régimen. El catolicismo romano dominaba hasta la época de la intervención americana: hoy día el protestantismo se está haciendo influyente, al igual que la Iglesia Episcopal Metodista Americana; los wesleyanos metodistas, así como otras sociedades tienen varias estaciones cada una. Al igual que en Haití, la pelea de gallos es el principal entretenimiento entre todas las clases y para ambos



sexos; prácticamente no existe un villorio que no tenga su gallera, y se dice que se pueden presenciar espectáculos que repugnarían a personas de sentimientos humanos. El domingo es el gran día para esta "diversión".

Santo Domingo también es el nombre de la capital, la cual está rodeada por una muralla de veinte pies de alto y tan gruesa que hasta permite que se construyan casas sobre ella, algunas de éstas con balcones que sobresalen al río sobre el cual está construida la ciudad. La muralla tiene una puerta antigua de cierto interés. Hasta el momento en que comenzó la administración americana, la ciudad tenía un aspecto de total abandono; en la época de las lluvias los caminos eran lodazales y todo el tiempo estaban sucios con desperdicios de las casas y no existían medios públicos para recogerlos. Ahora hay un estado de cosas muy diferente, gracias al espíritu emprendedor de los americanos. La ciudad se ha transformado con calles amplias, buenas carreteras, parques adornados con bellos árboles, nuevos locales comerciales y casas buenas. Todavía se pueden ver, sin embargo, muchos edificios importantes -iglesias, conventos, etc.- todos en un estado de dilapidación. También permanece en ruinas el castillo conocido como el "Alimente"(sic), en el cual estuvo detenido Colón antes de ser embarcado hacia España, como prisionero, en cadenas. La catedral católica romana es de dimensiones enormes y de un diseño imponente, y tiene muchas capillas, una de las cuales, llamada Puerto del Pardon(sic), o la Puerta del Perdón, provee refugio a cualquier persona que escapa a la justicia. Hay además un magnífico mausoleo de mármol y bronce, erigido en 1898, en honor a Colón, cuyos huesos están supuestamente dentro de él, aunque la controversia a este respecto hace tiempo que está en pie, pues se cree que cuando España cedió esta parte de la isla a Francia, sus restos fueron trasladados a La Habana; pero parece haber evidencia concluyente de que el ataúd que llevaron a la capital de Cuba no era el de Colón, sino el de su hijo Diego. Hay muchas iglesias antiguas, entre las que se destacan la de Santa Bárbara y la de San Nicolás, y varios vetustos conventos. La ciudad fue capturada por Drake en 1586, aunque él no permaneció aquí, sino que zarpó luego de exigir un abultado rescate. Como reliquia de su ataque, todavía puede verse una bala de cañón empotrada en el techo de la catedral. Cada uno de las cuatro provincias en que está dividido el país tiene su puerto, su ciudad grande, su grupo de pueblos y numeros puntos de interés.

Santo Domingo tiene su lugar de peregrinaje, al cual sus devotos llegan de rodillas y es conocido como el Santo Cherro(sic), una iglesia construida sólidamente en la cima de una colina. Se le atribuyen milagros tan notables como los de Lourdes. La superstición se basa en la historia de Colón, quien, acampado en una colina, vio aproximarse un gran contingente de indios. Enseguida le ordenó a su guardaespaldas que cortaran una rama de un árbol cercano, y le dio a ésta forma de cruz, la cual plantó entre él y el enemigo que avanzaba. La tradición cuenta que la Virgen apareció de repente en el cielo y salvó al Descubridor del peligro que le amenazaba. En el piso pavimentado de una de las capillas de ese edificio hay un



hoy que se alega es el punto exacto en el cual Colón puso el rústico símbolo. A los peregrinos se les permite llevarse un poquito de la tierra de este hoyo, y no importa cuánta tierra saquen, a la mañana siguiente aparece siempre repuesta –en forma milagrosa– es la creencia de los que son capaces de abrigar tales ilusiones.

De estos dos ejemplos de gobiernos negros, el escritor, aunque con todo el deseo de hablar con justicia y hasta en forma apreciativa de los negros, está obligado a admitir que se puede decir poco, si acaso, que sea favorable. Ambos habían alcanzado una condición de bancarrota cuando, por su propia solicitud, los americanos fueron en su ayuda. No se había hecho nada efectivo en cuanto a la educación, y la moral de la gente, lejos de mejorar, iba de mal en peor. La industria languidecía y el comercio estaba estancado. El hecho es que al negro le falta el poder tanto de iniciativa como de administración responsable, y, por consiguiente, aunque actúa muy bien bajo la supervisión blanca, al presente es incapaz de gobernar efectivamente. Pueden encontrarse miembros individuales de la raza, tanto en Santo Domingo como en Haití, que posean las cualidades necesarias, pero les falta entrenamiento y experiencia. Además, en la tarea de gobernar, tienen que tener en cuenta a las mayorías incapaces y también a aquellos que están interesados en mantener los abusos. El grueso de la población no ve la necesidad de gastar sumas considerables de dinero en drenaje, sanidad, construcción de carreteras y otras cosas; y como su propósito es reducir los impuestos al mínimo, hay poca probabilidad de que se adopten medidas progresistas. Al mismo tiempo, se debe recordar que los pueblos que constituyen estas repúblicas son los más atrasados de su raza en las Indias Occidentales y, en consecuencia, no sería justo juzgar la habilidad y el carácter de la totalidad de la raza sólo por este sector de ella. Aunque dudando seriamente de la sabiduría o la conveniencia de confiarles la responsabilidad del gobierno, el escritor confía todavía que el pueblo de color de la Guyana Británica, de Barbados y de Jamaica, darían mucho mejor cuenta de ellos mismos en una situación igual a como lo han hecho los pueblos de la República Negra y la Dominicana(sic). Sólo es necesario comparar las condiciones existentes allí con las de las colonias británicas para ver que la administración británica, con todos los defectos que pueda tener, es infinitamente preferible a la administración que muestran los negros. Uno no puede dejar de pensar en las diferentes condiciones que podrían prevalecer hoy día si se hubiese logrado el plan de Cromwell de capturar la isla de Haití en 1655!

FIN



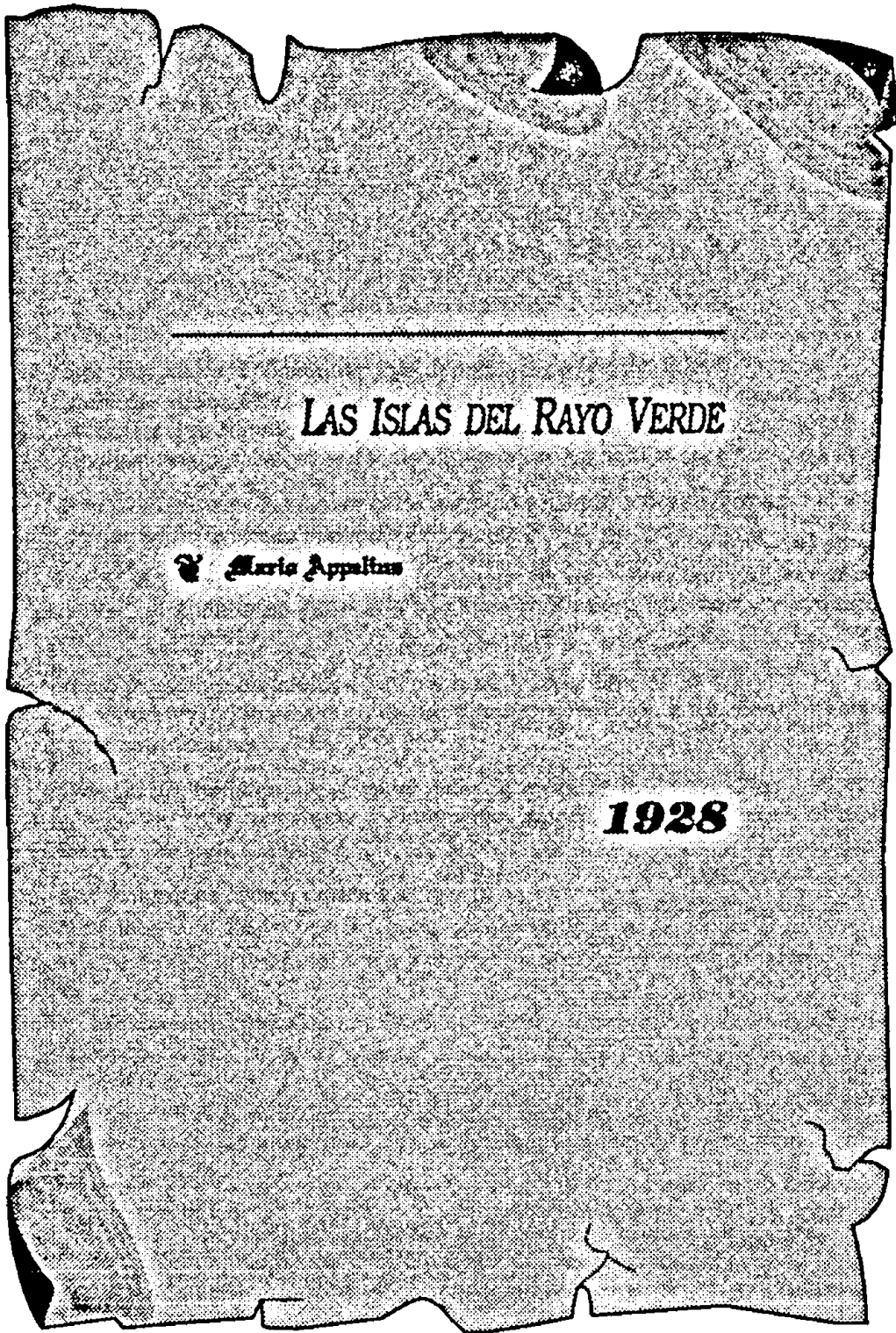


Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LAS ISLAS DEL RAYO VERDE

✶ *Maria Appaitan*

1928





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este periodista italiano, de fino humor, viajó desde Puerto Príncipe en un vehículo hasta San Juan de la Maguana en enero de 1928, siendo Horacio Vásquez Presidente, viaje que le tomó quince horas. En esa ciudad, que contaba con una amplia colonia italiana, Appellius fue recibido con gran regocijo.

Otro viaje automovilístico de cinco horas lo trasladó a Santo Domingo el mismo día en que se festejaba la visita del Presidente Bornó, de Hall.

Luego del obligado peregrinaje al lugar donde reposaban las cenizas del "genovés", el italiano se entrevistó con Monseñor Nouel, que había estudiado en Roma.

Tanto la colonia italiana de San Juan de la Maguana como el propio Monseñor Nouel revelaron al periodista su extraordinaria admiración hacia Benito Mussolini y el fascismo italiano.

Nouel lo acompañó a ver el tesoro de la Catedral, la cual estaba remodelando el Arzobispo en esos momentos. Finalmente, Appellius tuvo un jocoso encuentro frente a la Ceiba de Colón.

Las fotografías corresponden a la época.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

De Haití a Santo Domingo

Salgo a las cuatro de la mañana en el vehículo que hace el servicio postal entre la República de Haití y la República de Santo Domingo. El vehículo es un viejo auto alemán, macizo, tosco y pesado, de ruedas altas, con un radiador enorme que le da cierto aire de auto blindado. Sobre los escaloncitos laterales están colocados dos especies de cestos tejidos que contienen las cartas de Haití para Santo Domingo. Atrás se encuentra un entretejido de leños y cuerdas que sostiene un montoncito de maletas, pertenecientes a los señores pasajeros.

Los señores pasajeros son dos negros de Puerto Príncipe, uno descalzo y probablemente piojoso, el otro con zapatos y con cuello alto y levitón. El primero habla el creole de Haití, el segundo aparenta ser profesor de francés arrastrando la erre a la parisina. Hay además dos mujeres: una delgadísima bisabuela enfundada en una raquítica lanilla negra que se esfuerza por cubrir aquella adornada sombra, y un formidable mujerón vestido de rojo que ostenta una enorme desnudez de bronce y un abundantísimo y amamantador seno. El quinteto está completado por una muchacha mulata que a fuerza de usar polvos blancos se ha hecho un rostro casi caucásico el cual contrasta con el profundo y marcado bronceado de las espaldas y con el cargado color chocolate de los brazos.

Cada pasajero está acompañado de una gran cantidad de voluminosos paquetes y de cestitos por lo cual el interior del vehículo es un bazar en plena regla. Gracias a las altas protecciones locales yo tengo el puesto cerca del conductor. Este es un negro con figura de mono engrifado que mira desde lo alto y hacia abajo a sus súbditos, tal vez porque posee un enorme guante de esgrima despedazado y una fantástica corbata color verde pistacho. A pesar de la hora tan temprana unos veinte compatriotas han venido a saludar al periodista que se va. Cada uno sintió el deber de llevarle algo: termos con café caliente, agua helada, limones, una botellita de ron, una docena de naranjas, un pollo asado, un pote de caramelos, un ramo de floridas buganvillas, etc., etc. El pequeño espacio libre que había entre el conductor y yo fue rápidamente ocupado por todos estos paquetes que literalmente me inmovilizaban

¹ El editor agradece a Catana y Rafael Cuello por la traducción de este capítulo, originalmente en italiano.



los brazos y las piernas; pero no le reclamé al servicio postal de Haití. A último momento un alto funcionario con levitán le entrega al conductor el saquito con la correspondencia certificada que él pone tranquilamente sobre mis rodillas picándome un ojo, como diciendo: ¡Pon atención! ¡Tengo confianza en tí!

La salida del vehículo germano-haitiano no deja de tener una cierta solemnidad. Los familiares de los pasajeros forman un grupito que saluda con emoción a los que parten. Apareció en la puerta de la posada, llamada Gran Hotel de Francia, el propietario corso, en pijama matinal y pantuflas. Los barrenderos municipales que están incensando el auto-correo interrumpen por un instante sus funciones. Por última vez estrecho la mano a los excelentes colegas italianos de Puerto Príncipe. Gran saludo fascista.¹ Siento en el corazón algo que palpita con tristeza. Adiós, queridos y buenos italianos de Haití. ¡Quién sabe si nunca más los veré! ¡Quién sabe si nunca más regresaré! El conductor toma su puesto. El motor zumba como un aeroplano trasatlántico. Los artefactos alemanes siempre hacen mucho ruido. Varias cabezas soñolientas se asoman a las ventanas vecinas. Finalmente el vehículo se pone en movimiento con un crujido siniestro de hierros y de baúles. La muchacha mulata tomada por sorpresa cae en los brazos del hombre piojoso. Varios perros ladran. Hubo que agarrar dos sacos de cartas que amenazan con escaparse. ¡Nos vamos! El último italiano que veo es a Vitiello que abre su negocio de "zapatos confeccionados en Italia".

Veinte horas de automóvil, dos paradas involuntarias, tres paradas oficiales, una visita aduanal en pleno campo en la frontera de Santo Domingo con la revisión de los baúles en la polvareda. La ruptura del "guía" que no fue seguida, por suerte, de accidentes mortales, la compostura de la pieza con... un metro de alambre de hierro dulce, una vuelta doble de maroma alrededor de un poste de piedra, constituyen la crónica de este interesante viaje automovilístico el cual deja un agradable recuerdo muscular durante una semana y atestigua la alta misericordia de Dios. ¡Lo aconsejo sinceramente a quien me odia o es mi enemigo!

Es, sin embargo, un viaje extraordinariamente pintoresco, en pleno corazón de la isla, en medio de salvajes montañas y boscosas colinas que suben, bajan, fatigan y se sobreponen infinitamente. El camino es una pista que escala arduamente las alturas, que se entromete en las gargantas, que se escurre por los valles, que zigzaguea alegremente entre los bosques y los barrancos, superando cada obstáculo, simplificando cada dificultad mientras avanza hacia adelante. Construida para los mulos, ha sido adaptada para automóviles por decreto presidencial. Si a alguien no le agrada, que prescindiera de su uso y espere en Puerto Príncipe durante dos semanas un vapor cubano o una nave holandesa de carga.²

¹ *Mussolini ya era dictador en Italia*

² *Nótese lo aislado que estaba el país en contactos marítimos, aún en 1928.*



“1. No hay puentes, pero, en compensación, diferentes ríos y muchísimos torrentes. El automóvil resuelve el problema entrando y saliéndose tranquilamente del agua. Donde el agua está un poco más profunda, los pasajeros son refrescados con una ducha. Pielles, ropas y objetos, abundantemente cubiertos de polvo, se cubren con una película impermeable. El conjunto de contratiempos automovilísticos prácticamente enseña al viajero el régimen de brincos a los que se somete el grano en los cedazos de los molinos.

Encontramos pocos villorrios, dos o tres pueblos y un gran campamento de las tropas norteamericanas de ocupación.¹ Durante un rato sigo el curso de la máquina con los ojos, después pienso que el viaje es demasiado largo para que transcurran veinte horas de continuos sobresaltos y prefiero contemplar la huída de los bosques y el movimiento ondulante de las palmeras, confiando en mi buena estrella y en la potencia amortiguante de los cestos postales.

Comprendo, sin embargo, que para nuestro conductor no existen más que dos puntos: Puerto Príncipe y Santo Domingo. Saliendo de Puerto Príncipe debe llegar a Santo Domingo. En línea recta y a la mayor velocidad posible. Un negro puerquito y un lindo gallo jaspeado sufren en carne viva la teoría automovilística de nuestro chofer. Cuando la experiencia se verifica sobre un guarda cantón en vez de un puerquito, nosotros damos dos vueltas de maroma y caemos por tierra. El mujerón rojo pierde un diente. El negro con cuello alto deja las faldas del levitón bajo una rueda. Yo me las arreglo con sólo una magulladura con el baúl. Son las diez. Y estamos a setenta kilómetros de la frontera dominicana, en pleno bosque

A la una pasa un camión cargado de piedras que se encarga de advertir al puesto de policía de la frontera el cual posee un teléfono. A las tres llega otro auto-blindado alemán que monta hombres, baúles, cestas y sacos postales. El cambio de conductor no conlleva una variación en el modo de andar. ¡Evidentemente debe tratarse de un sistema!

A un tiro de escopeta más allá de la frontera dominicana encontramos al encargado del servicio automovilístico: un italiano.

Es un piemontés que tiene casa e hijos aquí, en medio de los bosques, en la periferia de un villorrio indígena. Un gran tipo aventurero que conoce la isla a lo ancho y a lo largo y que ha hecho fortuna varias veces desperdiciándola después en arriesgadas empresas. Ahora tiene el contrato del servicio automovilístico entre las dos Repúblicas, es plantador de café y el exportador del campamento, corta caoba por los montes y extrae esencias para teñir de los árboles. Tiene no sé dónde una mina de la cual espera milagros.

1 *En Haití los Infantes de Marina salieron en 1934.*



En su casa encuentro un buenmozo muchacho, el hijo, que recién ha regresado de hacer el servicio militar en Italia y tres hijitas con el perfil de las mujeres italianas pero con los hechizantes ojos de las Antillas.

Breve parada en un local italo-haitiano sobre cuya mesa se pavonea una auténtica botella de grapa torinesa. Un poco de nostalgia condimentó las albóndigas de plátano frito. En una pequeña habitación de techo bajo, sobre una cama de campo, entre dos viejas armas indígenas, veo un retrato de Mussolini a caballo que dice mil cosas.

Veinte kilómetros más adentro encontramos las carreteras de la República de Santo Domingo, excelentes carreteras aptas para camiones que solamente tienen el defecto de ser interrumpidas a cada momento por inestables puentes de madera que cabalgan ríos y torrentes. Cada vez que el auto-blindado postal pasa sobre aquellos jugueticos de madera levanta un terremoto en plena regla y se sienten los ejes que gritan misericordia. ¡Es una delicia! Los puentes son tan estrechos que el armatoste postal cabe de milagro. Las barandas están formadas por cuatro palos entrecruzados y clavados a la buena de Dios que al menor choque saltarían con fuerza. Pero nuestro negro tiene un ojo extraordinario. ¡El más pequeño error significaría un salto al vacío!

En San Juan –gran y rico pueblo de la República de Santo Domingo– otros compatriotas esperan al primer periodista italiano que atraviesa el interior de la república. Hay que pararse y bajar. Tienen una mesa servida, adornada con botellitas de Chianti. Quieren un discurso. Quieren oír hablar de la patria y del Fascismo. Tengo los huesos machacados, medio kilo de polvo en el estómago, las canillas arruinadas, una pantorrilla lívida por el fuerte golpe de la mañana, pero cómo se puede decir que no a los italianos que transpiran Italia por todos los poros y gritan ¡viva Mussolini! Llegan telegramas de los italianos de Santiago de los Caballeros, de Moca, de San Pedro de Macorís, de La Vega, exigen una visita. Los veré a todos. Los abrazaré a todos. Me olvido de ser un pobre periodista viajero para creerme



Calle Trinitaria, en San Juan de la Maguana — 1925

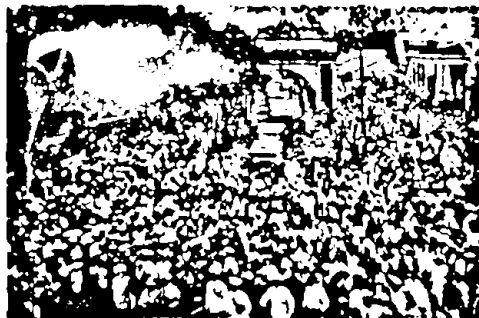
un embajador de la italianidad en gira por el mundo. Sin credenciales muestro mi corazón y mi fe. ¡Viva Mussolini! ¡Sí, sí! ¡Viva! ¡Viva! Vitoreamos con toda la fuerza de los pulmones y con toda la pasión del alma ¡Que viva este hombre formidable que ha devuelto a los italianos en el extranjero la fiereza de su Patria, que tiene su retrato

en todas las casas de los italianos en las Antillas, su nombre en todos los labios, su figura en todos los corazones!¹ ¿Para qué hacer literatura frente a cosas tan simples y tan sublimes que deben ser descritas como son, empleando las palabras más modestas y las frases más corrientes?

Al anochecer dejamos San Juan. Faltan aún cinco largas horas² para llegar a Santo Domingo, cinco horas de automóvil por caminos oscuros, a través de campos y montañas, de plantaciones de café y de bosques salvajes. Frecuentemente el camino roza barrancos y precipicios que parecen más tétricos en la noche, o bien atraviesa pueblos adormecidos con todas las puertas y ventanas ya cerradas. Aquí y allá arde una lámpara sobre las paredes de los sagrarios. Viejas iglesias yerguen en la obscuridad sus torres españolas contemporáneas de la conquista.

Los caminos del campo están habitados por una multitud de vacas, bueyes, asnos, mulos, caballos, y puercos que, según los usos locales, no tienen establos y pasan la noche poéticamente a la luz de las estrellas. Estos excelentes animales tienen costumbres noctámbulas y se adormecen bastante tarde. En vez de encontrar puesto entre la yerba se reúnen sobre los caminos y hacen ruidosas tertulias. De vez en cuando hacen otras cosas. A menudo se echan en medio del camino y los automóviles deben zigzaguear continuamente para no perturbar el salón de estar de las vacas y la habladuría de los burros. ¡Cuando el automóvil es la pesada carga postal germano-haitiana entonces se presentan problemas! La máquina no tiene la agilidad de un antílope. En verdad que no. Estos mulos son tan testarudos que no hay forma de hacerlos mover. ¡Toof! ¡Toof! ¡Toof! El chofer incómodo cubre de malas palabras las vacas de Santo Domingo, "el país más malo del mundo".

Ya a medianoche —después de veinte horas de viaje— llegamos a una plaza iluminada y bullosa. Es la plaza de Colón en Santo Domingo. Los dominicanos festejan al compás de montantes y de ron la visita del presidente Louis Bornó de la vecina república de Haití.³ Hay una multitud en la plaza y un gentío en los hoteles. Haitianos y dominicanos no se ponen



Llegada del Presidente Bornó a Santo Domingo

- 1 *En San Juan de la Maguana existía, desde fines del siglo pasado, una muy fuerte colonia italiana. No debe sorprender la simpatía hacia el fascismo en 1928 entre la colonia italiana, aun la residente en el interior de la República Dominicana. Ver Vega, Bernardo: "Nazismo, Fascismo y Falangismo en la República Dominicana". Fundación Cultural Dominicana, 1986.*
- 2 *Tomó 16 horas ir de Puerto Príncipe a San Juan de la Maguana.*
- 3 *Esto ocurría en enero de 1928. Ver fotografías de los actos en Vega, Bernardo: "Trujillo y Haití, 1930-1937". Fundación Cultural Dominicana, 1988. Págs. 67-68.*

muy de acuerdo con el recibimiento oficial para que se expongan las banderas de ambos países sobre la fachada de todos los edificios y en las vitrinas de todos los negocios. Haití, territorialmente pequeña y con tres millones de habitantes, no perdona a Santo Domingo la posesión de la mayor parte de la isla con sólo ochocientas mil almas.

Después de veinte horas de calvario no consigo habitación en ningún hotel, pero encuentro a Pascual Prota –napolitano y relojero– el cual autoritariamente desaloja las maletas de un importante hombre de las aduanas de Haití y me pone en su lugar en la primera posada de la capital.

Ante las cenizas de Colón

Corto camino en la asoleada plaza del Gran Almirante. La plaza está desierta. Dos negros descamisados toman el sol sobre un banco. Un perro sarnoso me mira al pasar. En medio de las azaleas en flor la marmórea estatua del genovés se vé miserable y triste. Pequeño pedestal y pequeña estatua aplastados por la mole cercana de la catedral que parece más vieja y más negra en el púrpura solar del mediodía.

Para llegar al Arzobispado hay que atravesar una calle metida entre la iglesia y ciertas casas antiguas: vieja calle de otros tiempos, que permanece tal cual era en la época colonial de Santo Domingo, porque por una parte está el vetusto conjunto de la catedral y de la otra bajos edificios que pertenecen a confraternidades y todavía tienen los macizos portones y las altas verjas de hierro del siglo en que fueron construídos.

Entro en un patiecito dominado por una enorme virgen y tiro de un alambre de hierro oxidado que funciona como campanilla de la puerta. Resuena un acento dulce y un poco solemne que extrae del misterio del palacio episcopal un guardián del mismo color de las paredes, enfundado en un levitón interminable. El guardián está hecho de huesos y de un poco de pellejo. Subo por una gran escalera toda de caoba que tiene el pasamanos tallado con poliedros y rosetones y me encuentro en una amplia habitación llena de sagrarios y de santos, delante de un monseñor alto y un poco guerrero que recuerda a ciertos cardenales del buen tiempo pasado, acostumbrados a las armas y a los amores, pintados de prisa en ovalados cuadros al fresco por los maestros pintores del Renacimiento. Es Monseñor Adolfo Noel(sic), Arzobispo de Santo Domingo, Primado de América, ayuda de cámara de Su Santidad, comendador de la Corona de Italia.

La anillada mano de Monseñor me señala un punto en la pared. Dirijo la mirada hacia aquella parte y veo entre las llaves de San Pedro y un tríptico al óleo, un gran



retrato de Benito Mussolini, sobre un fondo aireado de blanco, de rojo y de verde que parece un ligero revuelo de tiras cosidas a un paño en la gloria...¹

Monseñor Nouel, que estudió en la Poiziuncola,² me habla en italiano. Docto latinista, poeta refinado, conocedor del arte y gran coleccionista de antigüedades, el Arzobispo Nouel recuerda, también en temperamento, a los monseñores italianos de la Curia, aunque haya nacido en Santo Domingo de una patricia familia de la época colonial. Durante la ocupación norteamericana de la República se manifestó tanto como vehemente patriota, como hábil diplomático y repetidas veces protestó públicamente en nombre de la justicia divina y humana contra los abusos cometidos por la infantería de marina de los Estados Unidos, por lo cual también los anticlericales y los masones de la República rinden homenaje al elevado espíritu de este gran sacerdote octogenario que hasta hace pocos años hacía las visitas pastorales a caballo por las montañas de Santo Domingo.

— ¡Benito Mussolini está ungido por Dios! ¡Italia tenía necesidad de un verdadero Hombre —me dijo Monseñor en perfecto italiano toscano— y el Altísimo lo ha enviado para que la tierra del Arte y del Derecho recobre en el mundo civil su antiguo magisterio!

Por las ventanas abiertas entran los sonidos de las campanas de Santo Domingo que anuncian el mediodía. Me parece que estoy en Italia, en una ciudad de provincia, en un día lleno de sol y de perfumes, entre el Arno y la Maiella.³

Monseñor insiste en acompañarme a la catedral. Quiere hacerme ver el Tesoro de la antigua iglesia y mostrarme ciertos hábitos sagrados antiguos que provienen de la sacristía de la Basílica de San Nicolás de Bari, la primera iglesia de América, ahora en ruinas. El acostumbrado guardián extrae de una custodia un pesado ostensorio de plata, todo lleno de angelillos y de estatuillas un poco profanas: objeto eclesiástico valiosísimo y opulento, cubierto de zafiros y topacios.

— ¡Creo que es de Cellini! —dijo Monseñor.

De la sacristía pasamos a la iglesia que una vez estuvo enteramente cubierta por pinturas al fresco. Tiempo después las paredes fueron enyesadas de blanco según el uso de la época y ahora Monseñor está pacientemente desincrustando el yeso para restaurar las pinturas, sirviéndose de la colaboración de un italiano residente en Santo Domingo, el ingeniero Scaroni.

1 En el periódico "Nuevo Diario", del 16 de junio de 1926 se reportó la constitución del capítulo dominicano del Fascio. El acto tuvo lugar en el Hotel Fausto. La asamblea estuvo presidida "en la tribuna de honor" por Monseñor Nouel, y en el acto "fue tributado un triple 'alalá' a voces a S. E. Mussolini, Duce del Fascismo". A la reunión sólo asistieron personas de ascendencia italiana.

2 Universidad Gregoriana.

3 Río y región de Florencia, en la Toscana.



Ocho colosales altares de caoba, soberbiamente tallados a la española, flanquean los laterales de la nave. Recubiertos del oro cequí de la época colonial y adornados al gusto español de entonces con esmaltes y coloridos, son cargados y pesados. Monseñor Nouel ha hecho quitar el oro y los colores de los tres altares más bellos. Ahora se enorgullecen sobre las blancas paredes –elevados, solemnes, austeros– enseñando al desnudo el esplendor de las tallas y la finura de los torneados labrados. La madera antigua –la magnífica caoba de las Antillas– ha tomado con los siglos un color oscuro, lleno de sombras, de oleosidad, de reflejos, que armoniza exquisitamente con la plata oxidada de los candelabros y con la pátina marrón de las viejas imágenes.

En el fondo de la nave hay un grande y extravagante monumento de mármol, medio gótico y medio churrigueresco, que contrasta enormemente con el resto de la iglesia. Allí descansan los restos de Cristóbal Colón.


En el mismo frente del Palacio de Colón (el Alcázar) hay un tronco de árbol –hoy petrificado– al cual, según la leyenda, Cristóbal Colón ató la cuerda de la Santa María cuando ancló por primera vez la caravela delante del Puerto de Santo Domingo. Hace algunos años un modesto enrejado rodea la antigüedad aquí descrita.

Algunos pasos más allá una vieja haitiana instaló ya sus pailas de hacer frituras. Dicen que fue una de las favoritas del presidente Lillís y que había obtenido de él esta concesión. Viejos comandantes que desde cuarenta años atrás hacen con sus naves el cabotaje de las Antillas le han visto siempre allí, desde cuando ellos eran unos mozalbetes. Tiene ella una manera especial de mover sus frituras y de servir las, similar al estilo de una cocinera castellana que hace honores a sus comensales, pero por si acaso un mozuelo tienta de engañarla con algunos centavos de los bollitos por pagar es capaz de seguirlo hasta el barco y de hacer una revolución en todo el puerto. Es esta la hora en la cual los marineros de los veleros y de las goletas dejan a bordo los perros y los contramaestres y bajan de las naves hacia tierra para olvidar, en la orgía de la noche de Santo Domingo, el tedio y los malos momentos pasados en el eterno andar y venir entre una y otra de las Antillas. Las frituras de la vieja haitiana son la primera parada obligatoria de los noctámbulos navegantes. Frituras llenas de pimientas y de especias que hacen la fortuna de las tabernas cercanas.

Bajando por entre las murallas leo sobre una piedra: “¡Cristóbal Colón, gallego!”
Más abajo otra mano escribió con carbón: “¡Es asturiano!”...

FIN

TRAS LAS HUELLAS
DE LOS CONQUISTADORES

 Samuel Gary Juncos

1929





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



El líder protestante Samuel Guy Inman quien, como sabemos, había visitado la República Dominicana en 1919 (ver su reporte de ese año en este mismo libro), regresó de nuevo al país en 1929, es decir, diez años después, terminada ya la ocupación militar norteamericana y en las postrimerías del gobierno de Horacio Vásquez.

Ya para entonces Inman era Profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad de Columbia.

En su relato, Inman explica que en su primera visita había conversado largamente con Federico García-Godoy, a quien admiraba mucho ("lo mejor de Santo Domingo"), pero había muerto cuando el norteamericano hizo su segundo viaje a la República Dominicana.

Para hacer un análisis ex-post sobre las ventajas y desventajas de una ocupación ya terminada, utiliza el artificio literario de una conversación imaginaria con García-Godoy, en la que ambos estudian y comentan dichos beneficios y perjuicios.

Inman cita las bondades para el país de la Misión Financiera presidida por el ex-Vicepresidente norteamericano Dawes quien, junto con Sumner Welles, había llegado a Santo Domingo en abril de 1929, y describe las labores del nuevo Hospital "Internacional", auspiciado por grupos protestantes, incluyendo el entrenamiento de enfermeras dominicanas. También explica que la ocupación facilitó la construcción de carreteras y promovió los deportes entre la juventud, pero agrega que algunos grupos protestantes en los propios Estados Unidos se habían opuesto a la violación de nuestra soberanía.

También analiza el peligro de que los dominicanos vincularan el protestantismo con la pasada ocupación, con el imperialismo, y con Puerto Rico.

Señala ciertos peligros que acechaban a la sociedad dominicana: los efectos negativos de la modernización y la mecanización; los del imperialismo norteamericano y su impacto sobre el comercio y la mano de obra dominicanos, poniendo, como ejemplo, el uso de haitianos en los ingenios norteamericanos

Samuel Guy Inman

radicados en Santo Domingo. Considera que ya en ese momento la amenaza no era la posibilidad de una nueva intervención militar norteamericana, sino de "la eficiencia comercial extranjera" y el ejemplo de la vida altamente mecanizada en el Norte.

Para evitar esos peligros, sugiere la limitación de la venta de tierra a extranjeros y la venta de maquinarias extranjeras a dominicanos, y recomienda el uso de mano de obra dominicana en vez de extranjera. Advierte sobre el peligro de que en la República Dominicana ocurrieran cosas que ya estaban sucediendo tanto en Cuba como en Puerto Rico.

También hace otra admonición muy importante, por haber sido formulada un año antes del golpe de Estado de Trujillo: su advertencia contra "el uso del ejército como una fuerza política".



Viendo el País

Fue esta crítica situación política, cuyo interés se intensificaba diez veces por la historia dramática y los maravillosos recursos naturales y belleza de la isla misma, la que me encontré observando en mi primera visita a Santo Domingo en 1919. Yo había ido desde Nueva York a Puerto rico, y desde allí, por cortesía del capitán del yate de la Marina de Guerra de los Estados Unidos "Kwashing", pude ir directamente a la ciudad de Santo Domingo en la costa sur. Afortunadamente, el "Kwashing" se detuvo por varias horas en La Romana y en San Pedro de Macorís, centros de intereses azucareros americanos, dándome la breve oportunidad de ver ambos lugares.

La Romana es la comunidad más moderna en Santo Domingo. Aquí hay un gran central, y el pueblo, con su factoría, almacenes, oficinas y bungalows bien acondicionados, luce como un pedacito de los Estados Unidos instalado en el trópico. San Pedro de Macorís, a cuarenticinco millas al este, es otro de los pueblos más modernos. Siendo sólo una aldea de pescadores en 1885, ahora es uno de los principales puertos marítimos, y este gran desarrollo se debe igualmente al crecimiento de la industria azucarera.

Si la invasión industrial moderna se ve en La Romana y en San Pedro de Macorís, la evidencia de la antigua invasión española se encuentra en cada vuelta que uno da en la capital, la ciudad de Santo Domingo. Ya hemos descrito la maravillosa catedral antigua al dar testimonio de la hospitalidad del Arzobispo. Aún antes de ser erigido ese edificio, otros edificios notables fueron comenzados. Con razón le informaron a Carlos V que los palacios del gobernador general y del arzobispo de Santo Domingo eran mucho más espléndidos que los propios palacios impresionantes del rey en Europa.

Al dirigirse nuestro barco hacia el norte desde el mar hacia el río Ozama, pude vislumbrar el primero de estos grandes monumentos de la industria y la organización españolas, la Torre del Homenaje, uno de los monumentos más interesantes y antiguos de la ciudad, la primera estructura erigida después de que la ciudad fuera trasladada de la margen oriental a la margen occidental del Ozama en 1503.



Cada pie de terreno en la capital y sus alrededores es histórico; está la ceiba de Colón, el árbol en el cual, de acuerdo con la tradición, el almirante Cristóbal Colón amarró sus barcos; la fuente de Colón en la orilla del río; el reloj de sol, construido en 1753; el portón de la vieja muralla conocido como "27 de Febrero", porque allí, en aquel día de 1844, dieron el grito de independencia.

En una fecha tan temprana como 1536 se fundó la Universidad de Santo Tomás, que celebraba sus sesiones en el convento de los monjes dominicos, un edificio construido en 1520. Esta universidad hizo que la ciudad fuera llamada la Atenas del Nuevo Mundo. Atraía a jóvenes de México, América Central, Panamá, Venezuela, Cuba y otras colonias, sobre todo porque ofrecía cursos de post-grado a aquellos que habían recibido enseñanza en otras escuelas.

Mientras deambulaba por esta ciudad romántica, como le gusta llamarla a los dominicanos, me encontré con un secretario "Y" del siglo XX, que trabajaba con la Marina de los Estados Unidos para suplir material de lectura, películas, vitrolas y juegos a los infantes de marina dispersos en la isla, que ascendían a 2,500. La historia de su trabajo de llevar diversión a estos americanos nostálgicos, muchos de ellos estacionados en regiones lejanas del interior, apartados completamente de todo indicio de civilización y contacto con el mundo exterior, era absorbente. Pero lo que me interesó por el momento fue que tenía un hermano en algún lugar de la parte norte de la isla, quien, con un Ford nuevo, visita constantemente los campamentos tanto en Santo Domingo como en Haití, para distribuir esta misma diversión. Según su hermano él estaría ahora probablemente cerca de Puerto Plata, o Santiago, y que si yo pudiera alcanzarlo a tiempo, podría tomar el próximo viaje con él hacia los remotos distritos del interior. Pero faltaban dos semanas para el próximo barco hacia el norte alrededor de la isla, y todo el mundo me advertía de los riesgos de un viaje a través de la isla a caballo.

En esos días un barco de suministros de los Estados Unidos, el "Kittery", se detuvo inesperadamente en el puerto por unas horas. Una rápida visita al gobernador militar, almirante Snowden, con una súplica vehemente, me obtuvo permiso para zarpar en este transporte, y en dos días estaba yo en el puerto norteño, unas cuatro semanas antes de mi propuesto itinerario. Es admisible que uno pueda estar en contra de las cosas desagradables que acompañan una ocupación militar y aun así apreciar la forma hospitalaria en que lo llevaron en una embarcación verdaderamente segura.

Mi primera tarea en Puerto Plata fue buscar el joven con el Ford entre los marinos. Pronto fue evidente que él no estaba en Puerto Plata, así que decidí ver la ciudad, fundada por el mismo Cristóbal Colón y el puerto más importante del norte. Está ubicada a los pies de la montaña Isabel de Torres, y tiene un pequeño ferrocarril que sube las cuarentiuna millas sobre las montañas hacia Santiago y de allí hasta Moca.



Este es uno de los ferrocarriles más escarpados que existen, siendo el grado en algunos puntos hasta del once por ciento. El complaciente agente norteamericano me dio un boleto gratis en el único tren que salía ese día, un carguero, en compañía de un correo de la Marina que entretuvo el viaje desde las 6 y media de la mañana hasta la una del mediodía con historias de las glorias de los marinos y la “porquería de este _____ país”.

Al llegar a Santiago, mi amigo militar y yo nos detuvimos a cooperar con una heladería recién abierta que estaba muy concurrida de soldados. Averiguando con uno del grupo acerca del muy buscado secretario, me dijeron que justo en ese momento estaba deteniendo su Ford en el frente. ¿Qué suerte! Tomando otra ronda de refrescos ambos planificamos un viaje que de hecho nos llevó por todo el norte de Santo Domingo y a través de Haití que está aún más convulsionado. Este ha sido uno de los viajes más emocionantes e interesantes de mi vida de viajes por tierras extranjeras. Aquí en Santiago llegué a la segunda ciudad de la República Dominicana. Limpia, bonita y construida en forma compacta, fundada en 1500, el lugar tiene poco de histórico y los terremotos de 1564 destruyeron prácticamente todo resto de la temprana civilización. Las gentes, que alcanzan unos 25,000, tienen un aire como de negocios, por lo menos en comparación con los habitantes de otros pueblos. Había dos buenos clubes para los más privilegiados pero no había terrenos deportivos de ningún tipo ni ningún deporte organizado, algo que hace falta aparentemente en otros pueblos dominicanos.

Cerca de Santiago se encuentra el valle dominicano más rico y famoso, bautizado por Colón con el nombre de “La Vega Real”, o sea el valle real. La mejor vista de este gran valle se tiene desde la cima del “Santo Cerro”, la alta colina en cuyo tope erigió Colón una cruz, la cual se sostuvo milagrosamente cuando los indios lo atacaron en este punto y retrocedieron al ver a la Santísima Virgen sosteniendo la cruz. Subimos la elevada pendiente en nuestro Ford –moderna profanación de un altar antiguo– y miramos un impresionante pedazo de rico paisaje tropical. El follaje verde oscuro está salpicado aquí y allá por los campos marrones de los cultivos de cacao, café y tabaco y el curso de los ríos se destaca como hilos de plata, serpenteando hacia el mar a 50 millas de distancia. Moca, La Vega y hasta San Francisco de Macorís pueden distinguirse fácilmente, y lejos hacia el norte se encuentran las altivas montañas de Monte Cristi, uno de cuyos picos alcanza una altura de 10,000 pies.

Algunos de los hombres de prensa con los que hablé alabaron la ocupación americana por lo que ésta estaba haciendo para establecer los negocios y el desarrollo de las escuelas. Puede que ellos hayan hablado en parte para publicación, pero no hay duda de que los hombres de negocios de la isla agradecen poder encargar mercancías sin riesgos y contar con condiciones pacíficas para comerciar que pocas veces antes habían tenido.



El país estaba en esos momentos, claro está, bajo ley marcial; el almirante americano gobernaba por medio de decretos militares ejecutados por los infantes de marina. La censura era tan estricta que el viejo teatro Independencia fue obligado a cambiar su nombre porque la palabra "independencia" era taboo! Las emociones eran intensas, con las fuerzas de ocupación americanas decididas a ponerle fin, y los dominicanos, excepto la clase comercial, ariscos y resentidos. La ley marcial incluye la regulación de todos los detalles de vida, con las consecuentes rebeldías contra ella, especialmente cuando es administrada por extranjeros que no conocen y no toman en cuenta la sicología, la historia, y las tradiciones legales de los gobernados, y que trabajan con intérpretes contratados que a menudo se equivocan y a veces crean discordia a propósito. Era el caso de gobernadores y gobernados viviendo por separado en base a intereses diferentes, con ningún intercambio social, no sólo por la poca simpatía existente entre ellos, sino porque el 99 por ciento de cada grupo no podía hablar el idioma del otro, una influencia que por sí sola mantiene a las personas distantes.

Uno se encuentra continuamente con ejemplos de casos de dominicanos y americanos que no sabían nada el uno del otro. Ahí estaba García Godoy que todo lector de literatura en español conoce. Yo quería conocerlo pero parecía que los oficiales americanos nunca habían oído hablar de él. Cuando finalmente lo atrapé en su humilde casa en La Vega, fue muy evidente su indiferencia por mi visita. ¿Cuál era mi posición en el gobierno de los Estados Unidos? Me tomó un tiempo considerable convencerlo de que yo no estaba relacionado en absoluto con el gobierno. ¿Entonces qué vendía yo? Me tomó aún más tiempo probar que yo no estaba vendiendo nada. Pero yo debía ser o un agente del gobierno o un agente comercial, porque los norteamericanos nunca vienen a Santo Domingo excepto en una de estas dos misiones. Cuando finalmente le convencí de que yo era simplemente un admirador suyo, que había venido a rendir tributo a su genio como escritor, pareció abrumado. ¿Era posible que un visitante de los Estados Unidos hubiera leído la Literatura Americana de Nuestros Días? Ese fue de veras un pasaporte, y nos introdujimos en una de esas discusiones de literatura por horas que él hacía tan encantadoras que su oyente siempre la consideraría como una de sus experiencias más importantes. ¡Qué mente, qué conocimiento del mundo de la literatura y de la vida del mundo? Y, sin embargo, este venerable hombre de letras cuya fama literaria era el orgullo de toda América Latina y España, apenas sobrellevaba una existencia miserable, aislado, ignorado por el extranjero que gobernaba su tierra.

Cuando unos meses más tarde García Godoy enfermó y murió, lo sentí como una pérdida personal. Cuan regresé a Santo Domingo en 1929, pensé cómo me habría gustado volver a aquella pequeña casita en medio de las palmas reales y las trinitarias y llevar al pequeño anciano en un paseo en automóvil por la nueva carretera de macadán y a través del espléndido campo hacia la ciudad de Santo Domingo. Me hubiera gustado escoltarlo hacia la veranda de una bella casa, en



presencia de un grupo de hombres de letras dominicanos, reunidos en el acogedor salón del ministro americano. ¡Qué cambio en esos diez años! Se han ido los infantes de marina. Ya no hay la vieja mirada de resentimiento y pesar en los rostros de la gente. El viejo teatro Independencia tiene su nombre, que ya no está prohibido, destacado en bombillos eléctricos. Y el embajador americano –que su nombre sea enaltecido entre los nobles– Evan E. Young, lee la literatura nacional y recibe todos los sábados por la tarde a un grupo de poetas dominicanos.

Luego de esta extraña escena me hubiera gustado llevar a mi viejo amigo a dos o tres lugares más, para alegrar su corazón en el nuevo día, después de tantos años de tristeza por los sufrimientos de su país. Luego habríamos visitado otra oficina en el centro de la ciudad para conocer otro americano, el de la pipa colgante, de mirada furtiva y de rápida actitud de mando; el banquero reformado, que ahora continúa el trabajo de reformar senados y presupuestos y armadas. Tan sorprendente como el ministro americano, este extremadamente pintoresco personaje, quien, en el cambio de su posición como Presidente del Senado a la Embajada Americana en la Corte de Saint James, había logrado disponer de unas cuantas semanas para ofrecer sus servicios voluntarios para revisar el presupuesto dominicano. Junto con el General Dawes estaba el señor Sumner Wells, ex-Comisionado de los Estados Unidos en



La Misión Dawes que dio asesoramiento financiero en 1929

Santo Domingo y una docena más de distinguidos hombres públicos y de negocios americanos que habían ofrecido su ayuda en un estudio exhaustivo para buscar la forma de reorganizar las finanzas del gobierno. Uno encuentra comisiones americanas por todo el Caribe, pero nunca antes ha visto el autor una compuesta por hombres tan decididos a demostrar su buena vecindad al ofrecer ayuda técnica, sin intención de imponer sus consejos o de

entrometerse en asuntos domésticos. La comisión completa, con su personal de oficina, le costó al gobierno dominicano menos de 10,000 dólares. Ningún miembro de la comisión aceptó salario y algunos hasta pagaron sus gastos.

La misión Dawes informó que las condiciones económicas y financieras de la República con sus recursos internos, su millón de habitantes y sus 18,000 millas cuadradas de territorio, están básicamente fuertes. La deuda total es de \$22,650,000, la cual la comisión considera que se debe pagar lo más rápido posible para que puedan deshacerse rápidamente de los Estados Unidos como colector de Aduanas, pues el mantenimiento de esa oficina fue declarado no deseable. ¡Imagínense una comisión de los Estados Unidos admitiendo que era natural que la gente de un país, en el que habíamos intervenido, prefiriera conducir sus propios asuntos!

“Déjenme decirles”, dice el general Dawes al tiempo que tira de su famosa pipa, “estas gentes dominicanas son extraordinarias. Estoy cautivado con ellos. Están trabajando tan duro como nosotros en este estudio y eso significa día y noche. Ellos consiguen cualquier información que nosotros querramos, no importa el esfuerzo que les cueste. Me alegra ver que usted muestra su aprecio por ellos. Esto es lo que todos los americanos deben hacer. El señor Morrow está mostrando el éxito de esta misma política en México. Debemos poner este espíritu en todas nuestras relaciones diplomáticas y espirituales con nuestros vecinos latinoamericanos”. Si García Godoy había necesitado algún tiempo para reponerse de la sorpresa de que un visitante americano había leído sus libros, ¿cuál habría sido su asombro al oír a un ex-vicepresidente americano haciendo tales declaraciones y rindiendo tal servicio?

Servicio de Buen Vecino

Luego, después de esta visita, yo debía llevar a mi buen amigo, si todavía estuviera entre nosotros, a ver otra demostración de la amistad norteamericana, la cual no se había insinuado cuando nosotros nos conocimos. Esta próxima visita mostraría que la fuerzas cristianas en el país, que él había juzgado sólo por sus agentes políticos, se han unido para demostrar a su gente el espíritu activo de hermandad. A sólo media cuadra de dónde está trabajando la comisión, y al cruzar la calle del lugar donde el almirante americano solía trabajar como ejecutivo de la República, encontramos el nuevo Hospital Internacional. La institución es fácil de reconocer por la muchedumbre alrededor de su puerta, esperando su turno en la clínica. Vienen de todas partes, a pies, en burro, en carretas de bueyes, en auto. En seis meses ellos representaron a 63 aldeas y pueblos, algunos de las regiones más remotas en el extremo norte de la isla. Pues hay pocos hospitales públicos y están a mucha distancia –no hay ni una docena en toda esta República de un millón de habitantes.

Aquí hay una mujer con una afección de la piel. Le rogó a un auto que pasaba que la llevara, confiándole al conductor que ella iba a cruzar la isla para consultar un brujo que la había estado tratando por varios meses. Su condición es mala; ella no ha encontrado mejoría. La convencieron de venir al Hospital Internacional y tres semanas más tarde se va a su casa completamente curada. Hay decenas de miles como ella en los distritos del país que nunca han conocido ninguna asistencia médica científica, dependiendo para dar a luz, por ejemplo, de la atención de comadronas, quienes pueden haber aconsejado, entre otras cosas, que el recién nacido durmiera con un puercito joven. Traen de urgencia a un niño que fue mordido en la boca por una araña venenosa; a no ser por la oportuna ayuda del médico, se habría muerto. Otra pobre mujer viene sollozando al hospital al no poder entrar en ningún otro lugar, y cinco minutos más tarde da a luz sin complicación a su niña.



6. Aquí está la clínica de bebés, uno de los departamentos que se necesitan con más urgencia. La enfermera de los Estados Unidos con su asistente está pesando a los bebés; las madres se sientan cerca observando ansiosamente; allí les proporcionan los alimentos preparados. Entre los pobres el descuido de los infantes es penoso. Aquí tenemos a la bebe Conchita, que no pesaba ni seis libras a los seis meses de edad, y ahora, después de tres meses de cuidados en la clínica, pesa veinte libras.

7. Arriba en un cuarto privado está como paciente el diplomático extranjero de más alto rango en la Capital. Más tarde nos enteramos de que al regresar a su país un renombrado especialista le informó que el tratamiento que le había aplicado el médico dominicano no podría haber sido mejor. En otra habitación hay un joven médico dominicano que sufre de tuberculosis. ¿Qué se debería hacer con este buen joven, que ha contraído la enfermedad por exceso de trabajo al servicio de su pueblo? No hay un lugar para el tratamiento especial de la tuberculosis en todo Santo Domingo. Aquí hay un joven norteamericano, o podría ser un inglés o un francés —su nacionalidad no importa— que ha sufrido un accidente. Recibe lo que necesita, diagnóstico y cuidados de primera clase.

Como somos visitantes, nos acompañan en nuestra ronda el médico dominicano encargado. Por regla general ha habido un médico de los Estados Unidos a la cabeza de esta institución, pero desde que el último se fue a casa ha habido médicos dominicanos dirigiéndolo, y en forma muy eficiente. Esta ha sido otra indicación de las posibilidades del liderazgo de los dominicanos entrenados. Se espera que ahora los médicos dominicanos tendrán oportunidades para trabajos graduados en los Estados Unidos y en la nueva escuela de medicina tropical en Puerto Rico, y que tendrán las mismas posiciones que el personal médico norteamericano.

Las muchachas encantadoras que están entrenándose para el servicio en el hospital y a la comunidad, son dominicanas. Una de las más grandes necesidades de la población es de enfermeras graduadas. La mayoría de los hospitales emplea las monjas católicas sin exigirles que tengan entrenamiento científico. Los médicos tienen que hacer lo mejor que pueden con la ayuda sin entrenamiento que tienen. El Hospital Internacional, nos informan, es la única institución en el país que da entrenamiento científico para enfermeras. Dos de las graduadas esperan salir dentro de pocos días hacia uno de los más grandes hospitales en Chicago para recibir entrenamiento más avanzado. Son las primeras de una larga fila de señoritas que llevarán al Norte un nuevo concepto de la mujer dominicana, al tiempo que traen de vuelta una nueva idea del servicio americano.

En el ministerio de estas enfermeras entrenadas estamos siendo testigos de una nueva idea que prende en la gente. Abre un nuevo campo de servicio para muchas mujeres jóvenes cuyo trabajo se había limitado en el pasado a la monotonía del trabajo doméstico; les revela un nuevo camino para los jóvenes y fuertes, para levantar su país; pone en movimiento una serie completamente nueva de conceptos



sociales como de la unidad del rico y del pobre, de organismos públicos y privados, mientras se ataca un gran problema nacional.

Esta noche se celebran los ejercicios de graduación de las enfermeras. El público de varios cientos está compuesto en su mayoría por gente joven. Siguen con atención los comentarios del orador, con relación al programa de salud mundial que se está desarrollando a través de gobiernos nacionales, la Liga de las naciones, e institutos cristianos como el Hospital Internacional; se hace incapié en la íntima relación que existe entre un cuerpo sano y una mente sana. A seguidas de los ejercicios se invita a todos al patio a ver un juego de volibol organizado por el pastor de la Iglesia, quien es también un líder de la vida deportiva de la comunidad. He aquí otro elemento nuevo en la vida de la gente. Los deportes eran casi desconocidos, pero ahora el basketball, el baseball y otros juegos se están haciendo populares. Este pastor ha aceptado una nueva posición en la cual dedicará todo su tiempo al desarrollo de los juegos, atletismo para las masas, terrenos de juego y clubes en varias ciudades de la República. El nos muestra un carta divertida en la cual se ve el efecto en los exquisitos modales latinos del contacto violento con las exigencias del deporte:

“Nos place en estos momentos extender a usted y a sus compañeros combatientes nuestra más calurosa y sincera felicitación por el triunfo decisivo que ustedes obtuvieron la otra noche. ¡Que estos laureles sirvan de estímulo para otras muchas conquistas! Mientras aún sentimos en nuestras mejillas el polvo de la derrota, sellado por uno de sus tristes besos, no podemos hacer otra cosa que trazar nuevos planes para que, en una fecha no muy distante, podamos cambiar estos besos grises de polvo por aquellos ensangrentados por la diosa de la victoria. Por lo tanto, hemos decidido pedirles que nos presten su patio por dos noches cada semana para practicar, con el entendido de que les pagaremos por la luz y otros gastos relacionados con ese uso”.

Al otro lado del patio está el edificio grande en el que hay una sala de lectura, una librería, cuarto de música, aulas y la residencia del personal. Esta institución, establecida recientemente bajo auspicio norteamericano, es el único lugar en la capital que ofrece a los dominicanos un sala de lectura, clases nocturnas y la posibilidad de conocer amigos sin necesidad de pagar un trago o pagar cuotas. Podemos notar que la librería es una institución de interés particular, el único lugar en la República donde se pueden conseguir obras modernas sobre temas sociales, religiosos y científicos. El señor Godoy estaría interesado en escuchar que a menudo vienen a la tienda líderes de la vida educacional de la ciudad, y que su distribución de buena literatura está teniendo una amplia influencia.

Después de uno haber hecho una visita como ésta e iniciar el regreso a La Vega, yendo velozmente por la sinuosa carretera, tan suave, tan blanca, deslizarse bajo las palmeras y framboyanes, estoy seguro de que García Godoy, quien para mí representa el alma dominicana, comenzaría a ver poesía en esa carretera. Es posible



que este duro pavimento, de construcción extranjera, pueda llevar a su amada tierra hacia una nueva vida. Es mucho mejor poder cruzar la isla así de rápido, que tener que darle la vuelta por mar. Significará mucho para la comunidad, para la educación, el comercio y para el progreso.

« Nos sentamos en silencio, el amigo que he traído con la imaginación y yo, ambos pensando en todo este asunto tan sorprendente de cómo vamos a mantener tanto el romance como las carreteras en el mundo moderno. Su entrecejo está fruncido con una gran pregunta. Está preocupado. Con un poco de incentivo me dirá sus pensamientos.

“Este hospital, esta capilla, este centro social que hemos visitado –¿quién los sostiene? ¿Quién está detrás de eso? ¿Es sólo otra forma que tienen los Estados Unidos de controlar a Santo Domingo– ‘penetración pacífica’ a través de los ingenios de azúcar y préstamos y diplomáticos educados, en vez de los medios más severos de la ocupación militar?”

“Bueno, señor”, le digo yo, “vamos a discutirlo. Aquí esta envuelta una de las más grandes preguntas que tienen que ver con las correctas relaciones entre los pueblos del Continente americano. En primer lugar, debemos darnos cuenta de que todos los pueblos de cualquier país no son de una misma clase. Hay ciudadanos buenos y malos tanto en su tierra como en la mía. Las compañías azucareras, los diplomáticos, las iglesias, tienen muchas divisiones diferentes dentro de ellos mismos; y además de estos grupos, existen muchos otros grupos en el gobierno, en los negocios y en las religiones, que representan intereses diversos y a menudo opuestos. Coja, por ejemplo, los intereses del azúcar, que están en el momento causando la mayor preocupación a los países del Caribe. Sólo tenemos que ver cómo los grupos de cubanos, puertorriqueños, filipinos, los de Luisiana y Colorado se oponen unos a otros en las disputas de tarifas en Washington para que vea que ni siquiera los intereses del azúcar se pueden agrupar juntos. Aún más, hay muchos tipos diferentes de participantes en el control del azúcar. Algunos sienten profundamente en su corazón el progreso social del pueblo, y apoyan con gusto escuelas y hospitales en las Indias Occidentales. Otros declaran francamente que tales cosas no les interesan, y no admiten responsabilisarse para ayudar a resolver los problemas educacionales y sociales de los países de los cuales provienen sus ganancias.

“En cuanto a los diplomáticos, la variedad de actitudes en su grupo no podría ser mejor ilustrada que por las diferencias –fundamentales, temperamentales, y de todo tipo– entre el ministro americano Russell en 1919 y el ministro americano Young en 1929. Uno creía en la dominación por la fuerza y el otro cree en la cooperación en base a la deliberación. En cuanto a las iglesias, ¿me pregunto si usted se da cuenta que son los críticos más severos tanto de los intereses comerciales como del gobierno cada vez que luce que tienden hacia la explotación del pueblo?”



“¿Quiere usted decir, señor Inman, que hay un gran número de personas en los Estados Unidos que protestaron contra la ocupación hecha por sus infantes de marina a mi país? No suponía que hubiera nadie de su gente que le importara, o quien, si le importaba, se hubiera molestado en protestar contra tal acción”.

“Bueno, ‘mi querido amigo’, sólo puedo asegurarle que la mayoría de los ciudadanos americanos, como una cuestión de principios, han estado y están opuestos a tales intervenciones. El problema está en que es común que no recibamos suficiente información acerca de los casos en que se está violando este principio para protestar efectivamente. Pero puedo decir sin titubeos que la gente de las iglesias han elevado sus voces vigorosamente contra el uso del ‘big stick’ al tratar con México, Nicaragua, Haití y con su propio país. Los grupos de la Iglesia, asociados en las sociedades misioneras, recientemente han tomado la posición más fuerte contra la explotación de las naciones más débiles por las más fuertes. En la Conferencia Misionera Internacional llevada a cabo en Jerusalén para considerar exactamente los mismos asuntos que surgieron aquí, la reunión hizo esta declaración: ‘Repudiamos cualquier intento por parte del comercio o los gobiernos, abiertamente o en forma encubierta, de utilizar la causa misionera para propósitos ulteriores. Nuestro Evangelio, por su propia naturaleza y por su declaración de que la personalidad humana es sagrada, está en contra de toda explotación del hombre por el hombre, así que no podemos tolerar ningún deseo, consciente o inconsciente, de utilizar nuestro movimiento con el propósito de acelerar la esclavitud, económica, política o social, de ningún pueblo. Profundizando aún más, por nuestra parte repudiamos cualquier síntoma de un imperialismo religioso que deseara imponer creencias y prácticas a otros para poder manejar sus almas en beneficio de sus supuestos intereses’”.

“Si me permite puedo agregar, señor, que los Cristianos de Norte América que están dando su tiempo y su dinero para desarrollar escuelas, hospitales e iglesias en Santo Domingo y en otros lugares del mundo, no lo están haciendo con ningún sentido de superioridad inherente, sino precisamente por la misma razón que lo hacen en su propio país –o sea, para seguir el ejemplo de Cristo al ayudar a aquellos que necesitan ayuda para el cuerpo y el alma. Dan su mensaje espiritual a la par que su servicio a través de escuelas y hospitales, no con el objetivo de reemplazar una organización con otra, sino para enfatizar en todas las formas posibles su convicción de que ya sea en su propia tierra, como en cualquier otro lugar, las sencillas enseñanzas de Cristo ofrecen la única solución completa a los problemas tanto personales como los nacionales”.

Cooperación, no Imposición

“Pero,” dice el señor Godoy, “estas gentes son protestantes ¿no es así? ¿Y no están ellos pensando desviar a nuestro pueblo de la fe Católica? Entienda, yo no soy un hombre religioso, pues la iglesia en nuestras tierras ha sido generalmente



demasiado reaccionaria para atraer el apoyo de las clases intelectuales. Pero aún así no queremos que vengan extranjeros a imponérsenos en cuanto a nuestra religión”.

“En esto puedo simpatizar con usted mi querido amigo. Pero el primer objetivo de estos trabajos, como usted ha podido ver, ciertamente no es separar a la gente de su religión nacional. La mayoría de los pacientes en los hospitales y los estudiantes en estas escuelas son católicos romanos y no se les hace sentir mal por ello. A veces se emplean católicos liberales como médicos, profesores y enfermeras. Claro que aquí estamos tratando con una cuestión muy delicada, en la cual no todos los involucrados estarían de acuerdo, y en la que, no sólo organizaciones sino individuos, tomarían una posición en ciertas circunstancias, y otra bajo otras circunstancias. Pero puedo asegurarle que hay muchos cristianos en los Estados Unidos que simpatizan con la posición de nuestra mutua amiga Gabriela Mistral, esa buena poetisa chilena que siente que a menos que los católicos y los protestantes dejen de gastar sus energías en oponerse cada uno a la iglesia del otro, las fuerzas del materialismo los eliminarán a ambos. Déjeme leerle parte de una carta que Gabriela Mistral envió al Congreso Protestante reunido en Montevideo en 1925. La copié en mi libreta:

“Nosotros trabajamos, protestantes y católicos, alrededor de la columna vertebral del cristianismo; busquemos con más ardor los puntos comunes y no nuestras divergencias. En estos días en que algunos hablan de presentar un fantástico frente común contra una cuestión tan debatible como el peligro amarillo,¹ pensemos en la gran oposición del cristianismo al materialismo... materialismo como una norma de conducta; materialismo que relaja las sanciones, rebajando la educación a un nivel de entrenamiento comercial, hundiendo sus dientes en las relaciones internacionales, promoviendo la opresión del débil y hasta llegando hasta nuestra religión para matar el elemento místico’.

Esta, con seguridad, es la voz de un espíritu que busca, como el suyo y como el mío, la unidad. El grupo de norteamericanos detrás de este trabajo en Santo Domingo no puede estar satisfecho con que su pueblo los conozca sólo por sus fuerzas militares, sus banqueros y sus diplomáticos, sus automóviles e ingenios de azúcar. Ellos quieren que ustedes conozcan lo mejor de sus hombres y de sus mujeres, lo mejor de su literatura, de sus recursos educacionales, y su vida religiosa. Ellos envían a los mejores no para dirigir sino para cooperar con los mejores de ustedes. Mientras hacíamos el recorrido ¿no vio usted médicos dominicanos, profesores dominicanos, enfermeras dominicanas, ministros dominicanos, trabajando lado a lado con los norteamericanos?”

“Bueno,” replica mi querido amigo, “me alegra que podamos conversar juntos sobre estas cosas. ¿Pero quiere usted decir que los protestantes norteamericanos no

¹ *Se refiere a los chinos y la guerra de Manchuria.*



están a favor de la explotación de Santo Domingo, que ellos han protestado contra la intervención en nuestros países latinoamericanos, que no nos están sirviendo simplemente para estimular el comercio exterior, o para atraernos a iglesias extranjeras, y que los mismos dominicanos al final guiarán los trabajos que se han instigado en su nombre?”

“Esto, señor, es lo que yo entiendo. Y déjeme decirle que, en esta cuestión de la iglesia, Santo Domingo ha venido a ocupar una posición notable justamente sobre esas bases. En pocos lugares en el mundo se ha mostrado tan fuerte unidad de las fuerzas cristianas como aquí. Las Juntas Directivas de las diferentes denominaciones eclesiásticas a menudo han acordado en el pasado limitar sus trabajos a una parte en particular de un país, para así no duplicar los esfuerzos de otras denominaciones, pero raras veces se han unido las directivas en una organización de trabajo que unifique sus operaciones por completo. La conexión entre esta organización en Santo Domingo y las fuerzas similarmente unidas de Puerto Rico también es única en el procedimiento eclesiástico. Algunos de los mejores ministros en Puerto Rico han ofrecido sus servicios voluntarios para Santo Domingo. No tuvieron que aprender un idioma extranjero y encontraron un grupo de sus compatriotas en Santo Domingo esperando su ministerio. Las iglesias unidas de Puerto Rico suministraron los fondos para comenzar el hospital aquí. A los estudiantes del ministerio en Santo Domingo los envían al seminario de la Unión Teológica en Puerto Rico. Otra cara poco usual de este servicio es que desde el principio, las varias divisiones de trabajo —educacional, evangelística, médica y social— fueron reconocidas como igualmente importantes. Además, a los grupos de cristianos que funcionan en los diferentes centros se les llama simplemente Iglesia Evangélica, sin el uso de denominaciones sectarias como en los Estados Unidos. Las iglesias jóvenes por tanto se estimulan para formar su propia organización, adaptada a sus propias condiciones, no a las extranjeras.

“Yo he hablado sobre esto en detalle con usted, señor, esperando señalar el hecho de que mientras Santo Domingo ha tenido una experiencia peculiarmente desafortunada en cuanto a la intervención política, está teniendo una experiencia particularmente afortunada, en cuanto al asunto de las fuerzas cristianas que trabajan en la isla.”

Como a la mitad del camino en nuestro viaje hacia La Vega nos detendríamos en un lugar llamado La Cumbre para observar un experimento educacional único, que recuerda el inicio de los esfuerzos de Booker T. Washington en Tuskegee. Hace ya varios años, el hijo de un misionero americano tomó aquí, por razones de salud, un reclamo de unas cien acres y comenzó a desarrollarlas él solo. Conquistar las forestas tropicales fue un trabajo duro. Los granjeros vecinos ofrecieron prestarle a sus hijos, con la condición de que el joven diera a sus hijos los rudimentos de una educación. Se tomaron tres muchachos en la pequeña granja y semana tras semana vinieron



otros hasta que ahora hay unos veinte. Ellos mismos se han construido una casucha adicional y han desarrollado un programa regular de trabajo, estudio, diversión y rezo. Los alrededores son muy primitivos ;pero aquí hay vida! Lucha con la foresta, lucha con las tablas de multiplicar, lucha con la pelota, lucha con los asuntos de moral. Es el grupo más entusiasta que se encuentra en todo Santo Domingo. La juventud de los sectores vecinos, donde no hay escuelas, ni iglesias, ni centros sociales, ni tiendas por millas a la redonda, se la pasan en ese pequeño lugar en La Cumbre buscando permiso hasta para dormir en el suelo para compartir sus actividades.

En los pueblos de Santo Domingo se están construyendo algunas buenas escuelas, pero en los distritos del interior como éste parece remoto cualquier programa educacional o de salud. La República es predominantemente rural, y sus oportunidades, me señalaría García Godoy, descansan en el desarrollo agrícola; cualquiera que pueda ayudar a los campesinos hacia métodos agrícolas más científicos, mejor salud y mejores probabilidades sociales, recibirá la gratitud de los dominicanos. Así lo diría él al igual como lo dicen todos los hombres buenos como él.

¿Hacia dónde conducen los nuevos caminos?

He utilizado la figura de este hombre, con su cálido espíritu latino, su bondad, su claro intelecto, sus ansias por una nueva oportunidad para su país en cuyo futuro creía tan profundamente, como una personificación de lo mejor de Santo Domingo. ¿Tendrá su pueblo la oportunidad de desarrollarse por sus propios lineamientos, expresar su propia particular cultura, y aportar su parte a la vida del mundo? ¿O serán sus pequeñas granjas convertidas en grandes haciendas, sus granjeros convertidos en peones, sus nuevas y costosas carreteras y trabajos de puertos significaron préstamos continuos del exterior, y su prosperidad material vendrá a significar una simple lucha para mantener el paso de sus vecinos?

Cuando reflexiono acerca de la influencia que García Godoy, ese hombre sabio e inclinado a la sobriedad, creía que los Estados Unidos ejercían en su país, me siento dispuesto a centrar mis pensamientos en el símbolo y significado de sus caminos más recientes. Esos mismos caminos que han significado tanto para la prosperidad de Santo Domingo, provocan un número de preguntas relacionadas con la introducción por parte de los extranjeros de una vida moderna mecanizada en una tierra tan atrasada industrialmente como



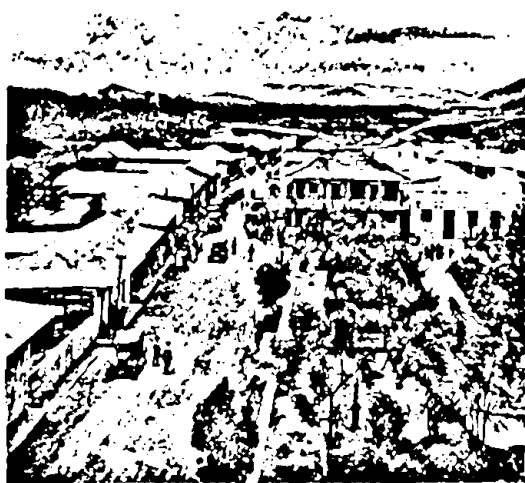
La Carretera Duarte

Santo Domingo. Esas carreteras las construyó la ocupación militar extranjera. Se les debe dar mantenimiento, y se debe mantener el hábito de hacer carreteras nuevas a la par que otras actividades como la de reemplazar maquinaria desgastada, construir nuevos edificios públicos, desarrollar nuevos trabajos portuarios planificados por los extranjeros. Todas estas actividades requieren más capital, más capital supone otro préstamo en el exterior, y este préstamo prolongaría la vida de la receptoría extranjera, introduciendo aún más maquinarias extranjeras, y colocando aún más la vida financiera del país en la custodia de los bancos extranjeros.



Carretera de Santiago a Puerto Plata

Mientras más carreteras se construyen, mayor es el número de los automóviles importados, mayor la demanda de petróleo y reparaciones y extensiones y de mejores talleres y estaciones de servicio. Nueva transportación de barcos a vapor trae al turista, quien le dice al dominicano que debe tener un nuevo edificio gubernamental, un nuevo palacio de justicia, un nuevo lo que usted quiera. El nivel de vida sube gradualmente impuesto por el extranjero. Los pocos dominicanos que son capaces de entrar a los círculos comerciales como abogados, médicos o ingenieros pueden mantener el paso, pero el obrero, aunque quizás recibe un salario un poquito más alto, se encuentra con que sus gastos están por encima de ese salario. Entre ellos el dominicano promedio está siendo empujado a una vida extenuante mecanizada que lo ha convertido de un ser bastante conforme con pocas necesidades, en un individuo exigente constantemente preocupado de ese enemigo de toda felicidad, un presupuesto. La importación de maquinaria en Santo Domingo ha sido rápida durante los últimos quince años. Viene naturalmente de los Estados Unidos, porque las firmas azucareras americanas y los contratistas americanos ordenan maquinarias de su propio país antes que de otro. La estación de expendio de gasolina americana y los letreros están comenzando a dominar el escenario dominicano.



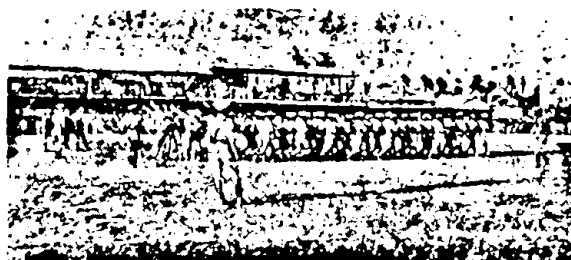
Inauguración de la carretera El Seybo-Higüey

Siendo el azúcar la industria predominante, todas las demás se deben ajustar a ella. Las empresas extranjeras importan mano de obra barata de Haití, y los negros traen con ellos unos dialectos extraños, sus tambores de Voodoo, su magia. A los extranjeros les gusta hacer negocios con otros extranjeros y comprar mercancías importadas. El comerciante que le vende a los obreros encuentra que éstos pueden comprar muy poco, y las mercancías baratas hay que venderlas con mayor margen de ganancias cuando las ventas son lentas. Esta situación le abre las puertas a las casas extranjeras de ventas por pedidos, que, como es natural, tiene un efecto fatal en el detallista nativo.

Hoy día la amenaza a la independencia dominicana no es la de la intervención militar. Es la amenaza de la eficiencia comercial extranjera que podría forzar al gobierno a respaldar el nuevo mecanismo a expensas de las condiciones fundamentales dominicanas que no se adaptan a llevar la carga de la vida altamente mecanizada de los Estados Unidos.

El dominicano debe enfrentar la fuerza de la inversión extranjera desde tres direcciones. Si puede evitar que el extranjero adquiera demasiada tierra, si puede evadir la compra de tantas maquinarias caras para sí mismo y si puede emplear mano de obra dominicana para hacer su trabajo, puede escapar de la peligrosa situación que enfrentan Cuba y Puerto rico. Pero el gobierno tendría que pensarlo bien y tomar medidas fuertes para incentivar aquellas cosechas e industrias que se pueden manejar con poco capital, y los productos que se puedan mercadear en una forma económica.

De todas las Indias Occidentales, Santo Domingo tiene, en muchos sentidos, la ruta más clara hacia el desarrollo. No tiene complicaciones con otros gobiernos, excepto el acuerdo con los Estados Unidos para recaudar las aduanas el cual se eliminaría automáticamente con el pago de las deudas pendientes. No tiene la desventaja de un país de una sola producción como Cuba, la sobrepoblación de Puerto Rico, o el agudo problema racial de Haití. Tiene un record largo de revoluciones luchando para destituir, por un lado una dictadura y por el otro un gobierno ineficiente. Sin embargo, podría ser que el profundo y permanente temor a que regresen los cuerpos de la infantería de marina de los Estados Unidos, junto con un electorado cada vez más educado y una nueva apreciación de los valores humanos y espirituales, desalienten la revolución, el no hacer caso a la Constitución, la alianza entre el ejecutivo y la justicia, el uso del ejército como una fuerza política, el



Miembros del Estrada — 1928



Tro, Mito and yo Jefe del Ejército

uso de los fondos del gobierno para el progreso personal, todo lo cual ha proporcionado las causas del atraso tanto en Santo Domingo como en otros países latinoamericanos, así como para las intervenciones extranjeras.

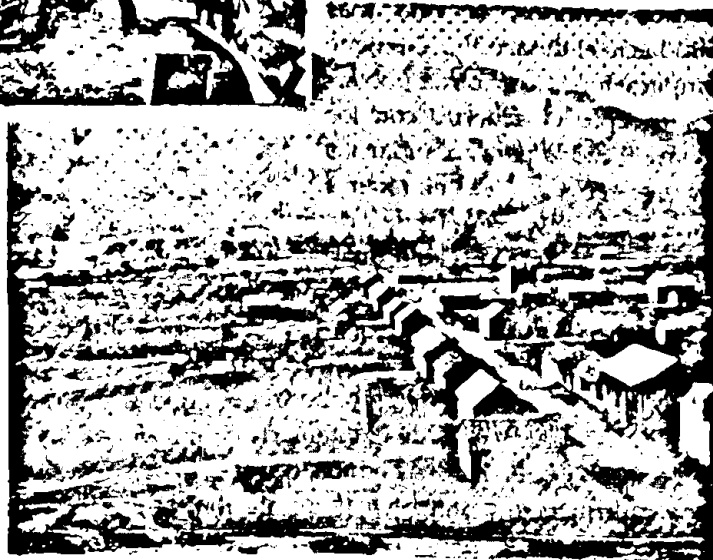
¡Caminos y romance! Siga las carreteras –ellas conducen a la paz y a la prosperidad. ¡Pero dominicanos! ¡Por su propio bien y por el

bien del mundo, que tan rápidamente se mecaniza en concreto y en acero, no dejen que sus carreteras, dominicanos, los despojen de su romance!




El mercado de Santo Domingo

FIN



Constancia en 1929

PEINANDO EL CARIBE

 Harry El. Foster

1929





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

E autor del último relato que aparece en este volumen es un joven trotamundos de apellido Foster, escritor y viajero, que visitó varias islas caribeñas en 1929.

Ya para esa época era factible llegar a Santo Domingo por avión. Las carreteras y caminos del país, tan pésimamente malos según las descripciones de prácticamente todos los otros viajeros citados en esta obra, son calificados por Foster como magníficas vías de comunicación.

El autor, sin embargo, después de tomar un carro en un Puerto Príncipe todavía ocupado por los infantes de marina norteamericanos, pronto llegó a la frontera, y optó allí por caminar a pie en "las magníficas carreteras dominicanas" durante una buena cantidad de kilómetros, pernctando en una humilde choza que compartió con pobres campesinos.

Este autor, al igual que muchos de los otros incluidos en la presente obra, también menciona el gran contraste entre un lado y otro de la frontera, al tiempo que enfatiza la presencia haitiana en labores manuales en Santo Domingo.

Foster llegó a una capital dominicana ya muy cosmopolita, con cientos de carros que tocaban bocinas, pues un delirio de locomoción se había apoderado de los dominicanos que, al descubrir el automóvil y al tener ya buenas carreteras, lo utilizaban no sólo como medio de transporte, sino también como medio de diversión y ostentación. La publicidad comercial se había incrementado y ya aparecían anuncios por todos los sitios. Los sirio-libaneses y los españoles habían dado un nuevo ímpetu al comercio. Limpiabotas y billeteros pululaban por doquier y el boxeo y la pelota habían sustituido a la gallera, que hasta entonces fue el gran deporte nacional.

El autor se pregunta de qué vivía el dominicano residente en zonas urbanas, pues en éstas todas las actividades importantes la desempeñaban extranjeros o inmigrantes recién llegados, apuntando que el dominicano desdeñaba el comercio, y prefería las profesiones, o la política.

Luego de afirmar que las mujeres dominicanas eran coquetas, explica que la gente ya no cabía dentro de los muros de la antigua ciudad colonial y que, al



Harry L. Foster

Oeste del Parque Independencia, se estaban abriendo nuevos caminos y se construían amplias y modernas residencias. Gascue empezaba.

En fin, que desde el primer relato que aparece en esta obra, es decir, el de Sir Robert Schomburgk –quien describió la soñolienta y pobre ciudad colonial de 1850–, las cosas no sólo habían cambiado muchísimo, sino que todo había ocurrido en tan sólo ochenta años, es decir, en apenas algo más de dos generaciones.



Santo Domingo histórico

- 1 -

Haití era una república de lo más entretenida. Pero aún quedaban algunos lugares que cubrir de los que estaban en esa guía de viajeros, y uno de éstos era Santo Domingo, en el lado opuesto de la isla.

Hace aproximadamente una década no había caminos ni tráfico desde Puerto Príncipe hacia esa metrópolis. El que se atrevía a hacer el viaje por tierra estaba obligado a cruzar un camino en la jungla hasta la frontera, cruzar una amplia laguna en balsa o en un pequeño bote, y luchar por un camino dominicano en nada mejor que los de Haití.

Hoy día se puede dar el salto en dos horas en los aviones de la West Indian Aerial Express. O uno puede hacerlo en un día por automóvil por una excelente carretera nueva.

No había escasez de automóviles. Cuando se corrió la voz de que yo estaba contemplando hacer el viaje, una docena de oscuros choferes me sitió, acampando en la entrada de mi pensión asediándome con ofertas de pasajes. El tipo que finalmente elegí, un negro jamaiquino, tomó prestados cinco dólares la noche anterior a nuestra partida, pero así y todo se apareció a la hora señalada, con gasolina en el tanque, y partimos a través de las colinas desde donde se avistaba el mar de Haití de un imposible azul.

En la frontera nos detuvo un "gendarme" y un sargento negro salió de su barraca para echarnos una mirada casual. Pero enseguida nos dio paso y un encargado abrió la puerta batiente que bloquea la carretera; ya estábamos en la República Dominicana.



El mercado de El Estero Páto — 1895

- II -

Yo había planeado caminar el resto del viaje, para poder ver la República Dominicana más íntimamente.

Así que, después de despachar a mi chofer, me eché el bulto al hombro –mis demás escasas pertenencias que no habían sido hurtadas por los nativos durante mis andanzas anteriores, habían sido embarcadas a casa directamente– y me apresté hacia la que una vez fuera la Capital de Cristóbal Colón.

El cambio fue notable, pues las dos pequeñas naciones que comparten esta isla tienen muy poco en común.

Cuando uno cruza la línea divisoria, nota un descenso en la densidad de la población. Este Santo Domingo, aunque cubre las dos terceras partes de la isla, tenía sólo una tercera parte de la población de la república negra contigua. Y aunque ocasionalmente la tez era bastante oscura, la mayoría de los que uno se encontraba eran predominantemente castizos. En la parte dominicana, uno hallaba una “Aduana” en vez de un “Duane”; el oficial que me hizo pasar por un interrogatorio cortés era inequívocamente blanco; y el idioma ahora era español, y no comprenden el francés.

“No, señor, no entiendo francés”. Y parecía sentirse orgulloso de este hecho, como si el “francés”, la lengua de sus odiados vecinos, fuera algo que él desdeñara hablar. “¿Usted habla español?”

Revisó mi equipaje muy detenidamente, pero eventualmente me cedió el paso y yo partí alegremente por la carretera.

Era, además, una carretera excepcionalmente buena; un contraste con los senderos nativos que acababa de atravesar en Haití. Parecía extraño encontrar tan buenas carreteras en el lugar más antiguo e histórico de América. Esta tierra estaba impregnada de memorias del Gran Explorador y su historia pasada estaba centrada en su nombre. ...

...En muchos sentidos, sin embargo, la ocupación aquí difirió mucho de la de Haití.

Mientras duró, fue franca y abiertamente militarista; los americanos no quisieron aparentar que ayudaban a un gobierno nominalmente “independiente”; y cuando se retiraron, el 12 de julio de 1924, su salida fue igualmente definitiva. Hoy quedan algunos yanquis como recaudadores de aduanas, bajo un asesor financiero, pero aparte de éstos la República era independiente,¹ y el presidente disfrutaba de tanto poder que recientemente pudo revisar la Constitución y se concedió a sí mismo dos años más en el poder –un procedimiento que, en los viejos tiempos, hubiera

1 *La convención de 1924 limitó bastante la independencia nacional. Estaba vigente cuando fue escrito este relato.*



provocado una revolución.

Sin embargo, Santo Domingo había aprendido su lección. Aunque los infantes de marina se habían retirado, sería muy fácil para ellos venir rápidamente desde Puerto Príncipe y Cabo Haitiano, para llegar a la capital dominicana en pocas horas, y los insurreccionistas potenciales ahora conservan su paz. Además, los dominicanos estaban llevando a cabo por sí mismos los diferentes trabajos de sanidad y construcción de carreteras que realizaban los oficiales americanos del tratado en Haití, y como tenían más fondos a su disposición podían hacer un mejor trabajo.

El elemento antiamericano en Puerto Príncipe solía señalar las carreteras de Santo Domingo como prueba de que la ayuda americana no era necesaria. La calzada de concreto que se reveló ante mí era un bulevar amplio y espléndido. Pero esta república disfrutaba de una prosperidad que hace mucha falta en la superpoblada Haití. En la costa norte había grandes plantaciones de azúcar –en contraste con las granjas de los pequeños colonos que se encuentran por toda la jungla haitiana. La República Dominicana también tomaba préstamos para el mejoramiento público –recientemente había obtenido un préstamo por 10,000,000 del National City Bank de Nueva York¹– y sus ingresos por recaudaciones aduanales, eran mucho mayores que los de la república negra.² En todos los sentidos, uno encuentra este país más floreciente. Los salarios de los obreros comunes saltaban en la misma frontera de 0.40 centavos a un dólar y a veces hasta a cinco dólares; y en la temporada del corte de la caña multitud de haitianos y puertorriqueños venían a beneficiarse de los altos salarios.

Esta era una tierra muy próspera –un contraste con la pobre Haití.

- III -

Tomé esta carretera de concreto amplia y admirable. Era, en conjunto, *demasiado* buena. No había ninguna sombra y el sol tropical era atterradoramente caliente. En esta ocasión no tuve que detenerme a hervir el agua; casi hervía a fuego lento en mi bolso ... Comencé a dudar de si esta caminata valdría el esfuerzo.

Caminar tiene sus méritos, como ejercicio. Si un escritor-viajero camina un poco, puede que los críticos se inclinen a considerar proclamarlo como un tipo que realmente ve y conoce los países que visita. Pero atravesar caminando un desierto es un tanto monótono, sin ninguna vivienda a la vista, y uno comienza a sentirse un

1 *El gobierno de Horacio Vásquez fue muy criticado por la oposición por aumentar la deuda externa.*

2 *Mientras en 1921 los ingresos fiscales en Haití ascendían a US\$6 millones y en República Dominicana rondaban los US\$7 millones al año, en 1925 ascendieron a US\$16 millones en la República Dominicana y tan sólo a US\$7 millones en Haití.*



poco tonto al caminar por esta espléndida carretera para vehículos de motor, con automóviles pasando veloces a su lado.

Esta costa sur de Santo Domingo era un desierto. Los valles fértiles que le daban su prosperidad estaban todos en el norte. Y después de la densamente poblada Haití, donde uno encontraba pueblecitos en los lugares más desolados, la despoblación de la República Dominicana era sorprendente.

Consumí mi litro de agua con extravagancia, esperando que pronto encontraría un lugar donde reponerla, pero no existía tal lugar. Caminé por ondulantes colinas cuya sola vegetación eran unos cactus descarnados y secos, ennegrecidos por el temible sol. Ni una sola vivienda aliviaba el árido paisaje.

En algún momento, a mitad de la tarde, me detuve para almorzar. Yo tenía una caja de chocolates que había comprado en Puerto Príncipe la cual pensé que podría servirme justo para una emergencia como ésta. Pero después de abrirla me di cuenta de que la golosina estaba llena de larvas. Los blancos gusanitos salían retorciéndose y me observaban muy impíamente. Si la providente naturaleza que los creó les hubiera dado dedos, sin lugar a dudas que me habrían hechos gestos de burla.

Hambriento y sediento, seguí mi camino aturdido.

Eventualmente, llegó el ocaso y era magnífico, como suelen ser todos los ocasos en el desierto. Amplias y espléndidas franjas color escarlata y naranja llenaban el cielo, flameando por los cielos, y las gargantas de las montañas se hacían de un morado y negro aún más profundo. ¿Pero dónde diablos podría yo pasar la noche?

Como en respuesta a mi interrogante, más adelante brillaron unas lámparas, provenientes de una aldea de seis casuchas de madera. Me detuve a preguntar por alojamiento.

— “¿Usted quiere cama?”

La anciana española me miró con suma suspicacia. Los hombres blancos no suelen andar a pie, con un bulto sobre sus hombros, en esta tierra donde el orgullo es tan importante. Me miraba con la desconfianza con que se mira a un bandido.

Le ofrecí algo de dinero.

— “Si a usted no le importa dormir en el suelo, pase adelante.”

Así que esa noche dormí sobre tierra apisonada. La diminuta vivienda estaba separada en dos habitaciones por medio de una especie de sábana que colgaba de las vigas. Detrás de esta sutil división la señora y su marido hicieron fiesta amorosa.

El parecía ser un alma muy afectuosa y yo nunca he encontrado mucho placer en atisbar. Pero en este establecimiento no había privacidad; los varios puercos y



gallinas que compartían mi mitad de la vivienda se pasaron la noche deambulando inquietos por todo el lugar y mucho antes del amanecer me sentí contento de tomar mi camino de nuevo.

Cuando otro chofer se detuvo a mi lado para ofrecerse a llevarme, lo acepté enseguida.

— “¿Usted va a Santo Domingo?”

— “Sí”.

Me subí y salimos rápidamente, devorando millas de espacio.

Al mediodía nos detuvimos en un pequeño pueblo llamado San Juan, una ciudad española muy convencional de casas bajas y sólidas. El almuerzo también fue típico castellano —arroz, habichuelas y pollo— Pero fue decididamente bienvenido. Ayudé a bajarlo con una botella de cerveza muy caliente. Luego continuamos. La amplia carretera era magnífica, dando giros como una majestuosa avenida sobre las ondulantes colinas deshabitadas; a medida que se acercaba a la capital dominicana, pasaba por amplias zonas de plantaciones de caña; bajaba libre a nivel de las

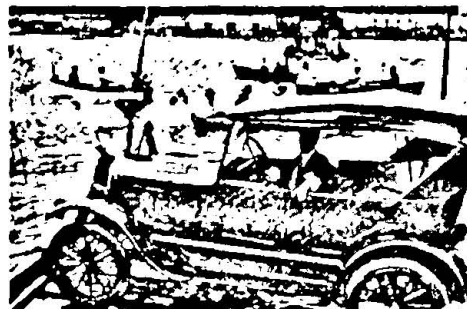
planicies de la costa y se hacía llana por una extensión de muchas millas sin una sola curva; y hacia el anochecer entramos en las calles estrechas de la venerable ciudad española, la metrópolis más histórica de los dominios españoles.

Pero aún aquí el progreso era un intruso. Por encima de la muralla tipo fortaleza y sobre el moderno muelle, un letrero anunciaba “cerveza fría”. A través de las estrechas calles moriscas de este

viejo fortín —dejando atrás antiguas puertas, pasando balcones colgantes, y las ruinas de viejas iglesias— se desplazaban innumerables vehículos de motor americanos, con los bocinazos acentuados por la estrechez de las calles, como en todas las viejas ciudades españolas. Y de una fantástica car-



El detrás de las carreras de automóviles — 1927



Fuente náutica. Automóviles en el río Ozama

telera, directamente opuesta a la santa catedral donde duerme ahora el mismo Colón, una rubia de Hollywood, en un atractivo traje de baño entero, sonreía coqueta y maliciosa, invitando a la película "Vírgenes Ciegas".

- IV -

Me senté en un banco a la sombra de la vieja catedral, y cerré mis cansados ojos.

Era un agradable parquecito español frente a la catedral. En el centro había una estatua del Descubridor. Y todas las edificaciones a su alrededor, con excepción del evidentemente nuevo Ayuntamiento y un par de hoteles modernos, eran todas estructuras venerables de la época de la colonia.

En tal escenario uno medio que esperaba ver a un caballero en cota de malla, o caballeros en jubones de pana, o algunas damas de cinturas de avispa, con encajes



"El Gran Bazar de Colón", en Santo Domingo

almidonados en sus cuellos de cisne. Pero hoy los únicos caballeros a la vista eran los limpiabotas, que vinieron corriendo de todas direcciones y formaron un grupo suplicante a mi alrededor señalando acusadoramente el polvo de mis botas.

— "¿Limpia, señor? ¿Limpia?"

Los billeteros eran aún más persistentes. En una variedad desde pequeños bebés hasta hombres y mujeres viejos, ondeaban sus puñados de papeles de colores en mi cara, asegurándome encarecidamente que sus números en particular ganarían el premio con seguridad. Parecía, especialmente en vísperas de un sorteo, que la mitad de la población de Santo Domingo estaba ocupada en ofrecerle riquezas a la otra mitad.

Ese sorteo siempre se efectuaba los domingos por la mañana en los escalones del Congreso, frente a la catedral de Colón. Sobre la augusta baranda aparecían dos globos plateados, cada uno lleno de pequeñas bolitas que contenían los números. En el globo más grande cada bolita representaba un boleto; y en el más pequeño cada una era un premio. Una muchedumbre ansiosa pero en silencio observaba atenta cómo varios funcionarios daban vueltas a los enormes globos y sacaban los números y los leían en voz alta a los registradores que estaban en una mesa cercana.

— “Número doscientos treintitrés”.

— “Nada”.



La Mansión Presidencial en 1929

Esperé en vano, no obstante, a que un harapiento y descalzo mendigo saltara con un grito de alegría, o se desmayara, al verse tan inesperadamente poseedor de 12,000 dólares. Era algo que había ocurrido a menudo y que podría suceder en cualquier momento. Pero el gran globo contenía cientos de miles de bolitas y el globo de los premios sólo tenía unos cuantos.

Era como un rompecabezas averiguar lo que el dominicano

promedio hacía para vivir mientras esperaba ese día feliz en que la rueda de la fortuna lo favorecería. La mayoría de los trabajos manuales eran realizados por negros inmigrantes haitianos.¹ Americanos y canadienses administraban los bancos, las compañías navieras o las propiedades mineras del interior. Los franceses, los italianos y los puertorriqueños manejaban casi todos los hoteles. Los españoles, principalmente los judíos-españoles eran dueños de las grandes tiendas por departamentos, mientras que la mayoría de las tiendas pequeñas de ventas al por menor estaban invariablemente en manos de los sirios.

Estos últimos, al igual que en Haití, eran especialmente numerosos y prosperaban a pesar del hecho de que eran violentamente mal vistos. En los viejos tiempos revolucionarios ellos eran siempre las primeras víctimas en ser saqueadas, si no asesinadas, sin embargo, habían prosperado, aun en medio de la persecución, y hoy día sus establecimientos se reconocían por su superioridad sobre las de los pocos dominicanos que se atrevían a competir con ellos. En lugar de los sombríos y vacíos portales peculiares de casi todas las tiendas españolas, ellos presentaban sus vitrinas siempre decoradas con atractivo; sus almacenes estaban siempre llenos; sus precios eran extremadamente clásicos; y habría que ser un comprador muy decidido para que una vez uno entrara, pudiera escaparse sin haber comprado *algo* a estos astutos pero corteses orientales.

Como sus compañeros a través de toda América Latina, el dominicano desdeñaba el comercio. En algunos casos podría representar a los fabricantes de automóviles

¹ *Eso ocurría en 1929.*



americanos, o de máquinas parlantes, o de algo igualmente grande y refinado –siempre al por mayor, lo que lo hacía mucho más que un buhonero común– pero, en general, aquellos que no tenían la fortuna de poseer alguna ancestral plantación de azúcar en el interior, gravitaban hacia las profesiones o hacia la política, muy similar a los haitianos de clase alta. Pero lo que fuera que hiciera para ganarse la vida, siempre se las ingeniaba para dar la impresión de una riqueza ilimitada y un igualmente ilimitado tiempo libre.

Durante las horas más calurosas del día, la ciudad parecía estar únicamente habitada por varones –por altos y flacos cosecheros con anchos “sombrosos”, o caballeros citadinos con cuellos almidonados y sombreros de pajilla importados– que se saludaban unos a otros con abrazos en las estrechas aceras, y conversaban juntos con esa preocupada cortesía española que fuerza a todos los demás peatones que les pasen a bajarse a la cuneta.

Sin embargo, a medida que va pasando la tarde comenzaban a aparecer las mujeres. Las ventanas, antes cerradas al sol tropical, ahora se abrían para mostrar a las “señoritas” renovadas por la siesta y empolvadas para el paseo del atardecer. Otras, usualmente en grupos, se mezclan con la multitud de la plaza, riendo y charlando con esa exaltada animación de las jovencitas que saben que están siendo observadas crítica y codiciosamente por muchos ojos masculinos.

Algunas de ellas eran un poquito oscuras y a otras el pelo rizado las traicionaba, pero desdeñaban el turbante tan típico en Haití. En vez de eso ellas se ponían el “*chapeaux*” parisino, o más frecuentemente iban con la cabeza descubierta y llevando un delicado parasol. También eran muy evidentes las medias de seda. Y –esto fue también algo muy notorio después de ver el modo de andar como de pies planos de las muchachas en Haití– caminaban con un garboso movimiento, tan femenino y tan intrigante que el Estado de Boston probablemente lo condenaría como indecente.

Pero su pequeño desfile, como en la mayoría de las viejas ciudades españolas, era un asunto muy breve. Al oscurecer se retiraban a sus círculos familiares. Entonces sólo quedaban los hombres, todavía hablando unos con otros y obstruyendo las aceras, brindando unos a otros con un vaso de vino, con frases grandilocuentes, en una cafetería muy iluminada. Había sido un gran año para los cultivadores de caña, un año muy próspero. La sequía prometía malas cosechas para la próxima temporada, y probablemente traería depresión. Pero ¿para qué preocuparse por la próxima temporada?¹

El dominicano tenía por naturaleza el espíritu del jugador feliz. Hoy se daba el lujo de andar en vehículos de motor desconocidos por sus vecinos haitianos. Y

¹ Al año siguiente, Trujillo tomaría el poder.



durante toda la noche corrían y corrían por las viejas calles moriscas, con alboroto, francachela y ruido.¹

- V -

Como meca para los turistas, Santo Domingo debería encabezar todas las ciudades de las Indias Occidentales.

Si usted viene navegando por el río Ozama –como lo harán la mayoría de los turistas– las márgenes están alineadas con fortificaciones en desintegración que datan de los días de Colón. A su derecha está la antigua iglesia del Rosario, donde se supone que oraba Colón. A la izquierda está la Torre del Homaje(sic), abatida por la intemperie, en la cual (equivocadamente) él está supuesto a haber sido encarcelado. Uno salta a tierra en un muelle debajo de las ruinas de una mansión que fue ocupada por el hijo de Colón, Diego, cerca del tronco seco de la vieja ceiba en la cual ancló Cristóbal su carabela. Y uno atraviesa por una puerta pintoresca en la muralla de la ciudad, construida por su hermano Bartolomé.

De hecho, todo Santo Domingo reboza de memorias del Gran Explorador, y hoy día la ciudad se enorgullece al pensar que una vez fue su hogar favorito. Pero en sus primeros tiempos Cristóbal Colón tuvo sus pruebas y tribulaciones. Cuando sus enemigos celosos lo habían desacreditado en la corte, fue rápidamente detenido y enviado de regreso a España. Y aunque logro librarse de las acusaciones que se inventaron sus enemigos, –y su hijo Diego regresó a la ciudad como gobernador– el gran almirante murió sin ruido en la madre tierra.

Cuando trajeron su cuerpo a la capital dominicana, en respuesta a su último deseo antes de morir, el populacho le prestó poca atención y le enterraron, sin siquiera un monumento, en el panteón de la familia en la catedral de Santo Domingo. Con el tiempo, no obstante, el Colón fallecido comenzó a ganar la estima local, y de ahí surgió la historia –una historia relativa a la controversia acerca de dónde están sus restos hoy.

Unos doscientos años después de su muerte, cuando España consideraba que Santo Domingo era una carga inútil e improductiva, le cedió su parte de la isla a los franceses. Los españoles, sin embargo, para ese entonces no estaban dispuestos a desprenderse de Colón, así que desenterraron un ataúd que creyeron que era el suyo y lo trasladaron a la catedral de La Habana, desde donde fue de nuevo trasladado a España. Pero en 1877, los curas en Santo Domingo hicieron un descubrimiento sorprendente. Excavando en la cripta de su propia iglesia, se encontraron con una

¹ Ver en Vega, Bernardo "Más imágenes del ayer" la sección "El delirio del transporte automovilístico" (págs. 187-191) durante el gobierno de Horacio Vásquez.



caja de plomo grabada con las palabras "Ill'tre y E'do Varon, D'n Cristobal Colon" o "Ilustre y Estimado Varón, Don Cristóbal Colón".

La suposición lógica es que los españoles se llevaron, en vez del cuerpo del mismo Almirante, el de su hijo Diego, quien había sido enterrado a su lado. Tanto La Habana como España, claro está, resentieron el nuevo hallazgo, proclamando que era un fraude y una burla de parte de los sacerdotes dominicanos. Pero Santo Domingo, que había renegado tanto de Colón en vida, se regocijó sobremanera por su posesión de los restos "genuinos". Se nombraron parques y calles con el nombre de Padre Billini, que fue quien desenterró el ataúd. Se recabaron fondos para un mausoleo de \$40,000. Y ahora Cristóbal *requiescat in pace* debajo de una hermosa tumba de mármol para la edificación de los turistas que pasan.

De primera impresión, la catedral dominicana parece un extraña monstruosidad antigua –una mezcla mal dispuesta de cúpulas y torres– uno puede apenas culpar a Sir Francis Drake, quien capturó la ciudad en 1586, por haber disparado el cañonazo que está todavía empotrado en el techo. Pero tiene como algo pintoresco y una fascinación en sus muros descoloridos por el tiempo; y, por dentro, es una de las estructuras eclesíásticas más suntuosas y hermosas de América; y hay majestad y dignidad en sus grandes proporciones, que obligan hasta a un grupo de turistas a conversar con murmullos.

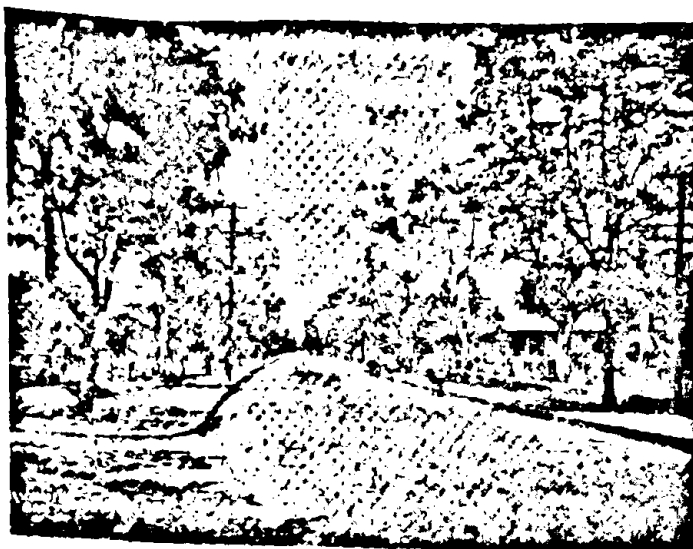
Para el visitante éste es el punto estelar de la ciudad, una visita de tres estrellas, pero hay, además, muchas otras. Durante siglos, los mismos dominicanos fueron negligentes con sus puntos de interés histórico; se permitió que se derrumbaran templos que los extranjeros viajarían millas para ver; palacios históricos se destruyeron deliberadamente y se los llevaron ladrillo a ladrillo para la construcción de nuevas edificaciones. Pero hoy, en su pasión por lo moderno, los ciudadanos están comenzando a apreciar el valor de lo antiguo; leyes recientes protegen las reliquias coloniales del asalto de los vándalos; y el gobierno, además de publicar folletos ilustrados descriptivos, ha llegado hasta a poner en cada uno de ellos una tarjeta convencional.

Hay otras iglesias, algunas completamente en ruinas ahora, algunas comparativamente bien preservadas, que son aún más antiguas que la catedral.

La vieja iglesia de San Francisco, en una destacada colina, sin techo y cubierta por la jungla, se dice que fue el primer templo en el Nuevo Mundo autorizado a dar la comunión. La iglesia de San Nicolás, más antigua aun y en ruinas, una vez tenía autoridad para dar asilo y podía amparar de la persecución a los refugiados y criminales que lograban llegar a sus puertas. No hay apenas una calle –apenas una cuadra, de hecho– que no pueda alardear de otro templo colonial o un pedazo de la antigua muralla, mientras que casi todas las casas privadas alegan tener alguna historia de un asesinato o intriga, o conservan alguna tradición de un tesoro de los



Los primeros turistas en Santo Domingo

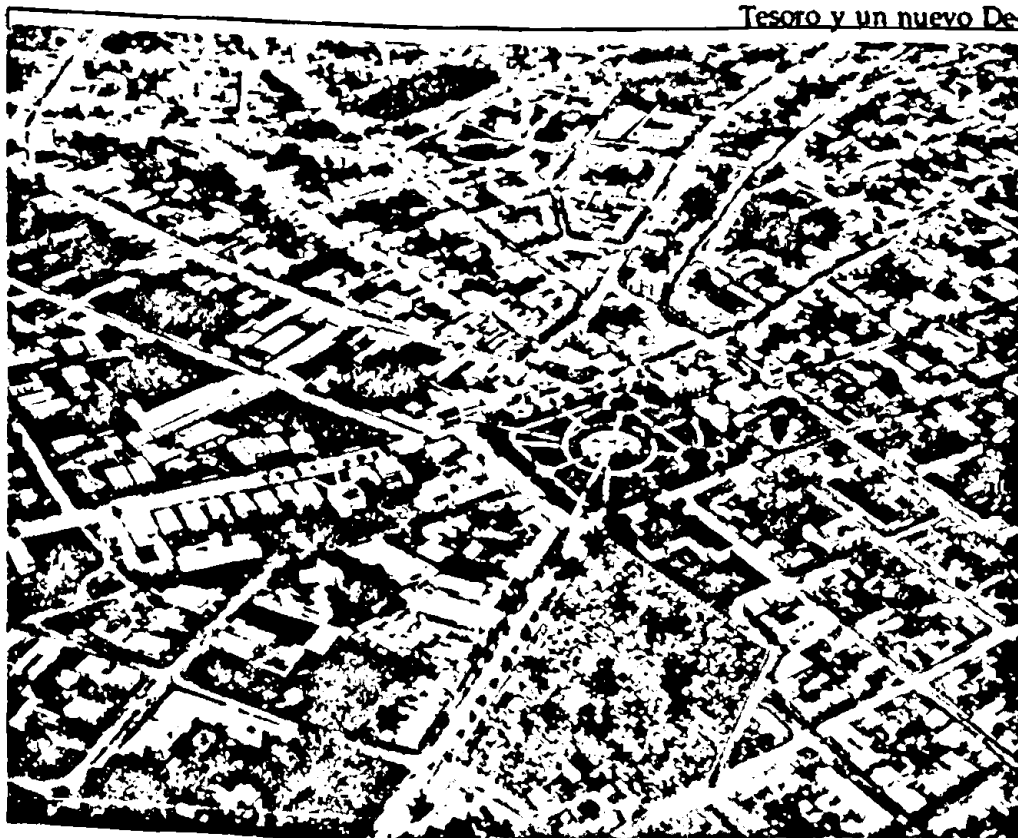


La avenida Independencia en 1929. Se expande la ciudad entre-muros

conquistadores enterrado debajo de su piso.

Pero en esta vieja ciudad, como en todas partes del mundo, el progreso es aparente.

Desde la enorme y antigua iglesia que fuera una vez el convento de los monjes jesuitas, sale el sonido de las teclas de máquinas de escribir, pues la famosa vieja estructura, ahora es la oficina del Tesoro y un nuevo De-



En 1929, la zona al oeste del Parque Independencia todavía tenía pocos habitantes



Nótese el ring de bano al lado del faro, y cómo la fortaleza todavfa debe directamente al mar

partamento de Obras Públicas. A media cuadra de ésta se encuentran tres elegantes bancos, destacándose como palacios entre las viejas estructuras españolas. Y si uno cae por el consulado americano, a preguntar por el último boletín de las exportaciones e importaciones, usted se sorprendería al enterarse de que el comercio exterior de Santo Domingo es el tercero más grande entre las ciudades del Caribe, siendo sólo superado el año pasado por La Habana y Puerto España.

Más allá de los baluartes, tierra adentro —después de la puerta “27 de Febrero” que conmemora con su nombre el día de la independencia dominicana en 1844— está levantándose un suburbio más nuevo, un suburbio de arquitectura moderna. Espléndidas avenidas llevan más allá de las villas de los residentes más ricos —villas como las que podrían fácilmente encontrarse en cualquier suburbio residencial de la élite de Forest Hills (Nueva York) a Beverly Hills (California). Después de todo, una población que ha vivido por tres siglos a la sombra de palacios en ruinas debe sentir muy poca reverencia por ellos. Y aunque las nuevas casas no encanten a los visitantes,

están provistas de rasgos palaciegos propios –con garajes y bañeras y aparatos de radio– con los cuales ni Colón ni Cortez(sic) ni Balboa ni Pizarro, en su búsqueda de pompa y poder, jamás soñaron.

- VI -

En mi banco en el parque suspiré sentimentalmente mientras le sacaba punta a mi lápiz y tachaba de mi libreta “impregnada de la era colonial”. Luego, al reflexionar un momento, lo volví a poner como estaba. Pues la modernidad *no* era la característica más notable de este Santo Domingo. La verdad, pude comprender, era que la ciudad estaba tan impregnada de los días de los conquistadores –tan desbordante de recuerdos del pasado– que la inevitable modernidad se destacaba



La capital en 1939. Nótese los patios interiores con árboles, dentro de los muros.

con un relieve más alto y más claro.

Hoy uno encuentra en Haití una capital moderna, con calles amplias trazadas en forma rectangular, pero un pueblo completamente igual al de los días de Dessalines. En Santo Domingo uno encuentra una ciudad vieja, muy vieja, pero una población al último minuto, adicta a la acción y al progreso.

Mientras holgazaneaba en el histórico parque, por el cual habían caminado caballeros en armaduras, entre los canteros de flores apareció embistiendo una moderna regadera motorizada, que mojaba jardines y caminantes por igual. En lo alto se escucha el zumbido del gigante avión de pasajeros procedente de Puerto Rico, mientras giraba para bajar hacia el aeropuerto Lindbergh.¹ Y a la vuelta de la esquina venía otra turba de los omnipresentes limpiabotas –algo que usted nunca hallará en la descalza República de Haití– todos ellos aclamando estridentemente al más moderno de los gladiadores.

— “¡Viva! ¡Viva! ¡Viva el héroe del boxeo!”

El héroe aún estaba en su harapienta bata de baño; su pelo estaba mojado y despeinado; todavía tenía vendados los nudillos; y su rostro aún ardiente de la reciente pelea. Lúgubramente indiferente hacia sus admiradores, caminó por entre la multitud, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Es muy probable que se avergonzara de una ciudad que, aunque interesada en deportes nuevos, todavía no respaldaba el boxeo hasta un grado que permitiera a los campeones ir a casa en *taxi*. Pero sus jóvenes seguidores parecían muy entusiasmados.

— “¡Viva! ¡Viva! ¡Viva el campeón del box!”

Y Colón todavía seguía durmiendo. Era apenas un héroe del pasado y un poco fuera de moda.

FIN

¹ En febrero del año anterior (1928), Lindbergh había visitado la República Dominicana y se le dio su nombre al aeropuerto.





INDICES



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Índice Onomástico

A

- Alba (Duquesa de)
51
Alix, Juan Antonio
139
Alvarado, Pedro de
124
Anacaona
96, 129, 150, 152
Appellus, Mario
257
Arias, Desiderio
186, 225, 226, 229, 236
Arzeno Brugal, George
i

B

- Báez, Buenaventura
17, 90, 158
Baird, Alexander
111
Balboa, Vasco Núñez de
95, 124, 133, 163, 246, 298
Banks, Nathaniel P.
26
Barca, Calderón de la
175
Bartram (hermanos)
126
Benson (Almirante)
159
Billini, Francisco Xavier
130, 296
Billini, Francisco Gregorio
130
Bingham (Senador)
10
Blair Jr., Francis T.
10
Blood (Capitán)
69
Bobadilla, Francisco de
66, 73, 95
Bonsal, Stephen
87

- Booker T. Washington
280
Bornó, Louis
257, 263
Boyer, Juan Pedro
17, 116, 142, 179, 180
Buchanan, James
9
Byron, Lord
22, 23

C

- Cabral, José María
90
Cáceres, Ramón.
85, 87, 90, 93, 99, 225
Calder, Bruce
190, 223, 236
Canals, Jeannette
v
Caonabo (Cacique)
128
Carlos V
127, 269
Castillo, Manuel María
211
Cates, Thomas
152
Cellini, Benvenuto
265
Cervantes, Miguel de
175
Charle, Sir y Lady
6
Charlevoix, Pierre François Xavier de
iii
Colón, Bartolomé
4, 51, 123, 129, 148, 152, 157, 295
Colón, Cristóbal
4, 15, 27, 51, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 69, 73, 76,
77, 78, 81, 82, 95, 96, 97, 119, 123, 124, 125,
126, 128, 129, 131, 134, 135, 140, 148, 149,
150, 151, 152, 153, 157, 160, 163, 165, 196,
208, 209, 210, 217, 245, 254, 255, 266, 270,
271, 288, 291, 292, 295, 296, 298, 300



Índice Onomástico

Colón, Diego

4, 51, 59, 69, 78, 82, 95, 123, 128, 149, 151,
152, 157, 254, 295

Collin

13, 14

Colmore (Obispo)

161

Corwina, Thomas

20

Cortés, Hernán

95, 128, 133, 153, 157, 246, 298

Courtney

37

Cromwell, Oliver

225, 251, 255

Cuello, Catana

258

Cuello, Rafael

258

Curtis, George William

11

D

Dawes, Charles G.

267, 273, 274

De Forest Day, Susan

47, 48, 49, 50, 56, 62

De Hostos, Eugenio María

176

Desaliness, Juan Jacobo

299

De Soto, Hernán

133

Doolittle (Senador)

10

Dawning, Geo T.

9

Drake, Francis

73, 74, 77, 96, 149, 150, 151, 152, 254, 296

Drury, Philow (Reverendo)

181

Dryden, John

28

Ducoudray, Félix Servio

190

E

Enriquillo (Cacique)

127

Enzina, Juan de

6

Esquivel, Juan de

127

F

Fabén, Warren

iv

Fernando el Católico

151

Foster

285

Franck, Harry A.

185, 186, 197, 204, 241

Franck, Raquel

213

Froude

56

G

García Godoy, Federico

236, 267, 272, 274, 276, 278, 281

Geffrard, Fabrè

18

Gómez, Máximo

130

Gompers, Samuel

223

González, Ignacio María

90

Grant, Ulises

89, 98

Guzmán (poeta)

6

H

Hamlet

74

Hanna-MacCormick (familia)

71

Harris, J. Dennis

7, 8, 9, 10

Hawkins, John

73, 150

Hazard, Samuel

iii, iv, 2, 8, 67

Henríquez y Carvajal, Francisco

158, 166, 226

Heureaux, Ulises (Lilis)

47, 48, 49, 53, 56, 57, 60, 61, 62, 63, 87, 89, 90,
125, 170, 266

Hill, Robert T.

65

Hollander, Jacob H.

90

Horner (señora)

3, 6

Hudibras

11

I

Inman, Samuel Guy

155, 267, 278

Isabel la Católica

151

J

James, J. P. (Reverendo)

179, 186, 215, 216

Jefferson, Thomas

9

Jimenes, Juan Isidro

158, 225, 226, 229

K

Kelm, Randolph

iv

Knapp, Harry S.

158

Kundhart, José Eugenio

223

L

Lane, Rufus

160, 177

Lara, Eunice

v

Las Casas, Bartolomé de

95, 114, 153, 167, 160, 178

Lincoln, Abraham

7

Lindbergh, Charles

300

Locke

32

Lockward, George

33

Longfellow, Henry W.

24

L'Ouverture, Toussaint

10, 22

Lugo, Américo

79, 84

Luperón, Gregorio

90

M

Manington, George

251

Marcy, William M.

20

Martínez Batlle, Darío

v

Means, W. E. (Reverendo)

180

Mendoza, Inigo López de

6

Mistral, Gabriela

279

Moore (Señora)

3

Morgan, Henry

149, 150

Morrow

274

Moscoso Puello, Francisco

222

Murillo, Bartolomé E.

151, 245

Murray, James

6

Mussolini, Benito

257, 260, 262, 265

Mc

MacCreery, Fenton

84, 85, 99



N

Napoleón I
18
Nouel, Carlos (Monseñor)
165, 174, 178, 257, 264, 265, 266

O

Ober, Frederick
139
Ojeda, Alonzo de
152
Ortega Frier, Julio
177
Ovando, Nicolás de
96, 129, 150, 156
Oviedo, Gonzalo Fernández de
151

P

Pastoriza
8, 21, 22, 23, 25, 28, 31
Pellerano Alfau, Arturo
79, 84
Peralte, Charlemagne
23
Pizarro, Francisco
96, 128, 133, 153, 160, 246, 298
Ponce de León, Aurora
84
Ponce de León, Juan
96, 124, 127, 133, 157
Porter, David Dixon
iv
Prota, Pascual
264
Pulliam, William
58

R

Redpath, James
30
Riviere, Charles (Presidente)
17
Roosevelt, Franklyn Delano
139
Russell, W. W.
182, 277

S

Santana, Pedro
17, 18
Scaroni (Ingeniero)
265
Schoenrich, Otto
iv
Schomburgk, Sir Robert
1, 6, 286
Smith (ex esclavo)
19
Snowden, Thomas (Almirante)
155, 159, 161, 270
Soulouque, Faustino
3, 17, 18
Stanley
26
St. John, Sir Spencer
56
St. Mery, Moreau de
iii
Sumner, Charles
98

T

Tansil, Charles
iv
Tavares Kelner, Juan Tomás
v
Tennyson, Alfredo
16
Tinsley (Marse)
98, 99
Toledo (Duquesa de)
96
Toledo, María de
51
Thorndike Parker, Charles
47
Tower, W. M. (Reverendo)
35
Treadwell
32
Treves, Sir Frederick
71, 74, 75, 82, 83
Trujillo, Rafael Leonidas
47, 139, 221, 230, 263, 268, 284, 294



U

Ureña, Salomé
176

V

Van Vleck T. (Reverendo)
180

Vásquez, Horacio
267, 267, 289, 294

Vega, Bernardo
i, v, 263, 294

Velázquez, Diego Rodríguez de
245

Velázquez, Diego
128, 129, 153, 240

Verner (Capitán)
187

Verrill, Hyatt
101, 114, 131, 169, 172

Vicente de Pellicce, Oilda
v

Vicentico (Vicente Evangelista)
186, 231-233, 237

Victoria, Eladio
23

Vittello
260

W

Walton, William
iv

Washington, George
18

Welles, Sumner
267, 273

Wheeler Cox, Ella
79

White, Andrew
67

Willis
21

Wylie (Archidlácono)
181

Y

Young, Charles Evans
273, 277





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Índice de lugares y sitios geográficos

A

Africa
7, 16

Alemania
225

Almacén
117

Altamira
112

Alto Vela (isla)
103

América
105

América Central
189, 270

América Latina
164, 171, 204, 272

América del Sur
189

Amistad (Ingenio)
138, 205

Amsterdam
112

Andes, Los
185

Annapolis
239, 241

Antigua (isla)
181

Antillas Menores
103, 134, 189

Aragón
188

Arno (río)
265

Atlántico (océano)
98, 205

Azua
67, 68, 94, 101, 111, 112, 120, 128, 130, 153,
184, 246

Azucl
246

B

Bahabonico (río)
24, 138

Bahamas
35, 104, 171

Bani
94, 101, 111, 130

Bánica
101, 129

Bao (río)
125

Barahona
67, 101, 129

Barbados
55, 71, 180, 255

Barlovento (Paso dc)
98

Beata (Cabo)
103

Bélgica
103, 164, 225, 230

Beverly Hills
298

Bonaio
127

Boston
162, 294

Boyá
101, 127

Bucks County
214

C

Cabo Haitiano
155, 162, 289

Cabo Tiburón
103

Cabras (Cabrón) Cabo
115, 140

Cabuyas, Las
208

Caicos (islas)
Ver: *Islas Turcas*



Índice de lugares y sitios geográficos

- California
31, 35, 37
- Cambelén
225
- Camú (río)
118, 146, 208
- Canadá
189
- Caña Honda
101, 120-122
- Carolina del Norte
17
- Carolina del Sur
19
- Cartagena
95
- Castilla
123
- Castillo
150, 151, 188
- Cayo Levantado
115, 141
- Centroamérica
7
- Cercano Oriente
189
- Cerro de Sal
130
- Ceylán
87, 89
- Cibao
39, 87, 114, 125, 140, 197, 203, 221, 223, 226
- Cipango
114
- Colombia
195
- Colorado (estado)
277
- Colorado (río)
144
- Connecticut
103
- Constanza
1, 284
- Córdoba
78
- Corral de los Indios
128
- Cotui
101, 126, 127, 210
- Cuba
7, 65, 95, 108, 112, 128, 163, 166, 176, 185,
187, 201, 210, 215, 220, 226, 227, 236, 238,
239, 242, 246, 248, 254, 268, 270, 283
- Cumbre, La
112, 280, 281
- Curacao
170
- Ck**
- Cherbourg
61
- Chicago
276
- China
94
- D**
- Dajabón
186, 187, 188, 189
- Dart (río)
73
- Detroit
215
- Devonshire
73
- Diego (Batey)
223
- Dinamarca
103
- Domínica
71
- Duarte, Villa
127
- E**
- Elba
18
- Elias Piña
287
- El Valle
101, 122
- Engaño (Cabo)
103, 122
- Enriquillo (Lago)
129, 246



España

7, 83, 89, 97, 124, 140, 141, 151, 158, 189, 225,
254, 272, 295

Esperanza

195

Estados Unidos

9, 18, 20, 44, 83, 85, 87, 92, 94, 99, 105, 106,
138, 143, 155, 157-159, 171, 174, 179, 194,
215, 217, 225-227, 246, 253, 265, 270, 272,
275, 277, 279, 280, 282, 283

Europa

27, 105, 112, 143, 269

F

Filipinas

228, 241

Flandes

96

Flechas, Golfo de las

141

Florida, La

35, 95

Forest Hills

298

Francia

18, 42, 89, 97, 141, 157, 169, 176, 196, 225

G

Gibraltar

83

Gonaive

103

Grandes Lagos

249

Grenada

71

Guadalupe

185

Guantánamo

215

Guayanas

1

Guayubin

195

Guyana Inglesa

251, 255

H

Habana, La

4, 95, 97, 151, 166, 243, 245, 254, 295, 297

Haití

1, 3, 7, 11, 13, 15, 17, 27, 30, 35, 47, 56, 60, 67,
79, 80, 81, 87, 89, 101, 103, 104, 112, 129, 133,
137, 139, 143, 157, 158, 162, 166, 171, 179,
185, 187-190, 194, 195, 198, 205, 207, 215,
222, 224-226, 228, 231, 246, 251, 253, 255,
259-261, 264, 271, 278, 283, 287-290, 293, 294,
299, 300

Hartford

228

Hato Viejo

224

Higüamo (rio)

11, 112, 147

Higüey

101, 111, 127, 282

Hincha

17

Hispanoamérica

188

Honduras

100

Honduras Británica

251

Honolulu

83

Horncastle

35

I

Imbert

205

Indias Occidentales (Antillas, el Caribe)

84, 89, 93, 100, 104, 105, 108, 109, 113, 134,
147, 171, 187, 189, 195, 200-202, 210, 211,
217, 220, 222, 240, 246, 248, 255, 263, 266,
273, 277, 2783, 295, 297

Indias Occidentales Británicas

113, 214

Indochina

87

Inglaterra

3, 42, 141, 170

Irlanda

103

Isabel de Torres (San Marcos)

21, 31, 114, 135, 270



Índice de lugares y sitios geográficos

Isabela, La
8, 113, 135

Isabela (río)
23, 26

Isabela (valle)
23, 26

Islas Turcas
35, 104, 113, 171

Islas Virginea
181, 185

J

Jacagua
185

Jamaica
18, 71, 104, 112, 171, 185, 225

Jánico, Santo Tomás de
101, 125, 140

Japón
51

Jaragua
201

Java
89

Jersey
11

Jina, La
210

Jovero
217

Juana Méndez (Ouanaminthe)
187

K

Kentucky
20

Kew
2, 6

Key West
19

L

Labrador
47

La Habana
58, 59, 68, 69

La Romana

101, 111, 112, 127, 155, 169, 161, 170, 180,
186, 222, 247, 248, 269

La Sabana
206

La Vega
67, 68, 94, 101, 107, 110, 111, 116, 118-120,
124-127, 131, 143, 146, 147, 166-170, 180, 185,
208-210, 236, 262, 271, 272, 276, 280

La Yeguada
224

Las Cahobas
224

Las Cañitas
Ver: Sánchez

León
123, 150, 151

Liberia
7

Limón (lago)
129

Londres
2, 166

Long Island
11

Los Pérez (Ingenio)
206

Lousiana
277

Luperón
Ver: Puerto Cabello

M

Madrid
189

Matella
265

Maine
103

Manchurría
279

Maniel, El
101, 128

Manila
95

Manzanillo (bahía de)
113

Martínica
71, 185

Masacre (río)
187, 189, 213



Massachusetts
103

Mediterráneo
150

Mekong
98

México
49, 95, 128, 176, 246, 270, 278

Miches
186

Mississippi
99

Missouri
222

Moca
93, 101, 111, 119, 125, 126, 140, 163, 165, 167,
168, 185, 203, 207, 208, 210, 262, 270, 271

Mole St. Nicolás
67

Mona, La (isla, canal)
71, 98

Montecristi
39, 67, 94, 101, 103, 104, 110, 112, 113, 131,
134, 163, 165, 168-171, 179, 180, 185, 187,
189-194, 207, 224, 226, 271

N

Navarrete
195, 205

Neyba
94, 11, 120, 129

New Jersey
214

New Providence
19

Niágara
16

Nicaragua
100, 278

Norteamérica
7

Nueva Inglaterra
30, 144

Nueva Isabela
128

Nueva Orleans
15, 35, 43, 247

Nueva York
2, 11, 12, 20, 31, 47, 71, 99, 112, 155, 158, 163,
169, 170, 195, 200, 218, 243, 245, 247, 269

O

Ohio
16, 214

Orinoco (río)
1

Ouanaminthe
Ver: Juana Méndez

Ozama (río)
4, 51, 68, 69, 112, 127, 147, 224, 245, 269, 291,
295

P

Pacífico (océano)
91, 128, 246

Pajarito
127

Panamá
71, 98, 176, 270

París
54, 143, 166, 242

Pasadena
83

Patagonia
187

Pennsylvania
99, 164, 214

Pérez (Bajabonico)
138

Perú
95, 246

Pimentel
185, 210

Plymouth (roca de)
134

Poziuncula
265

Pommier, El (cuevas de)
1

Portillo
iii

Portugal
103

Puerto Cabello (Luperón)
8, 28-31, 35

Puerto España
297

Puerto Plata
i, 8, 11, 13, 14, 16, 17, 19, 21, 31-34, 42, 59, 60,
67, 68, 70, 101, 107, 109, 111-115, 120, 124,
131, 135-138, 140, 155, 158, 162, 163, 165-171,
175, 179, 180, 184, 185, 203, 204, 206, 226,
235, 270, 283



Índice de lugares y sitios geográficos

- Puerto Príncipe**
29, 94, 111, 155, 162, 198, 246, 257, 259-261,
285, 289
- Puerto Rico**
66, 95, 101, 112, 127, 131, 149, 156, 158, 159,
170, 176, 181-183, 185, 186, 203, 204, 236,
238, 239, 241, 248, 249, 268, 269, 280, 283,
300
- Punta Balandra**
98
- Punta Torrecilla**
129
- Q**
- Quisqueya**
213, 224
- R**
- Rhode Island**
103
- Rincón (laguna)**
129, 130
- Río Grande**
187, 198, 203, 234, 245
- Roma**
69, 175, 257
- Rusia**
94
- S**
- Saba**
71
- Sabana de la Mar**
112, 121, 122
- Sahara**
219
- Salgón**
98
- Salcedo**
167, 207, 210
- Samaná, Santa Bárbara de**
8, 39, 67, 87, 94, 98, 101, 110-112, 115, 116,
122, 131, 140-142, 166, 167, 180, 185, 208,
211-216, 219
- Samaná, Bahía y Península de**
35, 67, 87, 97, 98, 101, 112, 115, 116, 130, 140,
144, 162
- San Agustín**
95
- San Antón**
4
- San Carlos**
4
- San Cristóbal**
1, 101, 11, 130, 225
- Sánchez (Las Cañitas)**
67, 101, 107, 111, 112, 116, 117, 120, 122, 131,
142-144, 147, 167, 168, 170, 179, 180, 184,
185, 208, 211-213
- Sandy Hook**
11
- San Francisco (California)**
157
- San Francisco de Macorís**
67, 101, 111, 126, 147, 165, 167, 180, 185, 208,
210, 271
- San José de las Matas**
101, 125
- San Jerónimo (fuerte)**
226
- San Juan (Puerto Rico)**
68, 71, 155
- San Juan de la Maguana**
1, 101, 128, 129, 257, 262, 263, 291
- San Lorenzo**
101, 120-122
- San Marcos**
7
- San Miguel**
4
- San Pedro de Macorís**
67, 101, 112, 122, 123, 131, 147, 156, 159, 162,
169, 170, 171, 175, 179-181, 184, 186, 223,
224, 247, 262, 269
- Santa Fe (Central)**
95, 223
- Santa Isabela**
224
- Santa Lucía**
71
- Santiago de los Caballeros**
31, 41, 65, 67-69, 94, 101, 107, 110-112, 114,
119, 120, 124-126, 131, 138-140, 155, 156,
162-165, 167, 169, 170, 175, 180, 183-185,
194-201, 203, 207, 208, 211, 218, 224, 226,
244, 262, 270, 271
- Santiago (Cuba)**
87

Saint Kitts
71

Saint Louis
16, 32

Santo Domingo (ciudad)
41, 47-65, 67, 68, 71-79, 101, 112, 131, 170,
171, 251-257

Santo Cerro
27, 101, 125, 146, 165, 185, 208, 210, 254

Saona
103

St. Thomas (San Tomás)
71, 113

Sevilla
78, 97, 245

Seybo, Santa Cruz del
101, 111, 127, 186, 213, 217, 219-222, 228,
230-233, 237, 282

Sosúa
109, 114

Springfield
228

Staten Island
11

Sumatra
87, 89

Suramérica
176

T

Tampico
128

Tina (pico)
195

Toledo
139, 146

Tortuga (isla)
103, 225

Tres Ojos, Los
128

Trinidad
185

Touakegec
280

V

Valladolid
151, 245

Valle de San Juan (Samaná)
115, 142

Vega Real, Valle de la
31, 111, 117, 125, 144, 146, 156, 165, 210, 271

Vega Vieja, La
119, 146, 209

Vermont
103

Villa Duarte
224

Villa González
196

Villa Riva
211

W

Washington
223, 277

West Point
239

Y

Yabón (río)
119

Yaque (Yaquí) del Sur (río)
94, 11, 129

Yaque (Yaquí) del Norte (río y valle)
31, 69, 94, 110, 119, 125, 135, 139, 191, 196,
198, 202

Yuma
211

Yumurt (valle)
210

Yuna (río)
35, 211

Z

Zona del Canal
218





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

COLOFON

Esta primera edición de 1,000 (un mil) ejemplares de *Los primeros turistas en Santo Domingo*, recopilada y anotada por Bernardo Vega, se terminó de imprimir en EDITORA TALLER, C. por A., Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de noviembre de 1991, auspiciada por la Fundación Brugal, Inc.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Fundación Cultural Dominicana, establecida en virtud del Decreto No. 1047 de fecha 30 de junio de 1979, es una organización sin fines de lucro cuyo objetivo principal es la promoción de la cultura dominicana. Su fundador y Presidente es el Lic. Bernardo Vega.

PUBLICACIONES DE LA FUNDACIÓN CULTURAL DOMINICANA

HISTORIA DOMINICANA

Obras de Bernardo Vega

Imágenes del Ayer

Los Estados Unidos y Trujillo 1930 (dos volúmenes)

Los Estados Unidos y Trujillo 1945

Los Estados Unidos y Trujillo 1946 (dos volúmenes)

Los Estados Unidos y Trujillo 1947 (dos volúmenes)

La Migración Española de 1939 y los Inicios del Marxismo-Leninismo en la República Dominicana

Nazismo, Fascismo y Falangismo en la República Dominicana

La Vida Cotidiana Dominicana a Través del Archivo Particular del Generalísimo

Unos Desafectos y Otros en Desgracia. Sufrimientos bajo la Dictadura Trujillista

Control y Represión en la Dictadura Trujillista

Los Trujillo se Escriben

Un Interludio de Tolerancia. (El Acuerdo de Trujillo con los Comunistas en 1946)

Más Imágenes del Ayer

Trujillo y Haití (1930-1937). Tomo I

El 23 de Febrero de 1930 o La Más Anunciada Revolución de América

Trujillo y el Control Financiero Norteamericano

En la Década Perdida

Eisenhower y Trujillo

Kennedy y los Trujillo

Obra de Bernard Diederich

Trujillo. La Muerte del Dictador

Obra de G. Pope Atkins

Los Militares y la Política en la República Dominicana

Obras de Carlos Esteban Deive

La Mala Vida. Delincuencia y Picaresca en la Colonia Española de Santo Domingo

Las Emigraciones Dominicanas a Cuba. 1795-1808

Los Guerrilleros Negros

Las Emigraciones Canarias a Santo Domingo. Siglos XVII y XVIII.



Obra de Bruce J. Calder

El Impacto de la Intervención. La República Dominicana durante la Ocupación Norteamericana de 1916-1924

Obra de Roberto Cassá

Movimiento Obrero y Lucha Socialista en la República Dominicana

Obra de 19 intelectuales dominicanos

El Debate sobre las Generaciones

HISTORIA EN GENERAL

Obra de Bernard Diederich con Al Burt

Papa Doc y los Tontons Macoutes. La Verdad sobre Haití

ANTROPOLOGIA

Obras de Bernardo Vega

Arte Neolítico

Santos, Shamanes y Zemis

Los Cacicazgos de la Hispaniola

Obra de Carlos Esteban Deive

Vodú y Magia en Santo Domingo

Obra de Bernardo Vega, Carlos Dobal, Carlos Esteban Deive,

Marcio Veloz Maggiolo, Rubén Silié, José del Castillo y Frank Moya Pons

Ensayos sobre Cultura Dominicana

LITERATURA

Obra de Evgueni Evtushenko

Fukú

Obra de Marcio Veloz Maggiolo

Materia Prima (Protonovela)

Ritos de Cabaret (Novela Rítmica)

Obra de Vicenç Riera Llorca

Los Tres Salen por el Ozama

Obra de José Alcántara Almánzar

La Carne Estremecida

Obra de Bernardo Vega

Domini Canes (Los Perros del Señor)

Obra de Anthony Lespès

Las Semillas de la Ira

TESTIMONIO

Obra de Virgilio Díaz Grullón

Antinostalgia de una Era





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



LOS PRIMEROS TURISTAS EN SANTO DOMINGO

Pocos dominicanos han leído estos dieciséis relatos de viajeros extranjeros que visitaron nuestro país entre 1850 y 1929 y que hoy, por primera vez, han sido traducidos al español.

Bernardo Vega se ocupó de ayudar a ubicarlos y seleccionarlos, logró su traducción y los editó con sus propios comentarios, agregando más de 160 ilustraciones de la época.

Estos relatos fueron originalmente capítulos de varios libros sobre viajes a las Antillas, todos difíciles de encontrar por su rareza y describen la cotidianidad dominicana, esa "pequeña historia", así como las experiencias de esos viajeros durante un período de casi ochenta años de nuestra historia republicana que se caracterizó, precisamente, por los enormes cambios que tuvieron lugar en nuestra sociedad.

Alguno de los autores aquí incluidos fueron simples turistas-escritores, pero otros eran diplomáticos o personas que vinieron en misiones específicas, como, por ejemplo, para intentar traer emigrantes o promover el Protestantismo.

Las enormes dificultades de transporte dentro del país, la humilde forma de vida del campesino, la magra comida, los modestos hoteles, así como entrevistas con personalidades dominicanas, discurren frente a un lector que reirá algunas veces y se ofenderá en otras, ante la forma en que esos "primeros turistas" cuentan sus aventuras entre nuestros antepasados.

